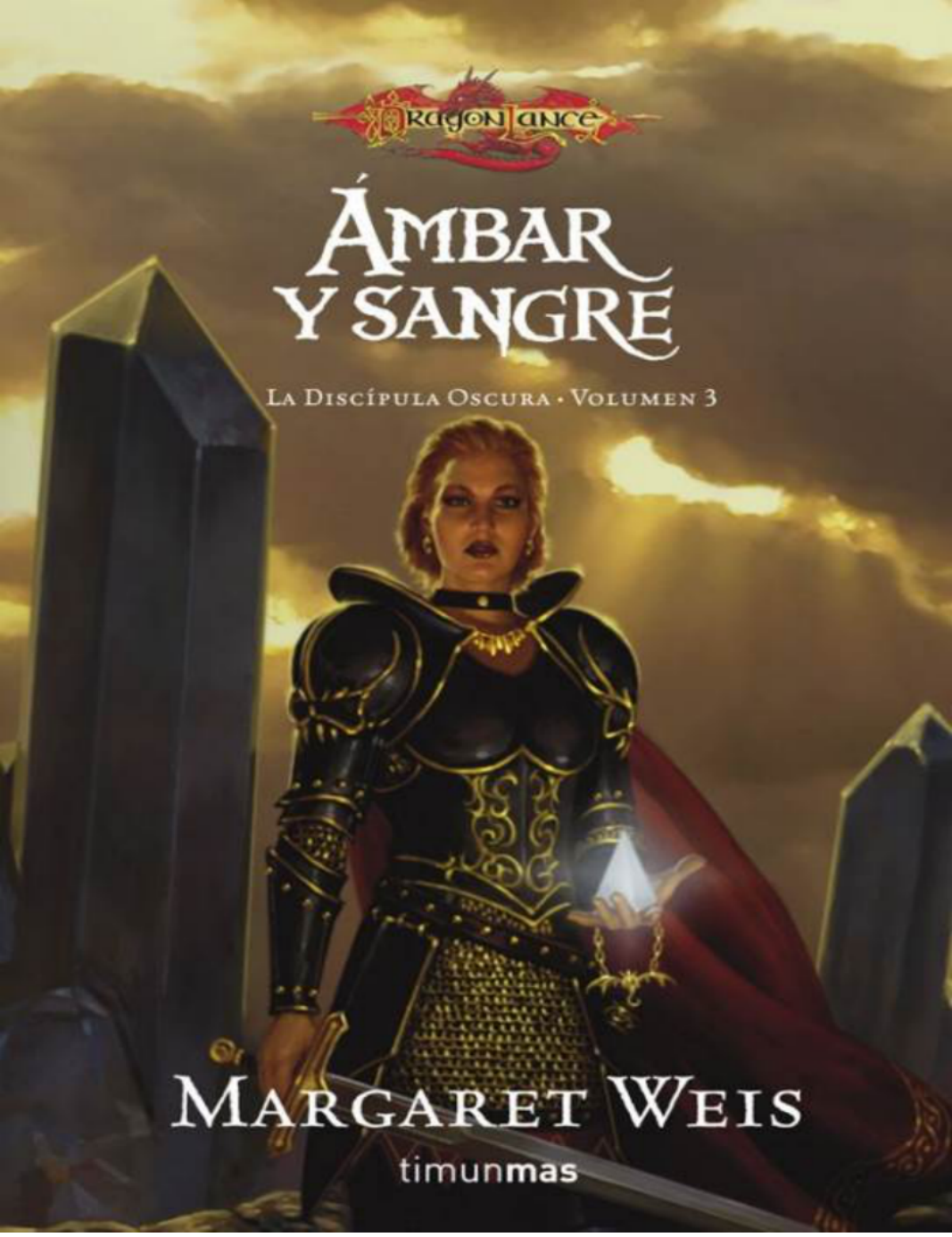
DragonLance
Ámbar y sangre
La Discípula Oscura • Volumen 3
Margaret Weis
timunmas

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Con este título finalizan las aventuras de la guerrera Mina.

El mundo de Krynn siempre tiene sorpresas para los incautos, pero la revelación de que una mortal, que primero dedicó su vida al Dios Único y luego a Chemosh, es a su vez una diosa, rebasa todos los límites conocidos. Para Mina, significa caer en la locura al conocer la verdad.

Los dioses de la Oscuridad y de la Luz se muestran ansiosos por tener a Mina como una de los suyos, ya que ella puede romper el equilibrio de poder en el cielo. Pero Mina tiene sus propios planes.

- Margaret Weis
  - Libro I
    - Prólogo
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7
    - 8
    - 9
    - 10
    - 11
    - 12
  - Libro II
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6
    - 7
    - 8
    - 9
  - Libro III
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5

        - 6
        - 7
        - 8
        - 9
        - 10
- notes
    - 1
    - 2

Margaret Weis
Ámbar y Sangre

Para mi hija Lizz

Querría darle mi más profundo agradecimiento a Steve Coon (alias Frostdawn en los tablones de anuncios de Dragonlance), quien creó los dos objetos sagrados de Takhisis y Paladine que aparecen en este libro: el Collar de Sedición y la Pirámide de la Luz.

Mi naturaleza es envejecer. Es imposible escapar de la vejez.

Mi naturaleza es enfermar. Es imposible escapar de la enfermedad.

La naturaleza de todo aquello que me es querido y todos aquellos a los que amo es cambiar. Es imposible evitar la distancia que me separará de ellos.

Mis actos son mis únicas pertenencias verdaderas. No puedo escapar de las consecuencias de mis actos. Mis actos son la tierra sobre la que me levanto.

Los cinco recuerdos de Buda

Libro I
Los Regalos

Prólogo

¿Qué me ha pasado?

¿Dónde estoy?

¿Quiénes son todos esos seres, extraños y hermosos, grotescos y majestuosos, que me rodean? ¿Por qué me señalan? ¿Por qué profieren ese clamor atronador que hace temblar los cielos?

¿Por qué están tan furiosos?

¿Furiosos conmigo?

¡Lo único que he hecho ha sido entregar un regalo a mi amado! Chemosh quería la Torre de la Alta Hechicería que descansaba en el fondo del mar y yo se la entregué. Y ahora me mira con asombro y sorpresa... y odio.

Todos me miran.

Me miran a mí.

No soy nadie. Soy Mina. Chemosh me amó en el pasado. Ahora me odia y no sé por qué. No hice más que lo que él me pidió. No soy más que aquello en lo que él me convirtió, aunque esos seres dicen que soy... otra cosa...

Oigo sus voces, pero no entiendo sus palabras.

«Ella es una diosa que no sabe que lo es. Es una diosa a la que han engañado para que crea que es humana.»

Estoy tendida sobre la fría piedra de las almenas del castillo y los veo mirándome y gritando. El clamor me hiere los oídos. Me ciega la luz de su divinidad. Doy la espalda a sus ojos inquisidores y a sus voces ensordecedoras, y miro hacia el otro lado de los muros, hacia el mar que se extiende allá abajo.

El mar, siempre en movimiento, siempre cambiante, siempre vivo...

Las olas se precipitan y besan la orilla. Se retiran y vuelven apresuradas, una y otra vez, infinitamente. Una cadencia apaciguadora, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás...

Un balanceo que me arrastra..., me arrastra a un sueño eterno.

Nunca debí despertar.

Quiero ir a casa. Estoy perdida, cansada y asustada, y quiero irme a casa. Estas voces... Los graznidos amenazantes de las aves marinas.

El mar protector se cierra sobre mí.

Y desaparezco.

1

Una tormenta embravecía el Mar Sangriento. Una tormenta extraña, nacida en el cielo, que se agitaba sobre un castillo que se erguía en lo alto de una montaña. Las nubes se arremolinaban alrededor de las murallas del alcázar. Rugían los truenos y estallaban los relámpagos. Su destello cegaba a lo mortales que lo presenciaban —un monje, un kender y una perra—, mientras luchaban por avanzar entre las dunas de arena que se extendían en la lejana costa. Los tres se alzaban contra los látigos de viento que les arrojaban arena a los ojos. El agua del mar los empapaba cada vez que una ola se precipitaba sobre la orilla. Cuando lograban llegar a la costa, las olas se aferraban a la arena con dedos agarrotados, en un último esfuerzo por resistir, pero la fuerza del mundo las arrastraba de nuevo al mar.

Cada vez que un rayo cruzaba el cielo, el monje percibía una torre en la lejanía del mar. El día anterior, esa torre no estaba allí. Había aparecido durante la noche, arrebatada a las profundidades del mar por alguna fuerza catastrófica. Desde entonces, se alzaba sobre el agua, con sus muros chorreantes, con un halo de desconcierto, como si se preguntara, igual que hacían hombres y dioses, cómo había terminado allí.

Rhys, el monje, se encogía con la túnica pegada a la piel. Su cuerpo fibroso y delgado debía luchar por cada paso que daba contra los empellones del viento. Conseguía avanzar, pero a duras penas. Beleño, el kender, estaba teniendo más dificultades, pues era más pequeño y ligero que su compañero humano. El viento ya lo había derribado dos veces y si entonces se tenía sobre sus pies, era sólo gracias a que se aferraba al brazo de Rhys. *Atta*, la perra, estaba más cerca del suelo y, por tanto, las dunas la protegían un poco, pero tampoco lo estaba teniendo fácil. Cuando la siguiente ráfaga de viento arrancó a Beleño del brazo de Rhys y lanzó ¿*Atta* contra un montón de tablas arrastradas por el mar, Rhys decidió que sería mejor que volvieran a la gruta que acababan de dejar.

La angosta cueva era sombría y el mar llegaba hasta ella, pero por lo menos allí estaban protegidos del viento y de los certeros relámpagos.

Beleño se sentó en una piedra húmeda junto a su amigo y dejó escapar un suspiro de alivio. Se escurrió el agua del moño y trató de hacer lo mismo con la camisa, que estaba bastante gastada. Los rigores del viaje habían comido tanto el color del tejido que era imposible adivinar cuál había sido alguna vez. *Atta* no se tumbó, sino que daba vueltas nerviosamente. El cuerpo cubierto de pelo negro y blanco se estremecía cada vez que un trueno hacía temblar el suelo.

—Rhys —dijo Beleño, mientras se secaba el agua salada de los ojos—, ¿ese castillo que se veía en lo alto de la montaña era el de Chemosh?

Rhys asintió.

Un rayo laceró el cielo no muy lejos de allí y el trueno bajó rodando por la ladera. *Atta* se estremeció y ladró hacia el ruido sordo. Beleño se acurrucó más cerca de Rhys.

—Oigo voces en la tormenta —dijo el kender— pero no puedo entender lo que dicen ni distinguir quién habla. ¿Y tú?

Rhys negó con la cabeza. Acarició a *Atta*, para intentar calmarla.

—Rhys —dijo de nuevo Beleño, un momento después—, me parece que deben de ser los dioses. Al fin y al cabo, Chemosh es un dios y a lo mejor está montando una fiesta para sus amigos, los dioses. Aunque también tengo que decir que no tiene pinta de ser de los que les gusta ir a bailar, por eso de que es el dios de la muerte y tal. Pero quién sabe, igual tiene una faceta divertida.

Rhys contemplaba la luz cegadora que centelleaba fuera de la gruta y escuchaba las voces, pensado en aquel viejo dicho: «Cuando los dioses braman, los hombres tiemblan.»

—Están pasando tantas cosas, tantas cosas raras —enfatizó Beleño —, que estoy un poco confuso. Me gustaría que habláramos un poco, sólo para cerciorarme de que tú crees que ha pasado lo mismo que yo creo que ha pasado. Y, para serte sincero, hablando parece que el aullido del viento y los relámpagos no son tan malos. No te importa que hable, ¿verdad?

A Rhys no le importaba.

—Supongo que puedo empezar por cuando estábamos encadenados en la cueva —comenzó Beleño—. No, espera. Tendría que decir cómo acabamos ahí encadenados en la cueva, o sea, que debería empezar por el minotauro. Pero el minotauro no apareció hasta que tú no luchaste con tu hermano muerto, el Predilecto, y el pequeño lo mató...

—Empieza por el minotauro —sugirió Rhys—. A no ser que quieras retroceder en el tiempo hasta el día en que nos conocimos en el cementerio.

Beleño se lo pensó un momento.

—No, no creo que tenga voz suficiente para retroceder tanto. Empezaré por el minotauro. Íbamos bajando la calle y tú estabas muy, muy enfadado con Majere y decías que ibas a dejar de servirlo a él o a cualquier otro dios, cuando, de repente, todos esos minotauros salieron de la nada y nos cogieron prisioneros.

»Le lancé un hechizo a uno —añadió Beleño con orgullo—. Hice que se cayera y boqueara por toda la calle como un pez fuera del agua. El capitán de los minotauros dijo que era un “kender con

cuernos". ¿Te acuerdas, Rhys?

—Sí, y tenía razón. Fuiste muy valiente —repuso Rhys.

—Entonces el minotauro me cogió y me metió en un saco y nos llevó a los dos a bordo de su barco. Pero no era un barco normal. Era un barco que pertenecía a la diosa del mar y navegaba por el aire, no por el agua. Ya te dije entonces que no puede darse la espalda a un dios...

—Y no te equivocabas —dijo Rhys.

Había cumplido los treinta años y, durante lo que parecía toda su vida, había sido un monje devoto de Majere. A pesar de que no hacía mucho había perdido la fe en el dios, éste se había negado a perder la fe en él. Esa certeza lo llenaba de humildad, júbilo y agradecimiento. Había andado a ciegas y había tropezado mil veces en la oscuridad, había tomado muchos caminos equivocados que iban a morir a callejones sin salida; pero había encontrado la forma de regresar a su dios y Majere lo había acogido en el seno de su amor.

—El barco del minotauro nos trajo aquí, a la otra punta del continente, donde Chemosh construyó su castillo. Y cuando el minotauro nos encadenó en la cueva... Ves, ya he llegado a esa parte.

Rhys volvió a asentir y siguió acariciando a *Atta*, que parecía mucho más tranquila mientras escuchaba hablar al kender.

—Entonces recibimos un montón de visitas, muchas más de las que podrían esperarse para alguien que está encadenado en una cueva. Primero vino Mina. —Beleño se estremeció—. Eso sí que fue una visita desagradable. Se acercó a ti y te pidió que le dijeras quién era. Afirmaba que la primera vez que te vio, tú la habías reconocido...

«Pero no fue así», pensó Rhys, confuso. Todavía no había logrado entender esa parte de la historia.

—... y como no pudiste decirle quién era, Mina se enfadó. Pensaba que estabas mintiendo y dijo que si no se lo decías, iba a volver a la cueva y nos mataría a *Atta* y a mí. Moriríamos en medio de grandes tormentos —concluyó Beleño.

»Después de que se fuera Mina, apareció Zeboim. ¿Ves lo que quiero decir, Rhys? Cuando estábamos en Solace nunca tuvimos tanta compañía como allí, encadenados en la cueva. Zeboim te dijo que le dijeras a ella quién era Mina, porque todos los dioses estaban muy nerviosos con el asunto y tú respondiste que no podías. Ella se enfureció y repuso que contemplaría encantada cómo Mina nos mataba a mí y a *Atta*, y cómo moríamos en medio de grandes tormentos. —Beleño se detuvo para tomar aire y escupir un poco de agua del mar—. Y después nos mandaste a mí y a. *Atta* a buscar ayuda entre los monjes de Majere de Flotsam, pero no conseguimos llegar tan lejos. Sólo pudimos llegar a la calzada de arriba y eso ya fue complicadísimo, por culpa de las dunas, y tuve unas palabras con tu

dios. Fui muy duro con él, te lo aseguro. Le dije a Majere que ibas a morir porque le estabas siendo leal y que, para variar, podía ser él quien te mostrara lealtad a ti. Le pedí que nos ayudara a *Atta* y a mí a salvarte. Y entonces nos vieron dos de los Predilectos y decidieron que querían matarme.

Beleño suspiró.

—Esa noche a todo el mundo le entraban ganas de matarme. Da igual. El asunto es que *Atta* y yo echamos a correr, pero los dos tenemos las piernas cortas y los Predilectos tenían las piernas largas. Y aunque *Atta* tiene dos piernas más que yo, los dos estábamos perdiendo terreno cuando me di de bruces con Majere. Pumba. De frente contra él. Cuando vio que estábamos en un apuro, mandó unos saltamontes a por los Predilectos y les hizo huir. Le recordé eso de que estabas sacrificando tu vida por él y contestó que no podía ayudarnos, porque había un resplandor ámbar muy raro en el cielo y tenía que irse y hacer cosas de dioses en otro sitio...

—No creo que ésas fueran las palabras exactas de Majere. —Rhys se alegró de que la oscuridad ocultara su sonrisa.

—Bueno, tal vez no —admitió Beleño—, Pero eso era lo que quería decir. Después me dio su bendición. A mí. A un kender. A un kender que además le había hablando con tanta dureza. Así que *Atta* y yo volvimos corriendo a la cueva donde tú seguías encadenado, y allí nos encontramos a Chemosh. Quería que le dijeras quién era Mina y dijo que sería él mismo quien te matara, y seguramente habría cumplido su amenaza, de no ser por *Atta*, que le mordió en el tobillo. Y entonces el mundo tembló y nos tiró a todos al suelo, incluso al dios.

Beleño enarcó una ceja y miró a Rhys.

—¿Por ahora está todo bien? Porque aquí es donde las cosas empiezan a volverse raras. Mejor dicho, más raras todavía. Chemosh no podía estar más furioso. Empezó a chillar a los otros dioses porque quería saber qué estaba pasando. Resulta que el temblor se debía a que alguien estaba arrancando esa torre del fondo del Mar Sangriento. Eso provocó unas olas enormes que empezaron a acercarse a la orilla y esas olas inundaron la cueva. Tú estabas inconsciente y encadenado a la pared, mientras el nivel del agua no dejaba de subir. Dependía de *Atta* y de mí que te salvaras.

Beleño se detuvo para coger aire.

—Y me salvasteis —dijo Rhys y abrazó al kender.

—Logré abrir la cerradura de las esposas —repuso Beleño—, ¡La primera y única vez que he logrado forzar una cerradura! Mi padre se habría sentido orgulloso. Sabes, fue Majere quien me ayudó a abrir la cerradura.

A Beleño le vino una idea a la cabeza.

—Dime, ¿tú crees que Majere volvería a ayudarme si quisiera forzar otra cerradura? Porque en Solace hay un panadero que hace unos pasteles de carne impresionantes, pero cierra la tienda justo después de cenar. A veces a mí me entra el hambre en plena noche y no querría tener que despertarlo...

—No —dijo Rhys.

—¿No qué? —preguntó Beleño.

—Que no creo que Majere te ayudara a forzar la cerradura de la puerta trasera de esa panadería.

—¿Aunque sea para no despertar al panadero en plena noche?

—No —repuso Rhys con convicción.

—Vaya. —Beleño suspiró otra vez, más profundamente que todas las veces anteriores—. Supongo que tienes razón. Aunque me apuesto algo a que si Majere probara esos pasteles alguna vez, reconsideraría su postura. ¿Por dónde iba?

—Acababas de abrir la cerradura de las esposas —contestó Rhys.

—¡Ah, sí! El agua estaba subiendo y tenía miedo de que te ahogaras. Intenté arrastrarte fuera de la cueva, pero pesabas demasiado, no te ofendas.

—No me ofendo —respondió Rhys.

—Y entonces seis monjes de Majere entraron corriendo en la cueva, te levantaron y te sacaron afuera. Y supongo que también te curaron el golpe de la cabeza, porque aquí estás, y aquí estoy yo y aquí está *Atta*, y estamos todos bien. Así que —concluyó Beleño su relato— tu hermano el Predilecto ya está en paz. La historia ha terminado y podemos volver a casa, a tu monasterio. *Atta* puede cuidar el ganado, yo visitaré a mis amigos del cementerio y viviremos felices. Fin de la historia.

Rhys se dio cuenta de que así era. Esa era la historia, el último capítulo ya estaba escrito.

La noche era oscura, la tormenta arreciaba con furia y estaban pasando cosas muy extrañas; pero la tormenta y la noche pronto terminarían, pues las tormentas y las noches siempre terminan. Esa era la promesa de los dioses. Cuando amaneciera, Rhys, Beleño y *Atta* emprenderían el camino de regreso a casa, de regreso a su monasterio. El viaje sería largo, pues el monasterio estaba al norte de la ciudad de Staughton, que se encontraba en la costa occidental. Ellos estaban en la costa oriental del vasto continente de Ansalon y tendrían que viajar a pie. La distancia no lo preocupaba. Cada paso estaría consagrado al dios. Pensó en los trabajos que desempeñaría para ganarse el pan, en las personas que conocería, en las buenas acciones que intentaría hacer a lo largo del camino y el viaje no le pareció largo en absoluto.

—¿Has oído eso? —preguntó Beleño de repente—. Era como un grito.

Rhys no había oído nada aparte del clamor de los truenos, el aullido del viento y el romper de las olas. Pero el kender tenía los sentidos muy despiertos y Rhys había aprendido a confiar en ellos. Se sintió todavía más convencido al ver que *Atta* también había oído algo. Había levantado la cabeza y tenía las orejas tiesas. La perra miraba fijamente hacia fuera, donde arreciaba la tormenta.

—Espera aquí —dijo Rhys.

Salió de la gruta y el viento lo golpeó con tanta fuerza que el mero hecho de estar de pie era un triunfo.

El viento le apartó los largos cabellos oscuros del rostro y le pegó la túnica naranja al delgado cuerpo. El agua salada hacía que le escocieran los ojos y los granos de arena se le clavaban en la piel. Se protegió los ojos con la mano y escudriñó alrededor. Los relámpagos encendían el cielo de forma casi constante. Vio las olas oscuras con la cresta blanca de espuma, las algas que rodaban por la playa vacía empujadas por el viento, pero nada más. Estaba a punto de volver al resguardo de la gruta, cuando oyó el grito. Esta vez venía de detrás de él.

Una ráfaga de viento envolvió a Beleño y el kender retrocedió varios pasos tambaleándose, antes de caer al suelo.

—¡Te dije que esperaras dentro! —gritó Rhys.

—¡Pensaba que se lo decías a *Atta*! —respondió Beleño a gritos. El kender se volvió hacia la perra, que tenía las orejas pegadas a la cabeza por la fuerza del viento. Agitó el dedo ante ella—. ¡*Atta*, quédate dentro!

Rhys estaba sujetando a Beleño, quien trataba de levantarse a pesar del viento sin demasiado éxito, cuando volvió a oír el grito.

—¡Ahí está otra vez! —exclamó Beleño.

—Sí, pero ¿dónde? —contestó Rhys.

Miró a *Atta*. La perra estaba en posición de alerta, con las orejas hacia delante y la cola inmóvil. Tenía la vista clavada en el mar.

Volvió a oírse el grito, agudo y nítido, cortando el aullido del viento. Entrecerrando los ojos para protegerse de la arena y el agua, Rhys volvió a escudriñar la noche.

—¡Bendito sea Majere! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Espera aquí! —ordenó a Beleño, que no tenía muchas otras alternativas, pues cada vez que se levantaba, el viento volvía a tumbarlo.

Bajo el resplandor del último relámpago, Rhys había visto a una pequeña, una niña a juzgar por las dos largas trenzas que el viento hacía danzar delante de su cara, con el agua de aquel mar revuelto por el viento a la altura de la cintura. La perdió un momento en la negrura y rogó que otro relámpago le iluminara. Un manto de luz blanca rosácea encendió el cielo y allí estaba la niña, agitando los brazos y

pidiendo ayuda a gritos. Intentaba alcanzar la orilla con todas sus fuerzas, luchando contra la despiadada corriente que trataba de arrastrarla mar adentro.

Rhys se enfrentó al temporal, secándose el agua salada que le entraba en los ojos, con la mirada fija en la pequeña. La niña no se rendía en su afán por llegar a la playa. Casi lo había conseguido, cuando una enorme ola ribeteada de blanco rompió sobre ella y la pequeña desapareció. Rhys escudriñó la espuma, sin dejar de rezar por que la niña volviera a aparecer, pero no veía nada.

Intentó avanzar más rápido, pero el viento soplaba desde el mar y lo obligaba a retroceder un paso por cada dos que avanzaba. Se forzó a seguir, buscando a la pequeña con la mirada mientras iba acercándose al agua con ímprobos esfuerzos. No veía nada y ya empezaba a temer que el mar se hubiera cobrado su víctima, cuando de repente divisó el cuerpo de la pequeña, oscuro bajo la luz de la luna, tirado en la orilla. Estaba tumbada boca abajo, donde el agua cubría poco, con las trenzas flotando alrededor.

El viento dejó de soplar de forma tan repentina que Rhys, que estaba dedicando todas sus fuerzas para combatirlo, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre la arena húmeda. Miró en derredor con asombro. El último rayo parpadeó y desapareció. Los truenos habían enmudecido. Las nubes de tormenta se habían desvanecido, como si un gigante se las hubiera tragado al respirar. La trémula luz rojiza del amanecer asomaba por el horizonte. En el cielo oscuro que todo lo cubría, seguían haciendo guardia las dos lunas, Lunitari y Solinari.

No le gustaba esa repentina calma. Era como estar en el ojo del huracán. Aunque la tormenta se había aplacado y ya podía verse el cielo azul sobre su cabeza, se sentía como si los dioses estuviesen esperando el azote final de la tormenta, que caería sobre él con toda su fuerza.

Rhys se levantó de su última caída y echó a correr por la orilla húmeda hacia la niña, que yacía inmóvil donde las olas rompían.

Le dio la vuelta y vio que tenía los ojos cerrados. No respiraba. El monje recordó nítidamente aquella vez que estuvo a punto de ahogarse después de saltar desde los acantilados del alcázar de las Tormentas. Zeboim lo había salvado en aquella ocasión y utilizó su misma técnica para tratar de salvar a la niña. Movió aquellos brazos tan pequeños arriba y abajo, mientras rezaba a Majere. La niña tosió y cogió aire en un jadeo. Expulsó el agua del mar y se sentó, sin dejar de toser.

Rhys le dio golpecitos en la espalda. La boca de la pequeña volvió a llenarse de agua salada. Por fin recuperó el aliento.

—Gracias, señor—logró decir con voz entrecortada, justo antes de

desmayarse.

—¡Rhys! —gritó Beleño, mientras corría por la arena, precedido por *Atta*—. ¿La has salvado? ¿Está muerta? Espero que no. No te parece curiosa la forma en que amainó la tormenta...

Beleño llegó junto a Rhys a la carrera, en el preciso momento en que el sol clareaba el horizonte y un rayo iluminaba el rostro de la niña. El kender ahogó un grito y se detuvo de golpe. Se quedó allí de pie, mirándola fijamente.

—Rhys, ¿tú sabes quién...? —empezó a decir.

—¡No hay tiempo para chácharas, Beleño! —lo interrumpió Rhys.

La pequeña tenía los labios azules. Su respiración era entrecortada. No llevaba más que una camisola lisa de algodón, sin zapatos ni calcetas. Rhys tenía que encontrar la forma de hacerla entrar en calor o moriría de frío. Se levantó con el cuerpo inerte de la pequeña entre los brazos.

—Voy a llevarla a la cueva. Hay que encender un fuego para calentarla. A lo mejor encuentras algo de madera seca detrás de las dunas...

—Pero, Rhys, escúchame...

—Te escucharé dentro de un minuto —contestó Rhys, haciendo un esfuerzo por mostrarse paciente—. En este momento, lo que tienes que hacer es encontrar madera seca. Tengo que calentarla...

—Pero Rhys, ¡mírala! —exclamó Beleño, mientras intentaba caminar a su mismo paso—, ¿No la reconoces? ¡Es ella! ¡Es Mina!

—No seas ridículo...

—Claro que no soy ridículo —repuso Beleño con gran seriedad—. Créeme, ojalá lo fuera. Ya sé que esto debe de sonar a cosa de locos, porque la última vez que vimos a Mina ya era mayor y ahora es pequeña. Pero estoy seguro de que es ella. Lo sé porque cuando miro a esta niña, me siento igual que la primera vez que vi a Mina. Lo que siento es tristeza.

—Beleño —insistió Rhys suavemente—, la leña.

—Si no me crees —añadió Beleño—, mira a *Atta*. Ella también la reconoce.

Rhys tenía que admitir que *Atta* estaba comportándose de una forma muy extraña. En condiciones normales, la perra se habría acercado a él dando brincos, impaciente por ayudar, lista para lamer las frías mejillas de la pequeña o empujar con el morro la mano inmóvil, remedios conocidos y reverenciados por todos los perros. Sin embargo, *Atta* se mantenía a cierta distancia. Se erguía con las patas muy tiesas, el pelo del lomo erizado y los colmillos asomando. Los ojos de color castaño de la perra no se despegaban de la pequeña y no eran precisamente amistosos. Gruñó, un sonido profundo que apenas salía de su garganta.

—¡*Atta*! ¡Ya está bien! —le riñó Rhys.

Atta dejó de gruñir, pero no abandonó su postura defensiva. Lanzó una mirada dolida y exasperada a Rhys; dolida porque no confiaba en ella y exasperada porque, por lo visto, no lograba meterle un poco de sentido común en la cabezota.

Rhys bajó la vista hacia la niña que tenía en brazos y le dedicó una mirada larga y atenta. Tendría unos seis años. Era una niña guapa de largas trenzas pelirrojas que le caían por encima del brazo. Tenía el rostro pálido y una nube de pecas le salpicaba la nariz. Hasta ahí, no tenía razones para creer a la perra y al kender. Y entonces la pequeña se estiró y dejó escapar un gemido entre sus brazos. Abrió un poco los ojos, que hasta entonces tenía cerrados, y pudo adivinar el resplandor ámbar detrás de los párpados semicerrados.

La duda se apoderó de Rhys y por un momento se sobresaltó.

—Ya te lo había dicho —dijo Beleño—. ¿A que sí, *Atta*?

La perra gruñó otra vez.

—Si quieres un consejo, vuelve a tirarla al mar —añadió Beleño —. Hace sólo una noche, iba a torturarte porque no sabías decirle quién era, y a *Atta* y a mí nos prometió morir en medio de grandes tormentos. ¿Es que no te acuerdas?

Rhys se repuso de su primera impresión.

—No voy a tirarla al mar. Hay un montón de gente pelirroja.

Siguió caminando hacia la cueva.

Beleño suspiró.

—Ya sabía que no nos escucharías. Voy a buscar leña. Vamos, *Atta*.

El kender echó a andar, sin demasiado entusiasmo. *Atta* lanzó una mirada preocupada a Rhys y luego siguió trotando al kender.

Rhys llevó a la niña al interior de la gruta, de la que no podía decirse que fuera muy acogedora ni que estuviera demasiado seca. El suelo cubierto de rocas seguía húmedo y había charcos por doquier, pero por lo menos estaban protegidos del viento. Con una buena hoguera pronto calentarían la cueva helada.

La niña volvió a revolverse y a gemir. Rhys le frotó las manos frías y peinó los mechones mojados de color rojizo.

—Pequeña —susurró con dulzura—, no tengas miedo. Estás a salvo.

La niña abrió los ojos, unos ojos ambarinos, de ámbar translúcido, ojos de miel, dorados y puros. Eran los mismos ojos de Mina, pero en ellos no había almas atrapadas, tal como había visto en los de Mina.

—Tengo frío —se quejó la pequeña, temblando.

—Mi amigo ha ido a buscar leña para encender una hoguera. En un momento entrarás en calor.

La niña se quedó mirándolo, observando su túnica naranja.

—Eres monje. —Frunció el entrecejo, como si estuviera intentando recordar algo—. Los monjes van por ahí ayudando a la gente, ¿verdad? ¿Vas a ayudarme?

—Claro, pequeña —contestó Rhys—. ¿Qué quieres que haga?

El rostro de la niña se crispó. No estaba despierta del todo y temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. Le apretó la mano con más fuerza.

—Me he perdido —dijo. Empezó a temblarle el labio inferior y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me escapé de casa y ahora no sé volver.

Rhys se sintió aliviado. Beleño se equivocaba. Seguro que la niña era hija de algún pescador. La tormenta la habría sorprendido y la habría lanzado al mar. No podía haber caminado mucho, así que su pueblo no debía de estar muy lejos. Se compadeció de sus padres. Debían de estar desesperados.

—Cuando ya hayas entrado en calor, te llevaré a tu casa, pequeña —prometió Rhys—. ¿Dónde vives?

La niña se acurrucó, temblorosa. Se le cerraron los ojos y bostezó.

—Seguramente nunca hayas oído hablar de ese sitio —respondió con voz somnolienta—. Es un lugar que se llama...

Rhys tuvo que inclinarse para oír su susurro adormilado.

—Morada de los Dioses.

2

Los dioses habían presenciado, debatiéndose entre el asombro y la preocupación, cómo Mina, una mortal, descendía hasta el fondo del Mar Sangriento, cogía la recientemente restaurada Torre de la Alta Hechicería y la arrancaba del lecho marino, entre las olas, para presentársela como regalo a su amante, Chemosh.

Era evidente que Mina no era una mortal. Ninguno de los hechiceros más poderosos de todos los tiempos habría conseguido tamaña proeza, ni tampoco los clérigos con más poder. Sólo un dios era capaz de algo así y desde entonces los dioses estaban inmersos en la confusión y la consternación, tratando de aclarar qué estaba pasando.

—¿Quién es este nuevo dios? —clamaba el resto de dioses—. ¿De dónde viene?

Su temor era que se tratara de algún dios de otro mundo, un intruso que hubiera cruzado los cielos hasta llegar a su mundo.

Sus temores podían ser olvidados. Era uno de ellos.

Majere tenía todas las respuestas.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Gilean al dios monje.

Gilean era el líder de los dioses grises, los dioses de la neutralidad, quienes mediaban entre la luz y la oscuridad. En ese momento los dioses de la neutralidad eran los más poderosos, pues su número se había impuesto tras el exilio voluntario de Paladine, líder de los dioses de la luz, y el destierro de la Reina Takhisis, líder de los dioses de la oscuridad. Gilean tenía el aspecto de un hombre de mediana edad, sabio y erudito, de aguda inteligencia y mirada fría e inmisericorde.

—Desde hace muchos, muchos eones, dios del libro —contestó Majere.

Majere, dios de la sabiduría, vestía una túnica naranja y no llevaba armas. Normalmente tenía un semblante afable y sereno, pero en ese momento reflejaba dolor y arrepentimiento.

—¿Por qué mantuviste un secreto así? —inquirió Gilean.

—No debía ser yo quien lo revelara —repuso Majere—. Di mi juramento solemne.

—¿A quién?

—A quien ya no está entre nosotros.

Los dioses se quedaron en silencio.

—Supongo que te refieres a Paladine —aventuró Gilean—, Pero son dos los dioses que ya no están entre nosotros. ¿Todo esto tiene algo que ver con ella?

—¿Con Takhisis? —preguntó Majere bruscamente. Su tono se

endureció—, Sí, ella fue la responsable.

Chemosh tomó la palabra.

—Las últimas palabras de Takhisis, antes de que el Dios Supremo viniera a llevársela, fueron: «¡Estáis cometiendo un error! Lo que he hecho no puede deshacerse. La maldición está entre vosotros. Destruidme a mí y os destruiréis a vosotros mismos.»

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Gilean, lanzando una mirada fulminante al Señor de la Muerte.

Chemosh era un dios bello y vanidoso, con una espesa melena negra y ojos oscuros, tan fríos y vacíos como las tumbas de los desventurados muertos sobre los que reinaba.

—La Reina Oscura siempre estaba lanzando amenazas. —Chemosh se encogió de hombros—. ¿Por qué esa vez iba a ser diferente?

Gilean no tenía la respuesta. Se quedó en silencio y el resto de los dioses también estaban callados, esperando.

—La culpa es mía —dijo Majere al fin—. Hice lo que era mejor. O eso creía.

Mina yacía tan inmóvil y helada en las almenas... Chemosh quería ir junto a ella, consolarla, pero no se atrevía. No con todos esos dioses observándolo.

—¿Está muerta? —preguntó, dirigiéndose a Majere.

—No está muerta, porque no puede morir. —Majere los miró a todos, uno a uno—. Hemos estado ciegos, pero ahora ya veis la verdad.

—La vemos, pero no la comprendemos.

—Sí la comprendéis —repuso Majere. Entrecruzó los dedos y su mirada se perdió en el firmamento—. No queréis entenderla.

No veía las estrellas. Veía la primera luz de las estrellas.

—Todo empezó al principio de los tiempos. Y empezó con júbilo. —Majere suspiró profundamente—, Y ahora, porque yo no dije nada, terminará con amargo dolor.

—¡Explícate, Majere! —gruñó Reorx, mesándose la larga barba. El dios de la fragua, que tenía el aspecto de un enano en honor de su raza favorita, no se distinguía por su paciencia—. ¡No tenemos tiempo para tus tonterías!

Majere dejó de contemplar el pasado y regresó al presente. Bajó la vista hacia Mina.

—Ella es una diosa que no sabe que lo es. Es una diosa a la que han engañado para que crea que es humana.

Majere se detuvo, como si necesitara recuperar el control sobre sí mismo. Cuando volvió a hablar, la furia daba un tono grave a su voz.

—Es una diosa de la luz, a la que Takhisis burló para que sirviera a la oscuridad.

Se quedó en silencio. Los demás dioses proferían preguntas, exigían respuestas. Mientras tanto, Mina yacía inconsciente en las almenas del castillo de Chemosh, envuelta por la tormenta de furia y desconcierto, por el estallido de las acusaciones y las recriminaciones. Era tal la confusión que cuando Mina despertó, nadie se dio cuenta. Se quedó mirando a esos seres hermosos, deslumbrantes, oscuros y horrorosos que se agitaban en los cielos, que arrojaban lanzas de luz y hacían temblar la tierra con su ira. Les oyó gritando su nombre, pero lo único que entendió fue que todo era culpa suya.

Un recuerdo, un recuerdo vago de un tiempo muy lejano, de mucho tiempo atrás, se abrió camino en la mente de Mina y llevó consigo una terrible certeza.

«Nunca debí despertar.»

Mina se incorporó de un salto y antes de que nadie pudiera detenerla, se arrojó por la almena y se sumergió silenciosamente, sin articular un grito siquiera, en las aguas embravecidas.

Zeboim chilló y corrió al borde del muro para asomarse a las olas. Los vientos huracanados se aferraron a los cabellos de espuma de mar de la diosa y revolvieron la túnica verde alrededor de su cuerpo. Escudriñó el agua batida, pero no vio rastro de Mina. Se dio la vuelta y lanzó una mirada torva a Chemosh, señalándolo acusadoramente.

—¡Está muerta y es por tu culpa! —Hizo un gesto hacia el mar embravecido—, Rechazaste su amor. ¡Los hombres sois unos animales!

—Ahórranos el numerito, bruja del mar —masculló Chemosh—, Mina no está muerta. No puede morir. Es una diosa.

—Tal vez no pueda morir, pero sí puede ser herida —intervino Mishakal con voz suave.

Los vientos huracanados cesaron. Los relámpagos parpadearon y se apagaron. El trueno rodó sobre las olas y se hundió en el silencio.

Mishakal se acercó a Majere. Era la diosa de la curación, la Dama Blanca, como últimamente se la conocía en Krynn, por su túnica de un blanco impoluto y su larga melena blanca. Alargó las manos hacia él. Majere se las tomó y la miró a los ojos con un enorme pesar.

—Sé que mantienes tu voto para proteger a alguien que ya no está —dijo Mishakal—. Tienes mi permiso para hablar.

—¡Lo sabía! —ladró Sargonnas. El dios de la venganza y líder de la oscuridad dio un paso hacia delante. Tenía la cabeza de un toro y el cuerpo de un hombre, pues los minotauros eran su raza elegida—. ¡Esto es una conspiración de los «mira qué bueno soy»! ¡Vamos a descubrir la verdad y vamos a descubrirla ahora mismo!

—Sargonnas tiene razón. El tiempo del silencio ha llegado a su fin —intervino Gilean.

—Hablaré, ya que Mishakal me ha concedido la libertad para hacerlo —dijo Majere.

Sin embargo, no dijo nada, al menos inmediatamente. Se quedó mirando el agua que se había tragado a Mina. Sargonnas dejó escapar un gruñido de impaciencia, pero Gilean le hizo callar.

—Has dicho: «Ella es una diosa que no sabe que lo es. Es una diosa a la que han engañado para que crea que es humana.»

—Es cierto —respondió Majere.

—Y también has dicho: «Es una diosa de la luz, a la que Takhisis burló para que sirviera a la oscuridad.»

—Y eso también es cierto. —Majere miró a Mishakal y esbozó una sonrisa enigmática—. La historia de Mina comienza en la Era del Nacimiento de las Estrellas con la creación del mundo. En aquel tiempo (el primer, último y único tiempo del mundo) todos nosotros nos unimos para utilizar nuestro poder en la creación de una maravilla y un tesoro, este mundo.

Los demás dioses se sumieron en el silencio, recordando.

—En ese momento único de creación, contemplamos a Reorx contener el caos y forjar una gran esfera, en la que separó la luz de la oscuridad, la tierra y el mar, los cielos y la tierra; en ese momento, fuimos uno. Todos nosotros sentimos júbilo. Ese momento de creación dio vida a un ser, un niño de la luz.

—¡No sabíamos nada de eso! —gruñó Sargonnas, atónito y furioso.

—Únicamente tres de nosotros lo sabíamos —replicó Majere—. Paladine, su consorte, Mishakal, y yo. La niña apareció entre nosotros, era un ser resplandeciente, más hermoso que las estrellas.

—Al menor deberíais haberme informado a mí —dijo Gilean, mirando a Mishakal con el entrecejo fruncido.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—No había por qué decírselo a todo el mundo. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Los dioses de la oscuridad jamás habrían permitido que existiera ese nuevo dios de la luz, tan joven, pues podría desequilibrar la balanza. La mera noticia de su nacimiento habría desatado un gran tumulto, que pondría en peligro aquello que habíamos creado con tanto amor.

—Es cierto —convino Zeboim con frialdad—. Totalmente cierto. Yo misma habría estrangulado a ese cachorro.

—Paladine y Mishakal me entregaron a la diosa niña —prosiguió Maje— re—. Me pidieron que la hechizara con un profundo sueño y después la escondiera donde nadie pudiera encontrarla.

—¿Cómo pudisteis soportar el perderla? —preguntó la dulce Chislev, diosa de la naturaleza, con un estremecimiento. Su aspecto era el de una mujer joven, tierna y delicada, con los ojos inocentes de un cervatillo y las afiladas garras de un tigre.

—Nuestro dolor fue tan grande como la vastedad del tiempo —

reconoció Mishakal—, pero no teníamos otra alternativa.

—Cogí a la niña —Majere se preparó para terminar su relato— y la llevé al mar. La acompañé a las profundidades del océano, allí donde nunca ha brillado un rayo de sol. La besé y la acuné hasta que se durmió. Allí la dejé, dulcemente dormida, libre de cualquier sueño que pudiera sobresaltar su descanso. Y allí tendría que haber permanecido hasta el fin de los tiempos, pero Takhisis, Reina de Todos los Colores y de Ninguno, robó el mundo y con él también a la niña.

—Y Takhisis la encontró —dijo Reorx—. Pero ¿cómo, si estaba escondida como tú dices, Majere?

—Cuando Takhisis robó el mundo, creyó, con gran suficiencia, que ella era la única fuerza divina en esa parte del universo. No estoy seguro de cómo descubrió la existencia de la niña, pero puedo imaginarlo basándome en lo que sé de la Reina Oscura. Al principio, después de robar el mundo, se quedó peligrosamente débil. Se ocultó, esperando el momento oportuno, recuperando fuerzas y haciendo planes. Y cuando ya estaba descansada y fuerte de nuevo, abandonó su escondite. Salió con recelo, cautelosa, explorando y tanteando alrededor para asegurarse de que estaba sola en esta parte del universo.

—Y descubrió que no lo estaba —dijo Morgion, dios de la enfermedad, con una sonrisa repugnante.

Majere asintió.

—Sintió la fuerza de otro dios. Apenas puedo imaginar su sorpresa y su furia. No se quedaría tranquila hasta que no encontrara a ese dios y pudiera determinar qué tipo de amenaza suponía para ella. Dado que la fuerza del dios niño resplandecía en su interior, dudo que Takhisis tuviera muchas dificultades en su búsqueda. Encontró al dios y debió de quedarse atónita.

»Pues no había encontrado otro dios que pudiera enfrentarse a ella. Había encontrado un dios niño, inocente, ignorante de su propia naturaleza, un dios de la luz. Y eso le dio una idea...

—¡Zorra estúpida! —insultó Chemosh con crudeza—. ¡Pero qué mujer más estúpida! ¡Tendría que haber previsto lo que iba a suceder!

—¡Bah! —repuso Sargonnas—. La Reina Oscura nunca vio más allá de sus propias narices. Lo único que habrá pensado es que ese dios niño podía resultarle útil. Tendría a Mina bajo su control y la utilizaría para sus propios fines.

—Y se vengaría por última vez de los dioses a los que siempre había odiado —intervino Kiri-Jolith, el dios de las guerras justas. Tenía el aspecto de un caballero con una resplandeciente armadura de plata.

—Takhisis casi logra su objetivo —admitió Majere—. Pero cometió un error, provocado por su terrible deseo de venganza.

Decidió que entregaría el dios niño a su enemiga, la mujer mortal a la que Takhisis siempre había culpado de su caída en la Guerra de la Lanza. Se trataba de Goldmoon. La Reina Oscura hizo que las olas arrastraran al dios niño hasta la costa de la Ciudadela de la Luz.

»Goldmoon había sido sacerdotisa de Mishakal y había llevado a Krynn el poder curativo del misticismo. Era ya una mujer mayor y acogió al dios niño, que tenía el aspecto de una niña de nueve años, en su corazón. Goldmoon la llamó Mina y Takhisis rió ante su triunfo.

»Tal como Takhisis sabía que haría, Goldmoon le enseñó a Mina todo sobre los antiguos dioses, pues la mujer todavía lamentaba su pérdida. Takhisis fue a Mina, que quería mucho a Goldmoon, y prometió concederle el poder para buscar a los dioses y devolverlos al mundo. Todos sabemos lo que pasó después. Mina se escapó del lado de Goldmoon y "encontró" a Takhisis, que estaba esperándola. No quiero imaginar siquiera las terribles torturas y tormentos que Mina habrá sufrido en manos de la Reina Oscura, siempre para "probar su lealtad"..

»Cuando por fin Mina regresó al mundo, había sido moldeada a imagen y semejanza de la Reina Oscura. Takhisis esperaba que Mina cosechara victorias en su nombre. Todos los milagros que Mina hiciera, creería que provenían de Takhisis. Cuando ya era demasiado tarde, Takhisis se dio cuenta de su error. Comprendió su insensatez, como les ocurrió a quienes intentaron lo mismo que ella.

Los demás dioses miraron a Chemosh con expresión acusadora.

—¡Yo no sabía que era una diosa! —gritó el Señor de los Huesos en un tono salvaje—. Takhisis sí lo sabía. Recordad sus últimas palabras: «La maldición está entre vosotros. Destruidme a mí y os destruiréis a vosotros mismos.»

—¡Destruirnos! —La risa de Sargonnas resonó con estridencia por los cielos—. ¿Qué amenaza puede suponer para nosotros esa diosa niñata?

—¿Cómo no va a ser una amenaza? —repuso Mishakal con aspereza. La Dama Blanca se enfureció y su belleza y su poder relumbraron—. En este mismo momento, estáis planeando cómo podéis atraer a Mina hacia vuestro lado, para que la balanza se incline a vuestro favor.

—¿Y tú qué, doña perfecta? —intervino Zeboim airada—. Estás pensando exactamente lo mismo.

—El dios ya está perdido para nosotros. Ahora es una criatura de la oscuridad —afirmó Kiri-Jolith con frialdad.

Mishakal lo miró con los ojos cargados de pesar.

—Existe algo que se llama perdón..., redención.

Kiri-Jolith parecía severo e implacable. No dijo nada, pero sacudió la cabeza con gesto decidido.

—Si es tan peligrosa, ¿qué hay que hacer con ella? —preguntó Chislev.

Los dioses miraron a Gilean esperando su decisión.

—Tiene su propia voluntad —sentenció finalmente—. Su destino está en sus propias manos. Ella misma debe decidir cuál será su sino. Dispondrá del tiempo necesario para pensar y considerarlo. Y durante ese tiempo —añadió, recalcando las palabras con frialdad—, ni la oscuridad ni la luz ejercerán influencia alguna sobre ella.

Una sabia decisión, que, por supuesto, no gustó a nadie.

3

Los dioses empezaron a hablar todos a la vez. Kiri-Jolith insistía en que Mina tenía que ser enviada al destierro, igual que Takhisis. Zeboim protestaba, diciendo que eso no era justo para la pobre niña. Se ofreció a acogerla en su hogar en las profundidades del mar, una oferta en la que nadie confiaba. Insistió a Chemosh para que la apoyara, pero él se negó.

Ya no quería tener nada que ver con Mina. Chemosh lamentaba haberla visto jamás; lamentaba haberse enamorado de ella y haberla hecho su amante; lamentaba haberla utilizado para que lo ayudara a crear a sus nuevos seguidores, los muertos vivientes Predilectos. Habían acabado siendo una gran decepción, pues le eran leales a Mina, no a él. Con gesto distante y desdeñoso, se mantenía aparte de la discusión que enfurecía a los demás dioses. Por eso fue el único en darse cuenta de que los tres dioses de la magia, que hasta entonces habían permanecido en silencio, habían empezado a cuchichear entre ellos.

Solinari, hijo de Paladine y Mishakal, era el dios de la luna plateada, de la magia de la luz. Lunitari, hija de Gilean, era la diosa de la luna roja, de la magia de la neutralidad; mientras que su primo, Nuitari, el hijo de Takhisis y Sargonnas, era el dios de la luna negra, el dios de la magia de la oscuridad. A pesar de tener ideas muy diferentes, los tres primos estaban muy unidos, conectados por su amor a la magia. A menudo desafiaban a sus padres juntos y trabajaban en pos de sus propios fines, lo que estaban haciendo en ese momento, sin duda. Chemosh se acercó un poco, con la esperanza de oír algo de lo que decían.

—¡Así que fue Mina la que sacó la torre del fondo del Mar Sangriento! —decía Lunitari en ese momento—. Pero ¿cómo?

Lunitari vestía la túnica roja elegida por aquellos dedicados a servirle. Había adoptado la forma de una mujer con ojos inquisitivos, siempre estudiándolo todo.

—Su plan era dársela al Señor de los Huesos —explicó Nuitari—. En prueba de su amor.

El vestía túnicas negras y tenía el rostro de una luna llena. Tras sus ojos se ocultaban sus secretos.

—¿Y qué pasa con todos los objetos tan valiosos que hay dentro? —preguntó Solinari en voz baja—. ¿Qué pasa con el Solio Febalas?

Ataviado con su túnica blanca, Solinari era cuidadoso y observador, de gestos y palabras siempre tranquilos, con ojos grises como el humo del fuego que siempre ardía en su luna.

—¿Cómo voy a saber yo lo que habrá pasado con él? —preguntó

Nuitari exasperado—. A mí también me convocaron. Mi ausencia se habría notado demasiado. Pero en cuanto haya terminado la reunión...

Chemosh no oyó el final de la frase. ¡Así que ésa era la razón por la que Mina le había entregado la torre! Él no tenía ningún interés en un viejo monumento a la magia. Lo que ansiaba era lo que descansaba bajo la torre: el Solio Febalas.

Hacía mucho tiempo, antes del Cataclismo, el Príncipe de los Sacerdotes de Istar había recorrido todos los templos sagrados y los santuarios dedicados a los dioses de Krynn y había saqueado los objetos sagrados que consideraba peligrosos. Al principio, sólo se llevó los de los dioses de la oscuridad, pero a medida que su paranoia crecía, ordenó a sus tropas que también allanaran los templos de los dioses neutrales. Por último, tras decidir que retaría a los dioses pues él mismo era un dios, envió a sus soldados a saquear todos los templos de los dioses de la luz.

Los objetos robados fueron llevados a la Torre de la Alta Hechicería de Istar, que en ese momento estaba bajo su control. Colocó todos sus artefactos en lo que bautizó como la Sala del Sacrilegio.

Furiosos por el desafío del Príncipe de los Sacerdotes, los dioses arrojaron una montaña abrasadora sobre el mundo y lo partieron por la mitad. Istar se hundió en el fondo del mar. Si quedaba alguien que recordara la Sala del Sacrilegio, los pocos supervivientes dieron por hecho que había quedado destrozada.

Con el paso de los siglos, los mortales olvidaron la Sala del Sacrilegio. Sin embargo, Chemosh no la olvidó. Siempre se enfurecía al pensar en la pérdida de esos objetos. Podía sentir el poder que emanaba de las reliquias y sabía que en realidad no habían desaparecido. Quería recuperarlos. Se había sentido tentado de ir en su busca durante la Cuarta Era, pero en esa época estaba enredado en un complot con la Reina Takhisis para derrocar a los dioses de la luz y no se atrevía a hacer nada que llamara la atención.

Nunca había tenido la oportunidad de buscarlos. Primero se vio involucrado en la Guerra de la Lanza, después el caos lo había complicado todo y al final Takhisis había robado el mundo. Los objetos de los dioses seguían desaparecidos, hasta que Nuitari había decidido reconstruir en secreto las ruinas de la Torre de la Alta Hechicería que estaban en el fondo del mar. Así había encontrado el Solio Febalas, lo que había despertado los celos y la furia de Chemosh.

Chemosh le había pedido a Mina que entrara en la Sala del Sacrilegio y le llevara los artefactos. Pero ella le había fallado y eso provocó el primer alejamiento entre ellos.

«No te enfades conmigo, mi amado señor. El Solio Febalas es un lugar sagrado. Santificado. El poder y la majestad de los dioses, de

todos ellos, están presentes en la cámara. No pude tocar nada. ¡No osé tocar nada! Lo único que fui capaz de hacer fue caer de hinojos en pleitesía...»

Se había puesto muy furioso con ella. La había acusado de robar los objetos para sí misma. Pero en este momento podía comprenderlo. El poder de los dioses había actuado como un espejo y le había devuelto el reflejo de su propio poder divino, que Mina sentía ardiendo en su interior. Qué confusa debía de haberse sentido, confusa y aterrorizada, abrumada. Había arrancado la torre del fondo del Mar Sangriento para entregársela. Una ofrenda.

Así que, por derecho, la torre era suya. Y precisamente en ese momento no había nadie haciendo guardia. Todos estaban muy ocupados discutiendo qué hacer con Mina. Chemosh se alejó de la acalorada discusión y cruzó velozmente el Mar Sangriento hasta llegar al peñasco en el que se alzaba la torre, que tan poco tiempo atrás podía llamarse submarina.

Chemosh se lanzó al fondo del mar. Una profunda sima señalaba el lugar donde había estado la torre. El lecho del mar había sido arrancado junto con la construcción y así se había formado la isla en la que entonces se alzaba la torre. El agua era tan oscura que ni siquiera unos ojos inmortales podían descubrir sus profundidades. Chemosh no percibió su propio poder emanando de la sima.

Los objetos seguían en el interior de la torre. De esto estaba seguro.

La Torre de la Alta Hechicería, que había yacido en el fondo del Mar Sangriento para después contemplarlo desde su altura, guardaba semejanza con la construcción original. Nuitari la había reconstruido con mucho mimo. Las paredes eran de cristal liso y resplandeciente bajo las gotas de agua. El agua caía de una cúpula de mármol negro y se deslizaba por los muros resbaladizos, con ese movimiento ondulante de las olas plomizas y hoscas que iban a morir a las orillas de la nueva isla. En lo alto de la cúpula, un aro de oro rojo pulido se curvaba con resplandores plateados, bajo la luz de las dos lunas que él mismo representaba. El centro del aro tenía la negrura absoluta que honraba a Nuitari. A través de él, no podían verse los rayos del sol.

Chemosh estudió la torre con los ojos entrecerrados. En su interior vivían dos Túnicas Negras de Nuitari. El dios se preguntó qué habría sido de ellos. Si es que seguían con vida, debían de haber tenido un viaje aterrador. Rodeó la torre hasta que llegó a la puerta, la entrada convencional.

Cuando la torre estaba en Istar y después, en el fondo del mar, únicamente los hechiceros y Nuitari poseían el secreto para acceder al interior. Sólo aquellos que eran invitados podían entrar, y esa norma afectaba también a los dioses. Pero la torre había sido arrebatada de

las manos de Nuitari, se la habían robado en cuanto se había dado la vuelta. Quizá su magia también se hubiera resquebrajado.

Chemosh no perdió el tiempo con la puerta. Podía traspasar las paredes de cristal como si fueran de agua. Empezó a avanzar a través de los brillantes muros negros pero, para su sorpresa, algo le cerraba el paso.

Impaciente, Chemosh empujó las enormes hojas de la puerta para tratar de abrirla. No cedieron bajo su mano. Chemosh perdió los nervios y empezó a darle patadas y a propinarle puñetazos. El dios podría derribar las murallas de un castillo con un simple capirotazo, pero con aquella torre no lograba nada. Las hojas de la puerta se estremecían bajo los golpes, pero seguían intactas.

—Es inútil. No vas a poder entrar. Quien tiene la llave es ella.

Chemosh se volvió y vio a Nuitari, que llegaba caminando por un lado de la torre.

—¿Quién tiene la llave? —quiso saber Chemosh—, ¿Tu hermana? ¿Zeboim?

—Mina, más que idiota —repuso Nuitari—, Y está mandando a sus Predilectos para que la protejan.

El dios de la magia oscura señaló al otro lado del mar, hacia la ciudad de Flotsam. Con su visión inmortal, Chemosh contempló las hordas de personas que saltaban de los muelles, se metían en el agua y se hundían o nadaban entre las olas, que lucían con un resplandor nada tranquilizador, levemente coloreado con una luz ambarina. Aquéllos eran los Predilectos. Tenían el mismo aspecto y actuaban como cualquier persona, caminaban y hablaban como ellas, comían y bebían; pero había una pequeña diferencia.

Estaban muertos.

Al carecer de vida, no conocían el miedo, el cansancio jamás se apoderaba de ellos, no necesitaban dormir y su energía no tenía fin. Los derribabas y volvían a levantarse. Los decapitabas y recogían su cabeza y se la colocaban de nuevo. Chemosh se había enorgullecido de ellos, hasta que se había dado cuenta de que en realidad eran creación de Mina, no suya. A partir de entonces, detestaba su mera presencia.

—El ejército de Mina —confirmó Nuitari, con tono amargo—. Vienen a ocupar su alcázar. ¡Y tú creías que iba a entregártelo!

—No entrarán —dijo Chemosh.

Nuitari se rió.

—Como le gusta decir a nuestro amigo Reorx: «¿Apostamos?» — El dios de la magia hizo un gesto—. En cuanto ella venga y abra las puertas para dejar entrar a sus Predilectos, mis pobres Túnicas Negras se verán sitiados en su propio laboratorio. La torre va a estar atestada de esos demonios suyos.

Bajo la atenta mirada de Chemosh, cientos de muertos vivientes

salieron del agua y se dirigieron directamente hacia las gigantescas puertas.

—¡Pero mira que eres tonto! —exclamó Nuitari, esbozando una sonrisa desdeñosa con sus gruesos labios—. Tenías a Mina en tu cama y la echaste a patadas. Habría hecho cualquier cosa por ti.

Chemosh no respondió. Nuitari tenía razón, maldito fuera. Mina lo amaba, lo adoraba, y él la había abandonado, la había rechazado porque había sentido celos.

No eran celos por otro amante. Eran celos de ella, de su poder.

Los Predilectos la servían a ella, cuando debían servirle a él. Mina le había hecho a él lo mismo que había hecho a Takhisis. Los milagros que había realizado en el nombre de Chemosh eran sus propios milagros. Los hombres rendían pleitesía a Mina, no a él. Los Predilectos estaban sometidos a la voluntad de Mina, no a la suya.

Y, según creía Majere, Mina había hecho todo eso en la más absoluta inocencia. No sospechaba siquiera que ella fuera el dios que había dado a los Predilectos aquella vida espeluznante.

«¡Qué tonto he sido!», se reprochó Chemosh. Pero antes incluso de acabar de pensarlo, ya se le había ocurrido una idea. Recordó la mirada desamparada que le había dedicado antes de lanzarse al mar.

«Todavía me ama. Puedo recuperarla. Con ella a mi lado, puedo suplantar a ese tonto bovino de Sargonnas. Puedo acabar con Kiri-Jolith, imponerme a Mishakal y burlarme del sabelotodo de Gilean. Mina será mi llave a la Sala del Sacrilegio. Podré hacerme con todas las reliquias. Puedo dominar el cielo...»

Lo único que tenía que hacer era dar con ella.

Chemosh dirigió su mirada inmortal al mundo. Vio todos los seres en todos los lugares: elfos y humanos, ogros y kender, gnomos y enanos, peces y perros, gatos y goblins. Su mirada los envolvía, los rodeaba, los estudiaba, a todos al mismo tiempo, todos en una fracción de segundo. Encontró a todos los seres vivos de ese planeta y también a aquellos que no estaban vivos en el sentido usual de la palabra.

Ninguno era ella.

Chemosh estaba desconcertado. ¿Dónde podía estar Mina? ¿Cómo podía ocultarse de él?

No tenía la menor idea y, mientras trataba de desentrañar el misterio, se dio cuenta de que allá, en su castillo, Gilean estaba pidiendo a todos los dioses que juraran que no interferirían en el camino de Mina. Fuera el lugar que fuese el que decidiera ocupar entre los dioses, cualesquiera de los dos bandos al que decidiese unirse, o incluso si abandonaba el mundo, la decisión debía ser sólo suya.

«Si hago el juramento, Gilean se asegurará de que es respetado.

Me prohibirán que intente seducirla.»

Chemosh confiaba en su poder sobre ella. Lo único que tenía que hacer era verla, hablarle, tomarla entre sus brazos...

No podía salir en su busca, no en ese momento, mientras Nuitari lo examinaba igual que una serpiente examina a un ratón, Sargonnas lo escudriñaba con sombrío recelo y Gilean exigía que todos los dioses hicieran el juramento. Quizá Chemosh no pudiera ir en busca de Mina, pero había alguien a sus órdenes que sí podía. Por suerte, todavía le quedaba un poco de tiempo. Los dioses de la magia querían saber por qué también ellos tenían que prestar juramento.

Chemosh lanzó una llamada. Su pensamiento voló raudo por el castillo hasta Ausric Krell, el antiguo Caballero de la Muerte al que Mina había condenado a recuperar su condición humana. Chemosh tenía que darse prisa. Debía darle la orden de encontrar a Mina antes de prestar juramento. No podrían echarle la culpa a él si era Mina quien acudía a su lado por su propia voluntad.

Qué importancia podía tener un empujoncito a su favor.

—Nosotros no deberíamos prestar juramento —argumentaba Nuitari—. Ni siquiera habíamos nacido cuando ese dios niño fue creado.

—A nosotros Mina no nos interesa nada —lo apoyó Lunitari.

—No tiene nada que ver con la magia. Dejadnos al margen de todo este asunto —añadió Solinari.

—Pero ella tiene algo que sí os interesa —repuso Morgion, el dios de la enfermedad, con su voz ronca y achacosa—. Mina tiene en su poder una Torre de la Alta Hechicería. ¡Y no os permite entrar!

—¿Es cierto eso? —preguntó Gilean, con gesto preocupado.

—Sí —reconoció Solinari—. Pero aunque nos obliguéis a prestar juramento, consideramos justo que se nos permita recuperar la torre, ya que es indiscutiblemente nuestra y, en pocas palabras, ella la ha robado.

—El lloriqueo de los perdedores —se burló Hiddukel.

—Yo tengo tantos derechos sobre esa torre como ellos —declaró Zeboim—. Al fin y al cabo, está en mi océano.

—Fui yo quien la construyó —se defendió Nuitari, furioso—. ¡La levanté de entre las ruinas quemadas! Y tenéis que saber todos —añadió, lanzando una mirada torva a Chemosh— que dentro de la torre, en sus profundidades, está el Solio Febalas, la Sala del Sacrilegio. Dentro de la sala se guardan muchos artefactos y reliquias sagradas, que se creían perdidos durante el Cataclismo. De hecho, vuestros artefactos y reliquias sagradas.

Los dioses habían dejado de sonreír. Miraban a Nuitari con expresión atónita.

—Tenías que habernos dicho que había aparecido la sala —dijo

Mishakal, ardiendo de furia con sus llamas blancas.

—Y vosotros teníais que habernos hablado de Mina —repuso Nuitari. Cruzó las manos sobre su túnica negra—. Creo que así quedamos empatados.

—¿Nuestros objetos benditos están a salvo? —preguntó Kiri-Jolith.

—No lo sé —contestó Nuitari, encogiéndose de hombros—. Lo estaban, mientras la torre estaba bajo mi control. Ahora ya no respondo por ellos. Menos aún, después de que los Predilectos ocuparan la torre.

Los dioses volvieron la vista hacia Chemosh.

—¡Eso no es culpa mía! —exclamó el dios—. ¡Esos seres macabros son obra de ella, no mía!

—¡Basta! —intervino Gilean—, Lo único que demuestra todo esto es que es más importante que nunca que todos sin excepción prestemos juramento. ¿O acaso alguno de vosotros está dispuesto a correr el riesgo de que otro pueda tener éxito donde él ha fracasado?

Los dioses rezongaron, pero al final todos se mostraron de acuerdo. No les quedaba otra opción. Se veían obligados a prestar juramento aunque sólo fuera para asegurarse de que los demás también lo hacían. Quizá, para sus adentros, todos estuvieran pensando cómo tergiversarlo o, al menos, hacer que la balanza se inclinara un poco a su favor.

—Apoyad las manos sobre el Libro —indicó Gilean e hizo que el volumen sagrado se materializara— y jurad por vuestro amor al Dios Supremo, que nos creó, y por vuestro temor al Caos, que nos podría destruir, que no vais a amenazar, adular, seducir, rogar o negociar con la diosa conocida como Mina, con el fin de influir en su decisión.

Todos los dioses de la luz pusieron una mano sobre el Libro y lo mismo hicieron los dioses de la neutralidad. Cuando llegó el turno a los dioses de la oscuridad, Sargonnas colocó la mano dando un golpe sordo, al igual que Morgion. Zeboim vaciló.

—Yo estoy segura, mi única preocupación —dijo la diosa, enjugándose con delicadeza uña lágrima salada que se asomaba a su ojo— es esa pobre niña desgraciada. Para mí es como una hija.

—Limítate a jurar de una vez, maldita sea —gruñó Sargonnas.

Zeboim reprimió un sollozo y puso la mano sobre el Libro.

A continuación, el último de todos, llegó Chemosh.

—Yo también lo juro.

4

La muerte había abandonado a Ausric Krell y él quería que regresara. Krell había sido un poderoso Caballero de la Muerte. Por una maldición de Zeboim, la diosa del mar, había conocido la inmortalidad. El caballero podía causar la muerte pronunciado una sola palabra. Resultaba tan aterrador y espeluznante, siempre embutido en la armadura negra y el yelmo con el cráneo del carnero, que incluso algunos miserables habían caído muertos de pavor ante la mera visión de tan terrible personaje.

Pero las cosas habían cambiado. Cuando se miraba al espejo, el cristal ya no le devolvía el resplandor rojo de la mirada de los muertos vivientes. Lo que veía era un hombre de mediana edad que lo estudiaba con los ojos entrecerrados y una mirada estúpida. El rostro embrutecido tenía las mejillas gordas y una expresión hosca. Del cuerpo fofo y barrigudo salían las extremidades, largas y delgadas. Había habido un tiempo en que Krell, el Caballero de la Muerte, reinaba sin oposición ninguna en el alcázar de las Tormentas, una recia fortaleza al norte de Ansalon. (Al menos, así era como él lo recordaba. En realidad, había estado prisionero en el alcázar y aquel lugar le había resultado odioso, pero no tanto como su situación actual.)

Entre todos los muertos vivientes que vagan por Krynn, un Caballero de la Muerte es el más temible. Malditos por los dioses, los Caballeros de la Muerte están obligados a existir en el mundo de los vivos, quienes los detestan, a pesar de que los malditos los envidian con todas sus fuerzas. Los Caballeros de la Muerte no duermen ni encuentran descanso. Están prisioneros en su propia inmortalidad, condenados a recordar una y otra vez los crímenes y las pasiones perturbadas que los condujeron a su miserable condición, hasta que alcanzan el arrepentimiento y su alma puede proseguir hacia el siguiente estado de su viaje.

Al menos, eso era lo previsto por los dioses.

Por desgracia, el plan no había funcionado con Krell. En vida, había sido un traidor, un asesino y un ladrón. Había embaucado, engañado, destruido y traicionado a todo aquel que una vez había confiado en él. Carente de un gran intelecto, Krell se había valido de las artimañas más bajas y ruines, de una falta total de conciencia y de la fuerza bruta para abrirse camino en la vida, cargado de maldades. Krell era un matón y, como todos los matones, había vivido todos los días de su existencia aterrorizado en secreto y había encontrado la muerte como un cobarde, entre gritos, a manos de la diosa del mar, Zeboim, que jamás le perdonaría que hubiera asesinado a su querido

hijo.

Zeboim consideraba que el tormento de Krell había sido demasiado breve, por lo que lo condenó a convertirse en un Caballero de la Muerte, con el propósito de que sufriera por toda una eternidad. Sin embargo, para ira de la diosa, Krell había disfrutado de su condición de muerto viviente. Administraba su poder letal con cruel regocijo. Se convirtió en el sueño de todo matón, y descubrió el placer de torturar y aterrorizar antes de matar a esos pobres mortales que eran lo suficientemente necios o valientes para cruzarse en su camino. Y podía aplicar todos aquellos tormentos sin el temor constante de que alguien más grande y fuerte le hiciera lo mismo a él.

De todos modos, era cierto que Zeboim seguía siendo esa espinita que tenía clavada, aunque ahora fuera en el hueso. Pero por fin Krell había dado con la solución a su problema. Había jurado servir a Chemosh, el Señor de la Muerte, y a cambio Chemosh le había ofrecido protección contra la diosa del mar.

Pero todo aquello había terminado. Esa maldita zorra, Mina, le había arrebatado la muerte. Todavía no lograba entender lo que había sucedido. Estaba a punto de partirle el cuello. Todo parecía tan sencillo. La mujer se había enfrentado a él con una fuerza animal y, de alguna manera (todavía no estaba seguro de cómo había pasado), lo había condenado a volver a la vida.

Krell no sólo estaba vivo, sino que estaba prisionero en su habitación del castillo de Chemosh, pues no se atrevía a salir por culpa de los Predilectos que vagaban por el lugar y que estaban impacientes por matarlo de la forma más dolorosa posible. Krell oía el clamor de los dioses al otro lado de la ventana, pero estaba demasiado ocupado en lamentarse de su destino como para prestar atención a la discusión.

Krell era lo suficientemente fuerte y despiadado para desafiar a la mayor parte de los humanos, pero no podía enfrentarse a los Predilectos, esos muertes vivientes abyectos que recorrían el castillo sin dejar de llorar por

Mina. Ninguna arma podía matar a un Predilecto, al menos ninguna que Krell conociera. Había intentado partirlos en dos con su espada. Los había tumbado a puñetazos e incluso se había enfrentado a ellos con el increíble poder mágico que poseía, pero todo había sido inútil. Partidos en dos, volvían a unir sus dos mitades y se desprendían de la magia con la misma facilidad con la que un pato se sacude el agua. Y en su nuevo estado, los Predilectos podían matarlo. Es más, parecía que le guardaban un rencor especial. Tuvo que estrangular a un par para abrirse camino hasta su habitación y a duras penas había logrado salvar la vida. En ese momento acechaban al otro lado de la puerta y lo habían convertido en prisionero de su propio dormitorio.

Mientras tanto, al otro lado de la ventana, los dioses bramaban.

Algo de que Mina era un dios... Krell resopló y pensó sobre ello. Era cierto que ella le había hecho eso, le había arrebatado su poder, pero estaba seguro de que detrás de todo estaba Zeboim. Las dos estaban juntas en ese asunto. Era una conspiración contra él. Pero pensaba devolvérsela a la diosa del mar, y a esa zorra de Mina también.

Aquéllos eran los pensamientos cargados de deseos de venganza de Krell, mientras estaba sentado en su habitación envuelto en una manta para entrar en calor, ya que su magnífica y deslumbrante armadura había desaparecido. Estaba pensando con brutal placer en lo que haría a Mina cuando por fin lograra ponerle las manos encima, cuando una voz interrumpió sus sangrientas divagaciones.

—¿Quién está ahí? —gruñó Krell.

—Tu señor, idiota-respondió Chemosh.

—Mi señor —dijo Krell, pero con un tono despectivo.

En el pasado se habría postrado, pero ese día no estaba de humor para jugar al adorador de dioses. Que Chemosh se ocupara de sus propios asuntos. ¿Qué había hecho el dios por él? Nada. Hasta podría darse el caso de que el Señor de la Muerte estuviera en el complot para destruirlo.

—Ya está bien de estar ahí sentado autocompadeciéndote —dijo Chemosh con frialdad—. Tienes que encontrar a Mina.

Si había alguien que quisiera encontrar a Mina, ése era Ausric Krell. Estuvo a punto de incorporarse de un salto ante la oportunidad que se le brindaba, pero se reprimió. Había vuelto el Krell de las ruines artimañas. En la voz de su señor podía adivinarse cierta urgencia, quizá incluso desesperación. Krell podía aprovechar la situación para negociar un poco. Al fin y al cabo, él estaba en la posición de poder. No tenía nada que perder.

—Ahora dicen que esa Mina es un dios, mi señor —apuntó Krell —. Y yo no soy más que un pobre y débil mortal. —Al hablar, hacía rechinar los dientes.

—Hazlo por mí y te convertiré en uno de mis clérigos, Krell. Te concederé poderes sagrados...

—¡Un clérigo! —exclamó Krell con disgusto—. No quiero ser uno de vuestros clérigos llorosos, corriendo de un lado a otro con la túnica negra y cara de miedo.

—No me busques, Krell...

—¿O qué me haréis? —respondió Krell, enfadado—. Vos habéis sido el que ha acudido a mí en busca de ayuda, mi señor. Si queréis que os ayude, convertidme otra vez en Caballero de la Muerte.

—No puedo «convertirte» en Caballero de la Muerte así sin más —contestó Chemosh con impaciencia—. No es como quien se cambia

de ropa. Es mucho más complicado, se necesita una maldición...

—Pues entonces id vos mismo a buscar a Mina —contestó Krell, hosco.

Encorvado bajo la manta, se acercó renqueando a la cama y se sentó.

—No puedo convertirte en Caballero de la Muerte, pero te prometo los poderes de un Acólito de los Huesos —ofreció Chemosh.

—¿Un «acó» qué? —preguntó Krell con recelo.

—¡Ahora no tengo tiempo para explicártelo! En este momento, estoy bastante ocupado. Me obligan a que preste un juramento divino. Pero vas a ser muy poderoso. Lo prometo.

Krell lo pensó un momento. Chemosh tendría que cumplir su palabra si quería que él cumpliera la misión.

—Está bien —aceptó Krell a regañadientes—. Convertidme en un Acólito de Hueso o como se diga. ¿Dónde encuentro a Mina?

—No tengo la menor idea. Saltó al mar desde las almenas.

—Entonces, lo que queréis es recuperar su cadáver, ¿verdad, señor? —Krell estaba decepcionado.

—¡Es una diosa, idiota! ¡No puede morir! Por la calavera, ¡acabaría antes mandándoselo a la escoba! Tengo que irme ya...

—Pero ¿por dónde debería empezar a buscar, mi señor? —preguntó Krell, pero no recibió respuesta alguna.

No obstante, Krell ya tenía una idea. Se trataba del monje de Mina, el que había encontrado en la gruta. En un primer momento, Krell había creído que el monje era su amante. Pero ya no estaba tan seguro. De todos modos, parecía que Mina sentía un interés especial por él. Se había escabullido del castillo de Chemosh para reunirse con él en secreto en la gruta. Era poco probable que el monje se hubiera ido a ningún sitio.

Krell se levantó y entonces se dio cuenta de que no era muy buena idea enfrentarse a Mina envuelto en una manta.

—¡Mi señor! —gritó Krell—. ¡Un Acólito de los Huesos! ¿Os acordáis?

Chemosh se acordaba perfectamente. Concedió a Krell los poderes de un Acólito de los Huesos y, aunque no eran tan impresionantes como cuando había sido un Caballero de la Muerte, Krell quedó satisfecho con los resultados.

5

Beleño entró en la gruta, tambaleándose debajo de un montón de leña. La dejó caer en el suelo y después se quedó mirando fijamente a la niña, que yacía inmóvil sobre las piedras frías, mientras Rhys le frotaba las manos heladas para intentar que entrara en calor. *Atta* entró trotando, olfateó a la pequeña, dejó escapar un gruñido y se retiró a la otra esquina de la cueva.

—Necesitamos yesca para encender el fuego —dijo Rhys—, A lo mejor sirven unas algas. Si pudieras darte prisa...

Mascullando para sí, Beleño llamó a *Atta* y los dos volvieron a salir. Rhys esperaba que no perdieran el tiempo. Sentía la piel de la niña fría y húmeda, los latidos de su pequeño corazón eran lentos y débiles, y tenía las uñas y los labios azulados.

La habría envuelto en su propia túnica, pero estaba tan mojada como el blusón de algodón que llevaba ella.

Paseó la mirada por la gruta, que había sido un santuario de Zeboim. En el extremo más lejano se alzaba un altar dedicado a la diosa. No le había prestado demasiada atención cuando el minotauro lo había llevado allí. Tenía asuntos mucho más acuciantes de los que preocuparse, como el hecho de estar encadenado a la pared o de que lo amenazaran con despiadadas torturas y la muerte. Pero en ese momento, con la esperanza de encontrar algo que pudiera servirle, se apartó de la pequeña y avanzó hacia el fondo de la cueva para observar el altar desde más cerca.

Estaba toscamente tallado en una sola pieza de granito con vetas negras y rojas.

Alguien había colocado cuidadosamente una caracola sobre el altar, adornado con una pieza de seda desgastada de color verde mar. Después de susurrar para sí una oración de agradecimiento a Majere y otra pidiendo perdón a Zeboim por profanar su altar, Rhys levantó la caracola, cogió la tela y volvió a colocar cuidadosamente la concha.

Rhys quitó a la niña el blusón empapado, la frotó con la tela hasta que estuvo seca y la envolvió en ella. La pequeña asomaba entre los pliegues como si estuviera dentro del capullo de seda con el que habían hilado la ofrenda a la diosa. La niña dejó de tiritar. Un leve color le iluminó las mejillas y se borró el azul de sus labios.

—Gracias, Zeboim —dijo Rhys en voz baja.

—No puedo decirte que de nada-contestó la diosa del mar, de repente—. Por lo menos no te olvides de limpiar la tela y ponerla en su sitio cuando hayas terminado.

Zeboim entró en la gruta muy silenciosamente para lo que era costumbre en ella, envuelta únicamente por una suave brisa que

agitaba su túnica de un color verde azulado y ribeteada de espuma a la altura de los pies desnudos. Dedicó una mirada a la niña que estaba en el suelo, sin demasiado interés.

—¿De dónde has sacado a esa niña medio ahogada?

—La encontré en la orilla durante la tormenta, el agua la había arrastrado hasta allí —contestó Rhys, observando a la diosa con detenimiento.

—¿Quién es? —preguntó Zeboim, aunque no parecía importarle demasiado.

—No tengo la menor idea —respondió el monje. Se quedó callado un momento, y después añadió en voz baja—: ¿La conocéis, majestad?

—¿Yo? No, ¿por qué iba a conocerla?

—Por nada, majestad —dijo Rhys, con un suspiro de alivio. Beleño debía de estar equivocado.

Zeboim dio una zancada por encima de la niña y se arrodilló delante de Rhys. Alargó la mano y le acarició la mejilla.

—¡Mi querido monje! —dijo con voz dulce—, ¡Me alegra tanto ver que estás sano y salvo! La preocupación me consumía por dentro.

—Os agradezco que os preocupéis por mí, majestad —repuso Rhys débilmente—. ¿En qué puedo serviros?

—¿Servirme? —Zeboim estaba consternada—. No, no. Sólo vine para interesarme por tu salud. Dónde está tu amigo, ese... hm... ese pequeño kender encantador. Y el chucho. Perro. El perro, quería decir. Ese perro precioso. Mi querido monje, estás tan mojado y con tanto frío. Deja que te caliente.

Zeboim fue de un lado a otro alrededor de Rhys. Después de secar la túnica con un simple toque de su mano, la diosa prendió el montón de leña con un chasquido de dedos. Mientras tanto, Rhys la observaba en silencio, sin dejarse engañar por sus lisonjas. La última vez que había visto a la diosa del mar, ésta le había asegurado que estaría encantada de presenciar cómo moría a manos de Mina.

—Así. Mucho mejor, ¿verdad? —preguntó Zeboim, solícita.

—Gracias, majestad —contestó Rhys.

—Si hay cualquier otra cosa que pueda hacer por ti...

—Quizá decirme por qué habéis venido —sugirió Rhys.

Zeboim pareció molestarse.

—Está bien —dijo con voz cortante—. Ya que quieres saberlo, estoy buscando a Mina. Se me ocurrió que podía haber acudido a ti, ya que parecía encontrarte interesante. No soy capaz de explicármelo. Yo te encuentro tan anodino como el agua de fregar los platos. Pero Mina no dejaba de hablar de ti y pensé que podría estar aquí.

Recorrió la gruta con la mirada y se encogió de hombros.

—Por lo visto, estaba equivocada. Si la ves, tienes que decírmelo. Por todos esos grandes momentos que compartimos...

Cuando ya se iba, sus ojos volvieron a posarse en la niña envuelta en la tela del altar. Zeboim se detuvo, sin dejar de mirarla.

La pequeña estaba tumbada sobre un costado, acurrucada hecha un ovillo. El rostro se ocultaba debajo de la seda, pero las trenzas pelirrojas y despeinadas podían verse perfectamente, iluminadas por las llamas. La diosa miró a la niña y luego a Rhys.

Zeboim ahogó un grito. Se agachó rápidamente sobre la niña. La diosa del mar cogió la tela del altar y la retiró bruscamente del rostro de la pequeña. Después cogió a la niña por la barbilla y le giró la cabeza hacia la luz de la hoguera. La niña se despertó con un grito.

—¡Parad! —exclamó Rhys ásperamente, interponiéndose entre ellas—. ¡Estáis haciéndole daño!

Zeboim se echó a reír descontroladamente.

—¿Haciéndole daño? ¡No le haría daño ni aunque le clavara una daga en el corazón! ¿Esto lo ha hecho Majere? ¿Acaso cree que puede ocultármela con este disfraz tan tonto... ?

—Majestad... —empezó a decir Rhys.

—¡Ay! —exclamó Zeboim, retirando la mano. Bajó la vista hacia la niña, perpleja—. ¡Me ha mordido!

—¡Y si vuelves a acercarte, te muerdo otra vez! —gritó la niña—. ¡No me gustas! ¡Vete!

Se ajustó bien la tela alrededor del cuerpo, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Zeboim se chupó la sangre que le manaba de la mano y miró a la niña fijamente.

—¿No me conoces, pequeña? —preguntó—. Soy Zeboim. Tú y yo somos amigas.

—Nunca antes te había visto —repuso la niña.

—Majestad —dijo Rhys, nervioso—, ¿quién es esta niña? Parece que la conocéis.

—No juegues conmigo, monje —contestó Zeboim.

—No estoy jugando con nadie, majestad —respondió Rhys con total sinceridad.

Zeboim desvió los ojos hacia él.

—Estás diciendo la verdad. Realmente no lo sabes. —Hizo un gesto hacia la niña dormida—. Es Mina. O más bien debería decir que era Mina. No tengo la menor idea de quién cree que es ahora.

—No lo entiendo, majestad.

—No eres el único —repuso la diosa con tono grave—. ¿Dónde la encontraste?

—Estaba en el mar durante la tormenta. Estuvo a punto de ahogarse...

—¿En el mar? —repitió Zeboim. Después, añadió en un murmullo —: ¡Claro! Saltó al mar desde la muralla. Y vino a ti, el monje que la

conocía...

—Majestad —dijo Rhys—, necesito que me digáis qué está pasando.

Zeboim lo miró.

—Mi querido monje. Sería tan divertido marcharme y dejarte dando vueltas en la más absoluta ignorancia, pero ni siquiera yo soy tan cruel. No tengo tiempo para los detalles, pero te contaré esto. Esta niña, esta pequeña, esta Mina es una diosa. Es una diosa que no sabe que lo es, una diosa a la que Takhisis engañó para que creyera que era una humana. Lo que es más, es una diosa de la luz a la que han burlado para que sirva a la oscuridad. ¿Por ahora me sigues?

Rhys la miraba fijamente, estupefacto.

—Ya veo que no. —Zeboim se encogió de hombros—. Bueno, tampoco importa demasiado. Estás unido a ella. Como iba diciendo, la pobre Mina tuvo la desgracia de enamorarse de Chemosh y, como hacen todos los hombres, él le rompió el corazón. Mina intentó recuperarlo entregándole un regalo. Arrancó la Torre de la Alta Hechicería de las profundidades de mi mar y la puso en esa isla que está ahí. Todos nos quedamos asombrados. Para la mayoría de nosotros, aquél era el primer indicio de que era un dios. Majere ya lo sabía, por supuesto.

—No me lo creo... No puedo creérmelo... —Rhys se interrumpió, al recordar el nombre del lugar al que se había referido como su hogar —, Si lo que decís es cierto, majestad, ¿cómo ha podido llegar a convertirse en esto? ¿Una niña?

—Sólo los dioses lo saben —contestó Zeboim—. No, espera. Lo retiro. Nosotros los dioses no tenemos la menor idea. Crees que estoy mintiendo, ¿no es así?

Rhys se sentía avergonzado.

—Majestad...

Zeboim lo agarró por el brazo y clavó las uñas a través de la tela de la túnica, hasta hundirse en la carne. Le miró fijamente a los ojos, más allá de los ojos, a la mismísima alma.

—Puedes creerme o no, tú eliges —le dijo entre dientes—. Como ya he dicho, eso no importa demasiado. Mina acudió a ti. Lo que quiero saber es... ¿por qué? ¿La envió a ti Majere? Todos nosotros prestamos juramento. Se supone que no vamos a interferir. ¿Majere ha roto el juramento?

En ese momento, Rhys comprendió que Zeboim decía la verdad y le recorrió un escalofrío. Apartó la mirada de la diosa y la dirigió al pequeño bulto de la niña acurrucada, envuelta en una tela desgastada, dormida sobre el suelo frío y húmedo de una cueva; y la recordó luchando contra las olas de la tormenta provocada por los dioses. No entendía cómo funcionaban las cosas en el cielo, pero sí que sabía un

par de cosas sobre el sufrimiento de los mortales.

—A lo mejor vino porque estaba sola y asustada —dijo Rhys— y necesitaba un amigo.

Zeboim despedazó a Rhys con la mirada, examinó cada trozo y después lo lanzó lejos de ella. El monje se apoyó tambaleante sobre la pared de piedra.

—Pues buena suerte con tu nueva amiguita, monje.

La diosa del mar desapareció en una ráfaga de viento y lluvia.

Aturdido, Rhys bajó los ojos hacia la niña.

—Majere —rogó, atribulado—, ¿es vuestra voluntad que yo deba encargarme de este cometido?

—¡Rhys! —aulló una voz. Rhys se sobresaltó un momento, hasta que se dio cuenta de que era la voz de Beleño.

—¡Rhys! ¿Es seguro entrar a la cueva? —el kender gritaba desde fuera de la gruta—. ¿Zeboim se ha ido?

—Ya se ha ido. —«Por el momento», añadió Rhys mentalmente, pues estaba seguro de que aquéllas no serían las últimas noticias que tendrían de la diosa.

Beleño entró con precaución, escudriñando las sombras, como si estuviera seguro de que la diosa podía abalanzarse sobre él en cualquier momento. Entonces vio el fuego y chasqueó los dedos.

—Vaya, sabía que se me olvidaba algo. Se suponía que tenía que ir a buscar yesca...

—Ya no hace falta —contestó Rhys, con una sonrisa.

—Sí, eso ya lo veo. Me imagino que me olvidé de la yesca de lo nervioso que me puse cuando encontré otra cosa. No quería meterla en la cueva mientras estuviera ya sabes tú quién. Pero como se ha ido, voy a buscarla.

Salió corriendo de la gruta y volvió con una rama larga y delgada que el mar había arrastrado. La sostuvo en alto, orgulloso.

—La encontré tirada en la orilla. ¿No te recuerda a tu antiguo bastón? El emético o como se llame. Bueno, *Atta* y yo pensamos que podías utilizarlo.

—El emmide —le corrigió Rhys en voz baja.

Cogió el viejo bastón y cerró los dedos alrededor de la madera. Sintió que una calidez agradable le subía por el brazo y se extendía por todo su cuerpo. Y envuelto en esa calidez, oyó la voz del dios y supo la respuesta de Majere.

Rhys apoyó el cayado en la pared y extendió la camisola mojada de la niña cerca del fuego, para que se secara. La pequeña dormía profundamente, con la respiración pausada y regular. Rhys se dejó resbalar hasta el suelo y se recostó en la pared. Estaba agotado, tanto física como mentalmente. No se acordaba siquiera de la última vez que había dormido.

—Oí a Zeboim gritándote. ¿Qué quería? —preguntó Beleño.

—*Atta* y tú teníais razón. Esta niña es Mina —dijo Rhys. Cerró los ojos.

—¡Vaya! —exclamó Beleño, casi sin aliento.

Se desprendió de todas sus bolsas, después se quitó las botas, vació el agua que llevaban dentro y las acercó a las llamas, para que se secaran.

—Mis botas siguen oliendo a cerdo salado —dijo el kender—. Lo que me recuerda que la cena ya ha quedado muy lejos. Me pregunto si habrá sobrado algo de cerdo.

Se acercó a la bolsa de cerdo salado que les había dejado el minotauro por todo alimento y miró dentro. *Atta* lo observaba esperanzada. El kender sacudió la cabeza y la perra agachó las orejas.

—Vaya, bueno. Supongo que podemos esperar hasta la hora de comer, ¿verdad, chica? —dijo Beleño, dándole una palmadita—. Oye, Rhys, ¿Zeboim te dijo cómo se había convertido Mina en una niña pequeña? Había oído historias de gente que envejece diez años en una sola noche, pero nunca al revés. ¿La diosa tuvo algo que ver en eso? ¿Ella hizo algo? ¿Rhys?

El kender le pegó un codazo.

—Rhys, ¿estás dormido?

—¿Qué? —Rhys se despertó sobresaltado.

—Perdona —se disculpó Beleño arrepentido—. No quería despertarte.

—No pasa nada. Yo no quería quedarme dormido. ¿Qué me habías preguntado? —respondió Rhys con gran paciencia.

—Te estaba preguntando si fue Zeboim quien hizo esto. Parece que le gusta mucho achicar a la gente. —El kender todavía estaba molesto por la vez en que la diosa lo había reducido al tamaño de una pieza de khas y lo había metido en la bolsa de Rhys. Después, los había mandado a los dos a luchar contra un Caballero de la Muerte.

Rhys negó con la cabeza.

—La diosa del mar se quedó atónita al ver a Mina en el cuerpo de una niña.

—Y entonces, ¿qué dijo que había pasado?

—Según Zeboim, Mina es una diosa que no sabe que lo es. Una diosa a la que Takhisis ha engañado para que crea que es humana. Mina es una diosa de la luz a la que han burlado para que sirva a la oscuridad.

Beleño observó a Rhys con los ojos entrecerrados.

—¿Te diste otro golpe en la cabeza?

—Estoy bien —le aseguró Rhys.

—Mina, una diosa. —Beleño resopló—. Si quieres saber mi opinión, todo eso no es más que una sarta de tonterías. Zeboim hizo

esto. Convirtió a Mina en una niña y nos la mandó para molestarnos.

—Me parece que no —repuso Rhys con voz tranquila—. Mina se despertó mientras tú no estabas. Me dijo que se había escapado de su casa y me pidió que volviera a llevarla allí.

A Beleño aquello le pareció una noticia estupenda.

—¿Lo ves? ¿Adonde quiere ir la niña? ¿A Flotsam? No está lejos, sólo hay que subir la costa. Seguramente el mar la arrastró...

—Morada de los Dioses —lo interrumpió Rhys.

Beleño enarcó las cejas.

—¿«Morada de los Dioses»? Eso no es un lugar. Nadie vive en la Morada de los Dioses a no ser los...

Tragó saliva y abrió los ojos como platos. Lanzó un silbido bajo que hizo que las orejas de *Atta* se atiesaran.

—No creo que Zeboim le mandara decir eso —añadió Rhys con un suspiro.

Beleño miró a Mina y se mordió el labio inferior. De repente, tuvo una idea.

—Apuesto que la oíste mal. Apuesto algo a que ha dicho la «Morada de las Coces».

—¿«Morada de las Coces»? —repitió Rhys, sonriendo—. Nunca he oído hablar de ese sitio, amigo mío.

—Tú no lo sabes todo —declaró Beleño—, ni aunque seas un monje. Hay montones y montones de sitios de los que nunca has oído hablar.

—De Morada de los Dioses sí que he oído hablar —contestó Rhys.

—¡Deja de decir eso! —ordenó Beleño—, Ya sabes que no vamos a ir ahí. Es imposible.

—¿Por qué? —Rhys volvió a bostezar.

—Veamos. Para empezar, porque nadie sabe dónde está Morada de los Dioses, o ni siquiera si ese sitio existe. Para continuar, porque si Morada de los Dioses está en algún sitio, está cerca de Neraka y ése es un sitio malo, muy malo. Y para terminar, si Morada de los Dioses está cerca de Neraka, eso significa muy lejos de aquí, directamente en el otro extremo del continente, y tardaríamos meses, quizá años, en recorrer...

Beleño se detuvo.

—¿Rhys? ¡Rhys! ¿Estás escuchando mis argumentos?

Rhys no estaba escuchando nada. Recostado contra la pared, tenía la cabeza echada hacia delante, con la barbilla apoyada sobre el pecho. Estaba dormido, completamente dormido, tan profundamente dormido que ni la voz del kender ni un par de codazos en el brazo podían despertarlo.

Beleño suspiró y después se levantó. Se acercó a la niña, tan pequeña, y se puso en cuclillas para mirarla desde más cerca. La

verdad era que no tenía el aspecto de una diosa. Parecía un gato mojado. Volvió a sentir que lo inundaba esa tristeza que se había apoderado de él cuando había visto a Mina, a la Mina adulta. Eso no le gustaba, así que se frotó los ojos y la nariz en la manga y lanzó una mirada de soslayo a Rhys.

Su amigo seguía dormido y seguramente lo seguiría estando durante un buen rato. Más que suficiente para que Beleño pudiera tener una charla con la niña (fuera quien fuese) y explicarle que a donde ella realmente quería ir era a la próspera ciudad de Morada de las Coces, y que además tendría que viajar sola y marcharse en ese mismo instante para no molestar a Rhys.

—Oye, niña —susurró Beleño con voz suficientemente alta y alargó el brazo para zarandearla hasta que se despertara.

La mano se detuvo, suspendida en el aire. Empezaron a temblarle un poco los dedos cuando pensó que realmente iba a tocarla y retiró la mano rápidamente. Se quedó allí agachado, mirando a Mina y mordiéndose el labio.

¿Qué veía cuando la miraba? ¿Qué la hacía diferente a sus ojos, respecto a otros mortales? ¿Qué la hacía diferente a los muertos a los que podía ver y con los que podía hablar? ¿Qué la hacía diferente a los muertos vivientes? Beleño observó detenidamente a la pequeña y las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos. Vio belleza, una belleza indescriptible. Una belleza que avergonzaría al atardecer más radiante y que apagaría el brillo de las estrellas. Su belleza paralizaba el alma asombrada del kender, temerosa de que el susurro más callado hiciera desaparecer tan maravillosa visión. Pero no era su belleza la que le desgarraba el corazón y provocaba que las lágrimas le corrieran por las mejillas.

Su belleza estaba envuelta en fealdad. Estaba manchada de sangre, cubierta por el manto de la muerte y la destrucción. La maldad, el horror y el espanto la empañaban.

—Es una diosa —murmuró para sí—. Una diosa de la luz que ha hecho cosas terribles. Lo he sabido todo el tiempo, pero no sabía que lo sabía. Por eso sentía tantas ganas de llorar por dentro.

Beleño no creía que pudiera explicárselo a Rhys, pues ni siquiera estaba seguro de poder explicárselo a sí mismo. Decidió que lo hablaría todo con *Atta*. Había descubierto que contar las cosas a un perro resultaba mucho más sencillo que contárselas a un humano, sobre todo porque *Atta* nunca hacía preguntas.

Pero cuando se volvió para parlamentar con *Atta* sobre Mina, vio que la perra se había tumbado sobre un costado y se había quedado profundamente dormida.

Beleño se dejó caer junto a Rhys, apoyado en la pared. El kender estaba allí sentado, pensando unas cosas alucinantes y escuchando la

suave respiración de Rhys y la suave respiración de la niña, y la suave respiración de *Atta*—, y la suave respiración del viento, que suspiraba sobre las dunas de arena, y las olas que llegaban a la orilla y se alejaban, llegaban a la orilla y se alejaban...

6

Beleño se despertó sobresaltado con un ladrido de *Atta*.

La perra estaba de pie. Con las patas muy estiradas y el pelo del lomo de punta, miraba fijamente la entrada de la gruta. Beleño oyó un crujido, como si unas pisadas pesadas se dirigieran hacia ellos.

Estaban cerca y cada vez se aproximaban más.

Atta volvió a emitir un ladrido agudo de advertencia. Mina se despertó con el ruido, se echó la tela sobre la cabeza y volvió a dormirse. Los pesados chasquidos se detuvieron. Una sombra se posó sobre la entrada, tapando el sol.

—¡Monje! Sé que estás ahí.

La voz llegaba amortiguada, pero Beleño no tuvo problemas para identificarla.

—¡Krell! —aulló el kender—. ¡Rhys, es Krell!

Beleño era tan inmune al miedo como cualquier kender que se precie, pero también había sido agraciado con mucho más sentido común que la mayoría de los kender, algo que él achacaba a todo el tiempo que había pasado conversando con los muertos. Así que en vez de apresurarse a ir a saludar al Caballero de la Muerte, como cualquier otro kender habría hecho, Beleño se escabulló rápidamente a cuatro patas y volvió a gritar a Rhys.

—Estoy despierto —contestó Rhys con voz tranquila.

Estaba de pie, con el emmide entre las manos.

—*Atta*, silencio. Aquí.

La perra trotó para ponerse a su lado. Ya no ladraba, pero no dejaba de gruñir.

Krell entró en la gruta con paso arrogante. No iba embutido en la armadura maldita de los Caballeros de la Muerte que solía llevar. Su coraza era la de la muerte. El yelmo era el cráneo de un carnero. Los cuernos se curvaban hacia detrás sobre la cabeza y se le veían los ojos a través de las cuencas de la calavera. El peto estaba hecho de huesos, era la parte superior del esqueleto de algún animal de inmensas proporciones. Llevaba los brazos y las piernas recubiertos de hueso, como si hubiera sacado fuera su propio esqueleto. Unas espinas también de hueso le sobresalían de las manos, los codos y los hombros. Para rematar su atuendo, llevaba una espada con empuñadura de hueso.

Tenía un aspecto imponente, aunque los ojos que centelleaban en el interior del cráneo de carnero ya no ardían con la llama aterradora de los muertos vivientes. En su mirada no había luz; estaba apagada. No hedía con el olor de la muerte. Simplemente apestaba, pues estaba sudando bajo todo el peso de la armadura. Tenía la respiración

rasposa, porque la coraza era muy pesada y había tenido que recorrer a pie todo el camino desde el castillo.

Beleño dejó de caminar a cuatro patas y se puso de cuclillas.

—¡Krell, estás vivo! —exclamó Beleño, aunque no estaba muy seguro de que aquello fuera una mejoría—. Ya no eres un Caballero de la Muerte.

—¡Cállate! —gruñó Krell. Miró inquisitivamente toda la gruta, echó un vistazo a la niña dormida sin mucho interés, lanzó una mirada furiosa al kender y se volvió hacia Rhys—. He venido a por Mina. En nombre de mi señor Chemosh, exijo saber dónde está.

—Aquí no —contestó Beleño rápidamente—. No sabemos dónde está. No la hemos visto, ¿a que no, Rhys?

Rhys se quedó callado.

Krell entrecerró los ojos. Aunque apenas había luz, la gruta no era muy grande y no había rincones ni grietas donde esconderse.

—¿Dónde está Mina? —volvió a preguntar Krell.

—Puedes comprobarlo tú mismo —contestó Beleño en voy muy alta—. Aquí no está.

—Entonces, ¿dónde está? —inquirió Krell. Seguía con los ojos fijos en Rhys—. ¿Te acuerdas de la última vez que nos encontramos, monje? ¿Te acuerdas de lo que te hice? Te rompí prácticamente todos los huesos de la mano. Esta vez no voy a perder el tiempo rompiendo huesos. Directamente te cortaré la mano por la muñeca...

Krell empuñó la espada y dio un paso hacia Rhys.

—*Atta*, quieta... —empezó a decir Rhys, pero ya era demasiado tarde.

Atta se abalanzó sobre Krell y le clavó los dientes en la pantorrilla, una parte que la greba de hueso le dejaba desprotegida.

Krell lanzó un aullido de dolor y se retorció para mirarse la pierna. La sangre empezó a manar por la herida con las dos filas de dientes marcados. Gruñó furioso y trató de herir a la perra con la espada. *Atta* se apartó ágilmente, mientras Rhys detenía el golpe con su cayado.

Krell resopló, burlón, y golpeó el bastón con la hoja, creyendo que iba a partirlo. Rhys levantó el cayado con un movimiento rápido y le golpeó con él en la mano. Krell soltó la espada. Doblando los dedos, miró furioso a Rhys, que había dado un paso atrás.

Krell se agachó para recuperar la espada.

—*Atta*, en guardia —ordenó Rhys.

La perra sacando los colmillos, lanzó un mordisco malintencionado a la mano de Krell. Este la apartó bruscamente, con los dedos cubiertos de sangre.

—Creo que sería mejor que te fueras —dijo Rhys—. Dile a tu señor que la Mina que busca no está conmigo.

—¡Mientes muy mal, monje! —respondió Krell. El aliento que salía de la calavera del carnero era nauseabundo—. Sabes dónde está y me lo vas a decir. ¡Me suplicarás que te deje decírmelo! No necesito una espada para matarte de mil maneras horrendas.

Rhys no sentía miedo, como le había sucedido cuando estaba en presencia del Caballero de la Muerte. Lo que sentía era asco, repugnancia.

Krell ya no se veía empujado a matar por una maldición de los dioses. Krell mataba por razones ruines y mezquinas. Mataba porque se deleitaba con el dolor y el miedo de sus víctimas, y porque le gustaba sentir que el poder de la vida y la muerte estaba en sus sucias manos.

—*Atta* —dijo Rhys con voz tranquila—, vete con Beleño.

El kender cogió a la perra, que no dejaba de gruñir, y le cerró el hocico con las manos.

—Vamos a dejar que Rhys se ocupe de esto —susurró.

—No tengo más que decir una palabra a Chemosh, monje —amenazó Krell—, Y te arrancará la carne de los huesos, eso para empezar...

Rhys cogía el cayado con firmeza. Lo sostenía en vertical delante de sí, apretándolo entre las manos. No tenía la menor idea de si estaba bendito como su otro cayado. Tal vez sí, tal vez no. Lo que sí sabía era que Majere estaba con él. Sentía al dios como una fuente de paz, calma y tranquilidad.

El brillo de los ojos de Krell se tornó amenazador.

—Vas a decírmelo.

Se acercó a la niña, que seguía dormida a pesar del alboroto, se agachó, la agarró por el pelo y la arrancó de su sueño de un tirón.

Mina cogió aire y lanzó un grito. Se retorció bajo la mano de Krell, intentando liberarse.

Krell la sujetó con más fuerza y puso una de sus enormes manazas sobre la garganta de la pequeña.

Mina dejó escapar un quejido y se quedó rígida.

—Siempre me gustaron jóvenes —rió satisfecho Krell—. Aquí tienes un adelanto de lo que le pasará a la niña si no hablas, monje.

Krell clavó unas uñas largas y amarillentas, que más parecían de un esqueleto que de un hombre, en la garganta de Mina. De las heridas empezaron a manar unos hilos finos de sangre. Mina se estremeció por el dolor, pero no hizo ningún ruido. Sus ojos ambarinos se endurecieron con fría determinación.

—Oh, oh —dijo Beleño, mientras tiraba de *Atta* hacia la pared.

—La próxima vez se las clavaré más. ¿Dónde está Mina? —preguntó Krell, mirando con furia a Rhys.

Pero quien respondió fue Mina.

—Aquí mismo.

Agarró el guantelete de hueso que cubría el brazo de Krell y clavó los dedos. El guantelete se resquebrajó, se partió y cayó al suelo. Mina siguió apretando y la sangre empezó a salir a borbotones por encima de sus dedos.

Krell gruñó de dolor y agitó el brazo para intentar liberarse.

Mina se lo retorció y se oyó el chasquido de los huesos. Krell aulló entre grandes dolores y, gimiendo, se dejó caer de rodillas. Se veían las puntas desiguales del hueso cubierto de sangre sobresaliendo entre la carne teñida de azul.

Mina lo fulminó con la mirada.

—Me has hecho daño. Eres malo. —Arrugó la nariz—, Y hueles mal. No me gustas. Yo me llamo Mina. ¿Qué quieres de mí?

—Esto es una especie de truco... —gruñó el hombre.

—¡Respóndeme! —Mina le propinó una patada en el muslo. La pieza de hueso se partió en dos.

Krell gimió.

—Me envió Chemosh...

—Chemosh. No conozco a ningún Chemosh —repuso Mina—. Y si es un amigo tuyo, tampoco quiero conocerlo. Vete y no vuelvas.

—No sé lo que está pasando —dijo Krell con voz cruel—, pero no importa. Dejaré que sea mi señor quien lo descubra.

Con su brazo bueno, cogió a Mina de la mano.

—¡Chemosh! Ya la tengo... —bramó.

Rhys pegó un salto y balanceó el cayado a la altura de la cabeza de Krell. El emmide silbó al cortar el aire. Rhys bajó el cayado, mirando alrededor estupefacto. Krell había desaparecido.

—Rhys —llamó Beleño con voz estrangulada—, mira hacia arriba.

El kender señalaba con la mano.

Krell colgaba del techo cabeza abajo, suspendido en el aire con una cuerda atada alrededor de la bota. Se le había caído el yelmo del cráneo de carnero, que estaba en el suelo, junto a los pies de Mina.

A Krell se le salían los ojos de las órbitas. Abría y cerraba la boca, sin que de ella saliera sonido alguno. El brazo roto le colgaba inerte. Se retorcía y daba patadas al aire, pero lo único que conseguía era girar y girar en medio de la nada. Mina levantó la vista hacia Rhys.

—Ya no tengo sueño. Es hora de marcharse.

Rhys miró a Krell, contorsionándose colgado de aquella cuerda de fabricación divina, mientras exigía y suplicaba a Chemosh que acudiera a rescatarlo. Rhys miró a Beleño, que a su vez miraba a Mina con expresión atemorizada, y no es fácil intimidar a un kender.

Mina alargó un brazo y cogió a Rhys de la mano.

—Vas a llevarme a casa, señor monje —le recordó—. Me lo prometiste.

Rhys no podía responder. Tenía una sensación en el pecho que lo presionaba y apenas le dejaba respirar. Estaba empezando a comprender la inmensidad de la misión en la que se había embarcado.

—¡Vamos, señor monje! —Mina tiraba de él con impaciencia.

—Mi nombre es Rhys Alarife —dijo Rhys, intentando hablar en un tono normal—. Y él es mi amigo Beleño.

—En... encantado de conocerte —saludó Beleño con un hilo de voz.

—¿Cómo se llama la perra? —preguntó Mina. Se agachó para acariciar a *Atta*, que pegó un respingo al contacto con la diosa niña y se habría escabullido si Beleño no estuviera sujetándola—. Es muy bonita. Me gusta. Mordió al hombre malo.

—Se llama *Atta*. —Rhys tomó una profunda bocanada de aire. Se arrodilló para ponerse a la altura de los ojos de la niña—. Mina, ¿por qué quieres ir a Morada de los Dioses?

—Porque es donde está mi madre —contestó Mina—. Está esperándome allí.

—¿Cómo se llama tu madre? —preguntó Rhys.

—Goldmoon —respondió Mina.

Beleño hizo un ruido estrangulado.

—Mi madre se llama Goldmoon —estaba diciendo Mina— y está esperándome en Morada de los Dioses y tú me vas a llevar allí.

—Rhys —intervino Beleño—, ¿podemos hablar un momento? ¿En privado?

—¿No nos vamos todavía? —se impacientó Mina.

—Dentro de un minuto —contestó Rhys.

—Vale, está bien. Voy a jugar fuera —anunció Mina— ¿La perra puede venir conmigo? —Corrió hasta la entrada de la grutá y se volvió para llamarla—: ¡.*Atta*! ¡Ven, *Atta*!.

Rhys hizo un gesto con la mano. *Atta* le lanzó una mirada cargada de reproches y después, con las orejas gachas, salió silenciosamente de la cueva.

—Rhys —atacó Beleño sin más preámbulos—, en el nombre de Chemosh, Mishakal, Chislev, Sargonnas, Gilean, Hiddukel, Morgion y... de todos los demás dioses de los que no logro acordarme en este preciso momento, ¿qué crees que estás haciendo?

Rhys cogió las botas de Beleño y se las tendió. El kender las apartó a un lado.

—Rhys, ¡esa niñita es una diosa! Por si eso fuera poco, ¡es una diosa que ha perdido la chaveta! —Beleño agitaba las manos para dar más énfasis a sus palabras—. Quiere que la llevemos a Morada de los Dioses, un lugar que quizá no exista siquiera, para reunirse con Goldmoon, ¡una mujer que lleva años muerta! ¡Esa niña está para que la encierren, Rhys! ¡Chiflada! ¡Majareta! ¡Como una cabra!

—Chemosh —aullaba Krell mientras tanto—. ¡Cabrón! ¡Venid a sacarme de aquí!

Beleño señaló hacia arriba con el pulgar.

—¿Qué va a pasar cuando Mina se enfade con nosotros? A lo mejor nos manda a una luna y allí nos quedamos. O levanta una montaña y nos la tira a la cabeza. O nos convierte en merienda de dragón.

—Hice una promesa —dijo Rhys.

Beleño suspiró. Se sentó, cogió una de las botas y se calzó.

—Hiciste esa promesa antes de conocer todas las circunstancias —declaró Beleño, arrastrando hacia sí la otra bota—. ¿Sabes al menos dónde está Morada de los Dioses? Quiero decir, ¿si es que está en algún sitio?

—La leyenda dice que Morada de los Dioses está en las montañas Khal-kist, cerca de Neraka —respondió Rhys.

—Vale, esto se pone mejor todavía —refunfuñó Beleño—. Neraka es el sitio más espeluznante y maligno de todo el continente. Por no mencionar que está justo en la otra punta del continente.

—No está tan lejos —repuso Rhys, sonriendo.

Salieron de la gruta, en la que Krell seguía colgado del techo, retorciéndose y maldiciendo. Parecía que Chemosh no tenía mucha prisa por rescatar a su héroe.

—En mi opinión, te han engañado. —Beleño no se rendía. Se detuvo en la entrada de la cueva y levantó los ojos hacia su amigo—. Rhys, quiero que tengas en cuenta una cosa.

—¿El qué, amigo mío?

—Nuestra historia ha terminado, Rhys —dijo Beleño con seriedad —. Logramos un final feliz, tú, *Atta* y yo. Dejémoslo aquí y vamos a casa.

El kender hizo un gesto hacia Mina, que estaba corriendo entre las dunas, riendo sin parar.

—Esto es un asunto de dioses, Rhys. No deberíamos inmiscuirnos en algo así.

—En una ocasión, una persona muy sabia me dijo: «No puede darse la espalda a un dios» —contestó Rhys.

—Quien te dijo eso era un kender —repuso a su vez Beleño, malhumorado—. Y ya sabes que no puede confiarse en ellos.

—A uno de ellos le confié mi vida una vez —dijo Rhys, apoyando la mano sobre la cabeza de Beleño—. Y no me falló.

—Bueno, pues entonces es que tuviste suerte —murmuró Beleño. Se metió las manos en los bolsillos y dio una patada a una piedra.

—Mi historia no ha terminado. En realidad, la historia de cada uno nunca acaba del todo. La muerte no es más que otra página. Pero tienes razón, amigo mío —concedió Rhys, suspirando sin querer—.

Viajar junto a ella va a ser peligroso y difícil. Tu historia tal vez no haya terminado, pero quizá deberías pasar página y seguir otro camino.

Beleño lo pensó.

—¿Estás seguro de que Majere no va a ayudarme a abrir cerraduras?

—No puedo asegurarlo, pero lo dudo mucho.

Beleño se encogió de hombros.

—En ese caso, supongo que me quedaré contigo. Si no, me moriría de hambre.

Beleño sonrió y guiñó un ojo.

—¡Es sólo una broma, Rhys! Sabes que nunca os dejaría a ti y a *Atta*. ¿Qué haríais vosotros dos sin mí? ¡Seguro que dejabais que os mataran unos dioses locos!

«Ése podría ser el final de nuestra historia», pensó Rhys. Chemosh no sería el único dios que estaba buscando a Mina.

Pero guardó su pensamiento para sí y, silbando a *Atta*, dio la mano a Mina, que llegó hasta él dando saltitos.

7

Mina echó a andar, pero no se dirigió al camino. Empezó a caminar hacia el mar.

—Creía que querías ir a Morada de los Dioses —apuntó Beleño, que no estaba de muy buen humor—. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a nadar hasta allí?

—Claro que iremos a Morada de los Dioses —contestó Mina—. Pero primero quiero que vengáis conmigo a la torre.

—¿A qué torre? —quiso saber Beleño—. Hay un montón de torres en el mundo. Hay una muy famosa en Foscaterra. Siempre he querido visitar Foscaterra, porque está llena de los espíritus errantes de los muertos. Yo puedo hablar con los espíritus errantes, por si...

—Esa torre —especificó Mina con orgullo—. Mi torre.

Señaló hacia la torre que se erguía en medio del Mar Sangriento.

—¿Por qué quieres ir ahí? —preguntó Rhys.

—Porque está loca —contestó Beleño en voz baja.

Rhys lo miró y el kender se sumió en un silencio hosco.

Mina estaba quieta, mirando el mar.

—Mi madre estará muy enfadada conmigo por haberme escapado —dijo Mina—. Quiero llevarle un regalo a Goldmoon para que me perdone.

Rhys recordó al Hijo Venerable Patrick, sacerdote de Mishakal, relatando la historia de Goldmoon y Mina. Cuando Mina se escapó, Goldmoon había llorado por la niña perdida y había albergado la esperanza de que algún día volviera. Entonces llegó Takhisis, el Unico, y estalló la Guerra de las Almas con Mina al frente de los ejércitos de la oscuridad. Con la esperanza de que Goldmoon, que ya era una mujer mayor y débil, se uniera a las fuerzas de la oscuridad, Takhisis le dio juventud y belleza. Pero Goldmoon no quería recuperar su juventud. Estaba preparada para morir, para partir hacia el nuevo estadio de su recorrido vital, en el que la esperaba Riverwind, su amado. A pesar de que Mina intentó persuadir a Goldmoon para que cambiara de opinión, la anciana desafió a Takhisis y murió en los brazos de Mina.

Rhys se dio cuenta de que Goldmoon debía de haber muerto con un terrible pesar, pues creería que la niña que ella había querido se había perdido para siempre, entregada al mal. No era de extrañar que Mina hubiese borrado esos recuerdos.

Se prometió a sí mismo que al menos intentaría ayudarla a comprender la verdad.

—Mina —dijo Rhys, cogiendo a la pequeña de la mano—, Goldmoon murió. Murió hace ya muchos, muchos meses...

—Te equivocas —repuso Mina muy serena, con una seguridad inquebrantable—, Goldmoon está esperándome en Morada de los Dioses. Por eso voy a ir allí. Para suplicarle que ya no esté enfadada conmigo nunca más. Le llevaré un regalo para que vuelva a quererme.

—Goldmoon nunca dejó de quererte, Mina —dijo Rhys—, Las madres nunca dejan de querer a sus hijos.

Mina volvió la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos.

—¿Ni siquiera si hacen cosas malas? ¿Cosas malas de verdad?

Aquella pregunta lo cogió por sorpresa. Si aquello podía llamarse locura, contenía una sabiduría extraña y terrible.

Apoyó la mano en el hombro delgado de la pequeña.

—Ni siquiera entonces.

—Tal vez —concedió Mina, aunque no parecía muy segura—, pero no estás seguro, así que quiero llevarle un regalo a Goldmoon. Y el regalo que quiero llevarle está dentro de esa torre.

—¿Qué tipo de torre es ésa? —preguntó Beleño, incapaz de reprimir su curiosidad por más tiempo—. ¿De dónde viene?

—No viene de ningún sitio, tonto —se burló Mina—. Siempre ha estado allí.

—No, eso no es verdad —se defendió Beleño.

—Sí, sí lo es.

—No. —Beleño vio la mirada de Rhys y cambió de tema—. Y entonces, ¿quién la construyó, si es que ha estado aquí todo el tiempo?

—Los hechiceros. Antes era una Torre de Alta Hechicería, pero ahora es mía. —Mina lanzó a Beleño una mirada desafiante, como si lo retara a que se atreviera a llevarle la contraria—. Y el regalo de Goldmoon está dentro.

—¡Una Torre de Alta Hechicería! —exclamó Beleño, boquiabierto —. ¿Y hay hechiceros dentro?

Mina se encogió de hombros.

—Supongo. No lo sé. Total, los hechiceros son estúpidos, así que qué más da. ¿A qué estamos esperando? Vamos.

—La torre está en medio del mar, Mina —dijo Rhys—. No tenemos barca...

—¡Es verdad! —lo apoyó Beleño muy contento—. Nos encantaría visitar tu torre, Mina, pero no podemos. ¡Sin barca! Por cierto, ¿soy el único que tiene hambre? Dicen que hay una posada en Flotsam que tiene un pastel de carne realmente bueno...

—Allí hay una barca —lo interrumpió Mina—, Detrás de ti.

Beleño miró de reojo. Allí estaba, un bote de vela pequeño apoyado sobre la quilla, a menos de quince pasos de donde ellos estaban.

—Rhys, haz algo —rogó Beleño sin apenas mover los labios—. Tú

y yo sabemos perfectamente que hace diez segundos ahí no había ningún bote. No quiero navegar en un bote que antes no estaba ahí...

Mina empezó a tirar de Rhys hacia el bote, impaciente.

Beleño los siguió arrastrando los pies y lanzando profundos suspiros.

—¿Por lo menos sabes cómo manejar esta cosa? —preguntó—. Seguro que no.

—Seguro que sí —respondió la niña con suficiencia—. Aprendí en Ciudadela.

Beleño volvió a suspirar. Mina se subió al bote y empezó a hurgar por ahí, desenredó un rollo de cuerda y le indicó a Rhys cómo desplegar las velas. Beleño se quedó de pie junto al bote, frunciendo los labios en una mueca.

Mina se quedó mirándolo con aire pensativo.

—Dijiste que tenías hambre. A lo mejor alguien dejó comida en el bote. Voy a mirar.

Se agachó junto a uno de los asientos de madera y se levantó con un saco grande en la mano.

—¡Tenía razón! —anunció con alegría—. Mira lo que he encontrado.

Metió el brazo en el saco y sacó un pastel de carne. Se lo tendió a Beleño.

El kender no lo tocó. Tenía todo el aspecto de un pastel de carne y olía a pastel de carne, sin duda. Tanto su boca como su estómago estaban de acuerdo en que aquello era un pastel de carne y *Atta* también sumó su voto. La perra miraba de reojo el pastel y se relamía.

—Pero si dijiste que tenías hambre —insistió Mina.

Sin embargo, Beleño seguía dudando.

—No sé...

Atta decidió hacerse cargo del asunto, o más bien zampárselo. Un salto, un mordisco, dos masticaciones y el pastel de carne se convirtió en una mancha grasienta en su hocico.

—¡Oye! —protestó Beleño indignado—. Ése era mío.

Atta se pasó la lengua por el hocico y empezó a dar golpecitos en el saco con la pata, enfadada. Rhys rescató el resto de los pasteles y los repartió. Mina mordisqueó el suyo pero al final acabó dándoselo casi todo a *Atta*. Beleño devoró el suyo con un hambre voraz y, cuando vio que Rhys no lograba terminarse su parte, se la comió por él. Ayudó a Rhys a alzar la vela y, siguiendo las indicaciones de Mina, empujó el bote entre las olas.

Mina cogió el timón y dirigió el bote hacia las corrientes de viento. Las olas se habían calmado. Una brisa ligera sopló las velas y el bote se deslizó por el agua, mar adentro. *Atta* se agazapó en el suelo, olfateando el saco con esperanza.

—Para ser un pastel hecho por un dios, no estaba mal —comentó Beleño. Se cayó sobre el asiento que estaba junto a Rhys, pues de repente el bote dio un bandazo—. Quizá un poco menos de cebolla y un poco más de ajo. La próxima vez le pediré que se saque de la nada un filete de ternera con patatas muy crujientes...

—Deberíamos tener mucho cuidado en no pedirle que haga nada —sugirió Rhys.

Beleño estuvo dándole vueltas.

—Bueno, supongo que tienes razón. Corremos el riesgo de que nos lo conceda. —El kender desvió la mirada hacia la torre—. ¿Qué sabes sobre las Torres de Alta Hechicería?

Rhys sacudió la cabeza.

—Me temo que no mucho.

—Yo tampoco. Y debo confesar que no es una experiencia que esté deseando tener. Por alguna extraña razón, a los hechiceros no les gustan los kenders. A lo mejor me convierten en rana.

—A la señora Jenna sí le gustabas —le recordó Rhys.

—Eso es verdad. Lo único que hizo fue pegarme en la mano.

Beleño se agarró a la regala cuando el bote dio otro bandazo inesperado. En ese momento navegaban bastante rápido, pegando botes sobre las olas, y la torre cada vez se acercaba más. Tenía un aspecto indescriptiblemente oscuro. Ni siquiera el brillante sol que acariciaba las paredes de cristal lograba iluminarla.

—Supongo que la mayoría de los kenders estarían dispuestos a cortarse el moño por entrar en una Torre de Alta Hechicería, pero debe de ser que yo no soy como la mayoría de los kenders —apuntó Beleño—. Eso era lo que decía mi padre. Según él, se debía a que pasaba demasiado tiempo en los cementerios hablando con los muertos. Era una mala influencia para mí.

—Beleño se quedó un poco alicaído al recordarlo.

—Pues yo creo que la mayoría de los kenders estarían dispuestos a cortarse el moño por poder hacer lo que tú haces —le dijo Rhys.

Beleño se rascó la cabeza. Nunca había considerado esa posibilidad.

—Sabes, a lo mejor tienes razón. Porque me acuerdo de una vez que me encontré con un kender en Solace y cuando le dije que yo hablaba con los muertos, él me dijo...

Beleño dejó de hablar. Miraba fijamente el mar. Parpadeó, se frotó los ojos, volvió a mirar fijamente y después tironeó a Rhys de la manga.

—¡Hay gente ahí en el agua...! —exclamó Beleño—. ¡Quizá estén ahogándose! ¡Tenemos que ayudarlos!

Alarmado, Rhys se arriesgó a ponerse de pie en el inestable bote para poder ver mejor. Al principio sólo veía aves marinas y, de vez en

cuando, un poco de espuma blanca. Entonces, vio a una persona en el agua y después a otra, y a otra más.

—¡Mina! —gritó Beleño—, Dirige el bote hacia esa gente...

—No, no lo hagas —lo contradijo Rhys de repente.

Aquellas personas estaban muy lejos de la costa, pero nadaban con ímpetu, sin dar muestras de cansancio o de estar intentando mantenerse a flote. Cientos de personas, nadando, lejos de la costa, dirigiéndose a la torre...

—¡Rhys! —gritó Beleño—, Rhys, son Predilectos y están nadando hacia la torre. Mina, ¡para! ¡Da media vuelta!

Mina negó con la cabeza. La satisfacción iluminaba sus ojos ambarinos. Una sonrisa le curvaba los labios y se rió, sin más motivo que la pura alegría.

El bote de vela avanzaba raudo, como si saltara sobre las olas.

—¡Mina! —volvió a llamarla Rhys, con preocupación—. ¡Da media vuelta!

La niña lo miró, sonrió y lo saludó con la mano.

—¡Esas personas son peligrosas! —gritó el monje, señalando frenéticamente a los muertos vivientes, algunos de los cuales ya habían llegado a la torre. Se veían muchos más agolpados en la entrada—. ¡Tenemos que volver!

Mina miró a los Predilectos desconcertada. El desconcierto rápidamente dio paso a la consternación y ésta al enfado.

—No tienen nada que hacer en mi torre —dijo, dirigiendo el bote directamente hacia ellos.

—¡Rhys! —aulló Beleño.

—No puedo hacer nada —contestó Rhys, y por primera vez entendió de verdad todo el peligro que entrañaba su nueva situación.

¿Cómo podía controlar él a una niña de seis años que colgaba del techo a un secuaz de Chemosh atándolo por los pies, que luego hacía aparecer un bote y que hacía surgir pasteles de carne a su antojo?

—Pues yo creo que la mayoría de los kenders estarían dispuestos a cortarse el moño por poder hacer lo que tú haces —le dijo Rhys.

Beleño se rascó la cabeza. Nunca había considerado esa posibilidad.

—Sabes, a lo mejor tienes razón. Porque me acuerdo de una vez que me encontré con un kender en Solace y cuando le dije que yo hablaba con los muertos, él me dijo...

Beleño dejó de hablar. Miraba fijamente el mar. Parpadeó, se frotó los ojos, volvió a mirar fijamente y después tironeó a Rhys de la manga.

—¡Hay gente ahí en el agua...! —exclamó Beleño—. ¡Quizá estén ahogándose! ¡Tenemos que ayudarlos!

Alarmado, Rhys se arriesgó a ponerse de pie en el inestable bote

para poder ver mejor. Al principio sólo veía aves marinas y, de vez en cuando, un poco de espuma blanca. Entonces, vio a una persona en el agua y después a otra, y a otra más.

—¡Mina! —gritó Beleño—. Dirige el bote hacia esa gente...

—No, no lo hagas —lo contradijo Rhys de repente.

Aquellas personas estaban muy lejos de la costa, pero nadaban con ímpetu, sin dar muestras de cansancio o de estar intentando mantenerse a flote. Cientos de personas, nadando, lejos de la costa, dirigiéndose a la torre...

—¡Rhys! —gritó Beleño—, Rhys, son Predilectos y están nadando hacia la torre. Mina, ¡para! ¡Da media vuelta!

Mina negó con la cabeza. La satisfacción iluminaba sus ojos ambarinos. Una sonrisa le curvaba los labios y se rió, sin más motivo que la pura alegría.

El bote de vela avanzaba raudo, como si saltara sobre las olas.

—¡Mina! —volvió a llamarla Rhys, con preocupación—. ¡Da media vuelta!

La niña lo miró, sonrió y lo saludó con la mano.

—¡Esas personas son peligrosas! —gritó el monje, señalando frenéticamente a los muertos vivientes, algunos de los cuales ya habían llegado a la torre. Se veían muchos más agolpados en la entrada—. ¡Tenemos que volver!

Mina miró a los Predilectos desconcertada. El desconcierto rápidamente dio paso a la consternación y ésta al enfado.

—No tienen nada que hacer en mi torre —dijo, dirigiendo el bote directamente hacia ellos.

—¡Rhys! —aulló Beleño.

—No puedo hacer nada —contestó Rhys, y por primera vez entendió de verdad todo el peligro que entrañaba su nueva situación.

¿Cómo podía controlar él a una niña de seis años que colgaba del techo a un secuaz de Chemosh atándolo por los pies, que luego hacía aparecer un bote y que hacía surgir pasteles de carne a su antojo?

De repente, se sintió furioso. ¿Por qué no se ocupaban de ella los dioses en persona? ¿Por qué lo cargaban a él con aquella tarea?

El bote giró bruscamente. El emmide, que descansaba en el asiento que estaba junto a él, rodó hasta su mano. Lo asió y, a pesar de que estaba resbaladizo por el agua salada, volvió a sentir esa calidez reconfortante. Un dios, por lo menos, tenía sus razones...

—¡Rhys! ¡Cada vez estamos más cerca! —advirtió Beleño.

Ya se habían acercado mucho a la torre. Los Predilectos habían tomado la isla, que no era demasiado grande, y llegaban más por momentos. Algunos nadaban. Otros salían del fondo del mar agarrándose a las rocas, como si hubieran llegado caminando por el lecho marino. Trepaban por las rocas y a veces resbalaban y se caían

al agua, pero siempre volvían. En su mayoría eran humanos, jóvenes y fuertes, todos muertos; pero al mismo tiempo, estaban espantosamente vivos, condenados a un mundo de dolor insoportable, víctimas del terrible beso de Mina. A Rhys se le estremeció el corazón a verlos.

—¿Qué hace toda esta gente aquí? —gritó Mina enfadada—. Esta torre es mía.

Le dio una vuelta al timón y desvió el bote de la corriente de aire. La embarcación se balanceó y se agitó, hasta que empezó a avanzar lentamente hacia la orilla de rocas, llevada por su propia inercia. Rhys temió que acabarían chocando, pero Mina demostró ser una hábil marinera y los condujo sanos y salvos entre las rocas, los corales y las algas que goteaban agua salada.

—Pásame esa cuerda —pidió Mina, mientras saltaba ágilmente a la orilla—, para que pueda amarrar el bote.

—¡Rhys! ¿Qué estás haciendo? —gritó Beleño, horrorizado—. ¡Soltad amarras! ¡Zarpemos! ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Nos matarán!

El emmide seguía desprendiendo calor en la mano de Rhys. Recordó lo que había pensado antes: su locura albergaba una terrible sabiduría. Por lo visto, aquello era algo que necesitaba hacer. Y él se lo había prometido. Ella no estaba en peligro. Ella no podía morir. Se preguntaba si Mina se daría cuenta de que él y Beleño sí corrían peligro.

Desde su posición aventajada, Rhys veía su propio reflejo en las relucientes paredes de cristal negro de la torre. La entrada no estaba a más de cien pasos y la puerta estaba abierta. Ya debía de haber un montón de Predilectos en el interior. Varios centenares de muertos vivientes esperaban en la isla, vagando sin destino. Al percatarse de la llegada de la embarcación, algunos se volvieron para observarlos con las cuencas vacías de sus ojos.

—¡Demasiado tarde! —gimió Beleño—. Ya nos han visto.

Rhys amarró rápidamente el bote y se apresuró a colocarse junto a Mina, asiendo su cayado. Beleño ayudó a *Atta* a desembarcar, después cogió un gancho del bote y, poco a poco y con recelo, siguió a Rhys.

—Ahora mismo podría estar en un bonito cementerio —dijo el kender compungido— haciendo una visita a unos cuantos muertos de esos que sí son agradables...

—¡Mina! —Uno de los Predilectos gritó su nombre.

—¡Mina! —repitió otro.

El nombre se propagó entre los muertos vivientes. Los Predilectos empezaron a correr hacia el bote.

—¿Por qué me conocen? —Mina se estremeció. Retrocedió asustada y se pegó a Rhys—. ¿Por qué se quedan mirándome con esos

ojos horribles?

Los Predilectos se agolpaban alrededor, alargando las manos hacia ella y repitiendo su nombre.

—¡Los odio! ¡Haz que se vayan! —suplicó Mina. Se volvió y ocultó la cara entre los ropajes de Rhys—. ¡Haz que se vayan!

—¡Mina! Mina, tocadme —rogaban los Predilectos, extendiendo los brazos hacia la pequeña—. ¡Vos me convertisteis en lo que soy!

Uno de los Predilectos agarró a Mina por el brazo y la niña lanzó un grito aterrorizado. Rhys no podía sujetar a la pequeña y, al mismo tiempo, enfrentarse a los Predilectos. Hacía lo que podía por sostener a la niña, que se retorcía y no paraba de chillar. Lanzó el emmide a Beleño.

—¡Está bendito por el dios! —gritó Rhys.

El kender lo entendió. Tiró el gancho del bote y cogió el cayado al vuelo. Balanceándolo como si fuera una maza, lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la muñeca del Predilecto.

Al tocar el cayado, la carne de la mano del Predilecto se ennegreció y se desprendió del hueso. Dejó al descubierto la mano de un esqueleto que, por desgracia, se negaba a soltar a su presa. Los dedos de hueso se aferraban al brazo de Mina.

—¡Eso fue de muchísima ayuda! —gritó Beleño, lanzando una mirada furiosa a los cielos—. ¡Creía que un dios podría hacerlo un poco mejor!

Más y más Predilectos seguían rodeándolos. Beleño los golpeaba con el cayado, intentando derribarlos, pero no estaba teniendo demasiada suerte. El hecho de que la carne se les pusiera negra y se les cayera de los huesos no parecía molestarles lo más mínimo. Ellos seguían acercándose y Beleño seguía balanceando el cayado. Ya estaban empezando a dolerle los brazos, tenía las manos sudorosas y sentía ganas de devolver ante aquel truculento espectáculo de manos y brazos sin carne agitándose alrededor.

Atta daba dentelladas y ladraba. Se lanzaba sobre los Predilectos, hundía los dientes en cualquier parte que se le pusiera a tiro, pero los mordiscos de la perra tenían menos consecuencias aún que el cayado.

—¡Volvamos al bote! —exclamó entrecortadamente Rhys, intentando sujetar a Mina y mantener a raya a los Predilectos como podía. Los muertos vivientes no le prestaban ninguna atención ni él, ni al kender y a la perra. Estaban desesperados por alcanzar a Mina.

Beleño se sobresaltó cuando la niña lanzó un agudo chillido, justo en su oreja, y dejó caer el emmide.

Unos dedos esqueléticos agarraron a Mina por la muñeca. Rhys golpeó al Predilecto en la cara con el canto de la mano y le rompió la nariz y los pómulos. Mina se quedó mirando espeluznada los huesos de los dedos que se hundían en su carne y, lanzando un grito agudo,

pegó al Predilecto con el puño.

Una llama, ámbar y abrasadora, consumió completamente al Predilecto. No quedaron de él más que las cenizas. El calor del estallido de fuego golpeó a Rhys y Beleño y después desapareció.

—Rhys —dijo Beleño temblando, un momento después—, ¿todavía tengo cejas?

Rhys logró lanzarle una mirada tranquilizadora, pero eso fue lo único que tuvo tiempo de hacer. Mina, sin soltarse de su mano, se volvió para enfrentarse a los Predilectos.

El furor de la ira divina de Mina los había hecho retroceder. Ya no intentaban agarrarla. Seguían cercándola, observándola con las cuencas vacías de sus ojos y repitiendo su nombre incansablemente. Algunos pronunciaban «Mina» en un tono triste y suplicante. Otros ladraban el nombre de «Mina», desesperados y furiosos.

—¡Dejad de decir eso! —chilló Mina con voz aguda.

Los Predilectos se quedaron en silencio.

—Voy a ir a mi torre —dijo Mina, airada—. Apartaos de mi camino.

—Deberíamos volver al bote —apremió Beleño—. ¡A la carrera!

—Jamás llegaríamos —contestó Rhys.

Los Predilectos no permitirían que Mina se fuera. Habían estado esperándola en aquel lugar. Quizá una orden suya los hubiera convocado en la isla.

—Nuestras vidas están en sus manos —dijo Rhys.

Con movimientos lentos, se agachó y recogió su cayado.

—No hay pastel de carne que pague esto —se lamentó Beleño entre susurros.

8

Mina echó a caminar, tirando de Rhys. Los Predilectos retrocedían para dejarla pasar. La niña avanzaba entre la multitud de muertos vivientes, observándolos recelosamente con los ojos asustados. Apretaba la mano de Rhys con tanta fuerza que sus dedos le dejaron marcas rojas. Beleño los seguía pegado a ellos, tropezando con los talones de Rhys. *Atta* se mantenía al lado del monje, temblando y enseñando los colmillos. En su pecho vibraba un gruñido constante.

—Explícame otra vez por qué estás haciendo esto —dijo Beleño.

—¡Ssh! —advirtió Rhys.

Había visto que las cuencas vacías se apartaban de Mina, se posaban en el kender y que después un rayo de sol se reflejaba en el acero. Sin embargo, los Predilectos no atacaron. Rhys tenía el presentimiento de que no lo harían mientras estuvieran con Mina.

—Rhys —susurró Beleño—, ¡no se acuerda de ellos! ¡Y fue ella quien los creó!

Rhys asintió y siguió caminando. Los Predilectos habían estado vagando por la isla con pasos perdidos, como solían hacer, hasta que habían visto a Mina. A partir de ese momento, no tenían ojos para otra cosa. Se agolpaban alrededor, pronunciando su nombre con veneración. Algunos intentaban acercarse, pero Mina se apartaba de ellos.

—¡Fuera! —les ordenaba con brusquedad—. No me toquéis.

Uno a uno iban retrocediendo.

Mina seguía avanzando hacia la torre de la mano de Rhys. Cuando llegaron a la entrada, encontraron la puerta de doble hoja cerrada.

—Todo este camino y ahora se olvida la llave —murmuró Beleño.

—No necesito ninguna llave. Ésta es mi torre —contestó Mina.

Soltó a Rhys, se acercó a la gigantesca puerta y, reuniendo todas sus fuerzas, la empujó. Bajo su mano, las pesadas hojas se abrieron poco a poco.

Mina entró dando saltitos y mirándolo todo con la curiosidad y el asombro de un niño. Rhys la siguió más despacio. Aunque la torre estaba hecha de cristal, algún tipo de magia en las paredes impedía la entrada de la luz. El sol de la mañana ni siquiera traspasaba el umbral, sino que algo lo engullía en la puerta. En el interior todo era oscuridad. Se detuvo justo al cruzar la entrada.

Poco a poco, sus ojos se habituaron a la oscuridad fría y húmeda, y se dio cuenta de que tal oscuridad no era tanta como parecía en un primer momento. Las paredes de cristal tamizaban la luz del sol, de forma que el interior estaba bañado por una luz pálida y suave, que

recordaba a la de la luna.

La entrada era lúgubre. En las paredes de cristal había tallada una escalera de espiral, que giraba alrededor del espacio hueco y conducía hacia arriba, más allá de donde alcanzaba la vista. Unas esferas de luz mágica guiaban los pasos de aquellos que ascendieran por la escalera, a intervalos regulares. La mayoría de ellas parpadeaban como velas bajo el viento, como si su magia empezara a debilitarse. Otras ya se habían apagado por completo.

Mucho tiempo atrás, el salón de entrada de la Torre de Alta Hechicería de Istar debía de haber sido magnífico. Allí los hechiceros de Istar recibirían a otros hechiceros, a los invitados y dignatarios. Debía de haber sido allí donde esperaron al Príncipe de los Sacerdotes para entregarle la llave de su amada torre, convencidos con gran pesar de que era mejor rendirse que arriesgar vidas inocentes en la batalla.

Rhys pensó que quizá el último mortal en atravesar aquella sala hubiera sido el mismo Príncipe de los Sacerdotes. Se lo imaginó, imponente con toda su magnificencia equivocada, dando un paseo triunfal, felicitándose a sí mismo por haber expulsado a sus enemigos, antes de dejar tras de sí las enormes puertas cerradas y selladas para siempre. El funesto destino de Istar, cerrado y sellado.

Nada quedaba de aquella gloria y grandeza. Los muros estaban húmedos y mugrientos, cubiertos de arena y limo. El barro, las algas y los peces muertos que cubrían el suelo le llegaban hasta la altura del tobillo.

—¡Puf! ¡Esta torre da asco, Mina! —dijo Beleño en voz alta. Agarrando a Rhys por la manga, el kender añadió en voz baja y alarmada—: ¡Cuidado! Me ha parecido oír unas voces susurrando. Por allí. —Meneó el pulgar.

Rhys escudriñó las sombras, en la dirección que Beleño había señalado. No vio nada, pero sentía que unos ojos lo observaban y oyó la respiración entrecortada de alguien, como si hubiera corrido una larga distancia.

El cansancio no acosaba a los Predilectos. Quienquiera que se ocultara entre las sombras tenía que ser un ser vivo. Rhys había dado por hecho que la torre estaría vacía. Al fin y al cabo, la habían arrancado del fondo del mar. Empezaba a pensar que su hipótesis original podía no ser cierta. Nuitari había construido la torre con su magia. Era más que probable que hubiera encontrado el modo de que sus hechiceros pudieran habitarla, incluso aunque descansara en lo más profundo del océano.

Rhys miró a *Atta*, que solía advertirle del peligro. La perra había percibido algo entre las sombras, pues de vez en cuando giraba la cabeza para mirar hacia allí. No obstante, los Predilectos suponían la mayor amenaza para ella, así que toda su atención se centraba en

ellos. Lanzó un ladrido agudo de advertencia.

Rhys se volvió y vio a los Predilectos agolpándose en la puerta abierta. No entraban, sino que se quedaban vacilando, con los ojos sin vida clavados en Mina.

—¡No dejes que se acerquen! —pidió la pequeña a Rhys—, No quiero que entren aquí.

—La mocosa tiene razón —graznó una voz nasal, chirriante y aguda, desde las sombras—, ¡No dejes entrar a esos demonios! Nos matarán a todos. ¡Cerrad las puertas!

Nada le habría gustado más a Rhys que obedecer la orden, pero no sabía cómo funcionaba la puerta. La hoja doble estaba hecha de bloques de obsidiana, granito rojo y mármol blanco, y tenía cuatro veces la altura de un hombre; cada una de ellas debía de pesar como una casa pequeña.

—Dime cómo cerrarlas —gritó como respuesta.

—En nombre del Abismo, ¿cómo quieres que lo sepamos? —tronó una voz más profunda, malhumorada—. ¡Fuiste tú quien abrió las malditas puertas! ¡Así que ahora la cierras tú!

Pero Rhys no había abierto la puerta, sino Mina, y ella tenía demasiado miedo a los Predilectos para volver. Los Predilectos seguían concentrándose alrededor de la entrada, pero no encontraban la forma de cruzar y parecía que eso los frustraba.

—Es como si algún tipo de fuerza les bloqueara el paso —gritó Rhys a los desconocidos entre las sombras—. Supongo que vosotros dos sois hechiceros. ¿Tenéis idea de qué puede ser esa fuerza o cuánto durará?

Le llegaron fragmentos de una discusión entre susurros y después salieron de las sombras dos hechiceros ataviados con túnicas negras. Uno de ellos era alto y delgado, con las orejas puntiagudas propias de los elfos y el rostro de un mestizo salvaje. Tenía el cabello desgreñado y la túnica mugrienta y hecha jirones. Sus ojos almendrados miraban rápidamente de un lado a otro, como la cabeza de una serpiente atacante. En un momento dado, esos ojos se cruzaron con los de Rhys por accidente e inmediatamente desvió la mirada.

El otro hechicero era un enano, bajo, de espaldas anchas y con una larga barba. El enano estaba más limpio que su compañero. Sus ojos, apenas visibles bajo las pobladas cejas, eran fríos y astutos.

Parecía que los dos hechiceros acabaran de pasar por una terrible experiencia, pues el semielfo tenía el rostro magullado. Lucía además un ojo morado y se había atado un jirón de tela sucia alrededor de la muñeca izquierda. El enano cojeaba y tenía la cabeza envuelta en vendas empapadas de sangre.

—Yo soy Rhys Alarife —se presentó Rhys—. Y él es Beleño.

—Yo soy Mina —anunció la niña, ante lo que el enano se

sobresaltó un poco y se quedó observándola con los ojos entrecerrados.

El semielfo los miró con desprecio.

—Y a quién le importa quiénes seáis, idiotas —dijo con odio.

El enano le dirigió una mirada torva.

—Yo me llamo Basalto y él es Caele —dijo el enano, dirigiéndose a Rhys, pero sin dejar de observar a Mina—. ¿Cómo entrasteis en nuestra torre?

—¿Qué es esa fuerza que bloquea la entrada? —insistió Rhys.

Basalto y Caele intercambiaron una mirada.

—Creemos que debe de ser el señor —respondió Basalto de mala gana—. Lo que quiere decir que a vosotros os dejó entrar y que está manteniendo a esos demonios fuera. Lo que queremos saber es por qué a vosotros os dejó entrar.

Mina había estado mirando fijamente a los hechiceros. Arrugaba la frente, como si estuviera intentando recordar dónde los había visto antes.

—Yo os conozco —dijo de repente—. Tú intentaste matarme. —Señalaba al semielfo.

—¡Está mintiendo! —exclamó Caele con un gañido—, ¡Yo no había visto a esta mocosa en mi vida! Tenéis cinco segundos para decirme qué estáis haciendo aquí o de los contrario invocaré un hechizo que os reducirá a...

Basalto le pegó un codazo en las costillas y le dijo algo en voz baja.

—¡Tú eres un tarado! —se burló Caele.

—¡Mírala! —insistió Basalto—. Esa podría ser la razón por la que el señor... —El resto de la frase se perdió en un murmullo.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Mina —dijo Beleño—. Confío tanto en estos dos como disfruto de la peste que echan. ¿Quién es ese señor del que tanto hablan?

—Nuitari, dios de la luna negra —contestó Rhys.

Beleño dejó escapar un gemido desesperado.

—Más dioses. Justo lo que necesitábamos.

—Tengo que encontrar las escaleras para bajar —dijo Mina a Rhys—. Vosotros dos quedaos aquí y echadles un ojo.

Señaló a los hechiceros y, después de lanzarles una última mirada hosca, empezó a recorrer la vasta sala, curioseando y explorando las sombras.

—Si se trata de Nuitari, ojalá cerrara la puerta —comentó Beleño, observando a los Predilectos, que a su vez lo observaban a él.

—Si lo hiciera, no podríamos salir—dijo Rhys.

Durante todo ese tiempo, Caele y Basalto no habían dejado de discutir entre ellos.

—Venga —dijo Caele y dio un empujón a Basalto—, Pregúntales.

—Pregúntales tú —gruñó Basalto, pero al final fue él quien se acercó a Rhys arrastrando los pies.

—¿Qué son esos demonios? —quiso saber—. Sabemos que son una especie de muertos vivientes. Nada de lo que hemos probado los detiene. Ni la magia ni el acero. Caele le clavó la espada a uno en el corazón y se desplomó, pero ¡después se levantó e intentó estrangularlo!

—Se los conoce como los Predilectos. Son unos muertos vivientes discípulos de Chemosh —explicó Beleño.

—Te lo dije —gruñó Basalto a Caele—, ¡Es ella!

—Estás loco —le respondió Caele mascullando.

—¿Cómo acabó vuestra torre aquí en el Mar Sangriento? —preguntó Beleño con curiosidad—. Ayer no estaba.

—¡A nosotros nos lo dices! —bufó Basalto—. Ayer estábamos en nuestra torre, a salvo en el fondo del mar, ocupándonos de nuestras cosas. Entonces hubo un terremoto. Las paredes empezaron a temblar, el suelo era el techo y el techo era el suelo. No sabíamos si estábamos cabeza arriba o cabeza abajo. Se rompió todo, los frascos y los tubos. Los libros salieron disparados de los estantes. Pensábamos que estábamos muertos.

»Cuando todo dejó de temblar, miramos afuera y nos encontramos plantados en este islote. En cuanto intentamos salir a gatas por una puerta lateral, esos demonios intentaron acabar con nosotros.

Rhys pensó en el poder que había arrancado aquella torre del fondo del mar y miró a la niñita que daba vueltas de un lado a otro, buscando detrás de las columnas y palpando las paredes.

—¿Qué está haciendo? ¿Está jugando al escondite? —Beleño lanzó una mirada intranquila a los Predilectos y otra a los dos hechiceros—. Vámonos de aquí. No me gusta eso de clavar una espada a alguien en el corazón, ni aunque fuera un Predilecto.

—Mina... —empezó a llamar Rhys.

—¡Lo encontré! —anunció ella triunfalmente.

Estaba bajo una entrada abovedada, oculta entre las sombras, que llevaba a otra escalera de caracol más pequeña.

—Venid conmigo —ordenó Mina—. Decid a los hombres malos que ellos tienen que quedarse aquí.

—¡Ésta es nuestra torre! —protestó Caele.

—¡No! —replicó Mina.

—Sí...

Basalto intervino, apoyando la mano en el brazo de Caele con firmeza.

—No iréis a ningún sitio sin nosotros —dijo Basalto fríamente.

Caele gruñó como muestra de que estaba de acuerdo y se zafó de

la mano de su compañero.

—*Atta* y yo estaremos vigilándolos —prometió Rhys, pensando que sería mejor tener a los hechiceros donde pudiera verlos, en vez de merodeando a sus espaldas.

Mina asintió.

—Pueden venir, pero si intentan hacernos daño, le diré a *Atta* que los muerda.

—Adelante. Me gustan los perros —dijo con desprecio Caele. Hizo una mueca con la boca—. Fritos.

Mina cruzó la entrada y comenzó a bajar por la escalera. La seguía Beleño, con *Atta* pisándole los talones. Rhys iba el último, vigilando con el rabillo del ojo a los hechiceros. El semielfo le decía algo apresuradamente a su compañero al oído, mientras hacía gestos de clavar un puñal. Para dar más énfasis a un punto, lo apuñalaba una y otra vez con un dedo sucio. Por lo visto, al enano no le gustaba lo que fuera que el semielfo le estaba proponiendo, porque se apartó con el entrecejo fruncido y negó con la cabeza. El semielfo murmuró algo más y parecía que eso el enano sí lo tomaba en consideración. Al final, asintió.

—¡Espera, monje! ¡Parad! —gritó—. Os está llevando a la muerte —advirtió Basalto—. ¡Ahí abajo hay un dragón!

Beleño resbaló, tropezó en un escalón y cayó sobre sus posaderas.

—¿Un dragón? ¿Qué dragón? —El kender se frotó el coxis dolorido—. ¡A mí nadie me había dicho nada de un dragón!

—El dragón es el guardián del Solio Febalas— dijo Basalto.

—¿El Solo Cebada? —repitió Beleño—. ¿Qué es eso?

Rhys no podía creer lo que acababa de oír.

—El Solio Febalas —aclaró Rhys con la voz temblorosa—. La Sala del Sacrilegio. Pero... no puede ser. La sala se perdió durante el Cataclismo.

—Nuestro señor la encontró —afirmó Basalto con orgullo—. Es un tesoro repleto de raras y valiosas reliquias sagradas.

—Valen un dineral. Por eso el dragón lo está vigilando —añadió Caele—, Si intentáis entrar, el dragón os matará y os comerá.

—Esto cada vez se pone mejor —dijo Beleño sombríamente.

—¡Bah! El dragón no va a comerse a nadie —repuso Mina tranquilamente—, A mí no me comió y ya he estado ahí abajo. Es una hembra de dragón y se llama Midori. Es una dragón marina y muy vieja. Muy, muy vieja.

—Rhys —dijo Beleño—, estoy seguro de que a un montón de kenders les encantaría que un dragón marino los devorase. Pero da la casualidad de que yo no soy uno de ellos.

—¡Así habla un hombre sensato! Tú y el monje deberíais volver arriba —apremió Caele—. Basalto y yo iremos con la... niñita.

—¡Qué buena idea! —exclamó Beleño y empezó a subir escaleras arriba.

Rhys lo agarró y le obligó a dar media vuelta.

—Nos quedaremos con Mina —dijo y siguió caminando, llevando consigo a Beleño.

Volvieron a oírse más susurros a su espalda.

—Al señor no le va a gustar que bajemos ahí —oyó decir a Basalto.

—Tampoco le va a gustar que nos lo roben todo —replicó Caele.

Basalto agarró con fuerza a Caele por la muñeca.

—No seas idiota —dijo el enano y añadió algo en un lenguaje que Rhys no entendió.

Caele gruñó y tiró de la manga para volver a colocársela, pero a Rhys le dio tiempo a vislumbrar un resplandor metálico.

Rhys se volvió. Estaba claro que aquellos dos estaban tramando algo y suponía que tenía que ver con el Solio Febalas, la Sala del Sacrilegio. Si estaban diciendo la verdad y Nuitari había encontrado la sala perdida, entonces lo que decía el semielfo de que valía un dineral era cierto. ¡Un dineral de dinerales! Se decía que los soldados del Príncipe de los Sacerdotes habían confiscado reliquias y pociones bendecidas por todos los dioses. Realmente sería un gran tesoro para cualquiera, incluso para dos seguidores de Nuitari.

Aquellos artefactos habían sido creados en la Era del Poder, cuando el dominio de los clérigos no tenía rival. Los sacerdotes de todos los dioses aceptarían cualquier precio con tal de conseguir poderosas reliquias sagradas que se creían perdidas desde hacía mucho tiempo. Los más apreciados de todos, los más anhelados, serían los artefactos bendecidos por Takhisis y Paladine. Aunque los dos dioses ya no se encontraran en el panteón, sus antiguos objetos podían seguir conservando su poder. La riqueza de naciones enteras no bastaría para pagar tal tesoro.

«Quiero llevar a Goldmoon un regalo...»

Rhys se detuvo bruscamente. Ésa era la razón por la que Mina había ido a la torre. Se dirigía a la Sala del Sacrilegio.

Beleño, al oír que se había detenido, giró la cabeza.

—Los peldaños están resbaladizos —dijo el kender—. Tienes que ir con cuidado. Tampoco es que importe si nos caemos y nos partimos la cabeza, ¡ya que todos vamos a ser devorados por un despiadado dragón marino! —exclamó, subiendo cada vez más la voz.

—¡No nos van a devorar! —gritó Mina. Subió la escalera dando saltitos—. El dragón no está.

—¡No está! —repitió Caele, sin aliento.

—¡Es nuestro! —exclamó Basalto entrecortadamente.

Los dos hechiceros pasaron junto a Rhys empujándolo y se

lanzaron hacia el final de la escalera, dándose codazos entre sí.

9

Los hechiceros giraron en la siguiente vuelta de la escalera de caracol y desaparecieron. Rhys se apresuró detrás de ellos y superó a Beleño, que a duras penas lograba no quedarse atrás. Rhys encontró a Basalto y a Caele haciendo equilibrios en el último peldaño, mirando con expresión consternada.

Para mantener alejados a los ladrones de los valiosos objetos que guardaba la Sala del Sacrilegio, Nuitari había metido el Solio Febalas en una esfera enorme llena de agua del mar. La Sala estaba protegida por tiburones, pastinacas y otro tipo de seres marinos que resultaban letales, entre ellos una vieja hembra de Dragón del Mar.

Pero de aquella ingeniosa caja fuerte acuática de Nuitari no quedaban más que montículos de arena húmeda en los que brillaban los trozos del cristal roto.

La esfera se había hecho añicos durante el viaje de la torre. El agua del mar se había derramado y con ella se habían ido los monstruos marinos. Por lo visto Midori, arrancada bruscamente de su descanso por el golpe, había decidido que ya había tenido más que suficiente y se había ido a buscar un hogar un poco más estable. La destrucción llegaba hasta donde alcanzaba la vista.

—¡No! ¡*Atta*, para! —gritó Beleño mientras sujetaba a la perra por el pescuezo, justo cuando ya empezaba a adentrarse en la arena—. ¡Vas a destrozarte las patas! ¿Dónde está el Feble Solitario? —preguntó a Mina.

La niña señaló en silencio y con gesto sombrío al centro de aquel desastre.

—Vaya, bueno. Supongo que no podemos llegar allí —dijo Beleño de buen humor—. Oye, tengo una idea. Vamos a navegar hasta Flotsam. Conozco una taberna donde te ponen un filete de ternera con patatas muy crujientes y unos guisantes verdes para acompañar con...

—Beleño —lo reprendió Rhys.

—¡No se lo he pedido a ella! —se defendió el kender en un susurro—. Sólo mencioné el filete de ternera por si da la casualidad de que tiene hambre.

—Era tan bonito —dijo Mina y se echó a llorar.

Basalto se había quedado mirando aquel desastre con expresión sombría.

—Me da igual lo que diga el señor —declaró el enano—. Yo no voy a limpiar todo esto. —Oyó reír a Caele por lo bajo y frunció el entrecejo—. ¿Qué te hace tanta gracia? ¡Esto es un desastre!

—Para nosotros no —repuso Caele con una sonrisa taimada.

Al ver que el monje estaba ocupado consolando a la niña llorosa,

Caele se escabulló silenciosamente escaleras arriba, haciendo un gesto a Basalto para que se uniera a él.

—¿No te das cuenta de lo que significa esto? —susurró Caele cuando estaban lo suficientemente lejos para que los demás no pudieran oírlos—. ¡El dragón se ha ido! ¡La Sala del Sacrilegio ya no está vigilada! ¡Somos ricos!

—Si es que la Sala sigue aquí —replicó Basalto—. Y si sigue intacta, cosa que dudo. —Hizo un gesto hacia los restos de la esfera—. ¿Y cómo piensas llegar a ella? Casi sería mejor que el dragón siguiera aquí, porque esos trozos de cristal son más afilados que sus dientes e igual de letales.

—Si la Sala sobrevivió al Cataclismo, seguro que sobrevivió a esto. Ya lo verás. Y en cuanto a cómo llegar a ella, ya se me ha ocurrido algo.

—¿Qué hacemos con Mina y sus amigos? —preguntó Basalto.

Caele sonrió. Se subió la manga y dejó al descubierto un cuchillo que llevaba sujeto a la muñeca.

Basalto resopló.

—¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez que intentaste matarla? ¡Acabaste prisionero en tu propia tumba!

— Tenía a ese cabrón de Chemosh de su lado —dijo Caele, ceñudo—. Esta vez lo único que tiene es un monje y un kender. Tú matas a esos dos y yo...

—¡A mí déjame al margen! —gruñó Basalto—. Ya estoy harto de tus complots y tus planes. ¡Lo único que me traen son problemas!

Caele empalideció de furia. Un rápido movimiento de muñeca después, tenía el cuchillo en la mano. Pero Basalto estaba preparado. Siempre había tenido claro que un día acabaría matando al semielfo y ese día bien podía haber llegado ya.

Empezó a recitar un hechizo. Caele entonó un contrahechizo. Los dos se miraron con odio.

Mina contemplaba las ruinas de la esfera de cristal con lóbrego asombro.

—Quería nadar otra vez en el agua del mar. Quería hablar con la hembra de dragón...

—Lo siento, Mina —dijo Rhys sin saber qué más podía decirle.

El monje tenía sus propias preocupaciones. Si realmente el Solio Febalas estaba en medio de todo aquel caos, debería encontrarlo, asegurarse de que estaba a salvo y su contenido seguro. Oía a los dos Túnicas Negras tramando algo y aunque no podía distinguir lo que decían, no le cabía ninguna duda de que estaban planeando cómo robar los objetos sagrados.

Si hubiera estado solo, a Rhys no le habría importado arriesgar su propia vida tratando de encontrar un camino entre las esquirlas de

cristal, pero no podía aventurarse por la arena y dejar a sus amigos y a la perra detrás. Esa opción quedaba descartada con los Predilectos agolpándose en el exterior de la torre, mantenidos a raya por sólo los dioses sabrían qué fuerza. Tampoco confiaba en los dos Túnicas Negras.

La preocupación principal de Rhys era Mina. Como diosa, podría haber caminado cientos de kilómetros entre afiladas cuchillas sin hacerse un rasguño. Pero era una diosa que no sabía que lo era. Temblaba de frío, lloraba cuando se enfadaba y sangraba si le arañaban la piel. No se atrevía a llevarla consigo y tampoco se atrevía a dejarla atrás.

—Mina —dijo Rhys—, creo que Beleño tiene razón. Deberíamos emprender el camino a casa. No puedes cruzar la arena sin herirte. Goldmoon lo entenderá...

—¡No voy a irme! —lo desafió Mina con arrogancia. Había dejado de llorar y sacaba el labio inferior, enfurruñada. Estaba de pie, dando patadas a la arena mojada con la punta del zapato—. Sin mi regalo no me voy.

—Mina...

—¡No es justo! —gritó, limpiándose la nariz con el dorso de la mano—, ¿Por qué tenía que pasar esto? Hice todo este camino...

Se quedó callada. Sin hacer caso de la advertencia de Rhys de que tuviera cuidado, se agachó y recogió un trozo pequeño de cristal.

—Esto no tenía que haber pasado.

Mina lanzó el cristal al aire y a él se unió un millón de trozos más, resplandecientes como gotas de lluvia bajo la luz del sol. Las esquirlas se fundieron unas en otras. El agua del mar, en vez de vaciarse, fluyó otra vez hacia el interior de la esfera.

Rhys se encontró de repente dentro de una esfera de cristal, sumergido en las profundidades verdes y azuladas del agua marina, y estaba ahogándose.

Aguantando la respiración, Rhys miró alrededor desesperado, intentando encontrar una forma de salir. Cerca de él estaba Beleño, agitando brazos y pies, con las mejillas hinchadas. *Atta* movía las patas sin control, con el pánico reflejado en sus ojos bien abiertos. Mina, inconsciente del aprieto en el que estaban, se alejaba nadando.

A Rhys no le quedaban más que unos momentos de vida. *Atta* ya había empezado a hundirse hacia el fondo. Rhys cortaba el agua con los brazos y movía los pies, intentando alcanzar a Mina.

Consiguió agarrarla por el tobillo. Mina giró sobre sí misma. Un intenso placer iluminaba su rostro. Estaba disfrutando de lo lindo. El placer se desvaneció en cuanto vio que sus amigos estaban en problemas. Los miró con impotencia, sin tener ni idea de lo que podía hacer. A Rhys iban a estallarle los pulmones. Veía unas estrellas

borrosas y puntos azules y amarillos; ya no podía soportar el dolor. Abrió la boca, preparado para hundirse hacia la muerte.

Tragó agua salada y, aunque no era una sensación agradable, no murió. Se quedó perplejo al descubrir que estaba respirando en el agua con la misma facilidad con que antes respiraba en el aire. Beleño, boqueando y con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, ya no resistía más. Flotaba inerte en el agua.

Mina cogió a *Atta*, que ya había dejado de luchar. Acarició a la perra, la besó y la abrazó, y de repente *Atta* abrió los ojos. La perra miró alrededor frenéticamente, dominada por el pánico, hasta que encontró a Rhys. El monje se acercó a ella nadando y se les unió Beleño, que le agarró del brazo e intentó decir algo. Lo único que le salió de la boca fueron burbujas; pero a pesar de que Rhys no podía oírlo, entendió a grandes rasgos lo que el kender quería decir, que era algo así como: «¡Tienes que hacer algo! ¡Va a acabar matándonos a todos!»

Rhys pensó que era más que probable, pero no tenía la menor idea de lo que podía hacer para evitarlo. Cuando una niña de seis años normal se portaba mal, se le podía dar un azote o mandarla a la cama sin cenar. La idea de dar un azote a Mina, quien, como Beleño había dicho, podía lanzarles una montaña a la cabeza, resultaba ridicula. Y la verdad era que Mina no se había portado mal. No había intentado ahogarlos deliberadamente. Sencillamente, había cometido un error. Como ella podía respirar tanto agua como aire, había dado por hecho que ellos también podían.

Mina nadaba bajo el agua como si hubiera nacido con branquias en vez de pulmones y se movía de un lado a otro como una flecha, apremiándolos todo el tiempo para que se dieran prisa. Rhys había aprendido a nadar en el monasterio, pero lo entorpecían la túnica y el cayado, que no quería abandonar, así como su preocupación por Beleño.

El kender no sabía nadar. En realidad, nunca había querido aprender. Pero en ese momento, ya que nadie le había dado a elegir, se agitaba sin control, sin avanzar en ninguna dirección. Estaba a punto de abandonar, cuando *Atta* pasó a su lado, impulsándose con las patas delanteras. Beleño observó a la perra y decidió imitarla. En vez de patas, utilizó las manos y los brazos como remos y poco después ya podía seguir el ritmo de los demás.

Mina avanzaba con entusiasmo y no dejaba de hacerles gestos para que se apresuraran. Cuando la alcanzaron, estaba esperándolos suspendida en el agua, moviendo las manos lentamente en círculo, flotando sobre lo que parecía un castillo de arena hecho por un niño.

El diseño del castillo era muy sencillo; constaba de cuatro paredes de metro y medio de altura y los mismos metros de longitud y en cada

esquina se alzaba una torre alta. No había ventanas y únicamente se abría una puerta, pero esa puerta era una verdadera maravilla.

La entrada tenía pocos menos de un metro de alto y no era demasiado ancha. Estaba cerrada por una puerta hecha con un sinfín de perlas que brillaban con una luz rosácea. En el centro fulguraba un único carácter antiguo tallado en una gran esmeralda.

Mina hizo una seña a Rhys, mientras éste nadaba torpemente a su lado, poniendo por delante de sí el cayado. Señaló hacia el castillo de arena y asintió con entusiasmo.

«La Sala del Sacrilegio», dijo en silencio la niña, para que le leyera los labios.

Rhys la observó atónito.

La infame Sala del Sacrilegio era un castillo de arena hecho por un niño. Rhys sacudió la cabeza. Mina lo miró con el entrecejo fruncido, extendió un brazo, y agarró el cayado. Señaló la letra tallada en la gema incrustada en la puerta. Rhys se acercó nadando y tomó una bocanada de agua por el asombro. En la esmeralda estaba esculpida la figura de un ocho tumbado, un símbolo sin principio ni final, el símbolo de la eternidad.

Rhys se impulsó hacia detrás. Mina lo observaba perpleja. Señaló la puerta una vez más.

«¡Abrela!», ordenó, con un borboteo de burbujas.

Rhys negó con la cabeza. Allí estaba el Solio Febalas, custodio de algunos de los objetos más sagrados que dioses y hombres crearan jamás, y la puerta estaba cerrada y sellada. El no debía entrar. Ningún mortal debía entrar. Tal vez ni siquiera los dioses debían entrar.

Mina tironeó de él para indicarle que se diera prisa. Rhys sacudió la cabeza con decisión y se apartó. Ojalá pudiera explicárselo, pero no podía. Se volvió y empezó a nadar en dirección contraria.

Mina nadó detrás de él y volvió a agarrarlo. Con la cabezonería propia de los niños, no pararía hasta conseguir lo que quería. Rhys imaginó que, si estuvieran en tierra firme, la pequeña habría dado una patada en el suelo.

Rhys estaba dispuesto a seguir negándose, pero en ese mismo momento la decisión le fue arrebatada de las manos.

Incluso en las profundidades del mar, hasta él llegó esa palabra única temida en todo Krynn por cualquiera que viajara con un kender:

«¡Vaya!»

—¡Oye! —exclamó Caele, alarmado—. ¿Dónde han ido?

Los dos Túnicas Negras, en su afán por acabar el uno con el otro, habían estado murmurando palabras arcanas y revolviendo en sus bolsillos en busca de los ingredientes de los hechizos, cuando se dieron cuenta de que estaban solos. El kender, la niña, la perra y el monje habían desaparecido.

—¡Malditos sean! —maldijo Caele, furioso—. ¡Han encontrado la forma de entrar!

El semielfo bajó la escalera corriendo y patinó al frenar después del último peldaño. Los trozos de cristal seguían allí, las puntas sobresalían entre la arena.

—Si no estuvieras tan impaciente por cortarme la cabeza, ahora mismo estaríamos allí, ayudándonos a nosotros mismos a ser un poco más ricos. —Basalto agitó el puño hacia el semielfo.

—Tienes razón, no hay duda, Basalto —convino Caele, repentinamente sumiso—. Siempre tienes razón. Dale recuerdos al señor.

El semielfo levantó una mano, hizo una fioritura y desapareció.

—¿Qué? —Basalto parpadeó—, Pero...

El enano lo comprendió de golpe. Tomó una buena bocanada de aire y la dejó escapar en un bramido.

—¡Ha ido detrás de ellos!

Basalto dio un repaso rápido mentalmente a su catálogo de hechizos y empezó a revolver nerviosamente en todos los saquitos de ingredientes para comprobar lo que tenía a mano. Había acudido preparado para la batalla, no para viajar a un destino desconocido en el fondo del mar y protegido por cristales rotos. Se preguntaba qué magia habría utilizado Caele y llegó a la conclusión de que lo más probable era que el semielfo hubiese recurrido a un hechizo conocido como la puerta entre dimensiones. Era uno de los favoritos de Caele, porque sólo hacía falta pronunciar unas palabras, no se necesitaba ingrediente alguno. A Caele no le gustaban los hechizos con ingredientes, principalmente porque era demasiado vago para ir a buscarlos.

Basalto también estaba familiarizado con el hechizo de la puerta entre dimensiones, pero había un inconveniente. Para conjurar el encantamiento, el hechicero tenía que conocer el lugar al que iba, pues debía visualizarlo. Basalto no tenía la menor idea de dónde estaba la Sala del Sacrilegio o cómo era. Jamás había estado dentro de la esfera llena de agua que la protegía.

Caele, por el contrario, sí había estado en el interior de la esfera. Nuitari lo había obligado a visitar a la hembra de dragón, Midori, para recoger un poco de su sangre. Luego la utilizaría en el cuenco de las visiones de dragón con el que espiaba a sus enemigos. Caele nunca había mencionado que hubiera visto la Sala en persona, pero el semielfo era un cabrón escurridizo, astuto y mentiroso. Basalto sospechaba que Caele habría fisgoneado un poco mientras estaba allí abajo y simplemente se lo había callado.

Al imaginarse a Caele en la Sala, recogiendo valiosos tesoros a manos llenas, Basalto hizo rechinar los dientes de furia. Miró con odio

las esquirlas de cristal que le cerraban el paso y pensó con nostalgia lo maravilloso que sería pasar por encima flotando sin más. Eso hizo que se le ocurriera un hechizo.

Basalto no tenía los ingredientes exactos necesarios a mano, pero podría hacer un apaño. El hechizo requería gasa, así que arrancó la venda que le envolvía la frente y cortó un trozo con un cuchillo. Solía llevar el cabo de una vela, porque el fuego o la cera siempre resultaban útiles. La vela era cera de abeja y la había hecho él mismo. Estaba muy orgulloso de ella, porque poseía propiedades mágicas.

Con la gasa en una mano y la vela en la otra, pronunció la orden adecuada y la vela se encendió. Sostuvo la tela sobre la llama hasta que se prendió, dejó que ardiera un momento y después la apagó. Del tejido ennegrecido salía una fina columna de humo. Basalto dijo una palabra mágica y aguardó nervioso para comprobar si el hechizo había funcionado.

Lo invadió una sensación extraña y placentera, como si la carne y el hueso, la piel y el músculo, pasaran por arte de magia al estado líquido y después al gaseoso. Lo que quedó de él fue una nube de gas, carente de sustancia. Hacía tiempo que Basalto no utilizaba aquel hechizo y se le ocurrió, demasiado tarde ya, que no estaba muy seguro de cómo se recuperaba el cuerpo después. Pero ya se preocuparía de eso más adelante. En ese momento lo que tenía que hacer era alcanzar a Caele.

Desplazándose con las corrientes de aire, la forma gaseosa de Basalto, que parecía una espeluznante nube de humo negro, pasó flotando sobre los cristales cortantes y entró en lo que quedaba de la esfera de cristal.

10

Beleño había estado esforzándose por demostrar a Mina que se sentía ofendido, lo que era comprensible, porque primero lo había metido en un montón de agua salada y después estuvo a punto de ahogarlo, pero un rato después ya la había perdonado. Le gustaba la nueva sensación de poder respirar debajo del agua como si tuviera branquias en el cuello que palpitaran hacia dentro y hacia fuera. Se palpó el cuello para comprobar si realmente las tenía y se quedó muy desilusionado al ver que no era así. En ese momento, llegó al castillo.

Rhys y Mina estaban discutiendo. Por lo que parecía, Mina quería que Rhys entrara y el monje se negaba rotundamente, actitud que Beleño, como kender con sentido común, aprobaba, pues había supuesto inmediatamente que aquel edificio debía de ser el Solano de Famas o la Sala del Sacro Lejos o como se llamase.

Beleño se quedó chapoteando, mientras esperaba que la discusión llegase a su fin, y no tardó en aburrirse. Allí abajo lo único que podía hacer uno era nadar. Se preguntó cómo podían soportarlo los peces. Como no había nada más que ver, aparte del castillo de arena, decidió echarle un vistazo y se fijó en que la puerta era de lo más interesante, pues estaba hecha de perlas y tenía la esmeralda más grande y hermosa que el kender hubiera visto jamás. Se acercó nadando para verla desde más cerca.

Beleño nunca logró explicarse lo que sucedió después. O su sentido común decidió hacer las maletas y marcharse de vacaciones; o su lado más kender se despertó, le pegó un buen porrazo al sentido común y lo dejó fuera de juego.

En realidad, daba lo mismo.

El hecho era que aquella esmeralda era la más grande y hermosa que Beleño hubiera visto jamás y cuanto más se acercaba a ella, más grande y hermosa parecía. Así que al final, el lado kender que realmente tenía, por mucho que su padre pensara lo contrario, no tuvo más remedio que alargar el brazo, coger la esmeralda e intentar soltarla.

Entonces pasaron dos cosas, una de ellas mala y la otra peor.

La mala fue que la esmeralda no se soltó.

La peor fue que la puerta sí lo hizo.

Se abrió la puerta.

«¡Vaya!» Eso fue todo lo que pudo gritar el sorprendido kender antes de que el agua del mar corriera al interior del castillo de arena y lo arrastrara consigo.

La puerta se cerró.

Las rápidas corrientes de agua revolcaron a Beleño y, durante un

momento de gran tensión, no sabía si estaba del derecho o del revés. Entonces el agua lo dejó sobre una superficie sólida y prosiguió sin él. Se quedó quieto un momento, con la respiración entrecortada e intentando asimilar todo lo ocurrido tan repentinamente. Cuando superó el sobresalto, se percató de que estaba respirando aire y no agua, algo que lo alegraba. Había estado repasando mentalmente todo lo que sabía sobre la dieta de los peces y había llegado a la triste conclusión de que iba a tener que sobrevivir a base de gusanos.

Después de tomar unas bocanadas de aire profundas y tranquilizadoras, decidió levantarse y echar un vistazo alrededor.

Echó un vistazo y otro vistazo más, y cuantos más vistazos echaba, más seguro estaba, con un temblor en el estómago, de que él no debía estar en aquel sitio. En esa situación, un kender con sentido común, incluso un kender con cuernos, no podía hacer más que una cosa.

—¡Rhys! —aulló Beleño—, ¡Ayúdame!

Rhys se volvió justo a tiempo para ver cómo Beleño era arrastrado al interior de la Sala del Sacrilegio y la puerta se cerraba detrás de él. Mina reía y daba palmadas.

—Ahora, señor monje, tienes que entrar. Gano yo.

La niña sonrió y le sacó la lengua.

Rhys nunca había sido padre y a menudo se había preguntado cómo era posible que un padre diera un buen azote a su propio hijo. Estaba empezando a entenderlo.

Mina nadó hasta la puerta y pasó la mano por la esmeralda tallada. Cuando la puerta se abrió lentamente, una corriente de agua empujó a Mina y a Rhys al interior y tumbó a Beleño, que estaba dando puñetazos a la puerta desde dentro.

Rhys se levantó al instante. Volvió la vista hacia la puerta abierta y contempló el paisaje, que recordaba a un desierto de arena mojada.

Atta estaba al otro lado de la entrada, en la arena húmeda, y se sacudía el agua. Había empezado por la cola e iba avanzando hacia la cabeza. Cuando Rhys la llamó, cruzó la puerta con recelo. Era evidente que no quería estar allí. La perra se pegó al monje, temblorosa.

Beleño tampoco quería estar allí.

—Rhys —dijo con voz débil—, es aquí. Ésta es la sala esa. Es muy... Da mucho miedo, Rhys. Creo que se supone que nosotros no debemos estar aquí.

El Solio Febalas, la Sala del Sacrilegio, la prueba de la soberbia determinación del Príncipe de los Sacerdotes de desafiar a los dioses. El instinto de Beleño y de *Atta* no se equivocaba. Los mortales no debían penetrar allí. Era una estancia consagrada a los dioses, a su cólera.

—No estás enfadado conmigo por hacerte entrar, ¿a que no, señor monje? —preguntó Mina suavemente y deslizó su mano en la de Rhys.

Al mirarla, no veía a una diosa. Veía a una niña con la mentalidad de una niña, con un conocimiento del mundo imperfecto y sin acabar de formar. De repente, se preguntó si sería eso lo que veían los dioses al contemplar a la humanidad.

Rhys ya no sentía la cólera de los dioses. Sentía su dolor.

—No, Mina-contestó—, no estoy enfadado contigo.

La Sala era inmensa, un círculo perfecto cerrado por una bóveda alta. En las paredes se abrían nichos esculpidos en la piedra, cada uno de ellos consagrado a un dios. La pared de cada nicho estaba decorada con un único carácter arcano. En algunas, el carácter brillaba con luz propia. Allí estaba la luz constante de Majere, la llama blanca azulada de Mishakal, el resplandor plateado casi cegador de Kiri-Jolith.

En la pared de enfrente, los nichos estaban oscuros y combatían con la luz para extinguirla. El espeluznante símbolo de Sargonnas, dios de la venganza, era oscuridad sobre la oscuridad. El espacio de Morgion era de un verdinegro maligno, el de Chemosh de un fantasmagórico blanco como de hueso.

Los nichos que había en el centro, separando la oscuridad y la luz, luchando porque cada una se mantuviera en su lugar, pertenecían a los dioses neutrales. En el centro se encontraba el nicho consagrado a Gilean. Un libro descansaba abierto sobre el altar. Una luz roja bañaba un juego de platillos, perfectamente equilibrados, que estaba en el centro.

A ambos lados del altar de Gilean, uno a la izquierda y otro a la derecha, se abrían dos nichos que no eran oscuros ni luminosos, sino que ambos estaban envueltos por las sombras, como si delante de ellos colgara un velo.

En otro tiempo, uno había sido la oscuridad impenetrable y el otro la luminosidad lacerante. En ese momento, ambos estaban vacíos. Eran los altares de la desaparecida Takhisis y de Paladine, voluntariamente exiliado.

La Sala estaba repleta de objetos sagrados, apilados sobre los altares, tirados en montones o esparcidos descuidadamente por el suelo. Los soldados del Príncipe de los Sacerdotes habían sido los encargados de llevarlos hasta allí y los habían tirado sin demasiada ceremonia en aquel almacén de abominaciones.

Rhys era incapaz de decir nada. Las lágrimas le nublaban la visión. Cayó de hinojos y, después de colocar cuidadosamente el cayado a un lado, unió las manos en una oración.

—Señor monje, ven conmigo... —empezó a decir Mina.

—No creo que pueda oírte —repuso Beleño.

Mina soltó un pequeño suspiro.

—Sé cómo se siente. Yo me sentí igual cuando vine, como si todos los dioses estuviesen reunidos alrededor de mí, mirándome desde las alturas. Y yo era tan pequeña y estaba tan sola...

Dejó de hablar y lanzó una mirada nerviosa hacia los nichos.

—Pero todavía tengo que conseguir el regalo para Goldmoon y no quiero ir sola. —Se volvió hacia el kender—. Ven tú conmigo.

Beleño paseó una mirada cargada de deseo por los altares, por ese surtido sin fin de lo más extraño y hermoso, de lo más espeluznante y maravilloso.

—Mejor no —dijo al fin con pesar—. Yo soy un místico, sabes, y no estaría bien.

—¿Qué es un místico? —preguntó Mina.

—Es... Pues... —Beleño estaba confuso. Nunca antes le habían pedido que se definiera—. Significa que no creo en los dioses. Es decir, sí que creo en los dioses. No me queda más remedio, una vez me encontré a Majere —añadió con orgullo—. Incluso Majere me ayudó a forzar una cerradura, aunque Rhys dijo que eso de que un dios abriera cerraduras era un hecho aislado y que no tenía que esperar que lo hiciera más veces. Ser un místico quiere decir que yo no rezo a los dioses como hace Rhys. Como está haciendo en este preciso momento. Bueno, supongo que sí recé a Majere, pero no rezaba por mí. Lo hacía por Rhys, que no podía rezar porque estaba más muerto que vivo.

Mina parecía confundida y Beleño decidió que sería mejor que simplificara la definición.

—Ser un místico significa que me gusta hacer las cosas a mi manera, sin molestar a nadie.

—Vale —dijo Mina—. Puedes hacer las cosas a tu manera conmigo. No quiero volver ahí yo sola. Está oscuro y me da miedo. Y puede haber arañas.

Beleño negó con la cabeza.

—¡Por favor! —rogó Mina.

Beleño tenía que admitir que se sentía tentado. Ojalá no hubiera mencionado las arañas...

—¡No te atreves! —le retó Mina.

Beleño desdeñó el comentario con un gesto.

—¡Seguro que no te atreves! —insistió Mina.

Esa vez funcionó. El honor de Beleño estaba en entredicho. Ningún kender en la larga y gloriosa historia de los kenders se había acobardado ante semejante acusación.

—¡Te echo una carrera! —gritó Beleño antes de arrancar a correr.

Caele nunca había llegado a ver la Sala del Sacrilegio, pero había podido visualizarla para el hechizo. Midori, la hembra de dragón, se la había descrito una vez. En aquel momento Caele no había prestado demasiada atención a la descripción, pues la hembra de dragón

divagaba sobre eso con el único propósito de atormentarlo. Midori sabía que ante su presencia se sentía aterrorizado y le parecía muy divertido entretenerlo al alcance de sus colmillos.

Caele había creído enfermar de miedo el día en que la hembra de dragón había pasado una media hora insoportable divagando sobre el castillo de arena y lo listo que había sido Nuitari cuando lo construyó para que albergara los objetos sagrados, y la mala suerte que tenía él, Caele, porque jamás en su vida lo vería. Caele apenas recordaba nada de la conversación, pero sí consiguió rescatar las palabras «castillo de arena» de entre sus recuerdos. Con aquella imagen en la mente, su magia lo llevó hasta el lugar.

Se materializó en la puerta y se quedó petrificado, sin osar moverse hasta que no hubiera valorado la situación. El monje estaba de rodillas, lloriqueando. La perra estaba acurrucada a su lado. El kender y la mocosa estaban más lejos, saqueando un altar. Ni rastro de Basalto.

Caele había planeado matar al monje sin dilación, pero el hechizo mortal que iba a pronunciar se borró de su mente cuando su mirada perpleja empezó a pasar de un altar a otro. Ni en sus sueños más avariciosos había llegado a imaginar aquel tesoro de valor incalculable. Y allí estaba, desprotegido, esperando a que alguien lo cogiese sin más y lo vendiese al mejor postor. Caele estaba tan emocionado que podría haberse puesto a lloriquear como el monje.

Volvió a concentrarse en lo que lo ocupaba. En primer lugar, tenía que librarse de la competencia. Caele sabía un buen número de hechizos que po— dian matar a las personas de las formas más diversas y desagradables. Estaba cogiendo la calamita que haría que el monje se desintegrara en gotas pegajosas y rezumantes de carne, cuando percibió un movimiento cerca de uno de los altares.

Caele miró fijamente en aquella dirección. No estaba muy seguro de a qué dios pertenecía ese altar, pero tampoco le importaba. Uno de los objetos que relucía sobre el altar era un cáliz incrustado de piedras preciosas. Caele ya lo había apuntado mentalmente como especialmente valioso y se dio cuenta de que alguien más se había percatado de su valor. Una sombra se arrastraba cerca, una forma oscura y peluda que alargaba la mano.

—¡Basalto! —gruñó Caele.

La perra se incorporó de un salto lanzando un ladrido.

11

Beleño estaba de pie con las manos hundidas en los bolsillos, centrando todos sus esfuerzos en que siguieran ahí. Nunca antes había visto tantos objetos interesantes, curiosos e increíbles, todos juntos en un sitio. Mirara donde mirase, todo parecía pedirle a gritos que lo tocara, lo cogiera, lo estudiara, lo palpara, lo olfateara, lo abriera, lo levantara, lo tanteara, lo desenrollara, lo desenroscara o, por lo menos, lo guardara en un morral para observarlo más adelante.

En varias ocasiones, las manos de Beleño intentaron escapar de un salto de los bolsillos y llevar a la práctica todo lo mencionado. Dando muestras de una voluntad férrea, el kender consiguió mantener sus manos bajo control, pero tenía la sensación de que su voluntad era cada vez más débil y sus manos cada vez más fuertes.

Lo único que quería era que Mina se diera prisa.

Completamente ajena a la lucha que estaba produciéndose en los bolsillos del kender, Mina deambulaba entre los dos altares, ambos inmersos en las sombras más impenetrables, mirando los objetos que había apilados alrededor. Fruncía los labios y arrugaba la frente. Parecía que estaba intentando tomar una decisión, porque a veces extendía la mano hacia un objeto, después la apartaba y se acercaba a otra cosa.

Beleño vivía una auténtica agonía. Una mano había logrado deslizarse del bolsillo y había utilizado la otra para agarrarla por la muñeca y forcejear con ella. Estaba a punto de gritarle a Mina que se decidiera de una vez, cuando el ladrido de *Atta*, que sonó más alto de lo normal en el silencio absoluto de la Sala, a punto estuvo de hacerle pegar un salto.

—¡Mina! —gritó Beleño—. ¡Es uno de esos hechiceros malos! ¡Está aquí!

—Ya lo sé —repuso Mina, encogiéndose de hombros—. Los dos están aquí.

Hay otro arrastrándose por ahí, cerca del altar de Sargonnas. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. El enano se cree muy listo. No sabe que podemos verlo.

Al principio Beleño no vio nada, pero después distinguió perfectamente a un enano merodeando alrededor de uno de los altares. Estaba mirando un cáliz de piedras preciosas cuyo pie representaba la cabeza de un minotauro apoyada sobre sus cuernos.

Atta estaba ladrando al otro hechicero, que acechaba desde la puerta. Rhys seguía de rodillas, completamente entregado a su dios. Caele tenía la mano metida en uno de sus saquitos y Beleño sabía lo suficiente sobre hechiceros para considerar poco probable que

estuviera buscando un poco de pimienta.

—¡Mina, creo que va a intentar matar a Rhys! —exclamó Beleño con voz apremiante.

—Sí, seguramente —se mostró de acuerdo Mina. Seguía dándole vueltas a todas las opciones.

—¡Tenemos que hacer algo! —repuso Beleño, enfadado— ¡Detenlo!

Mina suspiró.

—No logro decidir cuál le gustará a madre. No quiero equivocarme. ¿A ti qué te parece?

A Beleño no le parecía nada. Caele estaba recitando y apuntando a Rhys con algo.

Beleño estaba a punto de gritar a Rhys para avisarlo, pero el grito se convirtió en un sonido estrangulado por el asombro. Una cuerda de cáñamo recorrida por hojas sagradas, que hasta entonces había estado enroscada en el altar de Chislev, se lanzó como una serpiente atacante y rodeó los brazos de Caele, apretándolos contra los costados. Las palabras del hechizo del semielfo murieron en un aullido. Cayó al suelo rodando, mientras intentaba zafarse de la cuerda que lo sujetaba.

En ese momento, Basalto cogía el cáliz y, para más asombro de Beleño, lo utilizaba para golpearse a sí mismo en la cabeza. Basalto aullaba de dolor e intentaba escapar del cáliz, pero lo único que conseguía era seguir pegándose. Siguió dándose golpes, incapaz de detenerse. La sangre le caía por el rostro. Se tambaleó aturdido, gimiendo de dolor, hasta que se derrumbó inconsciente. Sólo entonces dejó de golpearse.

Beleño tragó saliva. Sus manos, todavía en los bolsillos, ya parecían sentirse más cómodas allí y no manifestaban deseo alguno de tocar nada.

—Creo que deberíamos salir de este lugar —sugirió Beleño con un hilo de voz.

—Me llevaré esto —dijo Mina, decidiéndose por fin.

—¡No toques nada! —le advirtió Beleño, pero Mina no le prestaba atención.

Cogió una figura pequeña de cristal esculpida en forma de pirámide del altar de Paladine y se quedó admirándola. No pasó nada.

Sin dejar el pequeño cristal, Mina se acercó al altar de Takhisis y, después de dudarlo un momento, eligió un collar anodino, hecho con cuentas brillantes.

—Creo que a madre le gustarán estas cosas —anunció la pequeña.

—¿Qué son? —preguntó Beleño—. ¿Qué hacen? ¿Lo sabes, por lo menos?

—¡Claro que lo sé! —repuso Mina ofendida—. No soy tonta. Lo sé

todo sobre todo.

Beleño olvidó por un momento que era una diosa y que probablemente lo sabía todo sobre todo. Hizo un ruido poco educado para expresar su incredulidad.

—Entonces, ¿qué es ese collar? —le retó.

—Se llama Sedición —contestó Mina con aire petulante por todo lo que sabía—. Lo hizo Takhisis. La persona que lo lleva tiene el poder de hacer mala a la gente buena.

Beleño estuvo a punto de decir «¿Quieres decir malos como tú?», pero se lo pensó mejor. A pesar de que Mina había estado a punto de ahogarlo, no quería herir sus sentimientos.

—¿Y la pirámide pequeña? —preguntó.

—Está consagrada a Paladine. —Mina la levantó para ver los destellos del cristal bajo la luz azul del altar de Mishakal—, Esta pieza emite la luz de la verdad sobre las personas. Por eso el Príncipe de los Sacerdotes tenía que esconderla. Tenía miedo de que la gente viera lo que realmente era.

Beleño tuvo una idea.

—Bah, no te creo. Te lo estás inventando.

—¡Es verdad! —repuso Mina, enfadada.

—Entonces demuéstramelo —contestó Beleño. Alargó la mano hacia el cristal.

Mina vaciló.

—¿Me prometes que vas a devolvérmelo?

—Que me parta un rayo si no lo hago —juró Beleño.

Ya que había hecho aquel terrible juramente, sagrado para todos los niños del mundo, Mina aceptó. Dejó el cristal en forma de pirámide en la mano del kender.

—¿Qué hago? —preguntó Beleño, mirando el objeto con curiosidad y un poco más de recelo que hasta el momento. De repente le había asaltado la duda de si el objeto se ofendería porque lo utilizara un místico.

—Póntelo en el ojo y mira a algo a través de él —contestó Mina.

—¿Qué voy a ver?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Depende de lo que estés mirando, bobo.

Beleño levantó el cristal y miró al enano hechicero que estaba tumbado en el suelo. Vio un enano hechicero tumbado en el suelo. Miró a Caele y vio a Caele. Miró a Rhys y vio a Rhys. Miró a *Atta* y vio un perro. Pensando que aquélla era una excusa muy mala para hacer un objeto, Beleño volvió el cristal hacia Mina.

Una luz blanca la bañaba, la rodeaba y la iluminaba desde dentro y desde fuera. Beleño parpadeó, porque la luz lo cegaba. Intentó enfrentarse a la luz, mirarla directamente para poder ver con más

claridad, pero la luz se hacía cada vez más brillante, cada vez más intensa si cabía. Refulgente y cegadora, la luz se intensificaba y al final el kender tuvo que cerrar los ojos. La luz se expandía y crecía; la luz de una miríada de soles, la luz primigenia, la luz de la creación. Beleño aulló de dolor y dejó caer el cristal. Se quedó allí de pie frotándose los ojos abrasados.

Una vez, cuando era un kender pequeño, había mirado fijamente al sol sencillamente porque su madre le había dicho que no lo hiciera. Luego, durante unos minutos eternos, no veía más que unas manchas oscuras como pequeños soles negros, y eso mismo era lo que veía en ese momento. Y después de lo que había visto, se preguntó si no sería eso todo lo que quería ver.

Mina recogió el cristal del suelo.

—Bueno, ¿qué has visto?

—Puntos —dijo Beleño, frotándose los ojos.

Mina parecía decepcionada.

—¿Puntos? Tienes que haber visto algo más.

—¡Pues no! —negó Beleño malhumorado—. A lo mejor no funciona.

—¡A lo mejor no sabías qué estabas mirando! —le reprochó Mina.

—Sí que lo sabía —contestó Beleño.

Por suerte, los puntos empezaban a apagarse. Se secó el sudor de la frente. Parecía extraño que estuviera sudando cuando todavía tenía los brazos de piel de gallina.

Mina se guardó el objeto en el bolsillo y después le sonrió.

—Te toca —dijo.

—¿El qué?

La pequeña hizo un gesto con la mano.

—Has venido conmigo. Puede escoger un objeto. El que tú quieras.

Beleño miró a Basalto, ensangrentado y tirado en el suelo, mientras oía los gritos aterrorizados de Caele. Metió las manos en los bolsillos con fuerza.

—No, pero gracias.

—Gallina cobarde —se burló Mina.

Se acercó al altar de Majere, cogió algo brillante y se lo tendió a Beleño.

—Toma. Deberías tener esto.

En la mano tenía un broche de oro que representaba un saltamontes. Beleño recordó aquella ocasión en la que *Atta* y él estaban siendo perseguidos por los Predilectos y un ejército de saltamontes los había salvado. El broche tenía dos rubíes por ojos y estaba labrado con tal delicadeza que parecía que podía pegar un salto en cualquier momento. A Beleño le gustaba bastante y lo deseaba más

que ninguna otra cosa que hubiera querido en su vida. La mano le temblaba en el bolsillo.

—¿Estás segura de que a Majere no le importará que lo coja? —preguntó—. No querría hacer nada que lo enfadara.

—Estoy segura —contestó Mina y, antes de que Beleño pudiera protestar, le colocó el broche en la camisa.

Beleño se puso tenso, asustado, esperando que el broche le machacara la nariz o lo golpeara en la cabeza. El saltamontes se quedó mansamente sobre la camisa. Mientras lo admiraba, a Beleño le pareció ver que uno de los ojos rojos le lanzaba un guiño.

—¿Qué hace? —preguntó el kender.

—Es un saltamontes, bobo —respondió Mina—. ¿Qué te parece que hace?

—¿Saltar? —aventuró Beleño.

—Sí, y también hará que saltes tú. Tan alto y lejos como quieras.

—¡Vaya! —dijo Beleño en voz baja.

Rhys no había visto ni oído nada. El enano lanzaba alaridos, Caele maldecía, *Atta* ladraba y Rhys parecía estar en otro lugar. El único sonido que le llegaba era la voz del dios.

Y entonces Rhys sintió que una mano le daba golpecitos en el hombro y levantó la cabeza. La voz del dios desapareció.

—Señor monje, tengo mis regalos para Goldmoon —dijo Mina, mostrándole los dos objetos—. Ya podemos irnos.

Rhys se levantó. Había estado arrodillado en el suelo mucho tiempo, o eso parecía, porque le dolían las rodillas y tenía las piernas entumecidas. Al mirar en derredor, se quedó perplejo al ver a los dos Túnicas Negras en el suelo, uno de ellos atado y chillando, y el otro sangriento e inconsciente.

Miró a Beleño en busca de una explicación.

—Enfadaron a los dioses —repuso el kender.

Esa respuesta dejó a Rhys bastante desconcertado, pero antes de que pudiera preguntar, Mina gritó con impaciencia que ya estaba lista para irse.

—¿Qué hacemos con el cara de comadreja y con la bola de pelo? —planteó Beleño.

—Dejarlos aquí —contestó Mina, frunciendo el entrecejo—. Encerrarlos para que se mueran aquí. Así aprenderán la lección.

—¡No podemos hacer eso! —se escandalizó Rhys.

—¿Por qué no? Iban a matarnos —repuso Mina.

Rhys bajó la vista hacia Caele, atado con la cuerda bendita y retorciéndose por todo el suelo. La ira y el miedo combatían entre sí por apoderarse del semielfo. Un momento estaba haciendo rechinar los dientes y lanzando amenazas y al siguiente suplicaba entre gemidos que lo salvaran. El otro hechicero, Basalto, había recuperado

la conciencia y lloriqueaba diciendo que le dolía la cabeza.

—Sé cómo se siente —dijo Beleño, lanzado una mirada a Mina—. Ella tiene su parte de razón, Rhys. La comadreja iba a matarte con un hechizo mágico si no lo hubiera detenido no sé qué dios con la cuerda. No deberíamos soltarlos.

—No voy a abandonar a nadie para que muera —repitió Rhys con seriedad, en un tono que no admitía más discusiones—. Por lo menos podemos sacarlos de aquí. Tú tira de ese lado.

—¡Buf! —exclamó Beleño, arrugando la nariz, cuando levantó los pies desnudos de Caele—. Nunca pensé que diría esto, pero ojalá hubiera más agua aquí dentro.

Mientras Mina los miraba con gesto de desaprobación, Rhys y Beleño arrastraron primero a Caele y después a Basalto, los sacaron de la Sala del Sacrilegio y tiraron a los dos hechiceros en la arena húmeda.

—¡*Atta*, vigila! —ordenó Rhys, señalando a los hechiceros.

—No creo que haga falta —intervino Beleño en voz baja—. Me parece que alguien viene a buscarlos.

Un hombre cubierto por una magnífica túnica negra cruzaba la arena húmeda. Su rostro, redondo como una luna, estaba pálido por la furia, sus ojos fríos centelleaban.

Mina agarró a Rhys de la mano. *Atta* se escabulló detrás del monje y a Beleño le pareció prudente volver a la sala. La mirada airada del hombre se paseó por todos ellos, se detuvo un momento en Mina y después cayó con toda su fuerza sobre los hechiceros.

Caele vio lo que se les venía encima y empezó a balbucear.

—Señor Nuitari, ¡no fue culpa mía! Basalto me obligó avenir...

—¡Que te obligué! —empezó a gritar Basalto, pero su propia voz hacía que le doliera la cabeza y siguió hablando entre lamentos—. No lo creáis, señor. Fue ese monje mestizo que...

La cara de luna se crispó por la furia. Nuitari extendió el brazo y los dos hechiceros desaparecieron.

El Señor de la Luna Oscura se volvió hacia Rhys.

—Mis disculpas, monje de Majere. Esos dos no volverán a molestaros.

Rhys hizo una reverencia.

—Perdonadme, Nuitari —lo llamó Beleño desde la seguridad de la puerta—, para compensarnos por el hecho de que vuestros hechiceros intentaran matarnos, ¿podríais librarnos de los Predilectos? No es mi intención quejarme, pero es que han invadido vuestra torre y no van a dejar que nos marchemos.

—Esta ya no es mi torre —respondió Nuitari y, lanzando una mirada gélida a Mina, desapareció.

—Entonces, ¿quién estaba manteniéndolos a raya? —preguntó

Beleño, atónito.

—Seguramente Mina —contestó Rhys—, Pero no lo sabía.

Beleño masculló algo ininteligible.

—Y en ese caso, ¿qué hacemos con los Predilectos? —quiso saber el kender.

—Mientras Mina esté con nosotros, no creo que nos hagan daño —repuso Rhys.

—¿Y qué pasará cuando Mina intente irse?

—No lo sé, amigo mío. Debemos tener fe en que...

Se detuvo y entrecerró los ojos.

—Beleño, ¿de dónde has sacado ese broche de oro?

—Yo no lo cogí —respondió el kender rápidamente.

—Estoy seguro de que no querías cogerlo —apuntó Rhys—. Me imagino que lo encontraste en el suelo...

—... ¿donde un dios lo dejó caer? —Beleño le sonrió burlonamente—. No lo robé, Rhys. En serio. Me lo dio Mina.

Bajó la vista hacia el saltamontes con orgullo.

—¿Te acuerdas cuando Majere envió a los saltamontes para salvarme? Creo que ésta es su forma de darme las gracias.

—Está diciendo la verdad —intervino Mina a su favor—. El dios quería que lo tuviera. Igual que los dioses querían que yo tuviera mis regalos para Goldmoon. Eso me recuerda una cosa, ¿podrías guardármelos? —Mina le tendió a Rhys los dos objetos—. Tengo miedo de perderlos.

—Hagas lo que hagas, ¡no te pongas el collar! —advirtió Beleño.

—Creo que a Goldmoon van a gustarle —prosiguió Mina, entregándole a Rhys primero la pirámide de cristal y después el collar —. Cuando los dioses se fueron, Goldmoon me dijo que estaba muy triste. A pesar de que pasaban años y más años, seguía echándolos de menos. Yo le prometí que encontraría a los dioses y que se los devolvería. Y lo hice.

Mina sonrió, satisfecha consigo misma.

Rhys se estremeció. Mina no había encontrado a un dios. El dios, Takhisis, la había encontrado a ella. Takhisis mintió a Mina, la corrompió y la hizo esclava de la oscuridad, cuando debería estar regocijándose en la luz. ¿Había sido Mina una víctima inocente o desde el principio distinguía el bien del mal y había escogido la oscuridad deliberadamente? Y en ese momento, ¿intentaba borrar sus recuerdos, en un esfuerzo por olvidar los terribles crímenes que había cometido? ¿O realmente los habría olvidado? ¿Estaba fingiendo? ¿O era locura?

Quizá ni siquiera Mina supiera las repuestas. Quizá ésa era la razón por la que iba a Morada de los Dioses. Y él iba a hacer aquel extraño viaje con ella, para acompañarla, guiarla y protegerla.

Rhys colocó el prisma y el collar en su talego. Si alguien descubría que llevaba unos tesoros tan valiosos, él y quien lo acompañara correrían un gran peligro. Pensó en decir algo a Mina y a Beleño, advertirlos de que debían mantener los objetos en secreto. Pero descartó la idea, porque cuanta menos importancia les diera, mejor. Con un poco de suerte, tanto el kender como la niña se olvidarían de ellos.

Exactamente eso fue lo que pareció que le pasaba a Mina. En cuanto se vio libre de su carga, empezó a burlarse de Beleño, preguntándole entre risitas si le apetecía volver a nadar.

—¡No! —gritó el kender.

Entonces ella le pellizcó en el brazo y le dijo que era un bebé, y Beleño la pellizcó en el brazo y la llamó mocosa. Los dos echaron a correr, lanzando patadas hacia los tobillos del otro e intentando agarrarse. Ante un gesto de Rhys, *Atta* corrió detrás para tenerlos vigilados.

Las esquirlas de cristal habían desaparecido, al igual que el agua del mar, seguramente por orden de Mina.

Rhys se entretuvo cerca de la sala, sin querer marcharse. Majere le había hablado en el Solio Febalas, pero no a su cabeza, sino a su corazón. Vio con nitidez el camino que debía recorrer y era un largo camino. Mina lo había elegido para que fuera su guía, su maestro. No comprendía por qué y ni siquiera los dioses lo entendían. Su posición era muy complicada y peligrosa, pues era el guardián de una carga mucho más fuerte y poderosa que él. Era un guía que únicamente podía caminar detrás, pues era Mina quien debía encontrar el camino que debía recorrer. Rhys había aceptado la confianza depositada en él y rezó por que fuera merecedor de ella.

—¡Señor monje, deprisa! —gritó Mina con impaciencia—, ¡Ya estoy preparada para ir a Morada de los Dioses!

La puerta del Solio Febalas empezó a cerrarse lentamente. La esmeralda verde refulgió con un suave resplandor. Rhys hizo una profunda reverencia, se volvió y se apresuró para alcanzar a Mina.

Nuitari deambulaba por la Sala del Sacrilegio. El Señor de la Luna Oscura tenía puesto uno de sus ojos de pesados párpados en la puerta, que ya estaba cerrada, y el otro en Chemosh, Señor de los Huesos, quien también vagaba por la Sala.

Los dos dioses se habían visto obligados a esperar a que Mina abriera la puerta para poder entrar en la torre. A Nuitari aquello le había resultado especialmente humillante, ya que, por derecho, aquella torre era suya. Sus primos habían estado de acuerdo en que debía tenerla él. Había cedido la Torre de Wayreth y la de Foscaterra para conseguirla. Y dado que el Solio Febalas se encontraba dentro de la torre, consideraba que la sala también le pertenecía. Al fin y al

cabo, los tesoros hundidos eran de quien los encontraba.

Si bien era cierto que la Sala del Sacrilegio no era un barco que se hubiera ido a pique durante una tormenta, desde su punto de vista la ley del mar también era aplicable en ese caso. No había forma de que Chemosh aceptara ese razonamiento, perfectamente lógico, y estaba demostrando que podía ser un auténtico incordio. Chemosh reclamaba que los objetos sagrados eran suyos y que quería recuperarlos.

Ninguno de los dioses había podido entrar mientras Mina estaba allí con ese monje de segunda suyo y con el kender. Ambos dioses habían observado a este último, mortificados, imaginando cómo todos aquellos valiosos objetos, capaces de producir milagros inimaginables, desaparecían en los morrales y los bolsillos del kender, para acabar perdiéndose o vendidos a cambio de seis piñas y un grillo amaestrado.

Los dos se quedaron muy aliviados cuando vieron que, por lo visto, Mina y compañía se iban con sólo dos objetos y un bicho de oro de poco valor.

Cuando el monje salió, la puerta se cerró. Chemosh sospechaba que la había cerrado Nuitari, y Nuitari sospechaba que lo había hecho Chemosh. Los dos dioses se quedaron aguardando a que el otro hiciera el primer movimiento. Al final, Nuitari no pudo soportarlo más.

—Voy a echar un vistazo dentro para asegurarme de que el kender no ha dejado la sala pelada.

—Te acompaño —dijo Chemosh de inmediato.

—No es necesario —repuso Nuitari con voz empalagosa.

—Insisto —contestó Chemosh.

Ambos vacilaron, mientras se miraban hoscamente, y después los dos se dirigieron a la puerta. Al mismo tiempo, alargaron la mano para abrir la puerta del castillo de arena.

Una voz inmortal, severa y airada, habló a los dos dioses.

—Hubo un tiempo en que cada grano de arena era una montaña. Así, todo lo que parece poderoso e importante se reduce a la insignificancia.

»Todo.

Una ola que llegaba rodando desde el origen del tiempo cayó sobre el Solio Febalas y lo inundó. Cuando se retiró, se llevó la sala consigo al vasto océano de la eternidad.

Con todo su inmortal ser tembloroso, los dioses se encogieron sobre la arena mojada, sin atreverse a moverse o alzar la vista, no fuera a caer sobre ellos la cólera del Dios Supremo. Al fin, Chemosh levantó la cabeza y Nuitari abrió los ojos.

La Sala del Sacrilegio había desaparecido, arrastrada.

Chemosh se levantó, se sacudió la arena de las mangas de encaje y se marchó con paso airado, haciendo acopio de la poca dignidad que le quedaba. Nuitari se puso en pie y se sacudió la túnica negra. El no

se fue, sino que se quedó dando vueltas, mirando fijamente la arena lisa, donde una vez se había levantado la sala. Había dedicado años a estudiar la historia de cada uno de esos objetos y a catalogarlos. Los conocía todos, sabía qué hacía cada uno y lo mucho que los dioses estarían dispuestos a pagar para hacerse con ellos. No en oro, ni en acero ni joyas, por supuesto; poco le importaban a Nuitari esas cosas. Pagarían de otra manera. Podría convencer a Zeboim de que dejara su torre tranquila. Los malditos paladines de Kiri-Jolith dejarían de hostigar a sus Túnicas Negras. Sargonnas habría tenido que permitir a sus minotauros que practicasen libremente la magia, y así continuaría la lista.

Pero el Dios Supremo, que nunca se pronunciaba, se había pronunciado. Quizá fuera lo más conveniente. Los objetos y la misma sala pertenecían a un tiempo y un lugar que ya había desaparecido mucho tiempo atrás. Sería mejor dejarlos descansar en el polvo del pasado. No obstante, Nuitari no podía dejar de preguntarse de mal humor por qué el Dios Supremo había permitido a Mina entrar en la Sala, mientras que a él y a otros les había bloqueado el paso.

El dios de la magia oscura se apartó del lugar donde había estado la sala, pero no se marchó. Concedía el Solio Febalas al Dios Supremo.

A cambio, Nuitari quería recuperar su torre.

12

Mina guiaba al grupo, pues Rhys y Beleño habían perdido completamente el sentido de la orientación. La niña estaba contenta y reía, se alejaba dando saltitos y después volvía para burlarse de ellos por ser tan lentos.

No había mucha distancia desde la sala hasta la torre y después de un corto paseo llegaron a la escalera.

Mina habría querido subirla de inmediato, pero Rhys la sujetó por el hombro y la obligó a detenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, levantando la vista hacia el monje. Señaló hacia la escalera—. La salida está por ahí.

—Es mejor que seamos precavidos. Deja que yo vaya primero. Sígueme con Beleño.

—Pero tú eres demasiado lento —protestó Mina, mientras empezaban a ascender por la escalera de caracol—. Tengo mis regalos. Tengo que llegar a Morada de los Dioses cuanto antes.

—Morada de los Dioses está muy lejos —refunfuñó Beleño. Aquellos peldaños no se habían construido pensando en las piernas cortas de los kenders y le costaba mucho subir cada escalón, lo que estaba haciendo que le empezaran a doler varias partes del cuerpo—. Pero que muy, muy lejos.

—¿Cómo de lejos? —preguntó Mina.

—Kilómetros —contestó Beleño—, Kilómetros, kilómetros y kilómetros.

—¿Cuánto se tarda?

—Meses —repuso Beleño de mal humor—. Meses y meses.

Mina se quedó mirándolo, consternada, y después se echó a reír.

—¡No seas tonto! —exclamó, antes de añadir con impaciencia—: Vosotros dos sois muy lentos. Voy a ir yo delante.

—¡Mina, espera! Los Predilectos... —gritó Rhys e intentó sujetarla, pero Mina se zafó de él y echó a correr por la escalera.

—¡Os espero arriba! —les dijo la pequeña.

—¡.*Atta*, ve con ella! —ordenó Rhys y cuando la perra se lanzó a la carrera, el monje se volvió para ayudar a Beleño, que gemía a cada paso que daba y se frotaba los doloridos muslos.

—Suponiendo que salgamos con vida del encuentro con los Predilectos, que ya es mucho suponer, ¿adonde iremos después? —preguntó el kender.

—Tenemos que encontrar Morada de los Dioses.

Beleño movió la cabeza muy despacio, de un lado a otro, y miró fijamente a Rhys.

—Allí dentro del Solo Fe y Balas estabas teniendo una larga

conversación con Majere. ¿No te dijo dónde podemos encontrar Morada de los Dioses?

Rhys negó con la cabeza y lanzó una mirada preocupada a lo alto de la escalera.

—Majere tendría que haberte dado un mapa. O haber colocado mojones —insistió Beleño—. Ya sabes: «Tuerce a la izquierda en el cruce, camina veinte pasos y cuando llegues al árbol partido por un rayo, tuerce a la derecha.» Ese tipo de cosas.

—No hizo nada de eso —contestó Rhys—. Morada de los Dioses no es un lugar que pueda encontrarse en un mapa.

—Ya, ya veo —dijo Beleño con tono pesimista—. Es uno de esos viajes como se llamen. Ya sabes, de esos que se supone que te enseñan algo.

—Viajes espirituales —dijo Rhys.

—Eso es. A los dioses les gustan mucho los viajes espirituales. Ésa es otra razón por la que me convertí en un místico. Cuando voy de viaje, me gusta que tenga principio, medio y fin. Y me gusta que haya una taberna al final y algo rico para comer. En los viajes espirituales pocas veces hay cosas ricas para comer.

Rhys cogió a su amigo por el brazo y lo levantó por encima de otro escalón.

—Lo que dices es acertado, como siempre, Beleño. Y no te equivocas. El viaje va a ser largo y quizá también peligroso. Tú y yo ya tuvimos esta charla, pero ahora ya entiendes lo peligroso que puede llegar a ser. Si quieres seguir tu camino y que nosotros sigamos el nuestro, lo entenderé.

—Me iría en un abrir y cerrar de ojos, si no fuera por la comida gratis.

Rhys suspiró.

—Beleño...

—¡Rhys, Mina puede hacer pasteles de carne por arte de magia! ¡Así sin más! —El kender chasqueó los dedos—. Estaría loco si me alejara de alguien que puede hacer eso, aunque sea una diosa y esté más loca que una cabra. Hablando del pastel, ya ha debido de pasar la hora de la cena.

Doblaron una curva de la escalera y vieron el último escalón, pero no había rastro de Mina ni de la perra. Rhys se detuvo e hizo callar a Beleño cuando éste se disponía a hablar. Ambos se quedaron escuchando.

—Los Predilectos —dijo Beleño.

—Eso me temo. —Rhys agarró al kender y le hizo subir a buen paso.

—Quizá Majere nos ayude a escapar.

—No estoy muy seguro de que pueda hacerlo.

—¿Y qué me dices de Zeboim? Me encantaría verla aparecer ahora mismo. ¡Nunca creí que podría decir algo así! —dijo Beleño, intentando recuperar el aliento.

—No creo que ninguno de los dioses pueda ayudarnos. Ya fuimos testigos de su fracaso en Solace. ¿Te acuerdas? El paladín de Kiri-Jolith no pudo matar a los Predilectos, ni tampoco lo consiguió la magia de la señora Jen— na. Los Predilectos están unidos a Mina.

—Pero ¡si ella no los recuerda! —Beleño agitó los brazos y estuvo a punto de caer escaleras abajo—. ¡Les tiene pavor!

—Sí —convino Rhys, mientras lo sujetaba—, es verdad.

Beleño lo miró con dureza.

—Lo siento, amigo mío —dijo Rhys, sin poder hacer otra cosa—. No sé qué decirte. Excepto que debemos tener fe...

—¿En qué? —preguntó Beleño—, ¿En Mina?

Rhys dio una palmadita al kender en el hombro.

—Uno en el otro.

—«Limítate a tus problemas», solía decir mi padre —murmuró Beleño—, aunque mi pobre papá no se ponía límites a la hora de hacerse con todo lo que estuviera a mano...

Los interrumpió un grito agudo y el murmullo de voces suplicantes. Mina bajó la escalera rodando.

—¡Señor monje! ¡Allí arriba están esos muertos horripilantes! Alguien abrió la puerta...

—¿«Alguien»? —gruñó Beleño.

—Supongo que fui yo quien la abrió —admitió Mina. Tenía la cara pálida y los ojos muy abiertos. Lanzó una mirada lastimera a Rhys—. Ya sé que me dijiste que no me separara de vosotros. Siento no haberte obedecido. —Lo tomó de la mano y la agarró con firmeza —. Ya no me separaré de vosotros. Lo prometo. Pero no creo que la gente muerta vaya a dejarnos salir —añadió con voz temblorosa—. Me parece que quieren hacerme daño.

—¡Eso tendrías que haberlo pensado antes de convertirlos en muertos! —gritó Beleño.

Mina se quedó mirándolo perpleja.

—¿Por qué me gritas? Yo no sé nada de ellos. ¡No los soporto! — Rompió a llorar y, echando los brazos a Rhys, escondió el rostro en su túnica.

—Mina, Mina... —llamaban los Predilectos.

Acudían a la entrada y se agolpaban bajo la bóveda. Eran tantos que Rhys ni siquiera podía contarlos. Ninguno lo miraba a él. Ninguno se fijaba en Beleño o en *Atta*. Los ojos sin vida de los Predilectos no se despegaban de Mina. Sus bocas inertes pronunciaban su nombre.

Mina se asomó entre los pliegues de la túnica de Rhys y, al ver que los Predilectos no apartaban la mirada de ella, se encogió y

gimoteó.

—¡No dejes que me cojan!

—Claro que no. No tengas miedo. Tenemos que seguir moviéndonos —dijo Rhys, intentando que su voz sonara tranquila.

—¡No quiero! —Mina se aferraba a Rhys y tiraba de él hacia atrás —. ¡No me hagas subir ahí!

—Beleño, coge mi cayado —pidió Rhys. Se agachó y levantó a la pequeña—. Sujétate fuerte.

Mina le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, y escondió la cara en el hombro.

—¡No voy a mirar! —exclamó la pequeña.

—Ojalá yo no tuviera que mirar —murmuró Beleño—, ¿Te importaría mucho llevarme en brazos a mí también?

—Sigue caminando —repuso Rhys.

Subieron por la escalera, avanzando con pasos lentos pero seguros. Uno de los Predilectos se adelantó hacia ellos. Beleño se quedó paralizado y se protegió detrás de Rhys. *Atta* ladró y se abalanzó sobre él, con la boca abierta para mostrar sus amenazadores colmillos. Mina lanzó un grito y se aferró a Rhys con tanta fuerza que estuvo a punto de ahogarlo.

—¡*Atta*! ¡Déjalo! —ordenó Rhys con aspereza.

Atta retrocedió y avanzó sigilosamente a su lado. Gruñía en señal de advertencia y no dejaba de enseñar los colmillos.

—Sigue avanzando —dijo Rhys al kender.

Beleño obedeció, pegado a los talones de Rhys. Los Predilectos no prestaban atención al monje, al kender ni a la perra.

—¡Mina! —gritaban los Predilectos, alargando las manos hacia ella—. Mina.

Ella sacudía la cabeza y no dejaba que se le viera la cara. Rhys puso el pie en el último escalón. Lo subió despacio. Al ascender el último peldaño, llegaría al rellano de debajo de la bóveda.

Los Predilectos le cerraban el paso.

Beleño cerró los ojos y con una mano se aferraba a la túnica de Rhys y con la otra al emmide.

—Estamos muertos —anunció Beleño—. No puedo mirar. Estamos muertos. No puedo mirar.

Rhys, con Mina en los brazos, dio un paso hacia el centro de la muchedumbre de Predilectos.

Los Predilectos vacilaron y después, con los ojos clavados en Mina, se apartaron para dejarle pasar. Rhys sintió que la muchedumbre volvía a cerrarse detrás de él. Continuó caminando con pasos lentos y regulares, y cruzaron la entrada abovedada para llegar al salón principal. Se detuvo, superado por lo que le esperaba allí. Beleño dejó escapar un sonido ahogado.

Los Predilectos habían invadido la torre. La escalera de caracol seguía subiendo hasta lo más alto del edificio y los Predilectos ocupaban todos y cada uno de los peldaños. Se agolpaban en el vestíbulo, con los cuerpos apretados, mientras se empujaban para intentar vislumbrar a Mina. Más y más Predilectos se abrían camino en la entrada, haciéndose espacio a base de empujones.

—¡Se cuentan por millares! —exclamó Beleño, tragando saliva—. Hasta el último Predilecto de Ansalon debe de estar aquí.

Rhys no tenía la menor idea de qué hacer. Los Predilectos podían acabar matándolos aunque ésa no fuera su intención. Si avanzaban para llegar a Mina, morirían aplastados debajo de tantos cuerpos.

—Mina—dijo Rhys—, tengo que dejarte en el suelo.

—¡No! —gimió ella, aferrándose al monje.

—Tengo que hacerlo —repitió Rhys con firmeza, antes de bajarla al suelo.

Beleño pasó el emmide a Rhys. Éste lo cogió y lo puso delante de ellos, formando una barrera.

—Mina, quédate detrás de mí. Beleño, sujeta a *Atta*.

Beleño agarró a la perra por el cogote y la acercó hacia sí de un tirón. *Atta* gruñía y lanzaba dentelladas cada vez que un Predilecto se acercaba demasiado y más de uno acabó con la marca de sus colmillos, pero parecían no darse cuenta. Mina se acurrucaba contra Rhys, colgando de su túnica. El monje se erguía frente a ellos, sujetando el cayado con las dos manos para mantener a los Predilectos a raya. Echó a caminar hacia la puerta.

Los Predilectos se agolpaban alrededor de él, peleándose entre sí para intentar tocar a Mina. Su nombre resonaba por toda la torre. Algunos susurraban «Mina» como si su nombre fuese demasiado sagrado para pronunciarlo en voz alta. Otros repetían «Mina» una y otra vez frenética, obsesivamente. Había quienes dejaban escapar su nombre en un gemido, suplicantes. Pero susurraran o aullaran su nombre, todas las voces parecían cargadas de dolor.

—Mina, Mina, Mina. —Su nombre era un viento sollozante que susurraba en la oscuridad.

—¡Haz que paren! —gritó Mina, tapándose las orejas con las manos—. ¿Por qué dicen mi nombre? ¡No los conozco! ¿Por qué me hacen esto?

Los Predilectos gemían y avanzaban hacia ella. Rhys los golpeaba con el cayado, pero era como intentar hacer retroceder una marea de olas infinitas. El lamento plañidero había adoptado un tono diferente. Empezaba a teñirse de furia. Finalmente, los ojos de los Predilectos se habían posado en Rhys. Oyó el silbido del acero.

Atta gañó de dolor. Beleño empujó aquella masa de cuerpos para sacar a la perra de debajo de los pies que pisoteaban con fuerza y la

cogió en brazos. *Atta* abría los ojos como platos por el intenso miedo y jadeaba. Le arañó el pecho con las patas, en un esfuerzo por sujetarse.

El aire era irrespirable, pues flotaba un intenso olor a putrefacción. A Rhys empezaban a flaquearle las fuerzas. No podría mantener a distancia a los Predilectos por mucho más tiempo y en cuanto dejara caer el cayado, lo aplastarían.

Centelleó la hoja de un puñal. Rhys le pegó un golpe con el extremo del cayado y consiguió desviar la puñalada mortal, pero la hoja rozó a Beleño en el brazo y le abrió un profundo corte. Beleño lanzó un aullido y dejó caer a *Atta*, que se quedó agazapada y temblorosa a sus pies.

Mina se quedó mirando la sangre y empalideció.

—No quiero estar aquí —dijo con voz temblorosa—. No quiero que esté pasando esto... No los conozco... Nos iremos lejos, muy lejos...

—¡Sí! —chilló Beleño, llevándose la mano a la herida sangrante.

—No —dijo Rhys.

Beleño lo miró perplejo.

—Mina, sí los conoces —continuó Rhys en un tono duro—. No puedes salir huyendo. Tú los besaste y murieron.

En un primer momento Mina parecía confundida, pero después el entendimiento iluminó sus ojos ambarinos.

—¡Eso fue Chemosh! —gritó—. ¡No fui yo! No fue culpa mía.

Miró con ferocidad a los Predilectos y cerró el puño.

—¡Os di lo que queríais! —les gritó—. No pueden heriros. ¡Nunca conoceréis el dolor, la enfermedad o el miedo! ¡Siempre seréis jóvenes y hermosos. ..!

—¡... y estarán muertos! —gritó Beleño. Se señaló a sí mismo, golpeándose el pecho—. Mírame a mí, Mina. ¡La vida es esto! ¡La vida es dolor! ¡La vida es miedo! ¡Les arrebataste todo eso! Y algo mucho peor. Los encerraste en la muerte y tiraste la llave. No tienen adonde ir. Están atrapados, prisioneros.

Mina observó al kender perpleja y Rhys se imaginó lo que veía: él y Beleño, desaliñados, sangrientos, sudorosos, jadeantes, empujando a los Predilectos con el cayado y sujetando a una perra temblorosa. Oía la voz del kender sacudida por el terror y la exasperación, y su propia voz cargada de desesperación. Al mismo tiempo, oía el contraste de las voces vacías y huecas de los Predilectos.

La niña pequeña desapareció ante la mirada atónita de Rhys y allí mismo apareció Mina, la mujer, tal como la había visto en la gruta. Era alta y esbelta. Su melena cobre le llegaba hasta los hombros y enmarcaba su rostro con suaves ondas. Los ojos ambarinos eran grandes y en ellos brillaba la ira. Esos ojos estaban habitados por almas. La cubría un diáfano vestido negro que envolvía su cuerpo

liviano como las sombras de la noche. Volvió el rostro hacia los Predilectos y paseó la mirada por aquel mar inquieto y espantoso formado por sus víctimas.

—Mina... —entonaban los muertos vivientes—, ¡Mina!

—¡Parad! —gritó ella.

El mar de muertos gemía, se lamentaba y susurraba.

—Mina...

Los Predilectos se echaron sobre Rhys. Él los golpeó con el cayado, pero eran demasiados y lo empujaron contra la pared. Beleño estaba a cuatro patas, intentando esquivar los pisotones, pero tenía las manos cubiertas de sangre y también le sangraba la nariz. Rhys no veía a *Atta*, pero oía su gañido de dolor. La muchedumbre palpitante volvió a agitarse y el monje quedó aplastado entre los cuerpos y la pared. No podía moverse, no podía respirar.

—¡Mina! ¡Mina! —Rhys oía el nombre a lo lejos, pues todo empezaba a desdibujarse.

Mina apretó los puños, alzó la cabeza y gritó por encima del eco de su propio nombre:

—¡Os hice dioses! ¿Por qué no sois felices?

Los Predilectos se quedaron en silencio. Su nombre dejó de oírse.

Mina abrió las manos y de las palmas salieron llamas ambarinas. Abrió los ojos y en sus pupilas nacieron llamas ambarinas. Abrió la boca y de ella escaparon llamaradas. Se hizo más grande, cada vez más alta, mientras aullaba su frustración y dolor a los cielos, y el fuego de su ira ardía fuera de control.

Rhys estaba atrapado debajo de los muertos vivientes y un momento después un calor abrasador voló por encima de él e incineró todos los cuerpos. El monje quedó cubierto de una ceniza oleosa.

Cegado por la luz abrasadora, Rhys empezó a toser cuando el humo y la ceniza le bajaron por la garganta. Buscó a su amigo a tientas y agarró a Beleño en el mismo momento en que el kender lo agarraba a él.

—¡No veo nada! —dijo Beleño con voz estrangulada, aferrándose a Rhys aterrorizado—. ¡No veo nada!

Rhys encontró a *Atta* y tiró de ella y de Beleño hacia la entrada abovedada de la escalera de caracol, lejos del calor, las llamas y esa ceniza negra y grasienta que flotaba por la torre en una especie de ventisca horrible.

El kender se frotó los ojos, y las lágrimas que le surcaban las mejillas formaban riachuelos sobre la ceniza que le cubría la cara.

Rhys contempló la furia de un dios infeliz destruyendo su fracaso.

El fuego duró bastante tiempo.

Al fin la luz ambarina perdió intensidad y se apagó, cuando la cólera de Mina se agotó. Las cenizas seguían cayendo lentamente en

una nube gris. Rhys ayudó a Beleño a levantarse. Salieron del hueco de la escalera y se abrieron camino entre espeluznantes montones de ceniza que casi eran más altos que la perra. Beleño tenía arcadas y se tapó la boca con la mano. Rhys se puso la manga de la túnica sobre la nariz y la boca. Buscó a Mina, pero no había rastro de ella y Rhys estaba demasiado desconcertado para preguntarse qué habría sido de la niña. Lo único que quería era escapar de aquella pesadilla.

Huyeron por la puerta de doble hoja y salieron dando traspiés a la luz del sol y a la bendición del aire fresco que soplaba desde el mar.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Mina en tono acusador—. ¡Llevo un montón de tiempo esperándoos!

La niña pequeña estaba delante de ellos, mirándolos.

—¿Cómo os habéis manchado tanto? —Arrugó la nariz—. ¡Oléis fatal!

Beleño miró a Rhys.

—No se acuerda —dijo el monje en voz baja.

Se dio cuenta de que el mar estaba extrañamente en calma, las olas mansas, como si la perplejidad las frenara. Rhys se lavó la cara y las manos. Beleño se enjuagó lo mejor que pudo, mientras que *Atta* se zambulló en el agua.

Mina desplegó la vela del bote. El viento soplaba con fuerza y en el sentido que necesitaban, como si estuviera ansioso por ayudarlos a marcharse. El bote avanzó cabeceando sobre las olas.

Estaban acercándose a la orilla y Rhys ya se disponía a bajar la vela, cuando Beleño empezó a gritar:

—¡Mira, Rhys! ¡Mira eso!

Rhys se volvió y vio cómo la torre se hundía lentamente bajo las olas. La torre iba desapareciendo poco a poco, hasta que no quedó de ella más que la luna de cristal de la parte más alta, como si se tratara de unos dedos que se alzaran hacia el cielo. Después los dedos también desaparecieron.

—Los Predilectos se han ido, Rhys —dijo Beleño con un tono de respeto y temor—. Ella los ha liberado.

Mina no se volvió al oír el grito del kender. No miró atrás. Estaba concentrada en gobernar el bote, dirigiéndolo a la orilla sin peligro.

Os hice dioses.

Os hice dioses. ¿Por qué no sois felices?

Libro II
El Viaje

1

Aunque estaban agotados después de la terrible experiencia en la torre, a Rhys no le pareció prudente quedarse mucho tiempo cerca del castillo de Chemosh. Preguntó a Mina si el bote resistiría hasta Flotsam y ella respondió que sí, siempre que no se adentraran mucho en el mar. Navegaron siguiendo la costa en dirección norte, hacia la ciudad portuaria de Flotsam.

Hicieron el viaje sin problemas, excepto por un pequeño susto cuando Beleño se desmayó de repente y se quedó tumbado en el fondo de la barca. Se le oía murmurar «pastel de carne» sin apenas fuerzas. Muy preocupada, Mina buscó por el bote y, sin que nadie se sorprendiera, encontró más pasteles en un saco. Beleño volvió en sí con una rapidez pasmosa en cuanto olió la comida y, llevándose un pastel, se retiró al fondo del bote para comerlo, evitando las miradas reprobadoras de Rhys.

Pasaron varios días en Flotsam, descansando y recuperando fuerzas. Rhys encontró un mesonero dispuesto a darle trabajo a cambio de unas cuantas mantas y un sitio para dormir en el suelo del comedor. Mientras él fregaba el suelo y lavaba los cuencos, Beleño y Mina exploraban la ciudad. Al principio Rhys había prohibido a Mina que saliera de la taberna, pues pensaba que una niña de seis años no debía andar deambulando por ahí. Pero después de un día intentando hacer su trabajo mientras trataba de evitar que Mina molestara a los huéspedes, hiciera montar en cólera al cocinero y la rescatara del pozo después de que hubiera caído dentro, Rhys decidió que sería mucho menos peligroso que saliera a explorar con Beleño.

La principal preocupación de Rhys era que Mina anduviera por ahí contándoles a los desconocidos que tenían unos objetos sagrados. Beleño había descrito la naturaleza de los poderes milagrosos de esos objetos, que eran realmente extraordinarios. Rhys explicó a Mina que los objetos sagrados tenían un valor incalculable y por eso habría quien querría robarlos, e incluso estaría dispuesto a matar para hacerse con ellos.

Mina lo escuchó con mucha atención. Asustada por el hecho de que cabía la posibilidad de que perdiera sus regalos para Goldmoon, prometió solemnemente a Rhys que los mantendría en secreto. Rhys no tenía más remedio que confiar en que lo hiciera. Se llevó a Beleño a un aparte y convenció al kender de la necesidad de evitar que Mina hablara. Después mandó a los dos a la calle, con *Atta* como guardiana, para que conocieran Flotsam y él pudiera trabajar un poco.

Había habido un tiempo en que Flotsam era una ciudad arrogante, divertida, bulliciosa y alocada. Con mala fama, Flotsam

había sido el refugio preferido de piratas, ladrones, mercenarios, desertores, cazarrecompensas y jugadores. Entonces llegaron los Señores de los Dragones. El más grande y cruel de todos era una hembra de Dragón Rojo enorme llamada Malys, que parecía disfrutar especialmente atormentando a la ciudad de Flotsam. De vez en cuando la sobrevolaba y caía en picado sobre ella para envolver en llamas unos cuantos barrios. Como consecuencia, muchos habitantes murieron o huyeron de allí.

Malys ya no estaba y Flotsam se recuperaba lentamente, pero la jovencita alocada no había tenido más remedio que madurar y se había convertido en una ciudad más triste y prudente.

La mayoría de las embarcaciones que se amarraban en el puerto en ese momento pertenecían a la raza de los minotauros, que dominaba los mares desde sus islas hasta las tierras conquistadas de la antigua nación elfa de Silvanesti por el norte, hasta los lejanos reinos del sur. El pueblo de los minotauros intentaba acercarse a los humanos, esforzándose por ganarse su confianza.

Perfectamente conscientes de que su supervivencia económica dependía del comercio con las naciones humanas, los oficiales minotauros ordenaban a sus hombres que se comportaran lo mejor posible mientras estuvieran en Flotsam. Al mismo tiempo, los habitantes de la ciudad también pensaban en su propia supervivencia económica y en prácticamente todas las tabernas y tiendas de Flotsam se veían carteles dando la bienvenida a los minotauros.

Así, la ciudad que antaño se había hecho famosa por las peleas en las tabernas en las que se destrozaban sillas, se lanzaban mesas, se hacían añicos las jarras y se quebraban los huesos, tenía que contentarse con unas cuantas narices sangrando y alguna que otra costilla rota. Si estallaba una pelea, no tardaban en apaciguarla los ciudadanos o la guardia de los minotauros. Los infractores acababan en los calabozos o se les concedía que durmieran la borrachera bajo cubierta.

Tal como Beleño no tardaría en descubrir, Flotsam iba camino de convertirse en una ciudad modelo. El crimen pasaba momentos bajos. Ni siquiera había ya un gremio de ladrones, pues sus miembros no conseguían el dinero suficiente para pagar las cuotas. Un asentamiento de gnomos a las afueras de la ciudad era la única posibilidad de un poco de diversión, pero Beleño se estremecía ante la mera idea de que Mina se mezclara con los gnomos.

—Esa combinación bien podría suponer el fin de la civilización tal como la conocemos —aseguró a Rhys.

No obstante, el kender estaba contento porque había encontrado gente interesada en sus habilidades como acechador nocturno. Un montón de personas había muerto por culpa de la hembra de dragón y

la capacidad de Beleño de hablar con los difuntos era muy apreciada. En su segunda noche en Flotsam ya tenía un cliente esperándolo.

Mina estaba ansiosa por ir con Beleño al cementerio «a ver a los fantasmas», como ella decía. Beleño, muy ofendido por ese término tan poco digno, le dijo con mucha seriedad que sus encuentros con los «espíritus» eran privados, algo entre él y sus clientes, y no podía haber nadie más. Mina se enfurruñó e hizo pucheros, pero el kender se mantuvo firme y esa noche después de cenar, se fue solo, dejando a Mina con Rhys.

Rhys dijo a la niña que lo ayudara a barrer. Mina dio un par de escobazos por la cocina, después dejó la escoba en un rincón, se sentó y empezó a molestar a Rhys preguntándole cuándo iban a partir hacia Morada de los Dioses.

Beleño volvió bien entrada la noche, llevando consigo un montón de ropa vieja y unas botas nuevas para él y para Rhys, cuyas botas ya estaban agrietadas y completamente gastadas. Por lo visto, el cliente del kender era un zapatero y le había dado las botas como forma de pago. Beleño también había llevado un sabroso hueso para *Atta*, que lo recibió con entusiasmo y le demostró su gratitud tumbándose a sus pies mientras relataba sus aventuras.

—Todo empezó anoche cuando estaba de visita en el cementerio, charlando con unos cuantos espíritus y entonces me fijé en un niño pequeño...

—¿Un niño pequeño de verdad o un fantasma? —lo interrumpió Mina.

—El término correcto es espíritu o espectro —la corrigió Beleño —. No les gusta que los llamen «fantasmas». Es bastante ofensivo. Crees en los espíritus, ¿verdad?

—Creo en los espíritus, lo que no creo es que tú puedas hablar con ellos —repuso Mina.

—Pues puedo.

—Demuéstramelo —lo retó Mina con picardía—. Llévame contigo mañana por la noche.

—Eso no estaría bien —contestó Beleño—, Soy un profesional y las comunicaciones de mis clientes son confidenciales. —Se quedó muy satisfecho después de encadenar todas aquellas palabras tan bien sonantes.

—Ahora mismo estás contándonoslas —apuntó Mina.

—Eso es diferente —repuso Beleño, aunque por un momento no supo en qué sentido—. ¡No estoy diciendo sus nombres!

Mina dejó escapar una risita y Beleño se puso rojo. Entonces intervino Rhys, le dijo a Mina que dejara de meterse con Beleño y a éste que continuara con su historia.

—El espíritu del niño pequeño —recalcó Beleño— estaba muy,

muy triste. Estaba allí sentado sobre su lápida, balanceando los pies y dándole golpes con los talones. Le pregunté cuánto tiempo llevaba muerto y me respondió que cinco años. Cuando murió tenía seis años y ahora ya había cumplido once. Eso me pareció muy raro, porque los muertos no suelen medir el tiempo. Me explicó que sabía cuántos años tenía porque su padre iba a visitarlo todos los años en el día de su cumpleaños. Parecía que eso le ponía muy triste, así que para alegrarlo un poco me ofrecí para jugar con él, pero no quería jugar. Entonces le pregunté por qué seguía aquí, entre los vivos, cuando su alma ya debería haber partido.

—No me gusta esta historia —se quejó Mina, frunciendo el entrecejo.

Beleño estaba a punto de hacer un comentario mordaz, pero vio la mirada de Rhys y se lo pensó mejor. Continuó con su relato.

—El niño pequeño dijo que quería partir. Veía un lugar maravilloso y muy bonito, pero no podía ir porque no quería abandonar a su padre. Le dije que su padre querría que siguiera su viaje y que volverían a encontrarse. El niño pequeño me respondió que ése no era el problema. Si volvía a encontrarse con su padre, ¿cómo lo reconocería su padre después de tanto tiempo?

Mina había estado moviéndose sin parar, pero se había quedado quieta. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos, escuchaba atentamente con sus ojos ambarinos clavados en el kender.

—Le contesté que su padre lo reconocería pero el pequeño no me creyó. Así que le dije que se lo demostraría.

»Fui al zapatero y le conté que era un acechador nocturno, que había hablado con su hijo y que había un problema. Al principio el zapatero fue bastante grosero y no voy a negar que hubiera una pequeña refriega cuando intentó echarme de su tienda. Pero entonces le describí al niño pequeño y el zapatero se tranquilizó y me escuchó.

»Lo llevé al cementerio y allí estaba su hijo esperándolo. El zapatero me dijo que pensaba en su hijo todos los días y que se imaginaba cómo sería cuando creciera y dijo que por eso iba siempre a visitarlo el día de su cumpleaños. Que en su mente podía ver a su niño pequeño haciéndose mayor. Cuando el niño oyó esto, supo que no importaba cuánto cambiara, porque su padre siempre lo reconocería. El pequeño dejó de dar patadas a la lápida, dio un abrazo a su padre y partió.

»El padre no podía ver u oír a su hijito, evidentemente, pero creo que sí sintió el abrazo, porque dijo que se le había quitado un peso del corazón. Se sentía en paz por primera vez en cinco años. Así que me llevó otra vez a su tienda y me dio las botas, y dijo que yo era...

Sentándose recta, Mina preguntó de repente:

—¿Qué pasaría si el niño no hubiese muerto? ¿Qué pasaría si hubiera vivido y se hubiera convertido en un hombre y hubiera hecho cosas malas? Cosas muy, muy malas. ¿Qué habría pasado entonces?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le contestó Beleño de mal humor —. Eso no tiene nada que ver con mi historia. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El zapatero me dio las botas y dijo que yo era...

—Pues te lo digo yo —dijo Mina muy seria—. El niño pequeño no tiene que crecer nunca. Así, su padre siempre lo querrá.

Beleño miró a Mina muy sorprendido.

—¿Por eso es tan...? —preguntó en un susurro, inclinándose hacia Rhys.

—Prosigue con tu historia —dijo Rhys en voz baja. Alargó la mano y acarició con ternura el cabello rojizo de Mina.

Mina esbozó una sonrisa fugaz, pero no levantó la vista. Miraba fijamente el fuego.

—Bueno, sea como sea, el zapatero me dio las botas —continuó Beleño dócilmente. Estaba allí sentado, incómodo, cuando de repente se acordó—: ¡Ah, y tengo otra cosa!

Fue a buscar una bolsa grande de tela y la dejó caer con aire triunfal.

Rhys se había fijado en el saco, pero había tenido mucho cuidado en no preguntar nada, pues no estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

—¡Es un mapa! —anunció Beleño, mientras sacaba una hoja grande de papel de aceite enrollada—. Un mapa de Ansalon.

Extendió el mapa en el suelo y se preparó para presumir de su adquisición. Por desgracia, el mapa se empeñaba en quedarse enrollado y tuvo que sujetarlo con dos jarras de cerveza, un cuenco de sopa y la pata de un taburete.

—Beleño —dijo Rhys—, un mapa como éste cuesta un montón de dinero...

—¿Ah, sí? —Beleño arrugó la frente—. Pues no sé por qué. Yo lo veo bastante estropeado.

—Beleño...

—Vale, está bien. Si insistes, lo devolveré por la mañana.

—Esta noche —dijo Beleño.

—El capitán de los minotauros no lo va a echar de menos hasta por la mañana —le aseguró Beleño—. Y no lo cogí. Le pregunté al capitán si podía prestármelo. Eso fue justo antes de que se desmayara. Tengo el minotauro un poco olvidado, pero estoy bastante seguro de que «Ash kanazi rasckana cloppfi»[1] significa «Sí, claro que puedes cogerlo, amigo mío».

—Iremos los dos a devolver el mapa esta noche —dijo Rhys.

—Bueno, si insistes. Pero ¿por qué no le echas un vistazo

primero? Enseña el camino a...

—¿A Morada de los Dioses? —exclamó Mina, pegando un salto por la impaciencia.

—Bueno, no, Morada de los Dioses no sale en el mapa. Pero Neraka sí, que es un sitio cerca de donde podría estar Morada de los Dioses.

—¿Y dónde está? —preguntó Mina, agachándose junto al mapa.

Beleño buscó un rato y después puso un dedo sobre una cadena montañosa en el extremo occidental del continente.

—¿Y nosotros dónde estamos? —preguntó Mina.

Beleño señaló con el dedo un punto en el extremo oriental del continente.

—No está muy lejos —comentó Mina alegremente.

—¡No muy lejos! —repitió Beleño, exasperado—. Son cientos y cientos de kilómetros.

—¡Bah! ¡Mira! —Mina se puso sobre el mapa y a punto estuvo de pisarle los dedos a Beleño. Juntando mucho los pies, caminó de un lado al otro lado del mapa, pegando la punta de los dedos de un pie con el talón del otro—. Hasta aquí. ¿Ves? Como unos tres pasos. No es nada lejos.

Beleño la miró boquiabierto.

—Pero eso es...

—Esto es muy aburrido. Me voy a la cama. —Mina fue a donde tenía escondida su manta. La extendió y se tumbó, pero volvió a sentarse al momento—, Mañana partimos hacia Morada de los Dioses —les anunció. Después volvió a tumbarse, se acurrucó y se quedó dormida.

—Tres pasos —repitió Beleño—, Creerá que mañana por la noche ya habremos llegado.

—Ya lo sé —dijo Rhys—. Mañana hablaré con ella. —Miró el mapa con expresión lúgubre y suspiró—. Es un camino demasiado largo. No me había dado cuenta de lo lejos que habíamos viajado. Y de lo lejos que tenemos que ir.

—Podríamos comprar un pasaje en un barco —sugirió Beleño—. Podríamos encontrar alguno que admitiera a kenders...

Rhys sonrió a su amigo.

—Podríamos. Pero ¿volverías a ponerte en manos de la diosa del mar?

—No había pensado en eso —respondió Beleño, haciendo una mueca—. Supongo que caminar está bien.

Se dejó caer sobre la panza y siguió estudiando el mapa.

—No es una línea recta de aquí a aquí. ¿Cómo recordaremos la ruta?

Se tumbó de espaldas cómodamente y apoyó la cabeza sobre los

brazos cruzados.

—El minotauro no echará de menos el mapa hasta mañana por la mañana. Si tuviéramos algo en lo que escribir, podría copiarlo. ¡Ya sé! ¡Podríamos cortar mi camisa vieja!

Volvió con la camisa, unas tijeras de esquilar que había pedido (legítimamente) prestadas al tabernero, una pluma y un poco de tinta. Beleño se sentó alegremente para copiar el mapa y trazar su ruta.

—¿Sabes algo de todos estos países diferentes? —preguntó a Rhys.

—Algo sé de ellos —contestó Rhys—. A menudo los monjes de mi orden dejan el monasterio para recorrer el mundo. Cuando vuelven, cuentan historias de los lugares en los que han estado y las cosas que han visto. He oído muchas historias y descripciones de las tierras de Ansalon.

Un toque triste en la voz de Rhys hizo que Beleño apartara la vista de su trabajo.

—¿Qué pasa?

—Se alienta a todos los miembros de mi orden a que emprendan ese viaje, pero no es obligatorio —contestó Rhys—. Yo no tenía ninguna intención de dejar mi monasterio. Pensaba que no necesitaba conocer más mundo que el que veía desde las praderas verdes donde llevaba a mis ovejas a pastar. Me habría quedado en mi monasterio toda la vida, si no hubiera sido por Mina.

Miró a la pequeña, que dormía en el suelo. Muchas veces el sueño de Mina era inquieto. Gritó, gimoteó y se encogió. Después se quedó enredada con la manta. Rhys la colocó bien, envolviéndola con ella, y la acarició hasta que se quedó más tranquila. Cuando ya respiraba más pausadamente, se apartó de ella y volvió donde Beleño seguía estudiando el mapa.

—Se me ha ocurrido que tal vez el abad de mi orden sepa algo sobre Morada de los Dioses. Aunque nos queda fuera de paso, creo que merece la pena dar un rodeo para buscar consejo en el Templo de Majere de Solace...

—¡Solace! —repitió Beleño con entusiasmo—, ¡Mi sitio favorito del mundo entero! Allí está Gerard, el mejor alguacil del mundo entero. Por no hablar del menú de pollo y bollos de la posada El Ultimo Hogar. ¿Es los martes? Creo que era el de los martes. ¿O el de los martes era chuleta de cerdo con guisantes?

El kender volvió al trabajo con fuerzas renovadas. Basándose en su propia información (obtenida de otros kenders y por tanto no enteramente fiable) y en lo que Rhys sabía sobre las tierras que deberían recorrer, acabó planeando una ruta.

—Caminamos a lo largo de la costa norte del mar Kyrman —explicó Beleño, cuando todo estuvo listo—. Pasamos por las ruinas de

Mica, que, según el mapa, están a unos cincuenta kilómetros, después avanzamos cien kilómetros más a través del desierto hasta llegar a la ciudad de Delfo. ¿Qué sabes de los humanos de Khur? He oído que son muy sanguinarios.

—Son un pueblo orgulloso, guerreros de renombre que están muy unidos a sus tribus, lo que a veces provoca sangrientas peleas. Pero también destacan por su hospitalidad con los desconocidos.

—Eso nunca parece incluir a los kenders. De todos modos, con todas esas peleas, debe de haber un montón de muertos deambulando por ahí. Quizá necesiten mis servicios.

Aferrándose a ese esperanzador punto de vista, Beleño volvió a concentrarse en su mapa.

—Hay una calzada que sale de Delfo y llega a la capital de Khurikhan a través de las montañas. Después hay otra franja de desierto de ciento sesenta kilómetros más o menos y llegamos a Blode, hogar de los ogros.

Beleño lanzó un suspiro.

—A los ogros les gustan los kenders, pero para cenar. Y los ogros matan a los humanos o los hacen sus esclavos. Pero es el único camino.

—Entonces habrá que sacarle el mejor partido posible —dijo Rhys.

Beleño sacudió la cabeza.

—Si salimos de Blode con vida, que ya sería toda una hazaña, llegamos a la Gran Ciénaga. Allí vivía un Señor de los Dragones. Era una hembra llamada Sable, pero está muerta y con ella murió la maldición que asolaba el lugar. Pero la ciénaga sigue siendo un lugar poco agradable, con lagartos y plantas devora hombres y serpientes venenosas. Después, tenemos que encontrar la forma de cruzar el río Westguard, vamos un poco al oeste, otro poco al sur, seguimos la costa de Nuevo Mar, atravesamos Linh y Salmonfall y por fin llegamos a Abanasinia.

»Una vez allí, cruzamos las llanuras de Dergoth, pasamos por Pax Tharkas y entramos en lo que antes era Qualisnesti, más allá del lago de la Muerte. Tengo que admitir que esa parte incluso me apetece. He oído que hay un montón de espíritus deambulando por el lago. Espectros de elfos. A mí me gustan los espectros de elfos. Siempre son muy educados. Después cruzamos el río de la Rabia Blanca y nos internamos en el Bosque Oscuro, que, por lo que he oído, ya no es oscuro. Entonces vamos por las llanuras de Abanasinia, cruzamos por Gateway y por fin llegamos a Solace. ¡Bufl

Beleño se secó la frente y fue a buscar una jarra de reconstituyente cerveza. Rhys estaba sentado en su silla junto al fuego, contemplando el mapa e imaginando el viaje.

Un monje, un kender, una perra y una diosa de seis años.

Atravesando desiertos, montañas, ciénagas, llanuras, bosques. Enfrentándose a guerras civiles, refriegas en las fronteras, batallas entre tribus y sangrientas peleas. Además de las contingencias habituales del camino: puentes arrastrados por la corriente, incendios en los bosques, lluvias torrenciales, frío gélido, calor abrasador. Y los peligros habituales: ladrones, trolls, ogros, hombres lagarto, lobos, serpientes y los gigantes que de vez en cuando vagaban sin destino.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos? —preguntó Beleño, limpiándose la espuma de los labios.

«Una vida entera», pensó Rhys.

2

Partieron de Flotsam a la mañana siguiente y durante los primeros kilómetros el viaje fue bien. Mina se entretenía y se divertía con los paisajes nuevos tan interesantes. Los granjeros de los distritos más alejados llevaban sus productos al mercado y se intercambiaban amistosos saludos. Una caravana de ricos mercaderes, protegidos por hombres de armas, ocupaba toda la calzada. Los soldados eran muy serios y ponían cara de ocupados, pero los comerciantes saludaban a Mina y, al ver al monje, le pedían que bendijera su viaje y le tiraban unas cuantas monedas. Después pasaron un señor y una dama con su séquito. La dama se detuvo a admirar a Mina y le dio unos dulces, que ella compartió con Beleño y *Atta*.

También se cruzaron con varios grupos de kenders, que dejaban Flotsam (a la fuerza) o se dirigían hacia allí. Los kenders se paraban a hablar con Beleño y se intercambiaban las noticias y los rumores más recientes. Beleño les preguntaba sobre la calzada que se extendía ante ellos y recibió mucha información, alguna de ella no demasiado fiable.

El encuentro más interesante fue el que tuvieron con un grupo de gnomos que viajaban con una combinación de máquina trilladora, amasadora y cocedora de pan a vapor; pero habían perdido el control y el armatoste estaba desmontado a un lado de la calzada. Aquel encuentro los retrasó bastante, porque Rhys se detuvo a atender a las víctimas.

Todas aquellas novedades ocuparon buena parte del día. Mina estaba contenta y se portaba bien, mientras esperaba ansiosamente encontrarse con más gnomos. Se detuvieron pronto para pasar la noche. Como hacía buen tiempo, acamparon al aire libre y a Mina le pareció muy divertido, aunque ya no pensaba lo mismo alrededor de la medianoche, cuando descubrió que se había acostado sobre un hormiguero.

Como consecuencia, a la mañana siguiente estaba malhumorada y gruñona, y su ánimo no mejoró con el transcurso del día. Cuanto más se alejaban de Flotsam, menos gente se encontraban en el camino, hasta que llegó un momento en que no había nadie más que ellos. El paisaje consistía en franjas de tierra vacía con unos pocos árboles desgarbados. Mina se aburría y empezó a quejarse. Estaba cansada. Quería parar. Las botas le apretaban en los dedos. Tenía una ampolla en el talón. Le dolían las piernas. Tenía hambre. Tenía sed.

—¿Cuánto falta para llegar de una vez? —preguntó a Rhys, caminando cansinamente a su lado y arrastrando los pies por el polvo.

—Me gustaría avanzar unos pocos kilómetros más antes de que oscurezca —dijo Rhys—. Después acamparemos.

—¡No, no al campamento! —protestó Mina—. Me refiero a Morada de los Dioses. Estoy muy cansada de caminar, de verdad. ¿Mañana ya estaremos allí?

Rhys estaba intentando encontrar la forma de explicarle que bien podrían tardar un año antes en llegar a Morada de los Dioses, cuando *Atta* emitió un ladrido agudo. Con las orejas tiesas, miraba fijamente a la calzada.

—Alguien viene —dijo Beleño.

Hacia ellos se dirigía un jinete en su caballo, corriendo a buen ritmo por cómo resonaban los cascos del animal. Rhys cogió a Mina de la mano y rápidamente tiró de ella hacia un lado de la calzada, para alejarla del camino de los cascos del caballo. Todavía no podía distinguir al jinete, debido a la leve pendiente de la calzada. *Atta* obedeció a Rhys y se quedó junto a él, pero no dejaba de gruñir. Le temblaba todo el cuerpo y sacaba los colmillos.

—Sea quien sea quien viene, a *Atta* no le gusta —observó Beleño —, Eso no es muy propio de ella.

Acostumbrada a viajar, *Atta* solía ser simpática con los desconocidos, aunque mantenía las distancias y sólo se dejaba acariciar si no encontraba la forma de escapar. Sin embargo, estaba advirtiéndolos en contra de aquel extraño, antes incluso de verlo.

Caballo y jinete llegaron al alto de la cuesta y, al verlos, apuraron el paso y bajaron la pendiente al galope. El jinete iba tapado en una capa negra. Su larga cabellera se agitaba al viento en su espalda.

Beleño lo miraba boquiabierto.

—¡Rhys! ¡Es Chemosh! ¿Qué hacemos?

—No podemos hacer nada —contestó Rhys.

El Señor de la Muerte tiró de las riendas del caballo cuando ya estaba más cerca. Beleño miró en derredor, desesperado por encontrar un sitio donde esconderse, pero estaban atrapados en la llanura. Ni un árbol ni una hondonada a la vista.

Rhys ordenó a *Atta* que se quedara callada y ella le obedeció lo mejor que pudo, aunque de vez en cuando se le escapaba un gruñido. El monje atrajo a Mina hacia sí y sostuvo el cayado delante de ella, mientras ponía la otra mano sobre el hombro de la niña, en un gesto protector. Beleño se mantuvo imperturbable al lado de su amigo. Recordándose a sí mismo que era un kender con cuernos, adoptó una expresión fiera.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Mina, mirando al jinete de negro con curiosidad. Volvió la cabeza hacia Rhys—. ¿Lo conoces?

—Lo conozco —contestó Rhys—. ¿Tú lo conoces, Mina?

—¿Yo? —Mina estaba sorprendida. Negó con la cabeza—. Nunca antes lo había visto.

Chemosh desmontó y empezó a caminar hacia ellos. El caballo se

quedó inmóvil donde lo había dejado, como si se hubiera convertido en piedra. Beleño se acercó un poco más a Rhys.

—Kender con cuernos —repetía Beleño para sí con el fin de darse valor—, Kender con cuernos.

Atta gruñó y Rhys le hizo callar.

Chemosh hizo caso omiso de la perra y del kender. Lanzó una mirada a Rhys, sin demasiado interés. Toda la atención del señor se centraba en Mina. Tenía una expresión tensa, lívida de rabia. Sus ojos oscuros eran gélidos.

Mina observaba a Chemosh desde detrás de la barricada formada por el cayado del monje y Rhys sintió que temblaba. La sujetó con más fuerza para que se sintiera segura.

—No me gusta ese hombre —declaró Mina con voz temblorosa—. Dile que se vaya.

Chemosh se detuvo y lanzó una mirada furibunda a la niña pelirroja que se protegía en los brazos de Rhys.

—Ya puedes poner fin a este jueguecito tuyo, Mina —dijo Chemosh—. Me has hecho quedar como un tonto. Ya te has reído bastante. Ahora vuelve a casa conmigo.

—No voy a ir a ningún sitio contigo —repuso Mina—, Ni siquiera te conozco. Y Goldmoon me dijo que nunca hablara con desconocidos.

—Mina, deja ya esta estupidez... —empezó a decir Chemosh, enfadado, y alargó la mano para cogerla.

Mina le propinó una patada en la espinilla al Señor de la Muerte.

Beleño tomó aire, cerró los ojos y esperó el fin del mundo. Como el mundo seguía su curso, Beleño abrió un poco los ojos y vio que Rhys había empujado a Mina detrás de él para protegerla con su cuerpo. Chemosh tenía un aspecto indescriptiblemente lúgubre.

—Estás montando un espectáculo magnífico, Mina, pero no tengo tiempo para tonterías —dijo con impaciencia—. Vendrás conmigo y traerás los objetos que vilmente robaste de la Sala del Sacrilegio. O de lo contrario, pronto veré a tus amigos en el Abismo...

Una lluvia torrencial ahogó el resto de la amenaza de Chemosh. El cielo se volvió tan negro como la capa del dios. Las nubes de tormenta se agolparon y agitaron. Zeboim llegó en una ráfaga de viento y un golpe de granizo.

La diosa se inclinó y ofreció la mejilla a Mina.

—Dale un beso a tu tía Zee, bonita —dijo con dulzura.

Mina escondió la cara en la túnica de Rhys.

Zeboim se encogió de hombros y volvió la mirada hacia Chemosh, que la observaba con una expresión tan oscura y amenazadora como la tormenta.

—¿Qué quieres, zorra del mar?

—Estaba preocupada por Mina —contestó Zeboim, dedicando una

mirada cariñosa a la niña—. ¿Qué haces tú aquí, Señor de los Putrefactos?

—Yo también estaba preocupado... —empezó a decir Chemosh.

Zeboim se echó a reír.

—¿Preocupado por lo magníficamente bien que lo jodiste todo? Tenías a Mina, tenías la torre, tenías el Solio Febalas, tenías a los Predilectos. Y lo has perdido todo. Tus Predilectos son un montón de cenizas grasientas y asquerosas en el fondo del Mar Sangriento. Mi hermano tiene la torre. El Dios Supremo ha reclamado el Solio Febalas. Y en cuanto a Mina, ha dejado dolorosamente claro que no quiere tener nada más que ver contigo.

Chemosh no necesitaba que le recitaran la letanía de sus desgracias. Dio la espalda a la diosa y se arrodilló junto a Mina, que lo miraba con perplejidad y cautela.

—Mina, amor mío, por favor, escúchame. Perdóname si te asusté. Perdóname si te hice daño. Estaba celoso... —Chemosh se detuvo y después añadió—: Vuelve a mi castillo conmigo, Mina. Te echo de menos. Te quiero...

—Mina, cielo, no vayas a ningún sitio con este hombre horrible —dijo Zeboim y apartó al Señor de la Muerte de un empujón—. Está mintiendo. No te quiere. Nunca te quiso. Está utilizándote. Ven a vivir con tu tiita Zee...

—Voy a Morada de los Dioses —repuso Mina y cogió a Rhys de la mano—, Y está muy lejos de aquí, así que tenemos que empezar a caminar. Vamos, señor monje.

—Morada de los Dioses —repitió Chemosh después de un silencio atónito —. Eso está lejos de aquí. —Se dio media vuelta y caminó hasta su caballo. Montó y clavó la mirada en Rhys, con expresión sombría y ceñuda—. Muy lejos de aquí. Y la calzada está llena de peligros. No tengo la menor duda de que volveremos a vernos pronto, monje.

Clavó los talones en los flancos del caballo y se lanzó a una carrera furiosa. Zeboim lo miró irse y después se volvió hacia Rhys.

—Es cierto que está muy lejos, Rhys —dijo la diosa con una sonrisa picara—. Pasaréis meses viajando, años quizá. Si es que vives tanto. Pero ahora que lo pienso...

Zeboim se agachó ágilmente para susurrar algo a Mina al oído.

Mina la escuchó, frunciendo el entrecejo al principio y después abriendo mucho los ojos.

—¿Puedo hacer eso?

—Claro que puedes, pequeña. —Zeboim le acarició la cabeza—. Puedes hacer cualquier cosa. Que tengáis buen viaje, amigos.

Zeboim rió y extendió los brazos. Se convirtió en un azote de viento, después amainó hasta ser una brisa burlona y, sin dejar de

reírse, se alejó soplando.

La calzada estaba desierta. Rhys suspiró aliviado y bajó el cayado.

—¿Por qué ese hombre con pinta de tonto quería que me fuera con él? —preguntó Mina.

—Se confundió —contestó Rhys—. Pensaba que eras otra persona. Alguien que él conocía.

No era más que media tarde, pero Rhys estaba agotado después de la tensión del encuentro con los dioses y de todo un día soportando a Mina, así que decidió levantar el campamento. Extendieron las mantas cerca de un riachuelo que serpenteaba como una culebra entre la hierba alta. Cerca había una pequeña arboleda que les ofrecía refugio.

Beleño no tardó en recuperar las energías y empezó a provocar a Mina para que le contara lo que le había dicho la diosa. Mina sacudió la cabeza. Estaba muy concentrada dando vueltas a algo. Arrugaba la frente y se mordía el labio. Al final dejó a un lado aquello que tanto la preocupaba y, después de quitarse los zapatos y los calcetines, se fue a jugar al riachuelo. Disfrutaron de una comida frugal a base de habas secas y carne ahumada, y después se sentaron alrededor del fuego.

—Quiero ver el mapa que dibujaste —pidió Mina de repente.

—¿Por qué? —quiso saber Beleño receloso, llevando las manos a su morral para protegerlo.

—Sólo quiero mirarlo —contestó Mina—. Todo el mundo me dice sin parar que Morada de los Dioses está tan lejos. Quiero verlo por mí misma.

—Ya te lo enseñé una vez.

—Sí, pero quiero verlo otra vez.

—Vale, está bien. Pero vete a lavarte las manos —le ordenó Beleño, mientras sacaba el mapa del morral y lo extendía sobre la manta—. No quiero que se llene de marcas grasientas de tus dedos.

Mina corrió al riachuelo para lavarse la cara y las manos.

Rhys se había tumbado en el suelo cuan largo era, un poco de descanso después de la comida. *Atta* estaba junto a él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Rhys le acariciaba el pelo y contemplaba el cielo. El sol hacía equilibrios en el borde del horizonte. En el cielo se mezclaban los suaves tonos del crepúsculo, rosas y dorados, violetas y naranjas. Más allá del ocaso, sentía la mirada de ojos inmortales.

Mina volvió corriendo y mostró unas manos moderadamente limpias. Beleño sujetó el mapa con piedras y después enseñó a la pequeña la ruta que iban a seguir.

—Ahora estamos aquí —indicó.

—¿Y dónde está Flotsam, donde empezamos? —preguntó Mina.

Beleño señaló un punto pegado al anterior.

—¡Con todo lo que hemos caminado y sólo hemos recorrido eso!

—exclamó Mina, incrédula y desesperada.

Se sentó de cuclillas junto al mapa y lo estudió, sacando el labio inferior.

—¿Por qué tenemos que ir de un lado a otro, subiendo, bajando y dando vueltas? ¿Por qué no podemos ir todo recto desde aquí?

Beleño le explicó que escalar montañas increíblemente altas era muy difícil y peligroso y que era mucho mejor rodearlas.

—Es una pena que haya tantas montañas —añadió el kender por último—. Si no, podríamos ir tan recto como vuela el dragón y no sería un camino tan largo.

Mina observaba muy pensativa el punto que era Flotsam y el punto que Beleño decía que era Solace, donde encontrarían a su gran amigo Gerard y a los monjes de Majere, que les dirían dónde podían buscar Morada de los Dioses.

Rhys estaba quedándose dormido, inmerso en la agradable tranquilidad del atardecer, cuando algo lo despertó de golpe. Beleño lanzó un chillido.

Rhys se incorporó tan rápido que asustó a *Atta*, quien mostró su enfado con un aullido.

—¿Qué pasa?

Beleño señaló con un dedo tembloroso.

El mapa había dejado de ser un montón de líneas y garabatos dibujados en la espalda de la camisa vieja del kender. Se había convertido en un mundo en miniatura, con montañas de verdad y masas de agua que brillaban bajo los últimos rayos de luz, y desiertos barridos por el viento y ciénagas pantanosas reales.

«Así deben de ver los dioses el mundo», pensó Rhys.

Beleño volvió a chillar y de repente el kender estaba flotando en el aire, ligero como una pluma. Rhys se sintió a sí mismo cada vez más ligero, su cuerpo perdía masa y peso, sus huesos eran tan huecos como los de un pájaro, su piel liviana como la espuma. Sus pies se separaron del suelo y empezó a ascender. *Atta* flotaba hacia él, con las patas colgando sin poder hacer nada.

—Recto como vuela el dragón —dijo Mina.

Rhys se acordó de aquel incidente en que estuvieron a punto de ahogarse en la torre. Recordó los pasteles de carne y la violenta conflagración que había consumido a los Predilectos y se dio cuenta de que tenía que poner fin a aquello. Tenía que hacerse con el control.

—¡Para, Mina! —dijo Rhys con tono duro—. ¡Páralo ahora mismo! ¡Bájame en este mismo instante!

Mina lo miró con los ojos muy abiertos, y ya brillantes por las lágrimas.

—¡Ahora mismo! —ordenó Rhys con los dientes apretados.

Sintió que se volvía más pesado y cayó al suelo. Beleño se

desplomó como una roca y aterrizó con un golpe sordo. *Atta*, en cuanto se vio en el suelo, se escabulló rápidamente a agazaparse debajo de un árbol, lo más lejos posible de Mina.4

Mina fue bajando muy lentamente por el aire y se posó delante de Rhys.

—Vamos a ir a Solace caminando —dijo el monje, con la voz cargada de furia—, ¿Me estás entendiendo, Mina? No vamos a ir nadando ni volando. ¡Vamos a caminar!

A Mina se le escaparon las lágrimas, que empezaban a correrle por las mejillas. Se tiró al suelo y empezó a llorar.

Rhys estaba temblando. Siempre se había sentido muy orgulloso de su disciplina y allí estaba, gritándole a una niña. De repente se sintió profundamente avergonzado.

—No quería gritarte, Mina... —empezó a decir sin apenas fuerzas...

—¡Lo único que quería era llegar más rápido! —gritó la pequeña, levantando la cara surcada de lágrimas y manchada de tierra—. No me gusta caminar. ¡Es muy aburrido y me duelen los pies! Y vamos a tardar demasiado tiempo, hasta el infinito. Además, la tía Zeboim me dijo que podía volar —añadió, entre hipos y temblores.

Beleño le pegó un codazo a Rhys en las costillas.

—Es verdad que vamos a tardar mucho y eso de volar podría ser interesante y...

Rhys lo miró. Beleño tragó saliva.

—Pero tienes razón, por supuesto. Tenemos que caminar. Para algo los dioses nos dieron pies y no alas. Ahora mejor me voy a dormir...

Rhys se arrodilló y abrazó a Mina. Ella le echó los brazos al cuello y sollozó sobre su hombro. Poco a poco, los lloros se fueron haciendo más débiles y la niña acabó quedándose callada. Rhys la miró y vio que había llorado hasta quedarse dormida. La llevó a la manta que había extendido sobre una zona de hierba mullida debajo de un árbol y la tumbó. Estaba tapándola con otra manta, cuando Mina se despertó.

—Buenas noches, Mina —dijo Rhys y alargó la mano para apartarle el pelo de la frente con ternura.

Mina le cogió la mano y la besó arrepentida.

—Lo siento, Rhys —dijo. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y no «señor monje»—. Podemos caminar. Pero ¿podríamos caminar rápido? —añadió con voz lastimera—. Me parece que tengo que llegar a Morada de los Dioses rápidamente.

Rhys estaba agotado, pues de lo contrario tendría que habérselo pensado dos veces antes de responder que sí, que podían «caminar rápido».

3

El día siguiente estaban en Solace.

—Al fin y al cabo —señaló Beleño—, le dijiste que podíamos caminar rápido.

El día había empezado bien. Mina parecía arrepentida y se mostraba tranquila y dócil. Las volutas de bruma se levantaban perezosamente del lecho del río. Emprendieron el camino pronto y Rhys andaba tan rápido como pensaba que Mina podría aguantar. Cuando empezó a ver que los árboles y las praderas pasaban raudas a los lados, el aumento de velocidad había sido tan gradual que creyó que sus ojos estaban pasándole una mala jugada.

Pero entonces el paisaje empezó a deslizarse a una velocidad increíble. El, Beleño, Mina y Afta seguían caminando a un ritmo que parecía normal, pero los otros viajeros aparecían y desaparecían en cuestión de segundos. Las nubes surcaban el cielo en un instante. Un momento hacía sol, al siguiente los empapaba una tormenta y un segundo después lucía el sol de nuevo. Cruzaron el desierto. La ciudad de Delfo era una mancha de color, la de Khuri-khan un estallido de ruido y calor.

Allí estaban y dejaron de estar los ogros de Blode. La Gran Ciénaga era pantanosa, sofocante y apestosa, pero no por mucho tiempo. Cruzaron rozando las aguas del río Westguard y vieron el reflejo del sol sobre las olas de Nuevo Mar, antes de que desapareciera y llegaran las desoladas llanuras de Dergoth. El lago de la Muerte estaba envuelto en inquietantes sombras y el río de la Rabia Blanca tronó un momento.

Rhys se había mareado por desplazarse tan rápido y tuvo que agarrarse a un poste para no caer. Beleño se tambaleó un momento sobre las piernas sin fuerzas, lanzó un quejumbroso «¡buf!» y se derrumbó. *Atta* se dejó caer sobre un costado y se quedó jadeando en el suelo.

—¡Hemos andado todo el camino! —exclamó Mina con orgullo—, ¡He hecho lo que me dijiste!

Sus ojos ambarinos eran límpidos y brillaban. Lucía una sonrisa ilusionada y feliz. Estaba convencida de que había hecho algo merecedor de alabanzas y a Rhys no le quedaban ánimos para regañarla. Al fin y al cabo, se habían ahorrado un viaje largo, dificultoso y repleto de peligros, y habían llegado sanos y salvos a su destino. No podía evitar sentirse aliviado. Rhys se dio cuenta de que Mina no pensaba que hubiera hecho nada excepcional. Para ella, atravesar tranquilamente un continente en un día era algo que cualquiera podía hacer con sólo concentrarse un poco.

Rhys ayudó a Beleño a levantarse y aseguró a *Atta* que todo estaba bien. Mina lo miraba todo con entusiasmo. Estaba encantada con Solace.

—¡Las casas están construidas en los árboles! —exclamó, dando palmadas—, ¡Una ciudad entera subida a los árboles! Quiero subir ahí arriba. ¿Qué es ese sitio?

Señaló hacia un edificio grande que se acomodaba entre las ramas de un vallenwood gigantesco.

—Es la posada El Último Hogar —declaró Beleño, olfateando el aire con ansia. Ya se sentía casi normal—. Repollo cocido. Lo que quiere decir que hoy debe de ser el día de carne de vaca en conserva con repollo. Espera a conocer a Laura. Es la dueña de la posada, es la encargada de cocinar y la mejor cocinera de Ansalon. Y después está nuestro amigo, Gerard, el alguacil. El es...

—Mina —lo interrumpió Rhys—, ¿te importaría ir hasta esa fuente y coger un poco de agua para *Atta*?.

Mina hizo lo que le mandaban y corrió entusiasmada hasta la fuente pública, acompañada por la perra sin aliento.

—Creo que no deberíamos contarle a Gerard la verdad sobre Mina —le dijo Rhys a Beleño, cuando Mina ya se había alejado—. No pongamos a prueba su credulidad.

—¿A prueba, como los menús degustación? —preguntó Beleño, sorprendido—. Porque yo sé que en ésos te ponen muchas cosas para probar.

—Me temo que no nos creería —le aclaró Rhys.

—¿Que es una diosa que se ha vuelto loca? Ni siquiera estoy seguro de que yo mismo lo crea—repuso Beleño muy serio. Se llevó la mano a la cabeza—. Todavía estoy un poco mareado de tanto caminar. Pero ya veo lo que quieres decir. Gerard conoció a Mina, ¿verdad? A la antigua Mina, me refiero. Cuando ella era soldado en la Guerra de las Almas. Nos contó que la había conocido esa noche que empezó a hablar sobre lo que le había pasado en la guerra. Pero ahora es una niña pequeña. No me parece muy probable que relacione a las dos. ¿Tú crees que sí?

—No lo sé. Podría reconocerla si oye su nombre y la ve. Su belleza no es normal.

Beleño contempló a Mina mientras la niña volvía apresuradamente a su lado. Llevaba agua en un cubo y la mayor parte se le estaba cayendo sobre los zapatos.

—Rhys —dijo el kender en un susurro—, ¿qué pasará si es Mina quien lo reconoce a él? Gerard era su enemigo. ¡Podría matarlo!

—No creo que lo mate —contestó Rhys—, Parece que ha borrado esa parte de su vida.

—También borró a los Predilectos y después le volvió todo de

golpe —le recordó Beleño.

Rhys sonrió débilmente.

—Tendremos que ser optimistas y confiar en que los dioses estén con nosotros.

—Están con nosotros, eso seguro —se quejó Beleño—. Si de algo vamos sobrados, es de dioses.

Después de que *Atta* bebiera ansiosamente el agua, Rhys y sus compañeros se unieron a la cola de gente que aguardaba una mesa en la conocida posada. La cola serpenteaba por la escalera larga y curva que llevaba a la puerta principal. Los últimos rayos del sol poniente teñían el cielo de un rojo dorado, daba lustro a las hojas del vallenwood y refulgía sobre las vidrieras de las ventanas. Las personas que hacían cola estaban de buen humor. Contentos de haber acabado el trabajo del día, esperaban con alegría una buena comida y la velada en compañía de buenos amigos.

—Goldmoon me contaba historias sobre la posada El Ultimo Hogar —decía Mina entusiasmada—. Me contó que la Vara de Cristal Azul los trajo milagrosamente a ella y a Riverwind, que conocieron a los Héroes de la Lanza y que Theocrat se cayó en el fuego, se quemó la mano y la vara lo curó. Y entonces llegaron los soldados y...

—Me muero de hambre —se quejó Beleño—. Y esta cola no se ha movido ni un paso. Mina, si pudieras llevarnos rápidamente delante...

—¡No! —dijo Rhys con severidad.

—Pero Rhys...

—¡Os echo una carrera! —gritó Mina.

Antes de que Rhys pudiera detenerla, la niña ya había echado a correr.

—¡Iré a buscarla! —se ofreció Beleño y se lanzó a la carrera antes de que Rhys pudiera agarrarlo.

Mina llegó a la escalera y empujó a la indignada clientela. Beleño provocó aún más jaleo al intentar alcanzarla.

Rhys se apresuraba detrás de los dos, disculpándose profusamente. Agarró a Beleño en la puerta, pero Mina era demasiado rápida y ya se había colado en el interior de la posada.

Varios amables clientes le dijeron que podía pasar delante. Rhys sabía que estaba consintiendo el mal comportamiento de la niña y también que tendría que haber reñido a ella y al kender, y obligarlos a volver al final de la cola. Pero, sinceramente, estaba demasiado cansado para sermones, demasiado cansado para soportar toda la discusión y los lloros. Parecía mucho más cómodo dejarlo pasar.

Laura, la propietaria de la posada, se alegró muchísimo de volver a ver a Rhys. Le dio un abrazo y le dijo que podía recuperar su antiguo trabajo si lo quería, y añadió que tanto él como Beleño podían quedarse todo el tiempo que quisieran. Laura guardaba otro abrazo

para Beleño y quedó encantada cuando Rhys le presentó a Mina, a quien describió sin dar muchos detalles como una huérfana que habían conocido por el camino. Laura chasqueó la lengua, compasiva.

—¡En qué estado estás, pequeña! —exclamó la mujer, mirando asustada la cara manchada de tierra de Mina, el pelo revuelto y las ropas harapientas y mugrientas—. ¡Y esos harapos que llevas! ¡Por todos los dioses, esta camisa está tan gastada que es transparente!

Lanzó a Rhys una mirada cargada de reproches.

—Ya sé que los solterones como tú no tenéis ni idea de cómo criar a una niñita, ¡pero por lo menos podrías haberte encargado de que se diera un baño! Ven conmigo, Mina, cielo. Te daremos una comida rica, un baño caliente y después a la cama. Y me encargaré de que te vistas un poco mejor. Tengo guardada alguna ropa vieja de mi sobrina Linsha. Creo que te quedará bien.

—¿Me cepillarás el pelo antes de que vaya a dormir? —preguntó Mina—. Mi madre solía cepillármelo todas las noches.

—Claro, cariño —contestó Laura, sonriendo—, te cepillaré el pelo, ese pelo precioso que tienes. ¿Dónde está tu madre, cielo? —le preguntó, mientras se la llevaba.

—Está esperándome en Morada de los Dioses —contestó Mina muy seria.

Laura pareció bastante sorprendida al oír tal respuesta, pero después su expresión se dulcificó.

—Qué niña más dulce —dijo con ternura—. Esa es una forma muy bonita de recordarla.

Beleño ya había encontrado una mesa y comentaba los platos de la noche con la camarera. Rhys miró en derredor en busca de Gerard, pero la mesa que solía ocupar estaba vacía. Beleño atacó con alegría un plato enorme de carne de vaca con repollo. Rhys comió poco y le dio el resto a *Atta*, que olfateó el repollo hervido con desprecio pero no tuvo tantos reparos en zamparse la carne.

Rhys insistió en pagar el alojamiento y la comida ayudando en la cocina. La noche iba avanzando y el monje siguió buscando a Gerard, pero el alguacil no pasó por allí.

—No me sorprende —dijo Laura, cuando volvió para inspeccionar su cocina y hacer los preparativos para el desayuno del día siguiente —. Ultimamente está habiendo problemas en Ringlera de Dioses. Nada serio, no te preocupes. Los clérigos de Sargonnas y Reorx tuvieron una pelea de gallitos y casi acaban a golpes. Alguien tiró huevos podridos al templo de Gilean y en las paredes del templo de Mishakal aparecieron dibujos lascivos y palabrotas. Los ánimos están calentándose. Seguramente el alguacil haya ido a hablar con la gente para tranquilizar las cosas.

Rhys la escuchó consternado. Intentó convencerse a sí mismo de

que aquella rivalidad entre los dioses no podía tener nada que ver con él y sus compañeros, pero sabía que no era así. Pensó en Zeboim y Chemosh, los dos intentando atraer a Mina para que se les uniera. Escogiera el lado que escogiese, la luz o la oscuridad, perturbaría el equilibrio entre el bien y el mal, inclinaría la balanza hacia un lado o el otro.

—Es una niña preciosa —dijo Laura, agachándose para besar a la pequeña en la frente, cuando ella y Rhys fueron a comprobar que todo estuviera bien antes de retirarse a dormir—. Aunque dice unas cosas rarísimas. ¡Vaya imaginación! ¡Imagínate, dijo que ayer estabais en Flotsam!

Rhys se alegró de que llegara el momento de acostarse en la cama que Laura le había preparado en la habitación contigua a la de Mina. *Atta* acababa de acomodarse a sus pies, cuando un grito agudo despertó a Rhys. Encendió la palmatoria que tenía junto a la cabecera y acudió presuroso a la habitación de Mina.

Mina se agitaba en la cama, dando golpes con los brazos. Tenía los ojos ambarinos muy abiertos y miraba fijamente.

—... ¡Tus flechas, capitán! —estaba gritando—. ¡Ordena a tus hombres que disparen!

Se sentó, con los ojos clavados en algún horror que sólo ella podía ver.

—Tantos muertos. Todos apilados... El tajo de Beckard. Matando a nuestros propios hombres. ¡Es la única solución, idiota! ¿No lo entiendes?

Lanzó un grito salvaje.

—¡Por Mina!

Rhys la cogió entre sus brazos para tratar de calmarla. Ella se resistió y le pegó con los puños.

—¡Es la única solución! ¡La única solución para que ganemos! ¡Por Mina!

De repente se dejó caer hacia atrás, agotada.

—Por Mina... —murmuró antes de hundirse en la almohada.

Rhys se quedó a su lado hasta que estuvo seguro de que volvía a dormir tranquilamente. Pidió a Majere que la bendijese y después volvió a su cama.

Estuvo allí tumbado mucho tiempo, intentando recordar dónde había oído antes el nombre de «el tajo de Beckard» y cuando por fin se acordó, sintió un escalofrío.

—¿Dónde vas esta mañana? —preguntó Beleño a Rhys entre un bocado y otro de huevos revueltos y patatas con especias.

—Al Templo de Majere —respondió Rhys.

—¿Y qué hace Mina?

—Está en la cocina con Laura, aprendiendo a hacer pan. Échale

un ojo. Dame aproximadamente una hora y después tráemela al templo.

—¿Los monjes nos dejarán entrar? —preguntó Beleño sin mucha confianza.

—Todo el mundo es bienvenido en el Templo de Majere. —Rhys alargó el brazo para dar un golpecito sobre el saltamontes dorado que el kender llevaba prendido a la camisa—. Además, el dios te ha dado su talismán. Serás un huésped de honor.

—¿De verdad? —Beleño estaba asombrado—. Eso es muy amable por parte de Majere. Ten cuidado y dale las gracias de mi parte. ¿Qué vas a contarle a tu abad sobre Mina? —preguntó curioso.

—La verdad.

Beleño sacudió la cabeza.

—Pues buena suerte con eso. Espero que los monjes de Majere no estén muy enfadados contigo por haber sido monje de Zeboim un tiempo.

Rhys podría haberle contado que aunque los monjes podían estar tristes y decepcionados por sus fracasos, nunca estarían enfadados. Se dio cuenta de que a su amigo aquel concepto podría resultarle difícil de comprender y no tenía tiempo para explicárselo. Tenía prisa por llegar al templo, suplicar el perdón por sus pecados y pedir ayuda a aquellos que eran más sabios que él. Sentía un enorme deseo de encontrar descanso y paz en aquella calma bendita y contemplativa.

No obstante, Rhys no había olvidado a Gerard y mientras bajaba por la calle principal de la ciudad, sombreadas por las hojas moteadas de los vallenwoods, se detuvo para hablar con unos de los guardias de la ciudad.

Rhys le preguntó dónde podría encontrar al alguacil y le dijeron que lo más probable era que Gerard estuviera en Ringlera de Dioses.

—Esta mañana hubo algún problema, o eso he oído —añadió el guardia.

Rhys le dio las gracias por la información y siguió su camino. A la vuelta de una esquina, vio varios grupos de personas, muchas de ellas magulladas y cubiertas de sangre, saliendo de Ringlera de Dioses escoltadas por la guardia. Los soldados empujaban a los rezagados y gritaban a los mirones que «circularan». Rhys esperó hasta que se fue disolviendo la muchedumbre y después se abrió paso hasta la entrada de Ringlera de Dioses. Muchos guardias lo miraron con recelo, pero al ver su túnica naranja, le permitían pasar.

Encontró a Gerard asignando guardias y dando órdenes. Rhys esperó tranquilamente hasta que Gerard hubo terminado y no se dirigió a él hasta que ya se disponía a irse.

—Alguacil... —empezó a decir Rhys.

—¡Ahora no! —respondió bruscamente Gerard y siguió

caminando.

—Gerard —dijo Rhys y en esa ocasión Gerard reconoció su voz y, después de detenerse, se volvió hacia él.

El alguacil estaba rojo y tenía el pelo color trigo de punta, pues tenía la manía de mesárselo cuando estaba sometido a mucha presión. Entrecerraba los ojos, de un azul intenso, y mostraba una expresión sombría. Su rostro no cambió al ver a Rhys. Más bien se endureció.

—Tú —gruñó Gerard—. Tendría que habérmelo imaginado.

—Yo también me alegro de verte, amigo mío —repuso Rhys.

Gerard abrió la boca y después volvió a cerrarla. Enrojeció aún más. Parecía avergonzado y alargó la mano para darle un apretón a Rhys, con gesto arrepentido.

—Perdóname. Claro que me alegro de verte, hermano. —Gerard dedicó una mirada triste a Rhys—. Es sólo que cada vez que hay problemas relacionados con los dioses, da la impresión de que siempre apareces tú.

Rhys estaba pensando en cómo responder a eso, pero Gerard no esperaba respuesta alguna.

—¿Ya has desayunado? —El alguacil parecía cansado y eso mismo denotaba su voz—. Voy camino de la posada. Podrías venir conmigo. —Miró alrededor—, ¿Dónde está tu amigo Beleño? ¿Y *Atta*? No les habrá pasado nada, ¿verdad?

—Los dos están bien. Están en la posada. Yo vengo de allí. Iba camino del Templo de Majere para presentar mis respetos, pero vi el jaleo y te encontré. Dices que ha habido problemas. ¿Qué ha pasado?

—Un disturbio sin importancia —repuso Gerard secamente—. Hace ya algún tiempo que reina la discordia. Los clérigos y los sacerdotes de todos los dioses han empezado a pelearse como perros por un buen hueso. Esta mañana un clérigo de Chemosh empezó a discutir con un sacerdote de Zeboim. Los fieles de ambos bandos acudieron en su ayuda y un momento después ya había estallado una batalla campal. Para terminar de empeorar las cosas, tres paladines de Kiri-Jolith decidieron encargarse ellos mismos de aplacar el tumulto. Al verlos, los clérigos de Zeboim y de Chemosh dejaron de pelear entre ellos y se volvieron contra los paladines. Eso provocó que los clérigos de Mishakal acudieran en su ayuda. Y como a los devotos de Reorx nada les gusta más que una buena reyerta, allá se lanzaron, arrasando cualquier cosa que encontraban a su paso.

»Parece que al final acabaron aburriéndose y alguien tuvo la genial idea de que todo era culpa de Gilean y que debían prender fuego a su templo. Ya se dirigían allí con antorchas encendidas, cuando llegué con mis guardias. Machacamos un par de cabezas y detuvimos al resto, y así acabó el altercado. Dejaré a los sacerdotes en prisión hasta que se les calmen los ánimos y después los dejaré libres

con una multa por alteración del orden público y daños a la propiedad.

—¿Cómo empezó la pelea? —preguntó Rhys—. ¿Sabes por qué discutían?

—Los clérigos de Chemosh se negaron a decírnoslo. Son unos cabrones. A mí me parece un error haber permitido que construyeran su templo aquí, pero Palin Majere insistió en que nosotros no podemos decidir a qué dioses decide adorar la gente. Dijo que, siempre que los clérigos y los fieles de Chemosh no violen la ley, pueden tener su templo. Hasta ahora se habían comportado. Los clérigos de Chemosh no han ido levantando muertos ni profanando tumbas, al menos que yo sepa.

»En cuanto a Zeboim, sus sacerdotes estaban ansiosos por hablar. Están diciendo a todo el mundo que Chemosh está intentando convertirse en el líder de los dioses de las tinieblas. Lo que más me sorprende es que todos los clérigos, incluso los de Kiri-Jolith, tienen mucho resentimiento contra Gilean. No tengo ni idea de por qué. Sus Estetas ni siquiera sacan la nariz de sus libros.

Gerard observó a Rhys.

—Durante meses, todos los sacerdotes y los clérigos se han ocupado tranquilamente de sus asuntos y después, en cuestión de dos semanas, se abalanzan unos sobre otros. Y ahora apareces tú. Conoces personalmente a Zeboim. Algo pasa en el cielo. ¿De qué se trata? ¿Otra Guerra de las Almas?

Rhys permaneció en silencio.

—Vaya, vaya. Lo sabía. —Gerard lanzó un suspiro y se pasó la mano por los cabellos—. Cuéntame lo que está pasando.

—Lo haría encantado, amigo mío, pero es demasiado complicado...

—¿Más complicado que cuando la diosa te llevó a rastras a pelear contra un Caballero de la Muerte? —preguntó Gerard, medio en broma, medio en serio.

—Eso me temo —contestó Rhys—, De hecho, me dirigía a discutir la situación con el abad de mi orden, en busca de su parecer y consejo. Si quisieras acompañarme...

Gerard negó con la cabeza.

—No, gracias, hermano. Ya he tenido suficientes sacerdotes por hoy. Tú vete a rezar, que yo iré a comer. Supongo que *Atta* estará echando un ojo a ese kender tuyo, ¿verdad? No me gustaría que estallara otra pelea en la posada.

—*Atta* está con él y le dije a Beleño que se reuniera conmigo en el templo. —Rhys miró con aire indeciso las patrullas de guardias que recorrían el distrito de los templos—. ¿Tus hombres los dejarán pasar?

—Los guardias están aquí para mantenerlo todo controlado, no

para prohibir a nadie que vaya a los templos. Aunque si vuelve a estallar un altercado... —Gerard sacudió la cabeza—. Entonces podemos vernos en mi casa esta noche, hermano. Prepararé mi famoso pollo guisado y podrás contarme lo que te haya dicho el abad.

—Me encantaría —repuso Rhys— Gracias. Una última cosa —añadió, cuando Gerard estaba a punto de irse—, ¿qué sabes del «tajo de Beckard»?

El rostro de Gerard se ensombreció.

—¿No recuerdas tus clases de Historia, hermano?

—Me temo que no demasiado bien.

—El tajo de Beckard fue un día aciago en los anales de Krynn —dijo Gerard—. Las fuerzas de los caballeros negros de Neraka estaban a punto de salir derrotados del asedio a Sanction. Estaban retirándose y se dirigían a un paso muy estrecho entre las montañas llamado tajo de Beckard. El líder de los caballeros negros ordenó a los arqueros que disparasen sobre sus propios hombres. Obedecieron y cientos de flechas cayeron sobre sus propios compañeros. Los cuerpos de los caídos se amontonaban y bloquearon el paso. Los solámnicos se vieron obligados a retroceder y ése fue el principio del fin para nosotros.

—¿Quién era el líder de los caballeros negros? —preguntó Rhys, aunque ya sabía la respuesta.

—Esa bruja, Mina —dijo Gerard con seriedad—. Te veré esta noche, hermano.

Gerard siguió su camino, calle abajo, en dirección a la posada El Último Hogar.

Rhys lo miró mientras se alejaba. Se preguntó si el alguacil se encontraría con Mina y, si eso sucedía, si la reconocería. ¿Qué pasaría entonces?

«Fue una estupidez hacerle recordar el tajo de Beckard —se reprendió Rhys—. Ahora está pensando en Mina. Quizá debería volver y...»

Rhys miró los jardines verdes, sombreados por los árboles, del Templo de Majere y sintió que una fuerza lo atraía hacia allí, como si Majere lo cogiera de la manga y tirara de él. No obstante, Rhys seguía indeciso. Tenía miedo de que fuera su propio corazón quien lo guiara, no la mano del dios.

Rhys ansiaba la paz en soledad, la serena tranquilidad. Necesitaba el consejo del abad. Si Gerard reconocía a Mina y acudía en busca de Rhys, exigiendo saber lo que pasaba en nombre de todos los dioses, Rhys confiaba en que el abad sabría explicárselo.

El Templo de Majere era una estructura sencilla hecha de bloques de granito pulido de un tono rojo anaranjado. A diferencia del imponente Templo de Kiri-Jolith, no tenía columnas de mármol ni complicados adornos. La puerta del templo era de roble y no tenía

cerrojo, como la puerta del Templo de Hiddukel, quien, al ser el patrón de los ladrones, siempre tenía miedo de que alguien le robara. Las ventanas no tenían vidrieras, como en el hermoso Templo de Mishakal. Las ventanas de Majere no se cerraban ni siquiera con un simple cristal. El templo se abría al viento, al sol y al canto de los pájaros, al frío y a la lluvia.

En cuanto Rhys puso un pie en el gastado camino que atravesaba los huertos, donde los sacerdotes cultivaban sus propios alimentos, y que conducía a la sencilla puerta de madera, las fuerzas que lo habían mantenido en pie durante tanto tiempo lo abandonaron de repente. Se le anegaron los ojos en lágrimas y el corazón se le llenó de amor y gratitud hacia el dios que nunca había perdido la fe en él, a pesar de que él había perdido la fe en el dios.

Cuando Rhys entró en el templo, unas sombras umbrías lo envolvieron, confortándolo y bendiciéndolo. Preguntó a un sacerdote si podía solicitar una audiencia con el abad. El sacerdote trasladó su petición al abad, quien abandonó su meditación inmediatamente e invitó a Rhys a su despacho.

—Bienvenido, hermano —dijo el abad, estrechándole la mano—. Me han dicho que quieres hablar conmigo. ¿Cómo puedo ayudarte?

Rhys lo miraba fijamente, el asombro no le dejaba reaccionar. El abad era un hombre mayor, como es habitual entre los abades, pues con la edad llega la sabiduría. Era un hombre fuerte y delgado, pues todos los sacerdotes y monjes de Majere, incluso los abades, deben practicar artes marciales a diario, lo que se conoce como la «disciplina benévola». Rhys nunca había estado en aquel templo ni en ningún otro templo de Majere aparte del suyo. Nunca había visto a aquel hombre y, sin embargo, Rhys lo conocía, lo reconocía de alguna otra ocasión. Rhys desvió la mirada hacia la mano del abad, que estrechaba la suya propia, y vio una cicatriz dentada y blanca que destacaba sobre la morena piel curtida.

A Rhys le vino un recuerdo muy vivo de la calle de una ciudad, de unos sacerdotes de Majere que lo abordaban, de *Atta* atacándolos con sus afilados colmillos y de uno de ellos apartando una mano sangrante...

El abad esperaba en silencio, paciente, a que Rhys hablara.

—¡Perdóname, reverendísimo! —exclamó Rhys, invadido por un sentimiento de culpabilidad.

—Claro que te perdono, hermano —repuso el abad, antes de añadir con una sonrisa—, pero estaría bien saber por qué.

—Yo te ataqué —explicó Rhys, preguntándose cómo era posible que el abad lo hubiera olvidado—. En la ciudad de Nuevo Puerto. Me había convertido en seguidor de la diosa Zeboim. Tú y los seis hermanos que te acompañaban quisisteis razonar conmigo, para

traerme de nuevo al templo de mi devoción a Majere. Yo... no pude. Una joven corría un terrible peligro y había prometido protegerla y...

A Rhys le falló la voz.

El abad negaba suavemente con la cabeza.

—Hermano, he recorrido gran parte de Ansalon, pero nunca he estado en Nuevo Puerto.

—Pero estabas allí, reverendísimo —insistió Rhys y le señaló la mano—. La cicatriz. Mi perra te mordió.

El abad se miró la mano. Por un momento pareció desconcertado y después su expresión se relajó. Observó detenidamente a Rhys.

—Eres Rhys Alarife.

—Sí, reverendísimo —contestó Rhys aliviado—. Si lo recuerdas...

—Todo lo contrario —negó el abad suavemente—. Durante mucho tiempo me he preguntado cómo me había hecho esta cicatriz. Una mañana me desperté y había aparecido en mi mano. Me quedé perplejo, porque no recordaba haberme hecho ninguna herida.

—Pero me conoces, reverendísimo —insistió Rhys confundido—. Sabes cómo me llamo.

—Así es, hermano —respondió el Abad y alargó la mano de la cicatriz para coger a Rhys por el hombro—. Y esta vez, hermano Rhys, si te insto a que reces a Majere y busques su consejo y perdón, no me lanzarás a tu perra, ¿verdad?

Como toda respuesta, Rhys cayó de hinojos y abrió su corazón a su dios.

4

El disturbio en Ringlera de Dioses de esa mañana estaba organizado. La pelea había sido cuidadosamente planeada por los clérigos de Chemosh, siguiendo órdenes del Acólito de los Huesos, Ausric Krell, con el fin de observar la reacción del alguacil y la guardia de la ciudad. ¿Cuántos hombres enviaría, cómo irían armados, dónde se desplegarían? Krell había obtenido mucha información y ya estaba preparado para aplicar todo su conocimiento al servicio de su señor.

Chemosh se había quedado bastante confundido al descubrir que Mina había adoptado el aspecto de una niña. Bien era cierto que Krell ya lo había avisado de que se había transformado en una niña, pero también era cierto que Krell era idiota. Chemosh seguía creyendo que Mina estaba fingiendo y que se comportaba como una puta despechada castigando a su amante infiel. Si pudiera llevársela a algún lugar en privado, un sitio donde no la acosaran ni monjes ni dioses, estaba seguro de que podría convencerla para que volviera con él. Admitiría ante ella que se había equivocado, ¿no era eso lo que hacían los hombres mortales? Después habría flores y velas, joyas y música romántica, y ella se derretiría en sus brazos. Mina sería su consorte y él se convertiría en el líder de los dioses oscuros.

En cuanto a esa tontería de que quería ir a Morada de los Dioses, Chemosh no se creía ni una palabra. Eso era algún truco del monje de Majere. Ese maldito monje debía de haberle metido la idea en la cabeza. Por tanto, había que eliminarlo.

Chemosh no se hacía falsas ilusiones. Gilean se enfurecería cuando supiese que el Señor de la Muerte había raptado a Mina. El dios del libro había amenazado con tomar represalias contra cualquier dios que se interpusiera en el camino de Mina, pero a Chemosh no le preocupaba demasiado.

Gilean podía echarle todos los sermones del mundo y amenazarlo todo lo que quisiera, pero no podría castigar a Chemosh. No contaba con el apoyo de los demás dioses, la mayoría de los cuales estaban ocupados con sus propios planes e intrigas para atraer a Mina a su lado.

El más peligroso de todos ellos era Sargonnas. Estaba tramando algún complot infame, de eso no le cabía ninguna duda. Sus espías lo habían informado de que una tropa de élite de minotauros había sido despachada hacia un lugar desconocido en una especie de misión secreta. Chemosh no habría sospechado nada, ya que el dios de la venganza siempre andaba con conspiraciones; pero al mando de aquella tropa estaba un minotauro llamado Galdar, antiguo

compatriota y amigo íntimo de Mina. ¿Pura coincidencia? Chemosh creía que no. Tenía que actuar y hacerlo rápido.

Chemosh había ordenado a Krell y a sus Guerreros de los Huesos que abordaran al monje cuando estuvieran en la calzada. A Chemosh no le consumía tanto el deseo por Mina como para haberse olvidado de los objetos sagrados que llevaba el monje. Había ordenado a Krell que registrara el cuerpo el monje y le llevara todo lo que encontrara. Krell había preparado una emboscada en la calzada, pero antes de que pudieran atacar al grupo, Mina había desbaratado los planes de Chemosh corriendo a Solace a la velocidad del rayo.

Si ella podía hacer tal milagro, lo mismo podía decirse de Chemosh. Ausric Krell y los tres Guerreros de los Huesos habían llegado a Solace apenas minutos después que Mina. Las órdenes en relación al monje y a Mina seguían siendo las mismas; matar al primero y secuestrar a la segunda. Mientras Rhys, Beleño y Mina dormían, Krell pasó la noche en el Templo de Chemosh discutiendo con los sacerdotes y organizando un plan de ataque. Los disturbios de aquella mañana eran la primera fase.

El Templo de Chemosh en Solace era el primer lugar de culto dedicado al Señor de la Muerte construido a la vista. Hasta entonces, los sacerdotes de Chemosh habían mantenido sus oscuros quehaceres ocultos a la vista del público y muchos de ellos seguían haciéndolo, pues preferían llevar a cabo los misterios de sus rituales y ritos de muerte en lugares secretos y tenebrosos. Pero cuando el liderazgo de los dioses de las tinieblas estuvo a su alcance, Chemosh se dio cuenta de que un dios que quería destacar entre los demás dioses no podía tener a sus fieles escondiéndose, profanando tumbas y jugando con esqueletos. Los mortales temían al Señor de la Muerte. Lo que quería Chemosh era su respeto, tal vez hasta un poco de afecto.

Sargonnas lo había conseguido. El dios de la venganza minotauro había sido degradado e injuriado a lo largo de los tiempos. Su consorte, Takhisis, lo había despreciado. Lo había utilizado a él y a sus guerreros minotauros para que combatieran en sus batallas y, después, se había deshecho de ellos cuando ya no los necesitaba. Cuando Takhisis había robado el mundo, había dejado a Sargonnas en la estacada, como había hecho con todos los demás dioses.

Pero todo había cambiado. Tras la desaparición de Takhisis, Sargonnas había acumulado poder para sí mismo y para su pueblo. Sus minotauros habían saqueado la antigua nación elfa de Silvanesti, habían expulsado a los elfos y habían ocupado aquellas exuberantes tierras. El imperio de los minotauros se había convertido en una fuerza con la que había que contar. Los buques de los minotauros dominaban los océanos. Se decía que los caballeros solámnicos estaban negociando tratados con el emperador de los minotauros.

Sargonnas había construido un templo imponente, si bien ostentoso, para sí mismo en Solace, con bloques de piedra que llegaban en barco desde las islas de los minotauros, lo que resultaba muy costoso. Sus sacerdotes minotauros recorrían las calles de Solace y de todas las demás ciudades importantes de Ansalon. La venganza se había puesto de moda en ciertos círculos. Chemosh presenciaba el ascenso del dios astado con envidia y celos.

Por el momento, la balanza todavía no se había inclinado. Kiri-Jolith, el dios de las guerras justas, demostró ser el contrapunto perfecto para Sargonnas. Los guerreros minotauros valoraban el honor y rezaban tanto a Kiri-Jolith como a Sargonnas, sin que esto les supusiera ningún conflicto. Los sacerdotes de Mishakal, trabajando junto con los místicos de la Ciudadela de la Luz, estaban difundiendo la creencia de que el amor y la compasión, los valores del corazón, podían ayudar a aliviar los problemas del mundo. Los estetas de Gilean defendían y promovían la educación, pues afirmaban que la ignorancia y la superstición eran las herramientas de las tinieblas.

Para no quedarse atrás, Chemosh había ordenado que se construyera un templo en Solace y que fuera de mármol negro. Era un templo pequeño, sobre todo si se comparaba con el de Sargonnas, pero mucho más elegante. Era verdad que poca gente se atrevía a entrar y aquellos que lo hacían salían rápidamente. El interior del templo era oscuro y tenebroso, y olía mucho a incienso, aunque éste no lograba ocultar el hedor a putrefacción. Sus sacerdotes formaban un grupo raro, pues se sentían más cómodos entre los muertos que entre los vivos. No obstante, el templo de Chemosh en Solace ya era un comienzo y, como todos los hombres tendrían que acabar presentándose ante el Señor de la Muerte, a muchos les parecía prudente dedicarle al menos una visita de cortesía y dejar una pequeña ofrenda.

Debido a esta nueva imagen que se esforzaba por tener, Chemosh no podía permitir que Krell y sus Guerreros de los Huesos fueran vistos por las calles de Solace secuestrando a niñitas. Otro disturbio, más importante que el primero, serviría como distracción y disimularía el ataque de Krell. Este tenía que actuar rápido, porque ni él ni Chemosh sabían cuándo se le metería en la cabeza a Mina que debía partir. Uno de sus espías los había informado de que Mina se alojaba en la posada con el monje. El espía había oído hablar a Rhys y a Beleño, y había confirmado que el monje pensaba visitar el Templo de Majere, y que el kender y la niña se encontrarían con él allí.

Krell había creído que tendría que lanzar un ataque contra la posada. Otro disturbio en Ringlera de Dioses alejaría a Gerard y sus fuerzas. Por ello se alegró mucho al conocer las nuevas noticias. Podría raptar a Mina y matar a Rhys Alarife al mismo tiempo. Krell no

tenía ningún miedo a los sacerdotes amantes de la paz de Majere, que siempre se desviaban de su camino para evitar una batalla e incluso se negaban a llevar armas.

Krell estaba muy satisfecho con sus nuevos Guerreros de los Huesos. Todavía no los había visto en acción, pero parecían un enemigo imponente. Los tres estaban muertos, lo que les daba una clara ventaja sobre los vivos. Los había elegido Chemosh uno a uno, entre todas las almas que se presentaban ante él. Los tres eran aguerridos combatientes. Uno de ellos era un guerrero elfo que había muerto en una batalla contra los minotauros y cuyo odio implacable contra esa raza mantenía su alma sujeta a este mundo. Otro de ellos era un asesino humano de Sanction cuya alma estaba manchada de sangre, y el tercero era un líder hobgoblin asesinado por su propia tribu y sediento de venganza.

Chemosh había dado vida a los tres cadáveres y había conservado la carne y los huesos. Después les había dado la vuelta, de forma que el esqueleto, como si de una espantosa armadura se tratara, protegía su carne pútrida. Del esqueleto nacían unos afilados pinchos de hueso que podían utilizarse como armas.

Chemosh ya había aprendido la lección con los Predilectos y se aseguró de que los Guerreros de los Huesos le fueran leales a él y de que obedecieran sus órdenes, las órdenes de Krell o las de cualquiera que él designara. Chemosh quería que sus Guerreros de los Huesos resultaran aterradores, pero no que fueran indestructibles. Era posible matarlos, pero se necesitaba un poderoso hechizo mágico o un arma sagrada.

Los Guerreros de los Huesos tenían un defecto que Chemosh no había logrado solucionar. Sentían un odio tan intenso por los vivos que, si su líder perdía el control sobre ellos, los Guerreros de los Huesos se desbocaban y descargaban su cólera sobre cualquier ser vivo que se les pusiera al alcance, ya fuera amigo o enemigo. Los clérigos de Chemosh podían terminar batiéndose contra las nefastas criaturas de su dios. No obstante, eso no era más que un pequeño precio que había que pagar.

—El monje, Rhys Alarife, ha entrado en el Templo de Majere —informó Krell a su grupo.

Él y sus Guerreros de los Huesos se habían instalado cómodamente en una cámara subterránea secreta situada debajo del templo. Allí era donde los clérigos de Chemosh realizaban los ritos menos respetables, aquellos que sólo podían presenciar los fieles más leales y devotos. La estancia estaba a oscuras, excepto por la luz que emitía una vela roja como la sangre que estaba colocada en el altar. En ese momento no había ningún cadáver robado, aunque en una esquina estaban tirados una mortaja y un sudario.

La sacerdotisa de Chemosh siempre estaba disponible, para desesperación de Krell. Estaba convencido de que Chemosh la había puesto allí para espiarlo, y no se equivocaba. Ultimamente Chemosh no confiaba en nadie. Krell había intentado librarse de la mujer unas cuantas veces, pero ella insistía en quedarse y no sólo eso, sino que también se sentía con derecho a expresar su opinión en voz alta.

—Ahora tenemos que esperar a que llegue Mina —continuó Krell —. Cuando yo dé la orden, atacamos el Templo de Sargonnas, aunque tendremos que hacer que parezca que fueron sus sacerdotes quienes nos atacaron.

Krell señaló a los tres Guerreros de los Huesos.

—Vuestra misión será mantener a los hombres del alguacil ocupados, y a todos los que quieran intervenir, como esos paladines repugnantes de Kiri-Jolith. Yo secuestraré a Mina y mataré al monje.

Los Guerreros de los Huesos encogieron sus huesudos hombros. No les importaba contra qué o quién luchaban. Lo único que querían era una oportunidad para descargar su furia contra los vivos.

Dicho ya todo lo necesario, Krell estaba a punto de levantarse cuando la sacerdotisa tomó la palabra:

—Cometes un error al permitir que Mina entre en el Templo de Majere. Deberías raptarla antes de que ponga un pie en los huertos. De lo contrario, los sacerdotes de Majere la defenderán.

Krell se molestó.

—¿Y desde cuándo tengo que tener miedo de un puñado de monjes? ¿Qué van a hacerme? ¿Darme un puntapié con sus pies descalzos? ¿A lo mejor me pegan con un palo? —Se rió muy ufano y golpeó con fuerza la pesada armadura de hueso que cubría su cuerpo.

—No subestimes a Majere, Krell —le advirtió la sacerdotisa—. Sus sacerdotes son más poderosos de lo que crees.

Krell resopló.

—Al menos llévame contigo —pidió la sacerdotisa—. Yo puedo encargarme del monje mientras tú secuestras a la niña...

—¡Iré yo solo! —declaró Krell muy enfadado—. Esas son mis órdenes. Además, mi combate con el monje es personal.

Rhys Alarife no había dejado de causar problemas a Krell, a partir del mismo día en que Zeboim había dejado caer al monje en el Alcázar de las Tormentas. El monje había hecho que Krell saliera malparado a los ojos de su señor y Krell llevaba mucho tiempo soñando con el momento que lo tuviera a su merced. Aun así, a Krell le habría dado igual asesinar a Rhys en medio de un mercado abarrotado que en el templo, pero había algo más que debía tener en cuenta.

Chemosh le había dado instrucciones muy precisas de que registrara el cuerpo del monje y le llevara cualquier objeto que pudiera encontrar. Krell había preguntado a Chemosh qué buscaba,

pero no había conseguido nada. El dios había respondido con evasivas. Krell suponía que el monje llevaba consigo algo valioso.

Había intentado imaginar qué clase de objeto podría ser, algo estimado por un dios, y al final llegó a la conclusión de que debían de ser joyas. Seguramente Chemosh quería regalárselas a Mina.

«¿Y por qué tiene que tenerlas ella y no yo? —se preguntó Krell —. Hago todo el trabajo sucio de mi señor y apenas me lo agradece. Lo único que recibo son insultos. Ni siquiera va a volver a convertirme en un Caballero de la Muerte. Si tengo que ser un hombre vivo, por lo menos seré un hombre vivo y rico. Me quedaré con las joyas.»

Después de tomar aquella decisión, no podía permitir que nadie, y menos la poderosa suma sacerdotisa, presenciara la muerte del monje. Un lugar agradable y tranquilo como un templo era el sitio perfecto para el asesinato. Krell ya había planeado lo que haría con el dinero. Volvería al Alcázar de las Tormentas. Aunque jamás hubiera imaginado que diría eso, había llegado a echar de menos el lugar en el que había pasado tantos años felices. Devolvería al alcázar su antiguo esplendor, contrataría a unos cuantos matones para que lo protegiesen y pasaría lo que le quedaba de vida aterrorizando la coste norte de Ansalon.

—¿Krell? ¿Estás escuchándome? —decía la sacerdotisa.

—No —respondió Krell con hosquedad.

—Lo que estaba diciendo es importante. Si esa Mina es una diosa como Chemosh afirma, ¿cómo piensas llevártela? Me parece a mí —añadió la sacerdotisa mordazmente— que es más probable que sea ella quien te lleve a ti, o a lo mejor se contenta con colgarte del techo.

La sacerdotisa era una mujer de unos cuarenta años, alta y excesivamente delgada. Tenía la cara chupada, los ojos saltones y una línea fina por labios. No parecía que Krell la impresionara lo más mínimo.

—Si su señoría quisiera que conocieras sus planes, te los habría contado, señora —respondió Krell con desdén.

—Su señoría me los contó —repuso ella fríamente—. Su señoría me dijo que te los preguntara. Tal vez tenga que recordarte que estás disponiendo de mis sacerdotes y mis fieles, arriesgando sus vidas para que te ayuden en tu empresa. Debo estar al corriente de lo que has planeado.

Si Krell hubiera sido un Caballero de la Muerte, le habría retorcido ese pescuezo descarnado que tenía como si de una ramita seca se tratara. Pero ya no era un Caballero de la Muerte y ella había sido una de las primeras conversas de Chemosh. Sus poderes impíos eran extraordinarios.

—Si debes saberlo, voy a utilizar esto con Mina —dijo Krell y sacó dos bolas pequeñas de hierro rodeadas por unas bandas doradas—.

Son mágicas. Voy a lanzarle una. Cuando la bola la golpee, las bandas doradas se soltarán y le sujetarán los brazos a los costados. Quedará indefensa. Y entonces la levantaré y me la llevaré.

La sacerdotisa se rió, su risa chirriaba como los dedos de un esqueleto arañando una placa de pizarra.

—¡Esa niña es una diosa, Krell! —exclamó la sacerdotisa, cuando pudo volver a hablar. Torció la boca sin labios—. La magia no surtirá efecto sobre ella. ¡Será como si le atas los brazos con hilos!

—Qué lista te crees —repuso Krell de mal humor—. Esa Mina no sabe que es una diosa. Según Nuitari, si Mina ve que alguien está conjurando un hechizo contra ella, cae víctima de él.

—¿Estás diciendo que está sujeta al poder de la sugestión? —preguntó la sacerdotisa con escepticismo.

Krell no estaba muy seguro de si era eso lo que quería decir o no, ya que no tenía la menor idea de lo que significaba aquella palabra.

—Lo único que yo sé es que mi señor Chemosh dijo que esto funcionaría —contestó Krell, huraño—. Si quieres, discútelo con él.

La sacerdotisa fulminó con la mirada a Krell, después se levantó con aire arrogante y salió airadamente de la cámara. Poco después, el espía mandó un mensaje al templo informando de que Mina, acompañada por un kender y un perro, estaba en Ringlera de Dioses.

—Ha llegado el momento de ponernos en posición —anunció Krell.

5

Rhys relató su historia al abad desde el principio, empezando por cuando su pobre hermano había ido al monasterio, y siguió hasta el final, hasta cuando Mina los había llevado de Flotsam a Solace en un solo día. Mientras hablaba, Rhys miraba los reflejos del sol sobre los vallenwoods que había a lo lejos y contó la historia de forma sencilla, sin adornos. Confesó sus propias faltas sin que nadie le pidiera que lo hiciera, no hizo mucho hincapié en las pruebas que había superado y puso énfasis en la amistad, ayuda y lealtad de Beleño. Contó todo lo que sabía sobre Mina.

El abad escuchó la historia del monje sin interrumpirlo y se mantuvo tranquilo y sereno. De vez en cuando se acariciaba la cicatriz del dorso de la mano con los dedos y en varias ocasiones, sobre todo cuando Rhys hablaba de Beleño, el abad sonrió.

Por fin, Rhys llegó al final con un suspiro. Agachó la cabeza. Se sentía exhausto y vacío, como si lo hubieran exprimido.

Después de un rato, el abad se irguió.

—La tuya es una historia asombrosa, hermano Rhys Alarife —dijo el abad—. Debo confesar que me costaría creerla si yo mismo no formara parte de ella. —Volvió a pasarse la mano por la cicatriz—. Alabemos a Majere por su sabiduría.

—Alabemos a Majere —repitió Rhys.

—Así pues, hermano —prosiguió el abad—, has prometido llevar a esa diosa niña a Morada de los Dioses.

—Así es, reverendísimo, y no sé qué hacer. No sé cómo encontrar Morada de los Dioses. Ni siquiera sé por dónde empezar a buscar, a no ser siguiendo la leyenda que la sitúa en algún punto de las montañas Khalkist.

—¿Has considerado la posibilidad de que Morada de los Dioses podría no existir? —sugirió el abad—. Hay quien piensa que Morada de los Dioses simboliza el final del viaje espiritual que todos los mortales emprenden al abrir los ojos por primera vez a la luz del mundo.

—¿Crees tú eso, reverendísimo? —quiso saber Rhys, preocupado —. Si eso es cierto, ¿qué voy a hacer? Los dioses se pelean por Mina, todos compiten por tenerla a su lado. Ya nos han abordado Chemosh y Zeboim. El alguacil me contó lo que pasó en el disturbio de esta mañana en Ringlera de Dioses. El conflicto del cielo cae como una lluvia venenosa sobre la tierra. Podríamos vernos envueltos en otra Guerra de las Almas.

—¿Es ésa la razón por la que pones en peligro tu vida y viajas tan lejos para llevarla a un lugar que tal vez ni siquiera exista, hermano?

El abad no dio tiempo a Rhys para contestar, sino que encadenó la primera pregunta con otra.

—¿Por qué crees que la niña diosa acudió a ti?

Esa pregunta sorprendió a Rhys. Se quedó en silencio un momento, pensando sobre ello.

—Quizá porque yo también sé lo que es sentirse perdido y solo, vagando en la oscuridad de una noche sin fin —respondió después de un momento. Luego añadió apesadumbrado—: Aunque parece que lo único que ha conseguido Mina acudiendo a mí es que los dos estemos perdidos y vagando juntos.

El abad sonrió.

—Eso puede parecer poca posa, pero podría ser lo más importante. Y para responder a tu pregunta, hermano, yo sí creo que Morada de los Dioses es un lugar real, un sitio que los seres mortales pueden visitar. He leído la crónica de Tanis el Semielfo, uno de los Héroes de la Lanza. Él y sus compañeros estuvieron en Morada de los Dioses, pero, por lo que recuerdo, afirma no recordar cómo encontraron el lugar y no cree que pudieran volver a dar con él nunca más. Él y sus amigos fueron guiados hasta allí por un hechicero llamado Fizban, que en realidad era Paladine...

La voz del abad se fue apagando, pues de repente se le había ocurrido algo.

—Paladine... —murmuró.

—Estás pensando en Valthonis —adivinó Rhys, sintiendo que volvía a él la esperanza—. ¿Crees que él podría conocer el camino, reverendísimo?

—Cuando Paladine se sacrificó para mantener el equilibrio divino, echó sobre su espalda la pesada carga de la mortalidad. Ya no tiene los poderes propios de un dios. Su mente es la de un mortal, sin embargo, es un mortal que antaño fue un dios y eso lo hace más sabio que la mayoría de nosotros. Si hay alguien en Krynn capaz de guiaros a ti y a Mina a Morada de los Dioses, sí, ése ha de ser el Dios Caminante.

—Valthonis es conocido como el Dios Caminante porque nunca se queda demasiado tiempo en un sitio. ¿Quién sabe dónde podré encontrarlo?

—Casualmente, yo lo sé —repuso el abad—. Muchos de nuestros sacerdotes han decidido viajar con Valthonis, como otros tantos hacen. Cuando nuestros hermanos se encuentran por casualidad con alguien de nuestra orden, me envían noticias. Hace sólo una semana que me llegaron las últimas y decían que Valthonis y sus seguidores se dirigían a Neraka.

Rhys se levantó, con fuerzas renovadas y lleno de energía.

—Gracias, reverendísimo. No estoy muy seguro de que sea

correcto que inste a Mina a que use sus poderes milagrosos, pero creo que en este caso podría hacer una excepción. Podríamos estar en Neraka al caer la noche...

—Sigues siendo un hombre muy impetuoso, hermano Rhys —comentó el abad con cierto tono reprobador—. ¿Has olvidado tu clase de Historia sobre la Guerra de las Almas, hermano?

Aquélla era la segunda vez que le preguntaban a Rhys sobre sus clases de Historia. No imaginaba lo que quería decir el abad.

—Me temo que no comprendo, reverendísimo...

—Al final de la guerra, cuando los dioses habían recuperado el mundo y habían descubierto el terrible crimen de Takhisis, juzgaron que debía ser transformada en mortal. Para mantener el equilibrio, con el fin de que el número de dioses de la luz fuera igual al de los dioses de las tinieblas, Paladine se sacrificó y también se hizo mortal. Siendo él testigo, el elfo Silva— noshei mató a Takhisis. Ella murió en los brazos de Mina y ésta culpó a Paladine de la caída de su reina. Con el cuerpo de su señora entre los brazos, Mina juró que mataría a Valthonis.

Rhys se hundió en la silla, sus esperanzas barridas de un plumazo.

—Tienes razón, reverendísimo. Lo había olvidado.

—El Dios Caminante tienen guerreros elfos que lo protegen —apuntó el abad.

—Mina podría acabar con todo un ejército con sólo dar una patada al suelo. ¡Qué amarga ironía! La única persona que puede entregar a Mina lo que ella más desea en el mundo es la única persona del mundo a la que ha jurado matar.

—Dices que en forma de niña parece no recordar su pasado. No reconoció al Señor de la Muerte. Tal vez tampoco reconozca a Valthonis.

—Tal vez —concedió Rhys. Estaba pensando en la torre, en los Predilectos y en cómo Mina, al verse obligada a enfrentarse a ellos, se había visto obligada a enfrentarse a sí misma—. La cuestión es: ¿arriesgamos la vida de Valthonis confiando en que podría no reconocerlo?

»Por todo lo que he oído, Valthonis es honrado y apreciado allá donde va. Ha hecho mucho bien en ei mundo. Ha negociado la paz entre naciones que estaban en guerra. Ha dado esperanza a los desesperados. Aunque su semblante ya no posee el resplandor brillante de los dioses, sigue iluminando las tinieblas de la humanidad con su luz. ¿Nos arriesgamos a destruir a una persona tan valiosa?

—Mina es hija de los dioses de la luz —recordó el abad—, nacida en la dicha del momento de la creación. Ahora está perdida y asustada. ¿No se alegraría cualquier padre de encontrar a su hijo perdido y llevarlo a casa, a pesar de que su regreso le cueste su propia

vida? Existe un riesgo, hermano, pero creo que es un riesgo que Valthonis está dispuesto a asumir.

Rhys meneó la cabeza. Él no estaba tan seguro. Cabía la posibilidad de que pudiera encontrar Morada de los Dioses él solo. Otros ya lo habían hecho. Si bien era cierto que Tanis el Semielfo viajaba en compañía de un dios, lo mismo podía decirse de Rhys.

Estaba intentando encontrar la manera de expresar sus dudas, cuando vio que el abad desviaba la mirada hacia la puerta, donde estaba un silencioso sacerdote de Majere, aguardando pacientemente el momento en que pudiera llamar la atención del abad.

—Reverendísimo —dijo el sacerdote, haciendo una reverencia—, perdona que te moleste, pero hay dos visitantes que preguntan por el hermano Rhys. Uno de ellos es un kender y parece muy impaciente por hablar con nuestro hermano.

—Hemos terminado nuestros asuntos, ¿verdad, hermano? —dijo el abad mientras se levantaba—. ¿O hay algo más que pueda hacer por ti?

—Me has dado todo lo que necesitaba y mucho más, reverendísimo —contestó sinceramente Rhys—. Ahora te pido tu bendición para el difícil camino que se extiende ante mí.

—Te bendigo de todo corazón, hermano. Tienes la bendición de Majere y la mía propia. ¿Vas a buscar a Valthonis? —quiso saber, cuando Rhys ya se disponía a salir.

—No lo sé, reverendísimo. He de tener en cuenta dos vidas, la de Valthonis y la de Mina. Tengo miedo de que las consecuencias de tal encuentro sean terribles para ambos.

—La decisión es tuya, hermano —contestó el abad solemnemente —, pero te recuerdo el viejo dicho: «Si el miedo es tu guía, jamás abandonarás tu casa.»

6

Un sacerdote recibió a Beleño, Mina y *Atta* en el Templo de Majere y los saludó con seria amabilidad. Todo aquel que visitaba el templo era recibido cordialmente, jamás se negaba la entrada a nadie. Todos los sacerdotes pedían a sus huéspedes que hablaran en voz baja, con el fin de no molestar a los fieles en su meditación. Ellos mismos hablaban en susurros. Si algún visitante era demasiado ruidoso o se comportaba de forma inadecuada, se le pedía educadamente que se marchara. No solían producirse problemas, pues la prodigiosa serenidad que imperaba en el templo transmitía una sensación de calma a todo aquel que entraba en él.

Incluso los kenders eran bienvenidos, algo que agradó a Beleño.

—Hay tan pocos sitios donde los kenders sean bienvenidos... —comentó al sacerdote.

—¿Necesitáis algo? —preguntó el sacerdote.

—Sólo a nuestro amigo, Rhys —contestó Beleño—, Espera que nos reunamos con él aquí. —Lanzó una mirada de soslayo a Mina y dijo en un tono cargado de intención—: Si pudieras pedirle que se diera prisa, te lo agradecería.

—El hermano Rhys está reunido con su reverendísimo —repuso el sacerdote—. Le diré que estáis aquí. Mientras tanto, ¿puedo ofreceros algo de beber o de comer?

—No, gracias, hermano. Acabo de desayunar. Bueno, pensándolo mejor, a lo mejor podría picar algo —respondió Beleño.

Mina negó con la cabeza sin pronunciar palabra. De repente se había vuelto muy tímida y se había quedado quieta con la cabeza gacha, y de vez en cuando lanzaba una mirada de soslayo. Estaba limpia, peinada y vestida con esmero, y lucía un bonito vestido de mangas largas y ajustadas que se cerraba con unos botones de nácar en la espalda. Parecía la personificación de la hija tímida y un poco presumida de un comerciante, aunque hasta entonces no se había comportado como tal. Sus travesuras en la posada y a lo largo de todo el camino al templo por poco vuelven loco al pobre Beleño.

Mina se había cansado de hacer pan y Laura la había enviado afuera para que jugara. En cuanto salió, empezó a corretear entre los guardias y después subió la escalera a la carrera. Beleño y un par de guardias tuvieron que subir detrás de ella para que bajara. Cuando por fin estaban en tierra firme y ya dispuestos a salir, Mina empezó a pisarle los talones al kender para hacerle tropezar, y cada vez que la regañaba, le sacaba la lengua.

Pero tampoco tardó mucho en aburrirse de molestar a Beleño, así que la emprendió contra *Atta*. Le tiró de la cola y las orejas hasta que

la perra perdió la paciencia y le lanzó una dentellada. Los colmillos apenas le hicieron un arañazo, pero Mina se puso a chillar como si la estuviese atacando una jauría de lobos y todos los que pasaban por la calle se detuvieron para ver qué pasaba. Después birló una manzana de un carro y echó la culpa a Beleño, a quien se encargó de castigar como se merecía una vieja sorprendentemente ágil para su edad y con unos nudillos increíblemente duros. Beleño todavía se frotaba la cabeza dolorida. Cuando llegaron al templo, el kender estaba tan harto que ya no podía esperar ni un minuto más para devolvérsela a Rhys.

El monje los condujo a una parte del templo conocida como claustro, una especie de jardín interior, según las propias palabras de Beleño. El claustro era un espacio largo y estrecho, recorrido por una serie de columnas de piedra que permitían que entraran el aire y el sol. En el centro del claustro había una fuente de piedra pulida, en la que manaba el agua clara con un canto apaciguador. Rodeando la fuente había unos bancos de piedra.

El sacerdote llevó pan recién horneado y fruta a Beleño, y les dijo que Rhys no tardaría en reunirse con ellos. Beleño mandó a Mina que se sentara y se portara bien y, para su sorpresa, la niña obedeció. Se encaramó en un banco y miró en derredor: el agua que resbalaba por las piedras, las campanas que se balanceaban suavemente en lo alto, los dibujos de luces que el sol hacía sobre el suelo y una grulla que caminaba majestuosamente entre las flores silvestres. Empezó a dar golpes en el banco con el pie, pero paró por propia iniciativa antes de que Beleño tuviera tiempo de reprenderla.

Beleño se relajó. Los únicos sonidos que captaban sus oídos eran el canto de los pájaros, el armonioso murmullo del agua y el suspiro del viento entre las columnas, que a veces se detenía para tocar las campanillas de plata que colgaban de las ramas de los árboles. Le pareció que la atmósfera del templo resultaba muy relajante, pero también un poco aburrida, así que pensó que sería buena idea echar una cabezada para recuperarse de la dura experiencia como niñero de aquella mañana. Después de comer el pan y buena parte de la fruta, se tumbó en un banco y, tras ordenar a *Atta* que vigilara a Mina, cerró los ojos y se quedó amodorrado.

Atta se tumbó a los pies de Mina. La niña le acarició la cabeza.

—Siento haberte molestado —se disculpó, arrepentida.

Atta respondió con un lametazo para que entendiera que ya estaba perdonada y después apoyó la cabeza en las patas para observar la grulla y, tal vez, pensar en lo divertido que sería perseguir a la zancuda ladrando como una loca.

Rhys encontró una plácida escena cuando entró en el claustro: Beleño dormido, *Atta* tumbada y parpadeando somnolienta, y Mina

tranquilamente sentada en el banco.

Rhys colocó el emmide a lo largo del banco y se sentó junto a Mina. La niña no lo miró, pues contemplaba el reflejo del sol sobre el agua.

—¿Te dijo tu abad cómo encontrar Morada de los Dioses?

—No lo sabía —contestó Rhys—, pero conocía a alguien que sí podría saberlo.

Creyó que le preguntaría el nombre de esa persona y dudaba entre si debía decírselo o no. Sin embargo, la niña no quiso saberlo y se sintió aliviado, porque todavía no había decidido si buscar al Dios Caminante.

Mina siguió sentada dócilmente. Beleño suspiró en sueños, se puso un brazo sobre la cabeza y estuvo a punto de caer del banco. Rhys volvió a colocarlo bien con delicadeza. *Atta* se tumbó sobre un costado y cerró los ojos.

Rhys dejó que el sosiego penetrara en su alma. Entregó sus cargas, sus preocupaciones, sus inquietudes y sus miedos al dios. Estaba con Majere, tratando de alcanzar lo inalcanzable —la perfección del dios— cuando un grito perturbó la quietud de la mañana. *Atta* se puso de pie de un salto y lanzó un ladrido. Beleño giró sobre sí mismo y cayó del banco.

A aquel primer grito le siguieron otros, todos ellos provenientes de Ringlera de Dioses. Las voces chillaban furiosas, asustadas o perplejas. Rhys oyó que alguien vociferaba «¡Fuego!» y entonces olió el humo. A continuación llegó el sonido de muchas voces recitando, un sonido frío y sobrenatural; y más gritos y gemidos de miedo y terror, el entrechocar del acero, los bramidos furiosos de los minotauros invocando a Sargonnas y las voces de los humanos que proferían gritos de guerra en nombre de Kiri-Jolith.

El olor a humo se hizo más intenso y ya podían verse feos penachos negros asomando por la parte posterior del jardín y flotando entre las columnas. *Atta* olfateó el aire y estornudó. Los gritos de alarma se intensificaron y cada vez se oían más cerca.

Los sacerdotes de Majere, arrancados de sus meditaciones, acudieron desde diferentes partes del templo o de los huertos donde estaban trabajando. Incluso en aquella situación de emergencia, los sacerdotes conservaban sus maneras sosegadas e iban caminando sin muestras de prisa o miedo. Muchos sonrieron e hicieron un gesto con la cabeza a Rhys, y su calma tenía un efecto tranquilizador. Los sacerdotes se reunieron alrededor del abad, que había salido de su despacho. El abad envió a dos monjes a ver lo que pasaba y mantuvo a los demás a su lado.

Pasara lo que pasase en la calle del templo, el recinto consagrado a Maje— re era el lugar más seguro en el que se podía estar.

Rhys oyó más gritos y una voz grave que se elevaba sobre todas las demás, dando órdenes.

—Ése es Gerard —dijo Beleño. Rozándose un codo, se asomó entre dos columnas— ¿Puedes ver algo? ¿Qué está pasando?

Una hilera de árboles y un seto alto que crecían delante del templo le bloqueaban la vista de la calle, pero Rhys adivinaba el intenso naranja de las llamas tras la pantalla de hojas. Beleño se encaramó al banco.

—Hay un edificio en llamas —informó a los demás—. No sé cuál. Espero que no sea la posada —añadió muy preocupado—. Esta noche hay pollo y bollos.

—El incendio está demasiado cerca para ser en la posada —lo tranquilizó Rhys—. Tiene que ser uno de los templos.

Mina se acurrucó contra Rhys y le cogió una mano. El estruendo de las voces era cada vez más intenso, y el entrechocar metálico del acero más agudo por momentos. El humo era más denso y picaba en la garganta. Los dos sacerdotes volvieron para informar de lo que pasaba. Traían el semblante serio y hablaban rápido. El abad los escuchó un momento y después empezó a dar órdenes. Los sacerdotes se dispersaron camino de sus celdas. Volvieron con pentagramas y entonando rezos a Majere. Juntos, empezaron a caminar con paso lento y tranquilo hacia la calle, donde, por el ruido que llegaba, parecía que había estallado una auténtica batalla campal.

El abad se acercó a hablar con Rhys.

—Tú y tus amigos deberíais quedaros entre nuestras paredes, hermano. Como seguro que tú mismo puedes oír, hay problemas en Ringlera de Dioses. No es seguro aventurarse fuera.

Un grito extraordinariamente agudo sobresaltó a Mina. Se puso pálida y gimió. El abad la miró y su expresión se ensombreció más aún.

—¿Qué está pasando, su monjísimo, señor? —preguntó Beleño—. ¿Estamos en guerra? La posada no está ardiendo, ¿verdad? Esta noche hay pollo y bollos.

—Lo que arde es el Templo de Sargonnas —contestó el abad—. Los sacerdotes de Chemosh le prendieron fuego y ahora están atacando los templos de Mishakal y de Kiri-Jolith. Dicen que los sacerdotes han invocado unos demonios de la Tumbas para que luchen por ellos.

—¡Unos demonios de la Tumbas! —repitió Beleño entusiasmado. Saltó al suelo desde el banco—. Tenéis que perdonarme. Casi nunca tengo la oportunidad de hablar con demonios de las Tumbas. No podéis ni imaginaros lo interesantes que pueden llegar a ser.

—Beleño, no... —empezó a protestar Rhys.

—No estaré fuera mucho tiempo. Me basta con una conversación

breve con esos demonios. Nunca se sabe, a lo mejor los convenzo para que se rediman. Vuelvo pronto, lo prometo...

—¡*Atta*, vigila! —ordenó Rhys, señalando al kender.

La perra tomó posición delante de Beleño y lo dejó paralizado con su intensa mirada. Cada vez que él hacía otro tanto, ella se movía. No apartaba los ojos de él.

—¡Rhys! ¡Estamos hablando de demonios! —se quejó Beleño—, ¡Demonios de la Tumbas! No querrás que me lo pierda, ¿verdad?

El humo era más denso y ya se oía el crepitar de las llamas. Mina empezó a toser.

—Creo que quizá deberías llevar a tus acompañantes a mis habitaciones, hermano —sugirió el abad—. El aire estará más despejado.

Un sacerdote se acercó al abad y le habló con voz apremiante. El abad esbozó una sonrisa tranquilizadora a Rhys y después se fue con el sacerdote. Mina no dejaba de toser. A Rhys ya le escocían los ojos. Empezó a caer una lluvia de ceniza y hollín sobre el jardín que había junto al claustro y algunas partes de hierba prendieron en llamas.

Rhys cogió su emmide.

—Venid conmigo, los dos.

—Rhys, de verdad, creo que podría ser de ayuda contra esos demonios —argumentó Beleño—, Dependiendo del tipo de demonios que sean, claro. Por ejemplo, tenemos el demonio abisal y...

—¡Mina! —exclamó una voz áspera.

La niña se volvió al oír su nombre y entre las volutas de humo apareció una figura espeluznante cargada con una armadura de huesos.

—He venido a por ti —anunció Krell—. Me envía Chemosh.

En ese mismo instante, Rhys comprendió lo que estaba pasando. La batalla en la calle, el incendio provocado por los sacerdotes de Chemosh, no eran más que distracciones. Mina era el objetivo. Rhys levantó el emmide y lo colocó entre Krell y Mina.

—Beleño, ¡coge a Mina y corre!

El kender saltó del banco y agarró a Mina de la mano. La pequeña se sentía asustada y confusa entre los gritos y los chillidos, el humo y el fuego. Se aferró a Rhys.

—¡No voy a ir contigo! —aulló a Krell, asiendo la tánica del monje.

—Mina, tenemos que echar a correr —la apremió Beleño, mientras trataba de soltarla.

Ella negó con la cabeza y se agarraba a Rhys cada vez con más fuerza.

Krell mostró una bola de hierro decorada con bandas doradas.

—¿Ves esto, Mina? Es un juguetito mágico. Cuando te dé la

pelota, la magia te atrapará muy fuerte. No podrás moverte y tendrás que venir conmigo. Te voy a enseñar cómo funciona. Mira.

Krell lanzó la bola de hierro. Beleño hizo un esfuerzo desesperado para desviarla, poniéndose delante de Mina de un salto. Pero la esfera no iba dirigida a ella.

La bola golpeó a Rhys en el pecho.

—¡Ataduras! —gritó Krell.

Las bandas doradas se desenroscaron, se desprendieron de la esfera y rodearon a Rhys, sujetándolo por brazos y piernas. El monje se agitó entre las tiras metálicas, para intentar soltarse, pero cuanto más se revolvía, con más fuerza lo aprisionaban.

Krell, esbozando una sonrisa satisfecha debajo del yelmo con rostro de calavera, se acercó a Mina a grandes zancadas. *Atta* le ladró con ferocidad e hizo amago de abalanzarse sobre él. Krell se arrancó una de las púas de hueso que le sobresalían del hombro y atacó a la perra con el hueso afilado. Beleño agarró al animal por el cuello y lo arrastró debajo de un banco, pero no logró que dejara de ladrar.

Las bandas doradas comprimían a Rhys y se le clavaban dolorosamente. Le apretaban los brazos contra el cuerpo y le cortaban la circulación en las piernas. Mina tiraba de ellas con todas sus fuerzas, pero era la fuerza de una niña, no de un dios. *Atta* se estremecía furiosa y trataba de arremeter contra Krell.

Krell miró a Beleño con desprecio y lo atacó con la lanza. Riéndose al ver que el kender se agachaba y la perra intentaba morderlo, se acercó a Mina. La niña seguía tirando de las bandas que atrapaban a Rhys. Krell la observó divertido.

—Nunca hay un dios cerca cuando lo necesitas, ¿verdad, monje? —se burló Krell. Extendió el dedo índice y, entre grandes carcajadas, golpeteó con él a Rhys en el pecho.

Rhys se tambaleó. Con los brazos y las piernas atrapados, no podía mantener el equilibrio. Krell volvió a empujarlo, esta vez más fuerte, y Rhys cayó de espaldas. No tenía forma alguna de parar el golpe y cayó con fuerza. Se golpeó la cabeza contra el suelo y sintió una explosión de dolor. Una luz brillante estalló detrás de sus ojos.

Se dio cuenta de que se hundía irremediablemente mientras perdía la conciencia. Intentó evitarlo, pero la oscuridad lo engulló.

7

Atta se zafó de Beleño. La perra, furiosa, salió disparada desde debajo del banco y se lanzó a la garganta de Krell. Con el brazal de hueso que le protegía el brazo, Krell le propinó un golpe de revés en el morro. La perra cayó junto a Rhys y se quedó allí, sacudiendo la cabeza, mareada. Por lo menos seguía respirando. Beleño vio que se le movían las costillas. De Rhys ni siquiera podía decir eso.

Mina estaba en el suelo, junto a él, sacudiéndolo y suplicándole que despertara. Rhys tenía los ojos cerrados. Yacía completamente quieto.

Krell se erguía sobre Mina. Había tirado la espada de hueso al suelo y, haciendo una fioritura, en su mano apareció otra esfera de hierro.

—¿Ya estás preparada para venir conmigo?

—¡No! —gritó Mina, levantando una mano para alejarlo—, ¡Vete! ¡Por favor, vete!

—No quiero irme —repuso Krell. Estaba disfrutando con la situación—. Quiero jugar a la pelota. ¡Coge la pelota, niñita!

Le lanzó la bola de hierro a Mina y la esfera la golpeó en el pecho. Las bandas doradas se abrieron, veloces como serpientes, y la rodearon por los brazos y las piernas. Mina se cayó al suelo, indefensa, y se quedó mirando a Krell horrorizada.

—¡Mina, eras una diosa! —gritó Beleño—, ¡En ti la magia no surte efecto! ¡Levántate!

Krell se dio la vuelta con un movimiento brusco y fulminó al kender con la mirada. Beleño se encogió tanto como pudo, aprovechando la protección que le ofrecía el banco.

Mina no lo oía o, lo que era más probable, no lo creía. Estaba tumbada en el suelo, llorando.

—¡Una diosa! ¡Ja! —se burló Krell de ella, mientras la pequeña chillaba aterrorizada y se retorcía para alejarse de él, sin mucho éxito —. No eres más que una mocosa llorona.

Beleño lanzó un suspiro de resignación.

—Supongo que todo depende de mí. Apuesto a que ésta es la primera vez en la historia del mundo en que un kender tiene que rescatar a un dios.

—Nos marcharemos dentro de un momento —anunció Krell a Mina—, Pero antes tengo que matar a un monje.

Krell se arrancó otra espada de hueso y se irguió sobre Rhys.

—Despierta —ordenó a Rhys, mientras lo pinchaba en las costillas con la espada—. Matar a alguien que está inconsciente es menos divertido. Quiero que veas lo que te espera. ¡Despierta! —Volvió a

pinchar a Rhys. La túnica naranja se tiñó de sangre.

Beleño se secó un hilo de sudor que le bajaba por el cuello, estiró los dedos húmedos hacia Krell y empezó a cantar en voz baja.

—Estás muy cansado. No puedes sonreír.

»Sientes que has caminado hasta morir.

»Los músculos doloridos,

»empiezan los quejidos.

»Y muy pronto temblarás

»y en el suelo te desplomarás.

»Éste es el momento

»en que acabo mi tormento,

»tú, asqueroso y mugriento.

En realidad, la palabra «mugriento» no formaba parte del hechizo místico, pero Beleño se permitió la libertad de añadirla porque rimaba y expresaba bien sus sentimientos. Había tenido que interrumpir su cántico un par de veces, porque le entraba humo en la garganta y le sobrevenía la tos, y le preocupaba que aquello hubiera echado a perder el hechizo. Esperó un momento en tensión no pasó nada, y después sintió la magia. La magia venía del agua y se le coló por los zapatos. La magia venía del humo y le inundó los pulmones. La magia venía de la piedra y era fría y escalofriante. La magia venía del fuego y era cálida y emocionante.

Cuando todas las partes de la magia se mezclaron, Beleño conjuró el hechizo.

De sus dedos salió disparado un rayo de luz oscura.

Aquélla era la parte preferida de Beleño: un rayo de luz oscura. Le gustaba tanto porque era imposible que hubiera luz «oscura». Pero así era como se llamaba el hechizo, o al menos eso le había dicho su madre cuando se lo había enseñado. De hecho, la luz no era realmente oscura. Era más bien morada con el centro blanco. De todos modos, Beleño entendía que pudiera describirse como «oscura». Si no hubiera estado tan preocupado por Rhys y *Atta*, habría disfrutado mucho ese momento.

La luz oscura acertó a Krell en la espalda, lo envolvió en un blanco violáceo y después desapareció.

Krell se agitó en un espasmo y estuvo a punto de soltar la espada. Meneó la cabeza cubierta con el yelmo, como si se preguntara qué había pasado, y después miró a Mina con recelo.

Seguía tumbada donde la había dejado, prisionera de los anillos mágicos. Había dejado de llorar y miraba asombrada a Beleño, con los ojos abiertos como platos.

«¡No digas nada! —Beleño vocalizó las palabras en silencio, para que pudiera leerle los labios—. Por favor, por una vez, mantén la boca callada.»

Gateando, el kender se escondió aún más debajo del banco.

Por lo visto, Krell decidió que debían de haber sido imaginaciones suyas. Levantó la espada, la sujetó mejor y ya se disponía a hundirla en el pecho de Rhys. Beleño se dio cuenta de que su hechizo había fracasado y apretó los dientes, frustrado. Estaba a punto de lanzar su pequeño cuerpo contra Krell como proyectil, en un intento que seguramente sería fatídico por derribarlo, cuando de repente Krell empezó a tambalearse. Dio unos pasos vacilantes. La espada se le resbaló de la mano.

—¡Eso es! —exclamó Beleño, alegre—. Te sientes cansado. Muy, muy cansado. Y la armadura es muy, muy pesada...

Krell cayó de rodillas. Intentó volver a levantarse, pero la armadura de huesos lo empujaba hacia el suelo y acabó desplomándose. Atrapado en la armadura, quedó tumbado boca arriba, indefenso, agitando débilmente los brazos y las piernas como si fuera una tortuga al revés.

Beleño salió de su escondite a gatas. No tenía mucho tiempo. El hechizo no duraría mucho.

—¡Socorro! —gritó, tosiendo por culpa del humo—, ¡Ayudadme! ¡Necesito ayuda! ¡Rhys está herido! ¡Abad! ¡Alguien! ¡Quien sea!

No acudió nadie. Los sacerdotes y el abad estaban en la calle, luchando en una batalla que, por lo que se oía, era cada vez más cruenta. Parecía que también el incendio estaba propagándose, porque en el claustro ya no se veía nada por culpa del humo y las llamas se alzaban por encima de los árboles.

Beleño asió la espada de hueso. Krell lo miraba con odio desde debajo del yelmo y lo maldecía con los peores insultos. Beleño buscó un resquicio de carne donde pudiera clavar la espada, pero la armadura de hueso cubría cada centímetro del cuerpo del hombre. Desesperado, Beleño lo golpeó en la cabeza, protegida por el yelmo. Krell parpadeó al recibir el golpe y masculló un epíteto poco agradable, mientras se agitaba tratando de agarrar al kender. Pero Krell seguía bajo los efectos del hechizo místico y estaba demasiado cansado para moverse. Se dejó caer sin fuerzas.

Beleño le propinó otro buen golpe en la cabeza y Krell gimió. El kender siguió golpeándolo hasta que dejó de gemir y ya no se movía. Beleño habría continuado con los golpes de no ser porque se le rompió la espada. Se quedó observándolo. El kender no creía que su enemigo estuviera muerto, sino sólo inconsciente, lo que significaba que Krell acabaría volviendo en sí y cuando eso ocurriera, estaría de un humor de perros. Beleño se arrodilló junto a Rhys.

Mina se retorcía, intentando llamar su atención, pero tendría que esperar un minuto.

—¿Cómo has hecho eso? —exigió saber Mina—, ¿Cómo has

hecho esa luz morada?

—Ahora no —respondió Beleño secamente—. ¡Rhys, despierta!

Beleño sacudió a su amigo por el hombro, pero Rhys permanecía inmóvil. Tenía un color ceniciento. Beleño cogió el talego del monje con la intención de ponérselo como almohada. Pero cuando le levantó la cabeza, el kender vio que en el suelo había un charco de sangre. Apartó la mano. La tenía cubierta de sangre. Beleño sabía otro hechizo místico con propiedades curativas e intentó recordarlo, pero estaba tan confuso y enfadado que no le acudían las palabras. El hechizo de la luz oscura seguía dándole vueltas en la cabeza, como si hubiera oído una de esas canciones tan molestas que sigues oyéndolas una y otra vez, por mucho que te esfuerces en evitarlo.

Con la esperanza de que las palabras se le presentaran sin querer si pensaba en cualquier otra cosa, Beleño se volvió hacia *Atta*, que estaba tumbada sobre un costado con los ojos cerrados. Apoyó la mano sobre su pecho y sintió que el corazón le latía con fuerza. *Atta* levantó la cabeza y giró sobre sí misma. Golpeaba el suelo con la cola. Beleño le dio un abrazo y después se sentó de cuclillas, mirando apesadumbrado a Rhys, mientras se esforzaba por recordar el hechizo curativo.

—Beleño... —empezó a decir Mina.

—¡Cállate! —le ordenó el kender con voz implacable—. Rhys está malherido y yo no logro acordarme del hechizo y... ¡es todo por tu culpa!

Mina se echó a llorar.

—¡Estas bandas me aprietan! Tienes que quitármelas.

—Quítatelas tú sola —le contestó Beleño bruscamente.

—¡No puedo! —gimoteó Mina.

«¡Sí puedes, eres una diosa!», era lo que Beleño tenía ganas de gritarle, pero no lo hizo porque ya había probado con ese argumento y no había funcionado. Si se le ocurriera otra forma...

—¡Claro que no puedes! —exclamó Beleño con desprecio—. Eres una humana y los humanos son demasiado gordos y lo más estúpido que hay en el mundo. Cualquier kender sabría hacerlo. ¡Hasta yo podría escaparme de esas ataduras así, sin más! —Chasqueó los dedos —, Pero como eres una humana y encima una niña, supongo que estás atrapada.

Mina dejó de llorar. Beleño no tenía ni idea de lo que estaba haciendo y tampoco le importaba. Estaba demasiado preocupado por Rhys. Entonces le pareció oír que Krell se movía o resoplaba y lanzó una mirada consternada hacia él, temiendo que ya estuviera despertándose. Krell seguía allí, tirado como un montón de huesos, pero sólo era cuestión de tiempo. Sacudió a su amigo por el hombro y volvió a llamarlo.

—Rhys —dijo ansioso—, ¿puedes oírme? Por favor, por favor, ¡despierta!

Rhys gimió. Se le movieron los párpados y Beleño recuperó un poco de optimismo. Rhys abrió los ojos. Hizo una mueca de dolor, emitió un grito ahogado por el dolor y puso los ojos en blanco.

—¡No! —gritó Beleño y agarró a Rhys por la túnica—. ¡No vuelvas a hacerme eso! Quédate conmigo.

Rhys esbozó una lánguida sonrisa y se quedó con los ojos abiertos, aunque los tenía extraños, con la pupila de uno más grande que la del otro. Parecía que le costaba fijar la mirada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Beleño.

—No demasiado bien, me temo —contestó Rhys con un hilo de voz—. ¿Dónde está Mina? ¿Está bien?

—Estoy aquí, Rhys —respondió Mina en voz muy baja.

Beleño se sobresaltó al oír la voz, pues venía de encima de su hombro. Su truco había funcionado. Los anillos dorados estaban enrollados en el suelo, Mina ya no estaba atrapada.

Mina estaba allí de pie, mirando a Rhys con pena. Tenía la cara hinchada de tanto llorar, las mejillas sucias de lágrimas y hollín.

—Tienes razón, Beleño —dijo la niña—. Todo es culpa mía.

Parecía tan asustada y afligida que Beleño se sintió más rastrero que una cucaracha.

—Mina, no quería gritarte... —empezó a decir.

Mina no lo escuchaba. Se arrodilló junto a Rhys y le dio un beso en la mejilla.

—Ahora te sentirás mejor —le dijo suavemente—. Lo siento. Lo siento mucho. Pero ya no tendrás que encargarte más de mí.

Y, antes de que Beleño pudiera hacer o decir nada, la niña cogió el talego con los objetos sagrados y echó a correr.

—¡Mina! —gritó Beleño detrás de ella—, ¡No seas tonta!

Mina siguió corriendo y la perdieron de vista entre el humo.

—¡Mina! —llamó Rhys—. ¡Vuelve!

Su voz sonaba vigorosa. Tenía la mirada despierta y clara, y empezaba a recuperar el color en el rostro.

—¡Rhys! ¡Estás mejor! —exclamó Beleño con alegría.

Rhys trató de levantarse, pero las bandas mágicas seguían atenazándolo y volvió a caer, sin poder hacer nada.

—¡Beleño, tienes que ir a por Mina!

El kender se quedó quieto.

Rhys suspiró.

—Amigo mío, ya sé que...

—¡Tiene razón, Rhys! —afirmó Beleño—. El fuego, los demonios de la tumba, que Krell te hiriera; todo es culpa suya. La lucha, los muertos; ¡eso también es culpa suya! Así que no voy a abandonarte

para ir a por ella. Krell va a despertarse de un momento a otro y aunque tu cabeza esté curada, sigues prisionero de estos anillos mágicos. ¡Y Krell dijo que iba a matarte!

Rhys lo miró desde el suelo.

—Eres el único con el que puedo contar, amigo mío. El único en quien puedo confiar. Debes encontrar a Mina y volver al templo con ella. Si yo... no estoy por aquí..., el abad sabrá qué hacer.

A Beleño empezó a temblarle el labio inferior.

—Rhys, no me obligues...

Rhys sonrió.

—Beleño, no estoy obligándote a hacer nada. Te lo estoy pidiendo, como amigo.

Beleño lo miró furioso.

—¡Eso no es justo! —protestó enfadado—. Muy bien, iré. —Agitó un dedo delante de Rhys—, Pero antes de ir a perseguir a esa mocosa, ¡voy a buscar a alguien que te ayude! Después iré tras Mina. Quizá —añadió para sí.

Echó un vistazo a Krell, que seguía inconsciente, pero seguramente no por mucho más tiempo. En cuanto el hechizo se disipara, Krell tendría la misma fuerza que antes y estaría dos o tres veces más furioso, y empeñado en matar a Rhys.

—*Atta*, tú te quedas con él —ordenó Beleño, mientras acariciaba a la perra.

—*Atta*, vete con Beleño —le mandó Rhys.

La perra se levantó de un salto y sacudió todo el cuerpo. Beleño miró por última vez a Rhys, suplicándole que lo reconsiderara.

—No te preocupes por mí, amigo mío —lo tranquilizó Rhys—. Estoy bajo la protección de Majere. Vete a buscar a Mina.

Beleño meneó la cabeza y después echó a correr. Siguió la misma dirección que había tomado Mina, que tenía que ser, por supuesto, la peor de todas las posibles. Había huido del templo y había ido directamente hacia la calle y la batalla.

Beleño atravesó los huertos a la carrera, seguido por *Atta*, sin preocuparse por las flores y las verduras que iba pisando, pues de todos modos estaban cubiertas de hollín. El humo apenas le permitía ver nada y le hacía toser. Siguió corriendo, tosiendo y apartando el humo con la mano. *Atta* jadeaba y estornudaba.

Cuando llegó a la calle, se alegró al comprobar que allí el ambiente estaba más despejado. El viento se llevaba el humo en otra dirección. Beleño buscó a Mina y, lo que era más importante, a alguien que ayudara a Rhys.

Iba a ser una ardua tarea. Beleño se detuvo y miró en derredor, consternado. Ringlera de Dioses estaba tomada por una muchedumbre en plena pelea y reinaba tal confusión que no sabría decir quién

pertenecía a cada bando. Unos hombres que vestían la librea de la guardia de la ciudad estaban intentando reducir a un enfurecido minotauro. No muy lejos de ellos, los paladines de Kiri-Jolith, con sus relucientes armaduras, combatían contra los clérigos encapuchados de túnicas negras que entonaban hechizos. Por todas partes yacía gente en el suelo, algunos chillando de dolor y otros inmóviles.

El fuego no había dejado de arder. Bajo la mirada de Beleño, el Templo de Sargonnas se derrumbó en un montón de escombros humeantes y en el tejado del Templo de Mishakal crepitaban las llamas.

Beleño buscó a Mina, pero con toda esa muchedumbre, el tumulto, la confusión y el triste hecho de que lo que le quedaba a la altura de los ojos eran las barrigas de todo aquel gentío, no lograba verla por ninguna parte.

—Si tuviera un poco de sentido común, escaparía de la batalla. Pero entonces —se recordó a sí mismo desanimado— no estaríamos hablando de Mina mientras tanto Rhys estaba en el templo, tumbado en el suelo, atado e indefenso, y quizá Krell ya se hubiera despertado.

Un soldado minotauro que estaba luchando contra un clérigo de túnica negra cayó hacia él y Beleño tuvo que retroceder como pudo para no morir aplastado. Al final, fue él quien acabó cayéndose en una zanja. Allí tirado, llegó a la conclusión de que estar tumbado en el suelo era mucho más seguro que estar de pie y se arrastró hasta un seto. *Atta* lo siguió con la barriga bien pegada al suelo. Se sentía furioso consigo mismo. Se suponía que tenía que encontrar a Mina y rescatar a Rhys, en vez de pudrirse en una zanja. Gerard tenía que andar por ahí cerca. O el abad. Tenía que haber una forma de encontrar ayuda. ¡Si pudiera tener una vista mejor de la calle! Quizá pudiese trepar a un árbol. Estaba empezando a pensar en cómo salir de la zanja, cuando sintió que le bajaba algo por el cuello. Lo atrapó con la mano y resultó ser un saltamontes.

Eso le dio una idea. Beleño bajó la vista hacia el broche con forma de saltamontes que llevaba prendido en el pecho.

«Mina dijo algo sobre saltar. Supongo que por probar no pasará nada. Me pregunto si se espera de mí que rece. Espero que no, porque no me sale demasiado bien.»

Beleño desabrochó el pequeño saltamontes de oro y lo agarró con fuerza en una mano. Dobló las rodillas y saltó.

Al mirar en torno a sí, descubrió que estaba más alto que el tejado del templo. Estaba tan perplejo y nervioso que se le olvidó lo que teóricamente tenía que hacer, y empezó a descender antes de que le diera tiempo a acordarse. Se temía que el aterrizaje iba a ser un poco duro, pero no fue así. Se posó en el suelo con la ligereza de un saltamontes.

Beleño volvió a saltar y decidió que aquélla era una experiencia apasionante. Esa vez subió más alto, mucho más alto que el tejado del templo, y mientras contemplaba la sangrienta refriega que se extendía por las calles con lo que imaginó que debía de ser la perspectiva de los dioses, pensó: «Vaya, sí que parecemos estúpidos.» Saludó a *Atta*, que corría de un lado a otro allá abajo mientras ladraba con desesperación, y se dispuso a buscar a Mina, a Gerard o al abad.

No vio a ninguno de los tres, pero sí a una persona que vestía una túnica roja y que observaba la batalla con interés, tranquilamente debajo de un árbol.

Beleño no pudo ver a la persona con claridad, por culpa del humo, pero tenía la esperanza de que fuera uno de los sacerdotes. De nuevo en el suelo, dedicó al saltamontes una caricia de agradecimiento y lo guardó en un bolsillo. Después echó a correr hacia la figura de rojo, gritando «¡ayuda!» y agitando los brazos mientras corría.

La persona lo vio llegar e inmediatamente levantó las manos. En sus dedos crepitó un relámpago azul que frenó de golpe a Beleño. No era un sacerdote de Majere. Era un hechicero Túnica Roja.

—No te acerques más, kender —le advirtió el hechicero con voz muy seria.

Era una voz de mujer, grave y melodiosa. Beleño no podía verle la cara, pues se la tapaba la capucha de la túnica, pero distinguió los brillantes anillos que refulgían en sus dedos y reconoció el magnífico terciopelo rojo de la túnica.

—¡Señora Jenna! —exclamó aliviado—, ¡Me alegro tanto de que seáis vos!

—Eres Beleño, ¿no es así? —preguntó la mujer, sorprendida—. El kender acechador nocturno. Y la señorita *Atta* —saludó a la perra, que gruñía y no osaba acercarse a ella.

El rayo que había nacido en sus dedos dejó de brillar y la hechicera extendió la mano para estrechar la del kender. Pero Beleño la miró con recelo y se llevó las manos a la espalda, por si acaso quedaba un poco de magia capaz de achicharrarle la carne.

—Señora Jenna, necesito que me ayudéis... —le dio tiempo a decir, antes de que ella lo interrumpiera.

—En nombre de Lunitari, ¿qué está pasando aquí? —quiso saber —, ¿Acaso el pueblo de Solace se ha vuelto completamente loco? Estaba buscando a Gerard y me dijeron que podría encontrarlo aquí. Oí que había algunos problemas, pero no tenía ni idea de que iba a meterme en un auténtico campo de batalla...

Sacudió la cabeza.

—¡Esto es increíble! ¿Quién lucha contra quién y en nombre de qué causa? ¿Puedes decírmelo tú?

—Sí, señora —repuso Beleño—. No, señora. Es decir, podría pero no puedo. No tengo tiempo. Debéis ir a salvar a Rhys, señora. Está en el templo atrapado por unos anillos de oro mágicos y hay un Caballero de la Muerte que ha jurado matarlo. Yo mismo lo ayudaría, pero Rhys me dijo que tenía que encontrar a Mina. Es una diosa, sabes, y no podemos tenerla por ahí suelta. ¡Muchas gracias! Siento no poder quedarme a charlar. Tengo que irme corriendo ahora mismo. ¡Adiós!

—¡Espera! —gritó Jenna, agarrándolo por el cuelo cuando Beleño estaba a punto de salir disparado—. ¿Qué has dicho? ¿Rhys y unos anillos mágicos y qué más?

Beleño había gastado todo el aliento que le quedaba contando la historia una vez. No le quedaba más para repetirla de nuevo y, justo en ese momento, adivinó lo que parecía el revuelo del vestido de Mina desapareciendo en una voluta de humo.

—Rhys... el templo... solo... ¡Caballero de la Muerte! —exclamó con voz entrecortada—, ¡Id a salvarlo, señora! ¡Corred!

—A mi edad, yo ya no corro a ningún sitio —replicó Jenna con seriedad.

—Pues entonces caminad rápido. ¡Por favor, daos prisa! —gritó Beleño y, con un movimiento de serpiente, se zafó de Jenna y se fue calle abajo, raudo como una liebre, con *Atta* siguiéndole los talones.

—¿Has mencionado a un Caballero de la Muerte? —gritó Jenna cuando ya le daba la espalda.

—Un antiguo Caballero de la Muerte —aulló Beleño, girando la cabeza y, satisfecho consigo mismo, siguió corriendo para buscar a Mina.

—Un antiguo Caballero de la Muerte. Bueno, eso es un alivio —murmuró Jenna.

De todos modos, seguía muy confusa y se quedó preguntándose qué debería hacer. Podría haber hecho caso omiso de la historia de Beleño porque era el cuento de un kender (¿una diosa por ahí suelta?), pero lo conocía y Beleño no era el típico kender. Había conocido a Beleño la última vez que había estado en Solace, aquella aciaga ocasión en que Gerard, Rhys, un paladín de Kiri-Jolith y ella habían intentado, sin éxito, capturar a un Predilecto.

Jenna había aprendido a respetar y admirar a Rhys Alarife, el monje de maneras gentiles y voz suave, y era consciente de que el mismo Rhys tenía al kender en mucha estima, lo que decía mucho a favor de Beleño. Además, tenía que admitir que Beleño se había mantenido a la altura de las circunstancias durante la última crisis y había actuado con prudencia y racionalmente, algo que no podía decirse de la mayoría de los kender, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Por tanto, Jenna llegó a la conclusión de que bien podría ser

cierto que Rhys se encontraba en peligro, como Beleño afirmaba, aunque debía reconocer que tenía sus dudas en cuanto a la existencia de un Caballero de la Muerte, fuera cual fuese su actual forma. Reconoció la necesidad de apresurarse y, tras cubrirse la cabeza con la cogulla, pronunció una palabra mágica y se trasladó con sosiego y dignidad a través del tiempo y el espacio.

Como Jenna ya le había dicho al kender, a su edad, ella ya no corría a ningún sitio.

8

Atrapado por los anillos mágicos, Rhys yacía indefenso en el suelo, sin poder hacer nada, aparte de contemplar el humo que flotaba entre las columnas. El dolor de su cabeza había desaparecido, pues la herida se había curado con el beso de Mina. Pensó en aquella ironía, extraña y cruel: el beso que había matado a su hermano lo había curado a él.

No muy lejos, Krell gemía y empezaba a recuperar la consciencia.

Lo acosaba la tentación de rebelarse contra los anillos mágicos, pero habría sido una lucha inútil que sólo serviría para que malgastara sus fuerzas. Rezó a Majere, pidiendo la bendición del dios y que le fueran concedidas valentía y sabiduría para enfrentarse a aquel enemigo, y fortaleza para aceptar la muerte cuando le llegara, pues Rhys era perfectamente consciente de que, aunque estaba decidido a luchar, la victoria era imposible.

Terminó de orar, se colocó boca abajo como pudo y se dispuso a esperar, pues era lo único que podía hacer.

Krell gruñó y levantó la dolorida cabeza. Trató de incorporarse, pero se desplomó y gimió quejumbroso. Mascullando que aquel yelmo era demasiado apretado, estuvo forcejeando un rato con él y al final logró quitárselo. Lo lanzó al suelo, gimió de nuevo y se llevó la mano a la frente. Tenía un buen chichón sobre el ojo izquierdo y la mejilla izquierda hinchada. No se veía sangre, pero debía de tener un dolor de cabeza insoportable. Krell se palpó con cuidado las zonas magulladas y maldijo furioso.

Recogió el casco y se lo encajó en la cabeza. Se levantó con movimientos pesados y vio a Rhys, que seguía atado en el suelo, y las bandas vacías que habían sujetado a Mina.

Krell se arrancó otra púa de hueso del hombro y se acercó a Rhys con pasos pesados.

—¿Dónde está la niña? —bramó Krell—. ¡Dímelo, maldito seas!

Intentó clavarle la púa, pero Rhys giró sobre sí mismo, rodó por el suelo y chocó contra Krell. Con el hombro golpeó las espinillas protegidas por la armadura de hueso. Krell cayó de cabeza sobre Rhys y aterrizó sobre el duro suelo de piedra con tal fuerza que las columnas se estremecieron.

Krell emitió un ruido extraño, después se puso a cuatro gatas como pudo y, desde esa posición y con la ayuda de un banco de piedra, logró levantarse de nuevo. Recogió la púa y lentamente se acercó a Rhys, que seguía en el suelo, renqueando y respirando con dificultad.

—Te crees muy listo, ¿verdad, monje? —Krell alzó la púa—. ¡A

ver si puedes esquivar esto!

Ya estaba a punto de hundir la lanza, cuando justo delante de él se materializó una mujer envuelta en ropajes rojos, en medio del aire cargado de humo. Aquella repentina aparición desconcertó a Krell. Su mano vaciló y erró la estocada. La púa falló su objetivo y cayó repiqueteando en el suelo.

La señora Jenna hizo un gesto a Rhys con la cabeza encapuchada, mientras el monje la miraba con tanto asombro como Krell.

—Para ser un monje tienes una vida de lo más interesante, hermano —comentó Jenna tranquilamente—. Por favor, déjame que te ayude.

Pronunciando una palabra mágica, hizo un gesto despreocupado con la mano, y los anillos dorados que atrapaban a Rhys se soltaron y lo dejaron libre. Después de otro gesto de Jenna, las tiras y la esfera de hierro se fueron dando saltos hasta caer en la fuente. Libre de sus ataduras, Rhys agarró el emmide y se volvió para enfrentarse a Krell.

El antiguo Caballero de la Muerte se había preparado para una misión que consistía en luchar contra un monje desarmado, un kender y una niña. Nadie había dicho nada de una hechicera. Al ver que sus enemigos lo superaban, Krell pidió ayuda. En cuanto oyó la apremiante llamada de su señor, un Guerrero de los Huesos dejó de hostigar a los clérigos de Mishakal y acudió en su rescate. Rhys vio cierto movimiento con el rabillo del ojo y gritó en señal de advertencia.

Jenna se volvió y vio a un guerrero minotauro que se abalanzaba sobre ellos desde el otro extremo del jardín. Al mirarlo por primera vez, se tenía la desconcertante impresión de que el minotauro estaba vuelto del revés. Tenía el esqueleto por encima de la carne y el pelaje apagado. La sangre no dejaba de manarle por unas espantosas heridas abiertas. Se le salían las entrañas. Le habían cercenado la garganta y le colgaba un ojo de la cuenca vacía de la calavera que se había convertido en su yelmo. En la mano llevaba una espada chorreando sangre y, lanzando aullidos furiosos y atormentados, corría directamente hacia Jenna.

La hechicera dejó que se desvaneciera el hechizo que estaba a punto de conjurar, pues ya no serviría de nada contra aquel monstruo de otro mundo.

—Un Guerrero de los Huesos —comentó para sí—. Chemosh debe de estar bastante desesperado.

Una observación interesante, pero que no resultaba de mucha ayuda. Jenna nunca antes se había enfrentado a un Guerrero de los Huesos y no disponía más que de segundos para discurrir cómo destruirlo antes de que él la destruyera a ella.

Seguro de que esa irritante hechicera ya no volvería a ser un

problema, Krell se preparó para terminar con el monje. Levantó la púa y se quedó sorprendido al ver que Rhys también levantaba su cayado. Krell recordaba ese cayado, y lo recordaba muy bien. Cuando el monje había sido el «huésped» de Krell en el Alcázar de las Tormentas, el cayado se había transformado en una mantis religiosa. El insecto había volado hasta Krell, lo había atrapado entre sus patas espeluznantes y le había absorbido el cerebro. En aquel tiempo Krell era un Guerrero de la Muerte y en realidad el cayado no había logrado hacerle nada, pero siempre había odiado a los bichos y había sido una experiencia aterradora. Todavía tenía pesadillas con ella.

Resopló furioso. La única forma de asegurarse de que el cayado no se convertiría en un bicho era matar a su dueño, el monje. Krell lanzaría la púa hacia el monje y aquella vez no fallaría.

Jenna no podía preocuparse de los vivos. Tenía que concentrarse en los muertos. Había leído sobre los Guerreros de los Huesos, pero eso había sido hacía muchos años, en el transcurso de sus estudios. No se había visto ningún Guerrero de los Huesos en Krynn desde los días del Príncipe de los Sacerdotes e incluso en aquella época ya eran escasos. Supuso que los libros dirían cómo matar a esos muertos vivientes pero, si era así, no lograba acordarse. Y no tenía demasiado tiempo para darle muchas vueltas al asunto.

El minotauro Guerrero de los Huesos ya estaba delante de ella. Levantó un hacha de guerra enorme por encima de su cabeza y bajó la hoja con un movimiento rápido, con la clara intención de clavársela en el cráneo. Podría haber logrado su objetivo, de no ser porque, de repente, el cráneo de la hechicera ya no estaba allí. El arma del minotauro atravesó una imagen ilusoria de Jenna.

La Jenna de verdad se había puesto ágilmente detrás del minotauro y seguía tratando de adivinar cómo acabar con ese demonio. Tenía la esperanza de que el guerrero minotauro siguiera atacando su imagen y le concediera tiempo para pensar. Sus esperanzas estaban bien fundamentadas, porque normalmente los muertos vivientes no eran muy espabilados y podía dedicarse a machacar una imagen sin llegar a darse cuenta de la verdad. Pero

Chemosh debía de haber encontrado la manera de mejorara sus muertos vivientes. Cuando el primer golpe no mató a la hechicera, el Guerrero de los Huesos se volvió y empezó a buscar a su enemigo.

El minotauro la descubrió de inmediato y, balanceando su arma, se lanzó hacia ella rugiendo. Jenna se quedó donde estaba. Aquel breve respiro le había dado tiempo para preparar un hechizo, para acordarse de las palabras y recordar los movimientos correctos de la mano. Conjurar aquel hechizo era arriesgado, no sólo pensando en ella, pues si fallaba no le quedaría tiempo ni fuerzas para probar con otro; sino también para Rhys, que podría sufrir sus consecuencias.

Rogando a Lunitari que no dejara ciego al monje sin querer, Jenna extendió la mano y empezó a entonar las palabras mágicas.

Rhys apenas podía prestar atención a la lucha de Jenna contra aquella criatura espeluznante invocada por Krell. El monje no podía hacer nada por ayudar a la hechicera, pues él mismo se enfrentaba a un terrible enemigo; y además tenía la impresión de que, de todos modos, Jenna no agradecería mucho su ayuda. Lo más probable era que lo único que consiguiera fuera entorpecerla.

Rhys asió con firmeza el cayado y se enfrentó a su oponente sin miedo. Krell estaba cubierto de huesos y, para Rhys, representaban los huesos de todas las víctimas a las que Krell había arrebatado la vida. Tenía las manos manchadas de sangre. Despedía un insoportable hedor a muerte y su alma estaba tan cubierta de podredumbre como su cuerpo.

Majere es conocido por ser un dios paciente, un dios de la disciplina que no deja que las emociones tomen el control. Majere se entristece ante las faltas de los hombres, pero raras veces se enfurece por ellas. Por eso enseña a sus monjes a utilizar la «disciplina benévola» para detener a aquellos que quieren hacerles daños a ellos mismos o a otros, para evitar que aquellos entregados al mal cometan actos violentos, sin tener que recurrir a la violencia. Castigar, detener, nunca matar.

No obstante, hay ocasiones en las que Majere sí experimenta la ira. Ocasiones en las que el dios no soporta por más tiempo ser testigo del sufrimiento de inocentes. Su ira no es caprichosa e impetuosa. Su cólera tiene un objetivo y está controlada, pues el dios sabe que, de lo contrario, la furia lo consumiría. Por eso enseña a sus seguidores a utilizar la ira como si fuera un arma.

«No dejes que tu furia te controle —es la enseñanza que reciben sus monjes—, Si lo permites, se desdibujará tu objetivo, te temblarán las manos y resbalarán tus pies.»

A pesar de que ya habían pasado meses desde aquel terrible momento, Rhys todavía tenía vivo el recuerdo de cómo lo había consumido la ira mientras contemplaba horrorizado los cuerpos de sus hermanos asesinados. La ira le había atrapado con su amargo veneno. La furia lo había cegado y lo había lanzado a la oscuridad infernal. Volvía a sentir cólera, pero era una cólera diferente. La cólera del dios era fría y pura, brillante y abrasadora como las estrellas.

Jenna entonó la última palabra del hechizo. El atemorizado minotauro estaba tan cerca de ella que creyó que su hedor insoportable a carne putrefacta la asfixiaría, mientras esperaba tensa a que la magia surtiese efecto.

Se anunció con una ola de calor y un estremecimiento que le recorrió el cuerpo. La magia subía, borboteaba y agitaba la sangre en

sus venas. La hechicera la cogió, la dirigió y la lanzó hacia su objetivo. La magia estalló en todas direcciones. De sus dedos salieron rayos de luz multicolor.

Como si hubiera robado el arco iris al cielo y se lo lanzase al minotauro, siete chorros abrasadores de luz de color rojo y naranja, amarillo y verde, azul, lila y morado se estrellaron contra su enemigo.

El rayo amarillo disparó proyectiles de energía dentro del cuerpo del minotauro, desbaratando la magia impía que concedía al cuerpo esa espeluznante apariencia de vida. Se le agitaron brazos y piernas. El minotauro se retorció y se contorsionó. El rayo rojo cayó sobre el hacha de guerra y la envolvió en llamas. El rayo naranja empezó a devorar lo que quedaba de la pestilente carne del minotauro.

El rayo verde, venenoso, no pareció surtir ningún efecto sobre el minotauro y el rayo azul tampoco pareció funcionar, ya que el cadáver viviente no se convirtió en piedra. Jenna suplicó a Lunitari que el poder del rayo morado sí funcionase, pues se suponía que debía devolver el demonio a su creador.

El minotauro chilló salvajemente, se tambaleó hacia ella y después desapareció.

Jenna se dejó caer en el banco sin fuerzas. El poderoso hechizo la había dejado vacía, agotada y temblorosa.

Rogó al cielo que Rhys Alarife consiguiera acabar con aquella cosa repugnante a la que se enfrentaba. Ella apenas podía sentarse recta en el banco, así que mucho menos utilizar más magia.

—A tu edad, no deberías meterte en estos líos —se reprendió a sí misma sin demasiada convicción. Después sonrió—, Pero qué hechizo has conjurado, querida. Ha sido realmente precioso...

La lanza de Krell voló hacia él. Rhys pegó un buen salto y el arma atravesó el espacio vacío debajo de sus pies. Todavía en el aire, Rhys arqueó la espalda, se dio la vuelta y cayó ágilmente delante del perplejo Krell. Asió bien el emmide y cargó contra su enemigo. El extremo del cayado golpeó la pechera de hueso de Krell. La fuerza del golpe resquebrajó la armadura y la clavícula de Krell, que retrocedió tambaleante.

Protegido por los huesos de los muertos que su dios le había entregado, Krell se había creído intocable para la espada, la lanza y la flecha, y de repente lo había herido un palo manejado por un monje. Le dolía mucho y, como siempre les sucede a los matones, estaba aterrorizado. Quería que aquel enfrentamiento terminara cuanto antes. Con el brazo bueno, Krell arrancó otra puntiaguda púa. Balanceándola y bramando maldiciones, cargó contra Rhys, con la esperanza de atemorizarlo y vencerlo con su fuerza bruta.

El emmide describió un movimiento rápido e hizo añicos la púa de hueso. Girando el cayado entre las manos, Rhys bailaba una danza

mortal alrededor de Krell, atacándolo por delante, por los lados y por detrás. Le golpeaba en el yelmo y el pecho, le daba en los brazos y los hombros, le machacaba los muslos y las espinillas. El emmide cercenó los pinchos que sobresalían de las hombreras de la armadura de hueso y rompió uno de los cuernos de carnero. Cada vez que el emmide tocaba la armadura, el hueso se resquebrajaba y se abría.

Rhys hundía el emmide por las grietas y las iba ensanchando. Algunas piezas de la armadura empezaron a caerse y el emmide golpeaba la carne blanda y fofa que se escondía debajo. Los huesos crujían, pero ésos eran los huesos de Krell y no los de algún pobre cadáver. Otro golpe partió el yelmo a la mitad y el casco cayó al suelo rodando.

Krell tenía el rostro amoratado e hinchado. Le manaba sangre de las heridas. Dolorido, magullado y sangriento, cayó de hinojos en el suelo y, convertido en un bulto suplicante y empapado de sangre ante los pies de Rhys, Krell empezó a lloriquear y a gemir.

—¡Me rindo! —gritó escupiendo sangre—. ¡Perdóname la vida!

Respirando trabajosamente, Rhys se alzaba delante de aquel bruto enorme que temblaba a sus pies. Podía mostrarse compasivo. Podía perdonarle la vida. Rhys siempre había practicado la enseñanza de la disciplina benévola, pero sabía con la clarividencia de la fría furia del dios que mostrarse compasivo con Krell sería mostrarse indulgente consigo mismo. De esa forma podría sentirse justo y virtuoso, pero únicamente conseguiría que aquel monstruo siguiera asesinando y torturando a más víctimas.

Rhys vio que Krell lo observaba con el rabillo del ojo hinchado. Se sentía confiado, pues estaba seguro de que Rhys sería compasivo. Al fin y al cabo, Rhys era un buen hombre y los hombres buenos siempre son débiles.

Rhys levantó el emmide.

—Nos enseñan que las almas de los hombres abandonan este reino y emprenden el camino hacia el siguiente, aprenden de los errores que han

cometido en esta vida y acumulan sabiduría hasta que llegan al final del viaje del alma. Yo creo que esto se cumple para la mayor parte de los hombres, pero no para todos. Creo que hay algunos, como tú, que están tan unidos al mal que su alma se ha reducido hasta prácticamente desaparecer. Pasarás la eternidad atrapado en las tinieblas, consumiéndote sin llegar a consumirte jamás.

Krell lo miraba fijamente, con los ajos muy abiertos y aterrorizados.

Rhys lo golpeó en la sien con el emmide.

Krell cayó muerto sobre el suelo manchado de sangre. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija. Entre sus labios inertes salía una espuma

sanguinolenta.

Rhys se quedó allí de pie, con el emmide preparado para golpear de nuevo. Sabía que Krell estaba muerto, pero quería asegurarse de que permanecía muerto. Al fin y al cabo, servía a un dios conocido por devolver a los muertos una espeluznante imitación de la vida.

Krell no se movió ni un milímetro. Al final, incluso Chemosh lo había abandonado.

Rhys se relajó.

—Bien hecho, monje —lo felicitó Jenna con un hilo de voz.

Estaba demacrada y muy pálida. Tenía los hombros hundidos. Parecía demasiado exhausta como para moverse. Rhys se apresuró a su lado.

—¿Estás herida, señora? ¿Qué puedo hacer por ayudarte? —preguntó Rhys.

—Nada, amigo mío —repuso ella, esbozando una sonrisa con gran esfuerzo—, No estoy herida. La magia exige esfuerzo. Lo único que necesito es descansar un rato.

Le lanzó una mirada cargada de significado.

—¿Y tú, hermano?

—Yo tampoco estoy herido, doy gracias a Majere.

—Has hecho lo correcto, hermano. Matar a ese monstruo.

—Espero que mi dios también piense eso, señora.

—Seguro que sí. ¿Sabes contra lo que estaba luchando yo, hermano? Contra un Guerrero de los Huesos de Chemosh. No se veían esos demonios por Krynn desde los días del Príncipe de los Sacerdotes.

Señaló hacia el cadáver.

—Esa cosa es... o más bien era... un Acólito de los Huesos. Chemosh atrapó el alma repugnante del minotauro aprovechando su furia. Y seguramente no es el único. El Acólito tendría tantos Guerreros de los Huesos a sus órdenes como pensara que podía controlar. Y son guerreros mortíferos, hermano.

»Quizá tus hermanos estén combatiéndolos en este mismo momento —añadió con voz lúgubre—. Al matar al Acólito, has conseguido que sea más fácil destruir a los Guerreros de los Huesos. El Acólito es quien los controla y cuando está muerto, los guerreros se enfurecen y luchan cegados por la cólera.

El humo se había despejado. Los incendios ya estaban controlados, pero todavía les llegaba el clamor de la batalla que seguía librándose fuera. Rhys estaba preocupado por si Mina y Beleño habían quedado atrapados en aquel terrible caos. Estaba impaciente por ir en su búsqueda, pero no le gustaba la idea de dejar sola a Jenna, sobre todo si había más Guerreros de los Huesos sueltos.

Ella le leyó el pensamiento y le acarició la mano.

—Estás preocupado por tu amigo el kender. Está a salvo, o al

menos lo estaba la última vez que lo vi. Él fue quien me envió en tu ayuda. La señorita *Atta* estaba con él y los dos iban persiguiendo a Mina.

Jenna se detuvo.

—He oídos historias muy extrañas acerca de ella, hermano —añadió después—. Por eso vine a Solace en busca de Gerard, quien estuvo con ella una vez, o eso me han dicho. No te haré perder el tiempo preguntándote los detalles. Tienes que ir a buscarla, por supuesto. Pero ¿hay alguna forma en que pueda ayudaros?

—Ya has hecho más que suficiente por mí, señora. Ahora mismo estaría muerto si no hubiera sido por ti.

La hechicera se echó a reír.

—Hermano, no me habría perdido esto por nada del mundo. ¡Pensar que he luchado contra un Guerrero de los Huesos de Chemosh! Dalamar se volvería loco de envidia.

Jenna le dio un golpecito en la mano.

—Vete a buscar a esa diosecilla tuya, hermano. Yo estaré bien. Puedo cuidar de mí misma.

Rhys se levantó, pero todavía vacilaba.

Jenna enarcó las cejas.

—Si no te vas, hermano, voy a empezar a pensar que me consideras una vieja inútil y enferma, y me sentiré muy ofendida.

Rhys hizo una profunda reverencia muy respetuosa.

—Lo que considero que eres es una gran dama, señora Jenna.

Ella sonrió encantada y lo despidió con un gesto.

—Y, hermano —dijo cuando Rhys ya se iba—, ¡sigo queriendo ese perro pastor de kender que me prometiste!

Mientras Rhys se apresuraba, se prometió a sí mismo que la señora Jenna tendría el mejor cachorro de la próxima camada de *Atta*.

9

Para cuando Rhys ya había cruzado los huertos y el césped que había delante de la fachada del templo, la guardia de la ciudad había logrado recuperar cierto control sobre la zona. Rhys se detuvo, sorprendido al encontrarse con las consecuencias de la matanza. La calle estaba repleta de cuerpos, algunos se agitaban y gemían, pero muchos yacían inmóviles. El empedrado de la calzada estaba resbaladizo por la sangre. Los incendios ya se habían apagado, pero el hedor de la quema le vino como una bofetada. Los guardias habían cerrado la calle y, en cuanto hubo terminado la batalla, tuvieron que dedicarse a la ardua tarea de mantener a raya a los amigos y familiares consternados que buscaban a sus seres queridos.

Rhys no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscar a Beleño, a Mina y a *Atta*. Deambuló calle arriba y calle abajo, gritando el nombre de los tres. Nadie le respondió. Todos con los que se encontraba estaban cubiertos de hollín, tierra y sangre. Le resultaba imposible identificar a las víctimas viendo sólo su ropa y cada vez que descubría el cuerpo del tamaño de un kender, se le desbocaba el corazón.

Incluso mientras buscaba, hacía lo que podía por ayudar a los heridos, aunque como no era sacerdote, no podía ofrecerles mucho más que consuelo y aliviar su miedo asegurándoles que la ayuda ya estaba en camino.

En una situación normal se habría llevado a los heridos al Templo de Mishakal, pues sus sacerdotes estaban instruidos en el arte de curar. Pero su templo había quedado dañado en el incendio y el Templo de Majere se había abierto a las víctimas, así como los de Habbukuk y Chislev. Los sacerdotes de muchos dioses se afanaban entre los heridos, cuidando de los amigos y los enemigos sin hacer distinciones. Los sacerdotes contaban con la ayuda de los místicos, que habían acudido rápidamente al lugar para hacer lo que estuviera en su mano, y con ellos habían llegado los herbolarios y los médicos de Solace. Los cadáveres se trasladaban al Templo de Reorx, donde se depositaban hasta que los familiares y amigos fueran a enfrentarse al duro trámite de identificarlos y recogerlos para enterrarlos.

Rhys se cruzó con el abad, que estaba organizando el transporte de camillas. Muchos de los heridos se encontraban muy graves y el abad estaba muy ocupado, pues aquellas vidas pendían de un hilo. Rhys habría dado cualquier cosa por no interrumpirlo, pero estaba empezando a desesperarse. Todavía no había encontrado a sus amigos. Ya iba a pararse un momento para preguntarle al abad si había visto a Mina, cuando vio a Gerard.

El alguacil estaba salpicado de sangre y cojeaba de una pierna, en la que tenía una herida. A su lado caminaba un guardia, que le rogaba que buscara a alguien que le curara la herida. Gerard despachó al hombre enfadado, di— ciéndole que buscara ayuda para aquellos que realmente la necesitaban. El guardia vaciló y después, al ver la expresión torva del alguacil, volvió a su puesto. Cuando el hombre se hubo ido y Gerard pensaba que nadie lo miraba, se apoyó tambaleante contra un árbol, dejó escapar un suspiro profundo y tembloroso, cerró los ojos y su rostro se deformó en una mueca.

Rhys corrió a su lado. Al oír que unos pasos se acercaban a él, Gerard se irguió bruscamente y trató de seguir caminando como si no pasara nada. La pierna herida no lo sostenía y estuvo a punto de caerse, de no ser porque Rhys ya estaba allí para cogerlo y bajarlo al suelo con delicadeza.

—Gracias, hermano —dijo Gerard de mala gana.

Sin hacer caso del empeño de Gerard por llamar simple arañazo a la herida, Rhys examinó el corte del muslo del alguacil. Era profundo y sangraba profusamente. La hoja había atravesado la carne y el músculo, y quizá había roto el hueso. Gerard hizo un gesto de dolor cuando Rhys palpó la herida con los dedos y maldijo entre dientes. El azul intenso de sus ojos refulgía más de rabia que de dolor.

Rhys abrió la boca para gritar y llamar a un sacerdote, pero Gerard no esperó siquiera a oír qué decía.

—Si dices una oración, hermano —advirtió Gerard—, si pronuncias una sola palabra sagrada, ¡haré que vuelvas a tragártela!

Lanzó un grito ahogado por el dolor y se apoyó contra el árbol, gimiendo suavemente.

—Soy un monje de Majere —repuso Rhys—, No tienes que preocuparte, no tengo el don de la curación.

Gerard se sonrojó, avergonzado por su estallido.

—Siento haberte gritado, hermano. ¡Es que estoy más que harto de vuestros dioses! ¡Mira lo que han hecho vuestros dioses a mi ciudad!

Hizo un gesto hacia los cuerpos que se amontonaban en el suelo, hacia los clérigos que se abrían paso entre los heridos.

—La mayor parte del mal cometido en el mundo se comete en el nombre de un dios u otro. Estaríamos mejor sin ellos.

Rhys podría haber respondido que también se hacía mucho bien en nombre de los dioses, pero no era el momento de entrar en una discusión teológica. Además, entendía a Gerard. Había habido un tiempo en que Rhys había pensado lo mismo.

Gerard observó a su amigo y después suspiró.

—No me hagas caso, hermano. No quería decir lo que he dicho. Bueno, no exactamente. La pierna me duele un horror y hoy he

perdido a unos cuantos hombres buenos —terminó de disculparse con aire sombrío.

—Lo siento. Realmente lo siento. Alguacil, ojalá no tuviera que molestarte ahora, pero tengo que preguntarte. ¿Has visto...? —Rhys sintió que se le secaba la garganta al pronunciar la pregunta—. ¿Has visto a Beleño por algún sitio?

—¿Tu amigo el kender? —Gerard negó con la cabeza—. No, no lo he visto, pero eso no quiere decir nada. Esto era un auténtico caos, con todo el humo, los incendios y esos demonios muertos vivientes asquerosos que mataban a todo el que se pusiera a su alcance.

Rhys lanzó un profundo suspiro.

—Beleño tiene mucho más sentido común que todos los kenders juntos —le animó Gerard—. ¿*Atta* está con él? Esa perra es más lista que mucha gente que yo conozco. Seguramente ya hayan vuelto a la posada. Ya sabes que esta noche hay pollo y bollos...

Intentó sonreír, pero dejó escapar un resoplido y empezó a balancearse hacia delante y hacia detrás, maldiciendo por lo bajo.

—¡Esto duele!

El mejor lugar en el que podría estar era uno de los templos, pero Rhys ya sabía cómo iba a recibir su sugerencia.

—Por lo menos deja que te ayude a volver a la posada, amigo mío —propuso Rhys, pues sabía que Gerard estaría a salvo si Laura se ocupaba de él.

Gerard se mostró de acuerdo y, de mala gana, permitió que Rhys lo ayudara a levantarse.

—Tengo la receta de una cataplasma que te aliviará el dolor y que hará que la herida se cierre limpiamente —le dijo Rhys, mientras lo rodeaba con un brazo.

—No vas a bendecirla con una oración, ¿verdad, hermano? —preguntó Gerard bruscamente, apoyándose en su amigo.

—Tal vez pida un par de cosas a Majere en tu nombre —contestó Rhys, sonriendo—, Pero me aseguraré de que no me oyes.

Gerard gruñó.

—En cuanto lleguemos a la posada, avisaré de que busquen al kender.

Habían recorrido una corta distancia, pero era evidente que Gerard no podría continuar sin más ayuda que la que Rhys podía ofrecerle. Gerard había perdido mucha sangre y estaba demasiado débil para resistirse, así que Rhys pidió ayuda. Inmediatamente acudieron tres jóvenes robustos. Subieron a Gerard a un carro, lo condujeron hasta la posada y después lo subieron a una habitación. Laura iba de un lado a otro, preocupada por el alguacil y ayudando a Rhys a preparar la cataplasma, a limpiar y vendar la herida.

Laura se quedó consternada al enterarse de que Beleño había

desaparecido. Cuando Rhys le preguntó, su respuesta fue que el kender no había vuelto a la posada. No lo había visto en toda la mañana. Se la veía tan preocupada por el kender que Rhys no encontró fuerzas para contarle que también había perdido a Mina. Ante las preguntas angustiadas de Laura, le dijo que Mina estaba con un amigo. No tenía por qué ser mentira. Tenía la esperanza de que la niña estuviese con Beleño.

Gerard se quejó mucho del olor de la cataplasma, que, según él, sería lo que lo mataría si la herida no lo lograba. Rhys se tomó las quejas del alguacil como un síntoma de que ya se sentía mejor.

—Te dejaré descansar —dijo Rhys, preparándose para irse.

—No te vayas, hermano —le pidió Gerard, quejoso—. Entre el olor asqueroso de esa cosa que me habéis puesto y el dolor, no voy a poder dormir. Siéntate y habla conmigo. Hazme compañía. Ayúdame a que se me despeje un poco la cabeza. Y deja de dar vueltas por la habitación. Pronto tendremos noticias del kender. ¿Qué me has puesto en esa porquería, por cierto? —preguntó con recelo.

—Plátano, arrayán, corteza, jengibre, Cayena y clavos —contestó Rhys.

No se había dado cuenta de que se movía de un lado a otro y se obligó a sí mismo a detenerse. Sentía que tenía que estar allí afuera, buscando, aunque era el primero en admitir que no tenía la menor idea de por dónde empezar. Gerard les dijo a sus guardias que estuviesen atentos por si veían a un kender con un perro y que avisasen a la población. En cuanto supiesen algo de los desaparecidos, se lo comunicarían a Gerard.

—Cuando haya encontrado al kender, no quiero tener que ir a buscarte a ti —dijo Gerard a Rhys, quien entendía su razonamiento.

Rhys acercó una silla a la cama de Gerard y se sentó.

—Cuéntame lo que pasó en Ringlera de Dioses —le pidió al alguacil.

—Todo lo empezaron los sacerdotes y los seguidores de Chemosh. Prendieron fuego al Templo de Sargonnas y después intentaron quemar el Templo de Mishakal lanzando ramas ardiendo al interior, mientras otros comenzaban la matanza. Invocaron dos demonios que parecían sacados de la más terrible pesadilla. Llevaban una armadura hecha de huesos y se les salían las entrañas. Mataban todo lo que se movía. Los lideraba una sacerdotisa de Chemosh. A los paladines de Kiri-Jolith les costó mucho destruirlos y únicamente lo lograron cuando esos monstruos del otro mundo se volvieron contra la sacerdotisa y la despedazaron.

Gerard meneó la cabeza.

—Lo que más me sorprende es que los seguidores de Chemosh hayan hecho todo esto a plena luz del día. Esos ladrones de tumbas

suelen cometer sus atrocidades protegidos por la oscuridad. Casi parece que fuera una especie de distracción...

Gerard se detuvo y miró a Rhys, con una expresión cargada de intención.

—Era una distracción, ¿verdad? —Gerard dio un golpe con la mano debajo del cobertor—. Estaba seguro de que esto tenía algo que ver contigo. Me debes una explicación, hermano. En nombre del cielo, dime lo que está pasando.

—Es una buena forma de plantearlo. Te lo explicaré. —Rhys suspiró, compungido—. Aunque te va a costar creer mi historia. Mi relato no empieza conmigo, sino con la mujer que conoces como Mina...

Le contó la historia, en la medida que él la conocía. Gerard lo escuchó en un silencio perplejo. No dijo nada hasta que Rhys llegó al final de su relato, cuando contó cómo había matado a Krell. Entonces Gerard meneó la cabeza.

—Tienes razón, hermano. No estoy muy seguro de creerte. No es que dude de tu palabra —añadió rápidamente—. Es sólo que... es tan inverosímil. ¿Un nuevo dios? ¡Eso es lo que nos faltaba! ¡Y un dios que se ha vuelto loco? Pero que...

Alguien llamó a la puerta y los interrumpió.

Rhys abrió y encontró a un guardia de la ciudad junto con una mujer mayor, vestida con ropas de viaje.

El guardia se llevó la mano a la frente, en señal de respeto hacia Rhys, y después se dirigió a Gerard:

—Tengo información sobre ese kender que estabas buscando, alguacil. Esta señora lo ha visto.

—Así es, alguacil —intervino la mujer con evidentes ganas de hablar—. Acabo de quedarme viuda. Mi marido y yo teníamos una granja al norte de la ciudad. La vendí, porque era demasiado trabajo para mí sola, y ahora estoy mudándome a Solace para vivir con mi hija y su marido. Esta mañana íbamos por la calzada cuando vi a un kender como el que decís. Viajaba con un perro negro y blanco y con una niñita.

—¿Estás seguro de que eran ellos, señora? —preguntó Gerard.

—Segurísima, alguacil —repuso la mujer, cruzando los brazos debajo de la capa con expresión satisfecha—. Me acuerdo perfectamente porque pensé que aquél era un trío muy raro y el kender y la niña estaban en medio de la calzada, discutiendo por algo. Iba a pararme para ver si podía ayudarlos, pero Enoch, que es mi yerno, me dijo que no debía hablar con un kender a no ser que quisiera que me lo robara todo. Fuera lo que fuese lo que el kender se traía entre manos, lo más probable era que no fuera nada bueno y además no era asunto nuestro.

»Yo no estaba tan segura. Soy madre y me daba la impresión de que la niñita se había escapado de casa. Mi hija hizo lo mismo cuando tenía esa edad. Metió todas sus cosas en un saco de arpillera y se fue. No llegó muy lejos antes de que le entrara hambre y diera media vuelta, pero casi me muero del disgusto. Me acordé de cómo me había sentido y lo primero que hice en cuanto llegué a Solace fue contarle al guardia lo que había visto. El me dijo que estabais buscando a ese kender, así que pensé que tenía que venir a decir lo que había visto y dónde.

—Gracias, señora —contestó Gerard— ¿Acaso pudiste ver si siguieron hacia el norte por la calzada?

—Cuando volví la vista, la niña seguía el camino hacia el norte. El kender y el perro la seguían con desgana.

—Gracias, señora. Que Majere te acompañe —dijo Rhys, antes de coger su cayado.

—Buena suerte, hermano Rhys —lo despidió Gerard—. No voy a decir que ha sido un placer encontrarte, porque no me has traído más que problemas. Diré que ha sido un honor.

Alargó la mano y Rhys se la estrechó, apretándola con calidez.

—Gracias por toda tu ayuda, alguacil. Sé que no crees en los dioses, pero, como una vez me dijo un amigo mío, ellos sí creen en ti.

Rhys se paró un momento para decirle a Laura que ya habían localizado a Beleño y que él, el kender y Mina iban a proseguir su viaje.

—Es una niñita preciosa y muy dulce. Intenta que se dé un baño de vez en cuando, hermano —pidió Laura, antes de despedirlo con un abrazo, unas cuantas lágrimas y tanta comida como el monje podía llevar.

Desde la ventana, Gerard contempló al monje con su raída túnica naranja abriéndose camino entre el gentío, sin molestar a nadie, para tomar el camino hacia el norte.

—Me pregunto si alguna vez llegaré a saber cómo termina esta extraña historia —se preguntó Gerard. Suspiró profundamente y se acomodó entre los almohadones—. De lo que estoy seguro es de que no nos deparará nada bueno.

Estaba a punto de conciliar el sueño, cuando llegó un guardia para informarlo de que una turba enfurecida estaba descargando su ira contra el Templo de Chemosh.

Libro III
Morada de los Dioses

1

Beleño caminaba con paso cansino por la calzada, siguiendo a Mina, mientras murmuraba cosas para sí y arrastraba las botas por el polvo. Mina iba varios pasos por delante, con la cabeza muy alta y la espalda muy recta. Estaba ignorándolo, fingiendo que no lo conocía. *Atta* trotaba junto al kender, aunque de vez en cuando se detenía y volvía la vista esperanzada, buscando a Rhys.

—Espero que esté bien —dijo Beleño por centésima vez. Fulminó a Mina con la mirada, dio una patada a una piedra y añadió en voz alta—: Si no fuera por cierta persona, podría volver y comprobarlo por mí mismo, ¡y quizá ayudar a salvarlo después de que cierta persona huyera y lo abandonara!

Mina le lanzó una mirada furiosa volviendo la cabeza y siguió caminando, testaruda.

Por lo menos habían logrado escapar de la batalla de Ringlera de Dioses.

La brutalidad del combate y la visión de tantos muertos y heridos habían superado a Mina.

El ruido la confundía y la matanza la horrorizaba. Beleño y *Atta* acabaron encontrándola agazapada debajo de un matorral, cerrando los ojos con fuerza y tapándose los oídos para no oír los gritos.

A Beleño le costó convencerla de que fuera con él y a punto estuvo de perderla cuando tropezaron sin querer con un sacerdote de Chemosh, encapuchado y de túnica negra. Beleño recitó su hechizo de agotamiento y cuando vio por última vez al sacerdote, éste estaba tumbado boca arriba en medio de la calle, echando una cabezadita fuera de hora.

Rodearon la parte posterior del Templo de Zeboim a la carrera y se metieron por un callejón, hasta que llegaron a un barrio residencial relativamente tranquilo. Los ciudadanos, al oír el clamor de la batalla y temerosos de que se extendiera hasta su vecindario, habían atrancado todas las puertas y no osaban salir.

Beleño se paró para recuperar el aliento, intentar librarse del flato que tanto le dolía en un costado y tratar de pensar qué podían hacer. Decidió que llevaría a Mina a la posada y la dejaría a cargo de Laura. Después él volvería a buscar a Rhys. Beleño y *Atta* echaron a andar en dirección a la posada, pero cuál fue su sorpresa al ver que Mina caminaba en dirección contraria.

—¿Adonde vas? —preguntó Beleño, parándose.

Mina se había quedado en el medio de la calle, aferrándose al petate en el que llevaba las reliquias. El saco estaba sucio y cubierto de polvo, porque cuando se le hacía demasiado pesado, Mina lo

arrastraba por el suelo. Ella misma tenía la cara mugrienta, cubierta de hollín, el pelo mojado de sudor y las trenzas pelirrojas medio deshechas. El vestido estaba salpicado de manchas de sangre.

—A Morada de los Dioses —replicó Mina.

—De eso nada —la reprendió Beleño—. Vamos a volver a la posada. ¡Tenemos que esperar a Rhys!

—Yo no voy a esperarlo —negó Mina—, Tengo que ir a Morada-de los Dioses... y la pelea va a ponerse peor todavía.

Beleño no era capaz de imaginarse cómo podía ser aún peor, pero no lo dijo.

—Entonces te equivocas de camino —fue lo que dijo, en tono áspero—. Morada de los Dioses está al norte. Estamos en la calzada de Haven. —Señaló hacia otra calle—. Por ahí sí se va al norte.

—No te creo. Estás mintiendo para engañarme.

—No es verdad —repuso Beleño malhumorado.

—Sí lo es.

—¡No es verdad!

—Sí lo es...

—Tú tienes el mapa —le gritó Beleño al final—. ¡Compruébalo tú misma!

Mina lo miró sorprendida.

—Yo no lo tengo.

—Sí que lo tienes. ¿No te acuerdas? Lo extendí sobre una piedra cerca de Flotsam y entonces tú decidiste que iríamos caminando rápido y...

Dejó de hablar. Mina se mordía el labio y dibujaba líneas en la tierra con la punta del zapato.

—¡No lo cogiste! —gruñó Beleño.

—Cállate —le ordenó ella con el entrecejo fruncido.

—¡Dejaste mi mapa allí! ¡Tan lejos! ¡En la otra punta del mundo!

—Yo no lo dejé allí. Fuiste tú. ¡Fue culpa tuya! —estalló la niña.

Aquella acusación lo cogió tan de sorpresa que Beleño sólo lograba resoplar.

—Se suponía que tú tenías que coger el mapa y traerlo con nosotros —continuó Mina—. El mapa era responsabilidad tuya porque era tuyo. Ahora no sé qué camino coger.

Beleño miró a *Atta* en busca de ayuda, pero la perra se había tumbado en la calle, con la panza pegada al suelo y el hocico entre las patas. Cuando Beleño se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar sin ducharse con su propia saliva, explicó sus argumentos:

—Habría cogido el mapa, pero echaste a correr tan rápido que no tuve tiempo.

—No quiero hablar más de eso —repuso Mina con suficiencia—. Has perdido el mapa, así que ¿qué vas a hacer?

—Te voy a decir lo que vamos a hacer. Tú vas a volver a la posada y yo voy a buscar a Rhys. Y después todos vamos a disfrutar de una buena cena. No hay que olvidar que hoy hay pollo y...

Pero Mina no estaba escuchándolo. Se acercó a un grupo de holgazanes que mataban el tiempo a la puerta de una taberna con jarras de cerveza, mientras discutían con voz pastosa si debían ir o no a ver qué era todo aquel alboroto.

—Perdón, señores —dijo Mina—. ¿Qué calzada tengo que tomar para ir al norte?

—Ésa, niña —le respondió un joven con un eructo y un gesto impreciso.

—Te lo dije —intervino Beleño.

Mina cogió el petate, se lo colgó al hombro y echó a caminar.

En ese mismo instante, Beleño se dio cuenta de su error. Lo que tenía que haber dicho era que no sabía cuál era el camino hacia el norte y que tenían que esperar a Rhys. Pero ya era demasiado tarde. La vio alejarse, sola y desamparada, y pensó en dejarla ir, pero sabía que Rhys no querría que la abandonase. Aunque Beleño no estaba muy seguro de que sirviera de nada. De todos modos, Mina nunca lo escuchaba.

Miró a *Atta*, que estaba sentada, mirándolo a él. La perra no le dio ningún consejo. Dejando escapar un resoplido, Beleño echó a caminar penosamente detrás de Mina y hasta allí habían llegado juntos, dirigiéndose al norte, en busca de Morada de los Dioses, y sin Rhys.

Beleño no había cejado en su empeño de convencer a Mina de que debían volver a la posada, pero ella se mantenía inflexible. La discusión se alargó durante varios kilómetros, cada vez más lejos de Solace, hasta que Beleño acabó dándose por vencido y reservó sus fuerzas para caminar. Por lo menos había una cosa por la que estaba agradecido: como no tenían el mapa, Mina no podía correr al ritmo de los dioses. No le quedaba más remedio que caminar como una persona corriente.

Beleño albergaba la esperanza de que Rhys pudiera encontrarlos, aunque no se le ocurría cómo. Rhys creería que estaban heridos o muertos, o escondidos en algún sitio... Tal vez fuera Rhys quien estuviera herido o muerto...

—No voy a pensar en eso —dijo el kender para sí.

Caminaron mucho, mucho tiempo. Beleño esperaba que Mina se cansara pronto y que quisiera descansar y, cada vez que pasaban junto a una posada, insistía en que deberían parar. Mina siempre se negaba y apretaba el paso, con el petate arrastrando detrás de ella.

Los caminantes que se cruzaban por el camino se detenían para observar a aquel grupo tan extraño. Si alguien intentaba acercarse a Mina, *Atta* le gruñía y advertía a los desconocidos que guardaran las

distancias. Beleño ponía los ojos en blanco y levantaba las manos, para dejar claro que él no podía hacer nada al respecto.

—Si os encontráis con un monje de Majere llamado Rhys Alarife, decidle que nos habéis visto y que vamos hacia el norte —gritaba siempre.

La calzada proseguía y lo mismo hacían ellos. Beleño no tenía la menor idea de la distancia que habrían recorrido, pero ya no se veía Solace. La calzada había dado paso a un camino y después a un sendero y, de repente, el camino hacia el norte desaparecía sin previo aviso. En medio se levantaba una imponente montaña y el camino se dividía en dos, una bifurcación rodeaba la montaña por el este y la otra por el oeste.

—¿Por cuál vamos? —preguntó Mina.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —refunfuñó Beleño—. Perdiste el mapa, ¿ya no te acuerdas? De todos modos, este sitio está bien para parar a descansar... ¿Qué estás haciendo?

Mina se tapó los ojos con las manos y empezó a girar sobre sí misma en medio del camino. Cuando ya estaba mareada, se detuvo tambaleante y extendió un brazo, y sus dedos quedaron señalando hacia el este.

—Iremos por ahí —anunció.

Beleño se quedó mirándola, sin poder hablar por el asombro.

—A cambio de un centavo de gnomo, dejaría que te llevase el coco —amenazó a la niña, y después añadió en un murmullo—: Aunque eso no sería muy considerado con el coco.

Echó un vistazo hacia el oeste, por donde el sol desaparecía rápidamente, como si quisiera huir a toda prisa. Las sombras empezaban a deslizarse por el camino.

Beleño empezó a ir de un lado a otro, buscando las piedras más grandes. Cada vez que encontraba una, la levantaba y la llevaba hasta donde estaba Mina, para dejarla caer pesadamente a sus pies.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mina, cuando el kender volvía ya con la cuarta piedra.

—Marcar el camino —contestó Beleño, mientras arrastraba la piedra número cinco. La dejó en el suelo y después empezó a colocarlas todas. Puso cuatro piedras una encima de la otra y la quinta la dejó a un lado del montón—. De esta forma, Rhys sabrá la dirección que hemos tomado en el cruce y podrá encontrarnos.

Mina observó el montón de piedras y de repente saltó sobre ellas y empezó a tirarla pila cuidadosamente dispuesta por Beleño.

—¿Qué haces? ¡Para! —gritó Beleño.

—¡No va a encontrarme! —le respondió Mina también a gritos—. No va a encontrarme nunca. No quiero que me encuentre.

Cogió una piedra y la lanzó. El proyectil estuvo a punto de darle a

Atta, que se apartó de un salto, sorprendida.

Beleño agarró a Mina, tiró de ella y le pegó un azote allí donde la espalda pierde su bello nombre. No pudo dolerle mucho, porque su mano no encontró más que las enaguas. Sin embargo, el azote tuvo el efecto de dejarla paralizada. Se quedó mirándolo boquiabierta y después se echó a llorar.

—¡Eres la niña más caprichosa y egoísta que he conocido en toda mi vida! —le gritó Beleño—. Rhys es un buen hombre. Se preocupa por ti más de lo que te mereces, mientras que tú te has comportado como una mocosa. Y ahora que te has escapado, seguro que está loco de preocupación y...

—Por eso me escapé —dijo Mina entre sollozos, tragando saliva —. Por eso no tiene que encontrarme nunca. Es un buen hombre. ¡Y yo casi hago que lo maten!

Beleño la miró perplejo. No se había escapado para huir de Rhys. ¡Se había escapado para protegerlo! El kender suspiró. Casi le daba pena haberle dado el azote. Casi.

—Vamos, Mina. —Beleño empezó a darle golpecitos en la espalda para que dejara de llorar—. Siento haber perdido los nervios. Entiendo por qué lo hiciste, pero aun así no deberías haberte escapado. Y en cuanto a lo de que casi haces que maten a Rhys, eso es una tontería. Yo casi hago que maten a Rhys un par de veces, y él casi hizo que me mataran a mí otras tantas. Para eso están los amigos.

Mina pareció muy sorprendida al oír aquella explicación. Incluso Beleño tuvo que admitir que no sonaba tan bien dicha en voz alta como cuando la tenía en la cabeza.

—Lo que quiero decir, Mina, es que Rhys se preocupa por ti. No va a dejar de preocuparse sólo porque tú te escapes. Y ahora has añadido más preocupación e incertidumbre a la preocupación original. Y respecto a lo de ponerle en peligro. —Beleño se encogió de hombros —. Desde el principio sabía que iba a estar en peligro, cuando decidió llevarte a Morada de los Dioses. Para él, el peligro no supone ninguna diferencia. Porque le importas.

Mina lo miraba fijamente y Beleño tuvo la impresión de que aquellos ojos ambarinos ribeteados de lágrimas podrían engullirlo entero. La niña extendió una mano tímida.

—¿Contigo es igual? —preguntó más tranquila—. ¿A ti también te importo?

Beleño estaba obligado a decir la verdad.

—Yo no soy tan buena persona como Rhys y tal vez hubo un momento o dos en que no me importabas nada, pero sólo fue un momento... o dos.

Le cogió la mano y la acarició.

—Ahora claro que me importas, Mina. Y siento haberte dado un

azote. Así que ayúdame a hacer un montón con estas piedras.

Mina lo ayudó a colocar las piedras y después prosiguieron su camino, hacia el este. El camino discurría por praderas de altas hierbas, junto a una poza y por un par de riachuelos. Para entonces, el sol no era más que un punto rojizo en el cielo. Desde lo alto de un cerro vieron que el camino descendía por un valle y desaparecía en un bosque.

Beleño consideró todas las opciones. Podían acampar allí mismo, junto al camino, en pleno campo. Rhys podría encontrarlos, pero lo mismo podría hacer cualquier otra persona, un ladrón o un bandido. Aunque Mina podía cuidar de sí misma, por ser una diosa, ¿también cuidaría de Beleño y de *Atta*?. Después de haberla visto en acción en el templo, Beleño no quería arriesgarse.

Si acampaban en el bosque, encontrarían un sinfín de sitios —troncos huecos, matorrales y cosas de ese tipo— donde descansar cerca del camino y, al mismo tiempo, permanecer ocultos. *Atta* los avisaría si Rhys se acercaba.

Con la decisión ya tomada, Beleño empezó a bajar por el camino que se internaba en el bosque. Mina, que se mostraba de lo más dócil desde la pelea, lo seguía de cerca y *Atta* trotaba detrás de ellos. El sol se deslizaba hacia donde fuera que pasaba la noche y dejaba el mundo mucho más oscuro de lo que era posible imaginarse. Beleño tenía la esperanza de que una luna o dos les dieran un poco de luz, pero por lo visto las lunas estaban ocupadas con otros asuntos, pues ni siquiera se asomaron y las estrellas quedaron tapadas por las tupidas hojas de los altos árboles.

Beleño había estado en multitud de bosques, pero no recordaba ninguno tan oscuro y lúgubre. Apenas veía nada, pero sí oía muy bien y le llegaban muchos sonidos de criaturas escabullándose, escondiéndose y arrastrándose. La actitud de *Atta* tampoco resultaba muy tranquilizadora, pues se quedaba mirando muy fijamente entre los árboles y gruñía. En una ocasión, se abalanzó sobre algo y lanzó una dentellada, a lo que ese algo le respondió con otro gruñido y otra dentellada, pero se fue.

Mina cogió al kender de la mano, como si no quisiera perderlo en la oscuridad. Era evidente que estaba asustada, pero no dijo ni una palabra. Parecía como si intentara compensar haberse comportado como una mocosa y Beleño sintió que se enternecía. Estaba empezando a pensar que su idea de acampar en el bosque no había sido una de sus mejores ocurrencias. Había estado atento todo el rato para encontrar un lugar donde pasar la noche, pero no daba con ninguno y el bosque se volvía más tenebroso por momentos. Algo se lanzó sobre ellos desde un árbol y remontó el vuelo sobre sus cabezas, lanzando un graznido chirriante. Mina gritó y se acurrucó en el suelo,

Beleño se cayó y se torció un tobillo.

—Tenemos que parar y levantar el campamento —dijo el kender.

—No quiero parar aquí —se quejó Mina, temblando.

—No veo a un palmo de mis narices. Pero estaremos bien...

Atta emitió un ladrido espeluznante, atacó a algo y luchó un rato contra lo que fuera aquello. La cosa lanzó un gañido y cayó. *Atta* se quedó jadeando mientras Mina hacía pucheros. En el fondo de su ser, Beleño se sentía igual.

—Bueno, podemos ir un poco más lejos —concedió el kender.

Los tres siguieron por el camino. Mina iba pegada a Beleño y éste arrastraba los pies en medio de la oscuridad, con *Atta* gruñendo a cada paso que daba.

—¡Veo una luz! —exclamó Mina, parándose de golpe.

—No, no ves nada —repuso Beleño enfadado—. Es imposible. ¿Qué iba a hacer una luz en medio de este bosque tenebroso?

—Pero es que veo una luz —insistió Mina.

entonces Beleño también la vio. Era una luz que titilaba entre los árboles. Brillaba desde una ventana, y una ventana significaba una casa, y una casa con una luz en la ventana significaba que había alguien viviendo en el bosque, en una casa, con una luz en la ventana. Es más, estaba oliendo el más embriagador de los olores: el tentador aroma de una hogaza o un pastel recién sacado del horno.

—¡Vamos! —exclamó Mina, entusiasmada.

—Espera un momento —la frenó Beleño—. Cuando era pequeño, mi madre me contó una historia sobre una bruja fea y vieja que atraía a los niños hasta su casa, los metía en el horno y hacía bizcochos de jengibre con ellos.

Mina lanzó un grito ahogado y se aferró a su mano con tanta fuerza que Beleño dejó de sentir los dedos. El kender volvió a olfatear el aire. Fuera lo que fuese lo que estaban cocinando, olía muy pero que muy bien, no como un niño al horno. Y pasar la noche en una cama blanda era mucho mejor que dormir en un tronco hueco, suponiendo que encontraran uno.

—Vamos a ver —dijo Beleño al fin.

—¿A ver a una bruja vieja y fea? —preguntó Mina, temblando y quedándose atrás.

—Estoy casi seguro de que me he equivocado. No era una bruja. Era una dama muy hermosa que hacía bizcochos para los niños, no con niños.

—¿Estás seguro? —Mina no parecía muy convencida.

—Seguro —afirmó Beleño.

No obstante, lo más extraño era que habría jurado que en el mismo momento que había mencionado el bizcocho de jengibre, había empezado a oler a bizcocho de jengibre.

Mina no ofreció más resistencia. Cogidos muy fuerte de la mano, se dirigieron a la casa. Beleño ordenó a *Atta* que permaneciera junto a él, pues no le quedaba más remedio que admitir para sí que era mucho más probable que encontraran brujas horrendas que hermosas damas viviendo en un bosque oscuro y tenebroso. *Atta* había dejado de gruñir y Beleño lo interpretó como una buena señal.

A medida que se acercaban a la luz, Beleño se sentía más confiado. Vio que la luz provenía de una pequeña cabaña de dos o tres habitaciones con aspecto acogedor. La vela estaba en la ventana. Su luz se filtraba a través de unas cortinas blancas e iluminaba un caminito de piedras bordeado de flores, cuyos pétalos se mecían somnolientos y despedían un suave perfume que lo envolvía todo.

No percibía más que buenas señales, pero Beleño era un kender precavido y tenía un hechizo preparado, por si acaso.

—Si resulta que se trata de una bruja fea —le susurró a Mina—, yo grito «corre» y tú echas a correr. No te preocupes por mí. Te alcanzaré.

La niña asintió, nerviosa, sin soltarlo. Beleño debía tener las dos manos libres, porque necesitaba una para llamar a la puerta y la otra para conjurar el hechizo, en caso de que quien abriera fuera una bruja.

—*Atta*, estáte atenta —avisó a la perra.

Beleño se acercó a la puerta y llamó con un golpe enérgico.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Hay alguien en casa?

Se abrió la puerta y la luz bañó la entrada. Era una mujer. Beleño no la veía demasiado bien, porque una luz muy intensa lo cegaba. Iba toda vestida de blanco y el kender tuvo la impresión de que era amable, delicada y tierna, pero al mismo tiempo fuerte, poderosa y con dotes de mando. No se explicaba cómo alguien podía ser todas esas cosas a la vez, pero así lo percibía y sintió un poco de miedo.

—Encantado, señora. Mi nombre es Beleño y soy un kender acechador nocturno que sabe unos cuantos hechizos muy potentes. Ellas son Mina y *Atta*, que es de una raza de perros muy mordedores. Tiene unos colmillos muy afdados.

—Encantada, Mina, Beleño y *Atta* —contestó la mujer y extendió la mano hacia la perra. *Atta* la olfateó y, para gran asombro de Beleño se levantó sobre los cuartos traseros y apoyó las patas sobre el pecho de la mujer.

—*Atta*\ ¡Eso no se hace! —ordenó Beleño atónito—. Lo siento, señora. Normalmente no se comporta así con la gente.

—No pasa nada —lo tranquilizó la mujer, mientras acariciaba a. *Atta* en la cabeza con delicadeza y sonreía a Beleño—. Tú y tu amiguita parecéis cansados y hambrientos. ¿No vais a entrar?

Beleño vacilaba y Mina no se movía ni un paso.

—No vas a meternos en el horno, ¿verdad? —preguntó la niña con un hilo de voz.

La mujer se echó a reír. Tenía una risa maravillosa, de esas que hacían que Beleño se sintiera bien de golpe.

—Alguien te ha estado contando cuentos —dijo la mujer, lanzando una mirada divertida al kender. Ofreció la mano a Mina—. Pero por una extraña casualidad, he hecho un bizcocho de jengibre. Si entráis, podemos comerlo juntos.

Beleño pensó que aquélla era una casualidad muy pero que muy extraña, tal vez una casualidad no sólo extraña, sino también siniestra. Sin embargo, *Atta* ya había aceptado la invitación. La perra entró en la casa alegremente, encontró un buen sitio junto la chimenea y se acomodó. Se acurrucó con la cola alrededor de las patas y el hocico apoyado en la cola. Mina cogió a la mujer de la mano y dejó que la condujese adentro, mientras Beleño se quedaba en la entrada con aquel aroma tentador del bizcocho recién hecho llamando a su estómago.

—Nos podemos quedar un ratito —advirtió el kender, cruzando el umbral de la puerta muy despacio—. Sólo hasta que nuestro amigo, Rhys Alarife, nos encuentre. Es un monje de Majere campeón en dar patadas.

La mujer cortó un trozo de bizcocho, lo colocó en un plato y se lo tendió a Mina, junto con una cucharilla. Después, la mujer puso crema sobre el bizcocho. Cortó otro trozo grande y se lo ofreció al kender.

Beleño ya no se resistió más.

—Está increíblemente bueno, señora —masculló con la boca llena —. Puede que sea el mejor bizcocho de jengibre que haya probado nunca. Podría decirlo con más seguridad si tomara otro trozo.

La mujer le cortó otro.

—Sin duda es el mejor —confirmó Beleño, limpiándose la boca con una servilleta y, sin querer, dejando caer servilleta y cucharilla en su bolsillo.

Mina se había quedado dormida con su bizcocho a medio comer. Descansaba con la cabeza entre los brazos, apoyada sobre la mesa. La mujer la miró y le acarició el pelo rojizo con ternura. Beleño también se sentía somnoliento. Una de las reglas básicas del viajero era no quedarse dormido en una casa desconocida en medio de un bosque oscuro, sin importar lo bueno que estuviera el bizcocho. Pero sus ojos se empeñaban en cerrarse, así que se sujetó los párpados con los dedos y empezó a hablar, con la esperanza de que el sonido de su propia voz mantuviera despierto.

—¿Vive aquí sola, señora?

—Así es —contestó ella. Se acercó a una mecedora que había junto a la chimenea y se sentó.

—¿No da un poco de miedo vivir en medio de un bosque oscuro? ¿Por qué vive aquí?

—Doy cobijo a aquellos que se pierden en la noche —repuso la mujer. Se inclinó hacia *Atta*, que estaba junto a la mecedora. La perra le lamió la mano y apoyó la cabeza sobre los pies de la desconocida.

—¿Son muchos los que encuentran el camino hasta aquí?

—Muchos lo encuentran, aunque desearía que fueran muchos más los que me encontraran.

La mujer empezó a balancearse en la mecedora, tarareando una canción muy suave.

Beleño se sentía arropado, a salvo y en paz. Ya no lograba sostener la cabeza por más tiempo y la dejó descansar sobre la mesa. Sus párpados parecían resueltos a cerrarse, pasara lo que pasase. Se dio cuenta de que ni siquiera sabía el nombre de la mujer, pero en ese momento no le parecía importante. Al menos, no lo suficiente para salir de aquel cálido sopor y preguntárselo.

Vagamente, se dio cuenta de que la mujer se levantaba y se acercaba a Mina. Vagamente, se dio cuenta de que la mujer cogía en brazos a la niña dormida, la abrazaba y le daba un beso.

Mientras el sueño se apoderaba de él, a Beleño le pareció oír la voz de la mujer.

—Mina... Mi hija... Mi pequeña... —susurraba con ternura.

2

Rhys seguía la calzada que se dirigía hacia el norte desde Solace, confiando en que estaba siguiendo los pasos de sus amigos. La matrona no era la única que había visto al kender, la niña y la perra. Se había encontrado con otros muchos a lo largo del camino que también los habían visto. Los tres estaban bien y caminaban hacia el norte.

Se alegró al saber que, a pesar de que habían partido varias horas antes de que él hubiera empezado a seguirlos, no le sacaban demasiada ventaja. Había temido que a Mina se le hubiera metido en la cabeza caminar hasta Morada de los Dioses a paso de dios, pero por lo visto ella, el kender y la perra andaban sin prisa. A veces tenía la esperanza de encontrárselos sentados a un lado de la calzada, con los pies doloridos y cansados de tanto discutir.

Pero pasaba el tiempo y no los encontraba. Empezaba a preguntarse si todavía irían delante de él. No tenía ninguna forma de saberlo con seguridad. Desde hacía tiempo, ya no se cruzaba con ningún viajero. Se acercaba la noche y no había rastro de ellos. Ya había previsto que tendría que buscarlos después de que oscureciera, así que le había pedido prestado un farol a Laura. Encendió la vela que tenía dentro y con él iluminó el camino mientras seguía andando. Ya tenía experiencia buscando ovejas perdidas por la noche y sabía que era una tarea tediosa, difícil y, a menudo, infructuosa. Tal vez pasara justo a su lado en la oscuridad y ni siquiera se diera cuenta.

La búsqueda habría resultado mucho más sencilla si tuviera a *Atta* con él. Sin la perra, se preguntaba si no sería más sensato detenerse y proseguir con la búsqueda a la mañana siguiente. Entonces pensó en los tres, solos y desamparados en el camino, y siguió adelante.

Llegó al punto en el que la calzada se dividía. Bajo la luz del farol se veían perfectamente las piedras apiladas y Rhys suspiró aliviado. Era razonable pensar que las había dejado el kender para indicarle el camino que habían seguido, hipótesis que quedó confirmada cuando Rhys vio las huellas de *Atta* y las de unas botas pequeñas poco después.

Tomó la bifurcación del este y se internó en un bosque. No tardó en llegar cerca de la casa. Iba caminando despacio, atento al camino, en busca de cualquier señal de sus amigos desaparecidos. Cada cierto tiempo se detenía y, en una de estas ocasiones, descubrió la luz titilante, brillando en la noche como una estrella protectora.

Siguió caminando hasta un lugar en el que los matorrales aplastados y las ramas rotas indicaban que sus amigos habían dejado el camino y se habían internado en el bosque. Se dirigían hacia la luz,

que supuso que era una vela en una ventana, como una baliza que guiara a aquellos que vagaban entre las tinieblas.

Recorrió el sendero. Las flores se habían cerrado, dormidas. La cabaña estaba arropada por la quietud. En el camino había oído ruidos de animales moviéndose en la oscuridad, y cantos de aves nocturnas. Allí todo era silencio, dulce y sereno. No se sentía inquieto, no percibía amenazas ni peligros. Cuando se acercó más, vio que la cortina de la ventana estaba corrida hacia un lado. La vela ardía sobre una palmatoria de plata en el alféizar de la ventana. A la luz de las brasas, vio a una mujer sentada en una mecedora, abrazando a una niña dormida.

La mujer se balanceaba lentamente. La cabeza de Mina descansaba sobre su pecho. Mina ya era demasiado mayor para que la acunasen como a un bebé y jamás lo habría permitido si estuviera despierta. Pero dormía profundamente y nunca lo sabría.

El rostro de la mujer expresaba un sufrimiento indecible que a Rhys se le clavó en el corazón. Vio a Beleño dormido con la cabeza apoyada en la mesa ya *Atta* dormitando junto a la chimenea. De repente, no se atrevía a llamar a la puerta, pues no quería molestar a ninguno de ellos. Como ya sabía que sus amigos estaban a salvo, podía dejarlos allí y volver a buscarlos con la llegada del nuevo día.

Ya volvía sobre sus pasos, cuando *Atta*, bien porque reconoció sus pisadas o bien identificó su olor, ladró para darle la bienvenida. La perra se puso en pie de un salto, corrió a la puerta y empezó a gemir y a arañarla.

—Entra, hermano —lo llamó la mujer—. Estaba esperándote.

Rhys abrió la puerta, que no tenía cerrojo, y entró en la casa. Acarició a *Atta*, que no sólo meneaba la cola en señal de alegre saludo, sino que agitaba todo el lomo. Beleño se había sobresaltado con el ladrido de *Atta*, pero el kender estaba tan exhausto que volvió a dormirse sin llegar a despertarse del todo.

Rhys se detuvo delante de la mujer y le hizo una profunda reverencia, cargada de respeto.

—Entonces es que me conoces —dijo ella, mirándolo con una sonrisa en los labios.

—Así es, Dama Blanca —contestó en voz baja, para no despertar a Mina.

La mujer asintió. Acarició el pelo de Mina y después la besó tiernamente en la frente.

—Así me gustaría consolar a todos los niños que estén perdidos y afligidos esta noche.

La Dama Blanca, como algunos conocían a la diosa Mishakal, se puso de pie y llevó a Mina a la cama. Mishakal la tumbó con delicadeza y la tapó con una colcha. Rhys dio unos golpecitos suaves a

Beleño en el hombro.

El kender abrió un ojo y dejó escapar un gran bostezo.

—Vaya, hola, Rhys. Me alegro de que estés vivo. Prueba el bizcocho —le aconsejó Beleño, antes de volver a dormirse.

Mishakal se había quedado contemplando a Mina. Rhys sentía que la emoción se apoderaba de él, tenía el corazón tan henchido que ni siquiera podría hablar, en caso de que lograra encontrar las palabras. Sentía el dolor de la diosa, obligada a entregar al sueño eterno a la hija nacida del júbilo de la creación del mundo, consciente de que esa hija jamás vería la luz que le había dado la vida. Y después había llegado la desgarradora noticia de que cuando su hija había abierto los ojos por primera vez, no había sido luz lo que había visto, sino una despiadada oscuridad.

—No es habitual que un mortal se compadezca de un dios, hermano Rhys. No es habitual que un dios merezca la compasión de un mortal.

—No os compadezco, señora —repuso Rhys—. Siento tristeza por ella y por vos.

—Gracias, hermano, por haberla cuidado. Sé que estás cansado y aquí encontrarás descanso todo el tiempo que quieras. Pero si pudieras olvidar tu cansancio un poco más, hermano, tendríamos que hablar, tú y yo.

Rhys se sentó a la mesa, que todavía estaba cubierta de migas del bizcocho de jengibre.

—Lamento la destrucción que asoló Solace y las vidas que se perdieron, Dama Blanca—dijo Rhys—. Me siento responsable. No debería haber llevado a Mina allí. Sabía que Chemosh estaba buscándola. Tendría que haber imaginado que intentaría llevársela...

—Tú no eres responsable de las acciones de Chemosh, hermano —lo tranquilizó Mishakal—, Fue positivo que tú y Mina estuvierais en Solace cuando Krell os atacó. Si hubieras estado solo, no habrías podido derrotarlo a él ni a sus Guerreros de los Huesos. Tal como ocurrió, mis sacerdotes y los de Majere, los de Kiri-Jolith, los de Gilean y otros más estaban allí para ayudarte.

—Muchos inocentes perdieron la vida en la batalla...

—Y Chemosh tendrá que responder por sus vidas —aseguró Mishakal con dureza—. Rompió el juramento de Gilean al intentar raptar a Mina. Ha provocado la ira de todos los dioses, incluyendo la de sus propios aliados, Sargonnas y Zeboim. Una fuerza de minotauros ya marcha hacia el castillo de Chemosh, cerca de Flotsam, con órdenes de arrasarlo. El Señor de la Muerte ha huido de este mundo y está atrincherado en la Sala de la Muerte. Sus clérigos están siendo perseguidos y destruidos.

—¿Ya a estallar otra guerra? —preguntó Rhys consternado.

—Nadie lo sabe —contestó Mishakal muy seria—. Eso depende de Mina. De las decisiones que tome.

—Perdonadme, Dama Blanca, pero Mina no está preparada para tomar decisiones. Se encuentra muy confundida.

—Yo no estoy tan segura —repuso Mishakal—. Fue Mina quien tomó la decisión de ir a Morada de los Dioses. Ninguno de nosotros se lo sugirió. Su instinto es lo que la atrae hacia allí.

—¿Qué espera encontrar? ¿De verdad va a reunirse con Goldmoon, como ella cree?

—No —contestó Mishakal sonriente—. El espíritu de mi amada servidora, Goldmoon, está muy lejos de aquí, su alma prosigue su viaje. No obstante, Mina sí se dirige a Morada de los Dioses en busca de una madre. Busca a la madre que la creó con alborozo y también busca a la madre oscura, Takhisis, que le dio la vida. Debe decidir a cuál de las dos sigue.

—Y mientras no tome esa decisión, los conflictos religiosos continuarán —concluyó Rhys, afligido.

—Ésa es una triste verdad, hermano. Si Mina tuviera toda una eternidad para decidir, al final encontraría su camino. —Mishakal suspiró—, Pero no tenemos una eternidad. Como tú temes, lo que ha comenzado como un conflicto se convertirá en una guerra total.

—Llevaré a Mina a Morada de los Dioses —prometió Rhys—. La ayudaré a encontrar su camino.

—Tú eres su guía, su guardián y su amigo, hermano. Pero no puedes llevarla a Morada de los Dioses. Únicamente una persona puede hacerlo. Aquel al que el destino de Mina está inextricablemente unido. En caso de que él decida hacerlo. Tiene derecho a negarse.

—No lo entiendo, Dama Blanca.

—Los dioses de la luz hicieron una promesa a la humanidad: los mortales son libres para elegir su propio destino. Todos los mortales.

Rhys percibió el énfasis que daba a la palabra «todos» y lo encontró extraño, como si quisiera incluir a algún mortal que pudiera considerarse excepcional. Preguntándose lo que querría decir, reflexionó sobre sus palabras y de pronto lo comprendió.

—«Todos los mortales» —repitió—. Incluso aquellos que una vez fueron dioses. ¡Os referís a Valthonis!

—Mina se dirige a Morada de los Dioses en busca de su madre, pero también en busca de su padre. Valthonis, quien una vez fue Paladine, no está sujeto al edicto de Gilean. Valthonis es el único que puede ayudarla a encontrar su camino.

—Y Mina ha jurado matar a la única persona que podría salvarla.

—Sargonnas es listo, mucho más listo que Chemosh. Su plan es ofrecerle a Mina que decida: la oscuridad o la luz. Gilean no puede interponerse en esa situación. Y Sargonnas también ofrece una opción

a Valthonis. Un amargo dilema para Mina, para Valthonis y para ti, hermano. Con el nuevo día, puedo enviaros a ti y a Mina y a aquellos que decidan acompañaros a encontraros con Valthonis, si todavía estás resuelto a seguir ese camino. Te daré esta noche para que lo pienses, pues podría estar enviándote a tu propia muerte.

—No necesito una noche para pensarlo, Dama Blanca. Estoy decidido —afirmó Rhys—. Haré todo lo que pueda para ayudar tanto a Mina como a Valthonis. No temo por él. No está solo en su camino. Cuenta con los Fieles, sus guardianes voluntarios, que han jurado protegerlo...

—Cierto —lo interrumpió Mishakal con una sonrisa deslumbrante —. Cuidan de él los muchos que lo quieren.

Después suspiró y añadió en voz baja:

—Pero la decisión no es de ellos. La decisión debe ser de Valthonis y de nadie más...

3

Elspeth, la elfa fronteriza, había estado con Valthonis desde el principio. Era uno de los Fieles, aunque a menudo no repararan en ella. Cuando Valthonis había decidido exiliarse del panteón de los dioses, lo había hecho para mantener el equilibrio, roto tras la desaparición de su homologa oscura, Takhisis. Una vez tomada la decisión de ser mortal, había adoptado la forma de un elfo y se había unido a ese pueblo en su amargo exilio de sus tierras ancestrales. No fue él quien pidió tener fieles. Él quería recorrer su penoso camino en soledad. Aquellos que lo acompañaban lo hacían por decisión propia y la gente los había bautizado como «los Fieles».

Todos los Fieles recordaban perfectamente su primer encuentro con el Dios Caminante. Podían decir incluso qué hora del día era y si brillaba el sol o llovía, pues sus palabras les habían llegado al corazón y habían cambiado sus vidas para siempre. Sin embargo, no recordaban haber visto a Elspeth, aunque tenían la certeza de que ella debía de estar con él en ese momento, sencillamente porque no podían recordar ni una sola vez que no lo estuviera.

Elspeth era una mujer de edad indeterminada y siempre vestía la camisa sencilla y tosca y los pantalones de piel característicos de los elfos fronterizos, aquellos elfos que nunca se habían sentido cómodos en la civilización y que preferían habitar las regiones más solitarias y aisladas de Ansalon. Su melena blanca se apoyaba en los hombros. Sus ojos eran de un azul transparente. Tenía un bello rostro, pero siempre impasible; en raras ocasiones demostraba emoción alguna.

Elspeth seguía aislada incluso en compañía de los Fieles. Éstos entendían por qué, o al menos eso creían, y siempre se mostraban amables con ella.

Elspeth era muda. Le habían cortado la lengua. Nadie sabía con certeza cómo había acabado tan horriblemente mutilada, aunque abundaban los rumores. Algunos decían que la habían asaltado y que su atacante le había cortado la lengua para que no pudiera delatarlo. Otros afirmaban que los gobernantes de Silvanesti eran quienes la habían mutilado. Se sabía que cortaban la lengua de todo aquel que se atreviera a hablar en su contra.

El rumor más atroz, y al que no solía dársele crédito, contaba que Elspeth se había cortado la lengua a sí misma. Nadie sabía por qué habría hecho tal cosa. ¿Qué palabras temía tanto decir que se había mutilado para no pronunciarlas jamás?

Los Fieles siempre eran amables con ella y trataban de incluirla en sus actividades o conversaciones. Pero Elspeth era tan tímida que cada vez que alguien le hablaba, se escabullía.

Valthonis trataba a Elspeth como trataba al resto de los Fieles; con una cortesía gentil y reservada, sin mostrarse distante, pero siempre un poco apartado. Entre el Dios Caminante y los Fieles se levantaba un muro que nadie podía cruzar. Valthonis era mortal. Como había adoptado la forma de un elfo, no envejecía igual que los humanos, pero acusaba su constante caminar. Siempre dormía a la intemperie y rechazaba el abrigo de una casa o un castillo; y nunca abandonaba el camino, ya lo azotara el viento y la lluvia, bajo el sol o la nieve. Su delicada piel estaba curtida y bronceada. Era delgado y enjuto, sus ropas (camisa y pantalón, botas y una capa de lana) estaban gastadas de tanto viajar.

Los Fieles lo observaban con admiración, conscientes en todo momento del sacrificio que había hecho por la humanidad. Para ellos, casi seguía siendo un dios. ¿Qué sería él para sí mismo? Nadie lo sabía. Solía hablar de Paladine y de los dioses de la luz, pero siempre como un mortal habla de los dioses, devoto y reverente. Nunca hablaba como si hubiera sido uno de ellos.

Los Fieles solían especular entre ellos si Valthonis recordaría que había sido el dios más poderoso del universo. A veces interrumpía sus palabras, su mirada se perdía a lo lejos y arrugaba la frente, como si tratara de concentrarse con gran esfuerzo para recordar algo inmensamente importante. Los Fieles creían que en aquellas ocasiones Valthonis debía de vislumbrar lo que una vez había sido, pero cuando trataba de atrapar el recuerdo, éste se escabullía, tan efímero como la bruma del amanecer. Por su propio bien, rogaban que nunca llegara a recordar.

Los Fieles se habían dado cuenta de que, en esos momentos, Elspeth siempre se acercaba un poco más a él. Aquel que entonces diera la casualidad que mirara a la elfa, la vería sentada, inmóvil y tranquila, con la mirada clavada en Valthonis, como si él fuera lo único que veía, lo único que deseaba ver. Después, la expresión de Valthonis se suavizaba, sacudía levemente la cabeza, sonreía y retomaba la conversación.

El número de Fieles cambiaba de un día a otro, pues unos decidían unirse a Valthonis en su eterno caminar mientras otros partían. Valthonis nunca les pedía que se quedasen, ni que marchasen. Tampoco le prestaban juramento, pues él no lo aceptaría. Provenían de todas las razas y formas de vida, ricos y pobres, sabios e ignorantes, de alta y baja alcurnia. Nadie cuestionaba a aquellos que se unían a él, pues Valthonis no lo habría permitido.

Todos los Fieles sin excepción recordaban el día en que el ogro había salido del bosque y se había plantado delante de Valthonis. Más de uno se llevó la mano a la espada, pero una mirada de Valthonis bastó para detenerlos. Siguió hablando con aquellos que lo rodeaban,

a quienes les suponía un gran esfuerzo escucharlo, pues no lograban olvidarse del ogro. El ser gigantesco avanzaba pesadamente y les lanzaba miradas torvas, gruñendo a quien se atreviera a acercarse demasiado.

Los que conocían a los ogros aseguraban que se trataba del jefe de una tribu, porque llevaba una pesada cadena de plata al cuelo y el mugriento chaleco de piel estaba adornado con innumerables cabelleras y otros trofeos espeluznantes. Era enorme. Los más altos del grupo no le llegaban más que al pecho y desprendía tal pestilencia que llegaba hasta el cielo. Los acompañó una semana y en todo ese tiempo no le dirigió la palabra a nadie, ni siquiera a Valthonis.

Entonces, una tarde, cuando estaban sentados alrededor del fuego, el ogro se puso de pie y caminó pesadamente hasta Valthonis. Los Fieles se pusieron en guardia al instante, pero Valthonis les ordenó envainar las armas y que volvieran a sentarse. El ogro se quitó la cadena plateada y se la ofreció al Dios Caminante.

Valthonis puso la mano sobre la cadena y pidió a los dioses que la bendijesen. Después, se la devolvió. El ogro gruñó satisfecho. Volvió a colgarse la cadena del cuello y, con otro gruñido, los abandonó y se internó en el bosque, acompañado por el estruendo de sus pisotadas. Todos dejaron escapar un suspiro de alivio. Más adelante empezaron a llegar historias de Blode que contaban que un ogro con una cadena de plata se esforzaba por aliviar las miserias de su pueblo e intentaba detener la violencia y terminar con el derramamiento de sangre. Entonces los Fieles recordaron a su compañero el ogro y quedaron maravillados.

A lo largo del camino también solían unírseles kenders. Saltaban alrededor de Valthonis como si fueran grillos y lo acosaban con multitud de preguntas, como por qué las ranas tenían bultos y las serpientes no y por qué el queso es amarillo si la leche es blanca. Los Fieles hacían muecas, pero Valthonis respondía pacientemente a todas sus preguntas e incluso parecía divertirse cuando algún kender andaba cerca. Los kenders siempre eran una dura prueba para sus seguidores, pero éstos ponían todo su empeño en seguir el ejemplo del Dios Caminante y hacían acopio de paciencia y entereza. Incluso, se resignaban a que les robaran todas sus pertenencias.

Los gnomos se acercaban para discutir a grandes rasgos con el Dios Caminante los diseños de sus últimos inventos. El los estudiaba y, haciendo gala de gran diplomacia, les indicaba los errores del diseño que más probablemente causarían heridos o muertos.

Los elfos siempre acompañaban a Valthonis y muchos permanecían con él largos periodos de tiempo. También se contaban muchos humanos entre los Fieles, aunque tendían a quedarse menos tiempo que los elfos. Tampoco era raro que los paladines de Kiri-Jolith

y los caballeros solámnicos acudieran a Valthonis para hablar sobre sus misiones, pedirle su bendición o formar parte de su séquito. Durante un tiempo también viajó con ellos un enano de las colinas. Se trataba de un sacerdote de Reorx que decía que iba en recuerdo de Flint Fireforge.

Valthonis recorría cada camino y calzada, y sólo se detenía para descansar y dormir. Incluso sus frugales comidas las tomaba caminando. Cuando llegaba a una ciudad, recorría las calles y se detenía a hablar con los que se encontraba, pero nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio. En muchas ocasiones los clérigos le pedían que diera sermones o conferencias. Valthonis siempre se negaba. Él hablaba mientras caminaba.

Muchos eran los que buscaban su conversación. La mayoría le eran devotos y deseaban escuchar y asimilar todas sus palabras. Pero también había quienes eran escépticos, aquellos que sólo querían discutir, burlarse o reírse de él. En esos momentos más que nunca, los Fieles tenían que practicar el autodominio, pues Valthonis únicamente les permitía intervenir si la persona se ponía violenta, e incluso entonces parecía más preocupado por la seguridad de aquellos que lo rodeaban que por la de sí mismo.

Un día tras otro, los Fieles llegaban y se iban. Pero Elspeth siempre estaba a su lado.

Aquel día, mientras recorrían los sinuosos caminos que cruzaban las montañas Khalkist, en algún lugar cerca del valle maldito de Neraka, los Fieles se sorprendieron al ver que la silenciosa Elspeth abandonaba su habitual lugar, en el extremo del grupo y, deslizándose sigilosamente, se ponía un paso por detrás de Valthonis. Él no se dio cuenta, pues estaba hablando con un seguidor de Chislev sobre cómo podría evitarse los expolios cometidos por el Señor de los Dragones en aquellas tierras.

Los Fieles se percataron del movimiento de Elspeth y les pareció extraño, pero no le dieron más importancia. Más tarde volvieron la vista a aquel momento y, afligidos, desearon haberle prestado más atención.

A Galdar le sobrevenían sentimientos contradictorios cuando pensaba en su misión. Iba a reencontrarse con Mina y no estaba muy seguro de cómo se sentía al respecto. Por una parte se alegraba. No la había visto desde que los habían obligado a separarse en la tumba de Takhisis, cuando ella se había entregado a los brazos del Señor de la Muerte. Él había intentado detenerla, pero el dios le había arrebatado a Mina. A pesar de todo, Sargas habría estado dispuesto a buscarla, pero Galdar le había dado a entender que tenía cosas más importantes que hacer en nombre de su dios y su pueblo que andar corriendo detrás de una jovencita mortal.

Desde entonces, a Galdar le iban llegando noticias sobre Mina, sobre cómo se había convertido en Suma Sacerdotisa de Chemosh, la amante del Señor de los Huesos, y el minotauro siempre fruncía el entrecejo y sacudía su cabeza astada. Que Mina se convirtiera en sacerdotisa era un desperdicio imperdonable. Galdar se quedó tan sorprendido como si le hubieran dicho que Makel el Temor de los Ogros, el famoso héroe de guerra minotauro, se había convertido en druida y andaba por ahí curando animalitos enfermos.

Ésa era la razón por la que Galdar se resistía a reencontrarse con Mina. Si la mujer audaz y valerosa que había montado con él a lomos de un dragón para enfrentarse al aterrador Señor de los Dragones Malys se había convertido en devota del taimado y traicionero Chemosh, y pasaba el día agitando huesos, entonando hechizos y arrastrando la tánica de un lado a otro, Galdar no quería tener nada que ver con ella. No quería verla así. Prefería conservar sus recuerdos de Mina como una guerrera triunfal, no como una traicionera sacerdotisa.

Pero habría otra razón por la que no se sentía a gusto con su misión. Había dioses de por medio y Galdar ya había tenido más que suficiente de divinidades durante la Guerra de las Almas. Al igual que Gerard, aquel antiguo enemigo que se había convertido en amigo, Galdar prefería mantenerse lo más lejos posible de los dioses. Sentía tal reticencia que estuvo a punto de negarse a aceptar la misión, aunque aquello implicase decir «no» a Sargas, algo que ni siquiera los hijos del dios osaban hacer.

Finalmente, ganaron la fe que Galdar tenía en Sargas (así como su miedo) y su anhelo de volver a ver a Mina. Aceptó la misión de mala gana. (Hay que tener en cuenta que Sargas no contó a Galdar la verdad, que la propia Mina era una diosa. El dios astado debió de considerar que aquella era una prueba demasiado dura para su fiel servidor.)

Galdar y la pequeña partida de minotauros a la que estaba al mando pa bastante tiempo reconociendo al enemigo, calculando su número y valorando sus habilidades. Galdar era un líder precavido e inteligente que no caía en el mismo error que muchos de su raza, los cuales daban por hecho que tenían la batalla ganada únicamente porque se enfrentaban a soldados elfos. Galdar había combatido contra los elfos durante la Guerra de las Almas y había aprendido a respetarlos como guerreros, aunque los despreciara en todos los demás aspectos. Convenció a sus tropas de que los elfos eran unos guerreros ágiles y tenaces, que en aquella ocasión lucharían aun con más ferocidad debido a la lealtad y devoción que sentía por el Dios Caminante.

Galdar tendió una emboscada en los bosques de las montañas

Khalkist. Eligió aquella región porque había calculado que, una vez que el Dios Caminante se hubiera alejado de la civilización, el número de sus seguidores disminuiría. Cuando Valthonis recorría las principales vías de Solamnia, podían acompañarlo hasta veinte o treinta personas. En esas tierras, lejos de todas las ciudades grandes y cerca de Neraka, una región de Ansalon a la que la mayoría seguía considerando maldita, sólo los más devotos permanecerían a su lado. Galdar contó seis guerreros elfos armados con arco, flechas y espada, un elfo fronterizo desarmado y un druida de Chislev cubierto por una túnica verde musgo que seguramente los atacaría con hechizos sagrados.

Decidió que la hora de la embocada sería el atardecer, cuando las sombras de la noche que se alargaban entre los árboles disputaban su dominio a los últimos rayos de sol. En ese momento del día, la penumbra podía engañar al ojo y hacer blanco en el objetivo era difícil hasta para un arquero elfo.

Galdar y su tropa se escondieron entre los árboles, disponiéndose a esperar hasta que oyeran al grupo avanzando por el camino, que apenas era una senda de cabras. La partida todavía estaba a cierta distancia, así que Galdar tenía el tiempo suficiente para dar a sus minotauros las instrucciones de última hora.

—Tenemos que coger al Dios Caminante vivo —dijo, poniendo mucho énfasis en la última palabra—. Esta orden proviene del mismo Sargas. No lo olvidéis: Sargas es el dios de la venganza. Si desobedecéis, es por vuestra propia cuenta y riesgo. Y yo os confieso que no estoy preparado para que su cólera caiga sobre mí.

Los demás minotauros se mostraron de acuerdo con mucha vehemencia y alguno que otro miró a los cielos con inquietud. Se sabía que el castigo de Sargas a aquellos que desoían su voluntad era inminente y atroz.

—¿Qué hacemos si ese Dios Caminante ofrece resistencia, señor? —preguntó uno de los minotauros—. ¿Los dioses de los escuchimizados intervendrán a su favor? ¿Tenemos que esperar que nos caigan rayos del cielo?

—¿Así que «los dioses de los escuchimizados», Malek? —gruñó Galdar—. Perdiste la punta de un cuerno por culpa de una dama solámnica. ¿También era una escuchimizada o más bien te pateó el culo?

El minotauro parecía molesto. Sus compañeros sonrieron burlonamente y uno le dio un codazo.

—Mientras no hagamos daño al Dios Caminante, los dioses de la luz no intervendrán. Eso me aseguró el sacerdote de Sargas.

—¿Y qué hacemos con ese Dios Caminante cuando lo tengamos, señor? —quiso saber otro—. Eso todavía no nos lo has dicho.

—Porque no quiero atascaros el cerebro con más de un pensamiento a la vez —contestó Galdar—, De lo único que tenéis que preocuparos ahora es de capturar al Dios Caminante. ¡Vivo!

Galdar aguzó el oído. Las voces y las pisadas se acercaban.

—Tomad posiciones —ordenó, y dispersó a sus soldados, que fueron corriendo a las zanjas que había a ambos lados de la senda—. ¡No os mováis ni un milímetro y permaneced a contraviento! Esos condenados elfos tienen buen olfato para los minotauros.

Galdar se agazapó detrás de un roble grande. Su espada seguía envainada. Esperaba no tener que utilizarla y se frotó el muñón del brazo perdido. Aquélla era una herida extraña. El muñón estaba completamente curado, pero a veces, por raro que pareciera, le dolía el brazo que ya no tenía. Aquella tarde sentía una quemazón y unas punzadas más desgarradoras que de costumbre. Echaba la culpa a la humedad, pero no podía evitar preguntarse si no le dolería porque estaba pensando en Mina, recordando la primera vez que se habían visto. Ella había alargado la mano hacia él y su contacto lo había curado. Ella le había devuelto el brazo mutilado.

El brazo que había vuelto a perder, intentando salvarla.

Se preguntó si ella lo recordaría, si alguna vez pensaba en el tiempo que habían pasado uno junto al otro, el tiempo más feliz y glorioso de toda la vida del minotauro.

Lo más probable era que no, después de que se hubiera convertido en toda una señora sacerdotisa.

Galdar se frotó el brazo, maldijo la humedad y escuchó las voces de los elfos que se acercaban.

Agazapados entre las hojas muertas y las sombras, los minotauros se aferraban a sus armas y esperaban.

Dos guerreros elfos iban delante, cuatro detrás y Valthonis y el druida de Chislev caminaban en el centro del grupo, absortos en su conversación.

Elspeth se mantenía muy cerca del Dios Caminante, casi tropezaba con él. Normalmente se quedaba bastante retrasada, unos cuantos pasos por detrás del último guardia. Aquel cambio repentino en su actitud inquietaba al resto del grupo, que ya sentía desasosiego por encontrarse tan cerca del valle maldito de Neraka, donde había reinado la Reina Oscura. Habían preguntado a Valthonis por qué había elegido dirigirse allí, a aquel lugar pavoroso, pero él se limitaba a sonreír y a responderles lo que siempre respondía a sus preguntas:

—No voy a donde quiero ir, sino a donde debo estar.

Como era imposible obtener información del Dios Caminante, uno de los Fieles se encargó de interrogar a Elspeth. En voz baja, le preguntó cuál era el problema, de qué tenía miedo. Parecía que Elspeth era sorda además de muda, pues ni siquiera lo miró. Siguió

con los ojos clavados en Valthonis, según contó el elfo más tarde a sus compañeros, con el rostro demacrado y tenso.

Como ya estaban nerviosos e intranquilos por encontrarse en aquel lugar, el inesperado ataque no cogió del todo por sorpresa a los guerreros elfos. Sintieron que algo iba mal cuando pasaron rozando las hojas que colgaban de las ramas de los altos árboles. Quizá fuera el olor; los minotauros desprenden un hedor a bovino que es difícil de disimular. Quizá fuera el chasquido de una ramita debajo de una pesada bota, o el movimiento de un corpachón entre los matorrales. Fuera lo que fuese, los elfos percibieron el peligro y aminoraron el paso.

Los dos guerreros que iban delante desenvainaron las espadas y se retrasaron para situarse a ambos lados de Valthonis. Los elfos que los seguían colocaron las flechas, levantaron los arcos y se volvieron hacia el bosque, estudiando con atención las sombras que habitaban entre los árboles.

—¡Mostraos! —gritó ásperamente uno de los guerreros en común.

Los soldados minotauro obedecieron, salieron trepando de las cunetas y se agolparon en el camino. El acero repiqueteó contra el acero. Las cuerdas de los arcos se tensaron y el druida empezó a entonar una oración a Chis— lev, invocándola para que le concediese su ayuda divina.

La voz de Valthonis se elevó sobre todos esos sonidos y resonó poderosa y enérgica.

—¡Parad! Ahora mismo.

Había tanta autoridad en sus palabras que todos los combatientes le obedecieron, incluso los minotauros, que reaccionaron instintivamente al tono de mando. Un segundo después se dieron cuenta de que había sido su supuesta víctima quien había dado la orden de que se detuvieran y, sintiéndose tontos, volvieron a lanzarse al ataque.

—¡Deteneos, en nombre de Sargas! —en aquella ocasión fue Galdar quien bramó con su vozarrón.

Los soldados minotauros vieron que su líder avanzaba a grandes zancadas y bajaron la espada de mala gana y retrocedieron.

Elfos y minotauros se miraban con expresión hosca. Ninguno atacaba, pero ninguno envainaba la espada. El druida no había dejado de rezar. Valthonis le puso una mano en el hombro y le dijo algo en voz baja. El druida lo miró suplicante, pero Valthonis negó con la cabeza y la oración a Chislev terminó con un suspiro.

Galdar levantó su única mano para demostrar que no llevaba arma alguna y caminó hacia Valthonis. Los Fieles se movieron para interponerse entre el Dios Caminante y el minotauro.

—Dios Caminante —dijo Galdar, alzando la voz sobre las cabezas

de los que le cerraban el paso—, me gustaría hablar contigo, en privado.

—Apartaos, amigos míos —dijo Valthonis—, Escucharé lo que tenga que decir.

Uno de los elfos parecía dispuesto a discutir, pero Valthonis no le prestó atención. Volvió a pedir a los Fieles que se apartaran y así lo hicieron, aunque de mala gana y con expresión sombría. Galdar ordenó a sus soldados que se mantuvieran apartados y los minotauros obedecieron, aunque lanzando miradas torvas a los elfos.

Galdar y Valthonis se internaron entre los árboles, donde sus seguidores no pudieran oírlos.

—Tú eres Valthonis, en el pasado el dios Paladine —declaró Galdar.

—Soy Valthonis —repuso el elfo con. suavidad.

—Yo soy Galdar, emisario del gran dios que los minotauros conocen como Sargas, conocido por aquellos de tu raza como Sargonnas. Mi dios me ordena que pronuncie estas palabras: «Has dejado cosas inconclusas en el mundo, Valthonis, y como has decidido alejarte “caminando” de ese reto, ha estallado un conflicto en el cielo y entre los hombres. El gran Sargas quiere que ese conflicto llegue a su fin. Es necesario llegar a una solución rápida y definitiva para ese conflicto. Para ayudar a que eso ocurra, él hará que te reúnas con tu retador.»

—Espero que no creas que soy amigo de las discusiones, emisario, pero me temo que no sé nada sobre ese conflicto o ese reto del que hablas —contestó Valthonis.

Galdar se frotó el muñón con el dorso de la mano. Estaba incómodo, pues él creía en el honor y la honestidad, y en aquel asunto no estaba actuando honrada y honestamente.

—Quizá no sea un reto impuesto por Mina —aclaró Galdar, esperando que su dios lo comprendiera—. Más bien una amenaza. De todos modos —prosiguió antes de que Valthonis pudiera responder—, se interpone entre vosotros dos como humo envenenado que emponzoña el aire.

—Ya lo entiendo —dijo Valthonis—. Hablas de la promesa de Mina de que me mataría.

Galdar lanzó una mirada inquieta hacia los minotauros de su escolta.

—No levantes la voz cuando pronuncies su nombre. Mi pueblo cree que es una bruja. —Se aclaró la garganta y añadió fríamente—: Sargas me ha ordenado que diga que el dios astado quiere que los dos os reunáis para que podáis resolver vuestras diferencias.

Valthonis sonrió irónicamente al oír aquellas palabras y Galdar, avergonzado, se quedó frotándose el muñón. Sargas no tenía ninguna

intención de que los dos resolvieran sus diferencias. Galdar no sentía ningún aprecio por los elfos, pero detestaba tener que mentir a aquél. No obstante, tenía unas órdenes que cumplir y, por tanto, repitió lo que le habían dicho que dijera, aunque esforzándose por que quedara claro que el mensaje no era suyo.

—No tenéis que hablar con esa bestia, señor. Podemos y estamos dispuestos a pelear y defenderos... —los interrumpió uno de los Fieles, gritando.

—Jamás se derramará sangre en mi nombre —repuso Valthonis con aspereza. Lanzó una mirada glacial al Fiel—. ¿Has recorrido a mi lado este camino y me has oído hablar de paz y fraternidad y, sin embargo, no has escuchado nada de lo que te decía?

El tono de su voz era duro y sus seguidores parecían avergonzados. No sabían adonde dirigir la vista para que sus ojos no se encontraran con la mirada furiosa de Valthonis, así que observaban fijamente el suelo o torcían la cara. La única que no apartó la mirada fue Elspeth. Sólo ella la sostuvo. Valthonis le sonrió para darle seguridad y después se volvió hacia Galdar.

—Te acompañaré con la condición de que mis compañeros puedan irse sin sufrir ningún daño.

—Esas son mis órdenes —aseguró Galdar. Alzó la voz para que todos pudieran oírlo—. Sargas quiere paz. No desea que se derrame sangre.

Uno de los elfos resopló con desdén al oír esas palabras y uno de los minotauros gruñó. Los dos se lanzaron uno sobre el otro. Galdar se acercó al minotauro de un salto y le propinó un puñetazo en la mandíbula. Elspeth agarró al elfo por el brazo que asía la espada y tiró de él. Sorprendido, el guerrero bajó el arma.

—Si caminas con nosotros, señor —dijo Galdar, sacudiendo los nudillos doloridos—, nosotros seremos tu escolta. Dame ahora tu palabra de que no vas a intentar escapar, y no te encadenaré.

—Tienes mi palabra. No me escaparé. Iré con vosotros por mi propia voluntad.

Valthonis se despidió de los Fieles. Dio la mano a cada uno de ellos y pidió a los dioses que los bendijeran.

—No temáis, señor —dijo uno de los elfos en Silvanesti, hablando en voz baja—, os rescataremos.

—He dado mi palabra. No voy a romperla —repuso Valthonis.

—Pero, señor...

El Dios Caminante sacudió la cabeza y se dio media vuelta. Tropezó con Elspeth, que le cerraba el paso. Parecía que ansiaba hablar con él, pues le temblaba la mandíbula y de su garganta se escapaban unos sonidos graves, propios de un animal.

Valthonis le acarició la mejilla.

—No hace falta que digas nada, pequeña. Lo entiendo.

Elspeth le cogió la mano y se la apretó contra le mejilla.

—Cuidad de ella—ordenó Valthonis a los Fieles.

Retiró la mano con delicadeza y caminó hasta donde esperaban Galdar y los demás minotauros.

—Tienes mi palabra. Y yo tengo la tuya —dijo Valthonis—. Mis amigos se irán sin sufrir ningún daño.

—Que Sargas me deje sin el otro brazo si incumplo mi promesa —repuso Galdar. Se internó en el bosque y Valthonis lo siguió. Los minotauros cerraron el grupo siguiéndolos de cerca.

Los Fieles se quedaron en el camino rodeados por la penumbra creciente, contemplando la partida de su líder. Su vista de elfos les permitía seguir a Valthonis con la mirada durante mucho tiempo y, cuando dejaron de verlo, todavía oían el chasquido de las ramas y las pisadas de los minotauros abriéndose camino por la espesura. Los Fieles se miraron entre sí. Los minotauros habían dejado un rastro que hasta un enano gully ciego podría seguir. No sería muy difícil seguirles los pasos.

Uno echó a andar en su dirección. La silenciosa Elspeth lo detuvo.

«Él dio su palabra —dijo la elfa con signos, llevándose la mano a la boca y después al corazón—. Él tomó su decisión.»

Afligidos, los Fieles volvieron sobre sus pasos y retomaron el camino que ya habían recorrido. Pasó algún tiempo antes de que uno de ellos se diera cuenta de que Elspeth ya no estaba con ellos. Sin olvidar su promesa, empezaron a buscarla y al fin encontraron sus huellas. Había seguido el mismo camino que el Dios Caminante había elegido: la calzada a Neraka. Elspeth se negó a regresar y, sin olvidar nunca su promesa de cuidarla, los Fieles la acompañaron.

4

Rhys estaba soñando que alguien lo observaba. Cuando se despertó sobresaltado, descubrió que su sueño era verdad. Un rostro se cernía sobre él. Por suerte, era un rostro que Rhys conocía y cerró los ojos aliviado, intentando apaciguar los latidos desbocados de su corazón.

Beleño, con la barbilla apoyada en la mano, estaba sentado junto a Rhys con las piernas cruzadas y escudriñaba a su amigo. El kender lucía una expresión lúgubre.

—¡Ya era hora de que despertaras! —murmuró Beleño.

Rhys suspiró y tardó un momento en abrir los ojos. Hasta que había tenido el sueño, había dormido profunda, suave y tranquilamente. Dejó que la somnolencia fuera abandonándolo de mala gana. Más aún desde que había entrevisto la expresión seria de Beleño, y comprendió que el despertar no iba a ser precisamente agradable.

—Rhys. —Beleño lo meneó con un dedo—. No te atrevas a volver a dormirte. *Atta*, dale un par de lametazos.

—Ya estoy despierto —anunció Rhys. Se sentó y despeinó el pelo a *Atta*, pues la perra parecía triste y apretaba la cabeza contra el cuello de su amo para consolarse.

Sin dejar de acariciarla, Rhys se incorporó y miró alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó, confuso.

—Lo que puedo decirte es donde no estamos —respondió Beleño sombrío—. No estamos en casa de la bella dama que hace el mejor bizcocho de jengibre del mundo. Que es donde estábamos ayer y anteayer, y donde estábamos anoche cuando me fui a la cama, y donde deberíamos estar esta mañana, pero no es así. Estamos aquí. Y a saber lo que significa ese «aquí».

No tengo ningún reparo en confesar —añadió el kender con voz tensa— que preferiría estar en cualquier otro sitio. «Aquí» no es un lugar demasiado agradable.

Rhys apartó a *Atta* con suavidad y se puso de pie ágilmente. El bosque había desaparecido y con él también la casita en la que, como Beleño bien había dicho, él, el kender, *Atta* y Mina habían pasado dos días con sus dos noches. Aquéllos habían sido días y noches de una bendita paz y tranquilidad. Habían decidido emprender la última etapa de su camino aquella mañana, pero por lo visto Mishakal se les había adelantado.

Paseó la mirada por un valle yermo y desolado que colgaba entre cordilleras ennegrecidas formadas por varios volcanes en activo. Tentáculos de vapor se alargaban desde las cumbres sombrías y

arañaban el cielo, de un azul severo y vacío.

El aire era gélido, el sol, acobardado, se encogía y, sin fuerzas, no emitía calor alguno. Sus sombras se arrastraban lánguidamente por el suelo gris del valle, de piedras impenetrables, y se consumían hasta desaparecer. El aire estaba enrarecido y cargado de azufre. Costaba respirar. A Rhys le daba la impresión de que nunca le llegaba suficiente oxígeno a los pulmones. Más aterrador aún era el silencio, que parecía estar vivo, como alguien que contuviera la respiración. Vigilante, a la espera.

El valle estaba salpicado de extrañas formaciones rocosas. De las rocas salían cristales negros gigantescos, aguzados y recortados. Algunos se elevaban más de medio metro y parecían monolitos repartidos por el valle al azar. No eran formaciones naturales, no parecían nacidos del suelo. Todo lo contrario. Daba la impresión de que una fuerza descomunal los había lanzado desde el cielo, con una furia tal que se habían clavado profundamente en el valle.

—Lo mínimo que podías haber hecho era coger el bizcocho —protestó Beleño—. Ahora ni siquiera tenemos algo para desayunar. Ya sé que dije que iría contigo a buscar al Dios Caminante, pero no sabía que el viaje iba a ser tan repentino.

—Yo tampoco —contestó Rhys. Después añadió con aspereza—: ¿Dónde está Mina?

Beleño señaló por encima del hombro con el pulgar. Mina había esperado con él junto al monje dormido hasta que se había aburrido y se había alejado para explorar. Estaba a cierta distancia de ellos, contemplando su propio reflejo en uno de los monolitos de cristal.

—¿Por qué estás tan tenso? —preguntó Beleño—. ¿Qué pasa?

—Yo sí sé dónde estamos —respondió Rhys, yendo en busca de Mina rápidamente—. Conozco este lugar. Y debemos irnos ahora mismo. *Atta*, ven!

—Yo estoy deseando marcharme. Aunque parece que marcharse no va a ser tan fácil como venir —aseguró Beleño a la carrera, para mantener el ritmo de las grandes zancadas de Rhys—. Sobre todo teniendo en cuenta que no sabemos cómo fue eso de «venir». No creo que haya sido cosa de Mina. Estaba dormida en el suelo cuando yo me desperté y cuando ella también se despertó, parecía tan sorprendida y confusa como yo.

A Rhys no le cabía duda de que había sido la Dama Blanca quien los había enviado a aquel lugar funesto, aunque no lograba imaginarse por qué, a no ser porque se decía que estaba cerca de Morada de los Dioses.

—Entonces, Rhys —dijo Beleño. Sus botas resbalaban sobre las piedras y levantaban volutas de polvo que formaban pequeños remolinos sobre el suelo, como serpientes retorciéndose—, ¿dónde

estamos? ¿Qué es este lugar?

—El valle de Neraka —anunció Rhys.

El kender dio un grito ahogado y abrió los ojos como platos.

—¿Neraka? ¿El Neraka donde la Reina Oscura construyó su templo oscuro y por donde iba a entrar al mundo? ¡Recuerdo esa historia! Había un chico con una gema verde en el pecho que asesinó a su hermana, pero ella lo perdonó y su espíritu impidió la entrada de la Reina Oscura. Perdió la guerra y el hermano volvió con su hermana y juntos hicieron saltar el templo por los aires y... ¡y eso es todo! —Beleño se detuvo para mirar uno de los monolitos negros con entusiasmo—. ¡Esas piedras feas son trozos del templo de Takhisis!

—¡Mina! —llamó Rhys en voz alta.

Parecía que la niña no lo oyera. Estaba mirando fijamente la piedra, como si estuviera hipnotizada. Rhys aminoró el paso. No quería asustarla o que se sobresaltarla si se acercaba a ella de repente, sin que lo esperara.

Mientras tanto, Beleño seguía dándole vueltas al asunto.

—Neraka también tenía algo que ver con la Guerra de las Almas. La guerra estalló cuando Takhisis se convirtió en el Unico y tenía la intención de dejar todas las almas aquí prisioneras. Pobres almas. Sabes, Rhys, yo hablé con unas cuantas. Me alegré mucho por ellas cuando la guerra terminó y por fin fueron libres para partir, aunque después el cementerio se quedó desoladoramente vacío...

—Mina —repitió Rhys en voz baja.

Hizo un gesto a Beleño para que se quedara atrás y Rhys avanzó lentamente hacia la niña. El kender sujetó a *Atta* y los dos se quedaron quietos, jadeando en aquel ambiente irrespirable.

—Neraka. Guerra de las Almas. Neraka —murmuraba Beleño—. ¡Sí, ahora lo recuerdo todo! Neraka fue donde empezó la Guerra de las Almas y... ¡oh dios mío! ¡Rhys! —gritó—. ¡Aquí fue a donde vino Mina para empezar la Guerra de las Almas! Takhisis la envió con la tormenta...

Rhys hizo un gesto brusco, cargado de significado. Beleño tragó saliva y se quedó callado.

—Parece que Rhys ya sabía todo eso —dijo el kender, abrazándose al cuello de *Atta* con fuerza, no fuera a ser que la perra tuviera miedo.

Rhys se quedó detrás de Mina.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Mina, asustada. Señalaba su propio reflejo en el cristal negro.

Rhys contuvo el aliento. No podía articular palabra. La Mina que estaba a su lado era la niña, Mina, con sus largas trenzas pelirrojas, la naricilla cubierta de pecas y los inocentes ojos ambarinos. La Mina que se reflejaba en el cristal negro era la mujer de los ojos ambarinos

llenos de almas atrapadas, la mujer guerrera que había nacido en aquel valle, la mujer que había adorado al Unico, al Dios Oscuro, a Takhisis.

Mina se lanzó contra la roca negra, empujada por una furia repentina, y empezó a darle patadas y golpes con los puños.

Rhys la sujetó. La afilada piedra ya le había hecho un corte en la mano y la sangre le bajaba por el brazo. El monje la alejó a rastras del cristal. La niña se zafó de él y se quedó jadeando y mirando hoscamente la piedra, mientras se limpiaba la sangre en el vestido.

—¿Por qué me mira así esa mujer? ¡No me gusta! ¿Qué ha hecho conmigo? —gritaba Mina angustiada.

Rhys trató de calmarla, pero él mismo se sentía desazonado al ver a aquella mujer de expresión dura y ojos ambarinos devolviéndoles la mirada desde el cristal negro.

—¡Vaya! —exclamó Beleño.

El kender se acercó a Rhys, miró fijamente a Mina, después miró fijamente el reflejo del monolito de cristal, se frotó los ojos y se rascó la cabeza.

—¡Vaya! —repitió Beleño.

Meneando la cabeza, perplejo, se volvió hacia Rhys.

—Siento mucho sumar más problemas a los que ya tenemos, sobre todo dado que parecen problemas de los buenos, pero seguramente quieras saber que hay un grupo grande de minotauros en lo alto de la cordillera.

El kender miró de soslayo e hizo visera sobre los ojos con la mano.

—Y ya sé que esto puede sonar muy raro, Rhys, pero creo que hay un elfo con ellos.

5

A Galdar lo atormentaban los fantasmas. No los fantasmas de los muertos, como durante la Guerra de las Almas, sino sus propios fantasmas, fantasmas de su pasado muerto. Allí, en Neraka, Mina había entrado en ese valle y en su vida, y lo había cambiado para siempre. No había vuelto al valle desde aquella noche, aterradora y maravillosa al mismo tiempo. No había regresado a Neraka hasta aquel momento, y no se alegraba de volver. El tiempo había curado la herida. La cicatriz había cubierto el muñón. Pero sus recuerdos seguían palpitando, doliendo y atormentándolo como el dolor del brazo perdido.

—Los enanos llaman a este lugar Gamashinoch —dijo Galdar—, Significa «canto de muerte». Supongo que ya no lo llamarán así, porque el canto ha desaparecido, gracias a Sargas —añadió.

Estaba hablando a la única persona que lo acompañaba, Valthonis, y Gal— dar no le hablaba porque disfrutara especialmente de la conversación con el elfo. El odio entre las razas de los elfos y los minotauros se remontaba muchos siglos atrás y Galdar no veía ninguna razón por la que no pudiera seguir existiendo unos cuantos siglos más. En cuanto a que aquel elfo fuera el Dios Caminante, Galdar en persona había sido testigo de la transformación, así que sabía que la historia era cierta. Lo que no entendía era a qué se debía tanto alboroto. ¿Así que en el pasado había sido un dios? ¿Y qué? Ahora era un mortal y tenía que cagar entre los árboles igual que todo del mundo.

La principal razón de que Galdar hablara era que podía elegir entre hablar o escuchar el silencio sobrecogedor de aquel valle inhóspito. Aunque la verdad era que Galdar tenía que admitir que el silencio era mejor que el espeluznante canto que habían oído la última vez que habían estado allí. Las almas implorantes de los muertos por fin habían partido.

Galdar y Valthonis entraron solos en el valle, pues el minotauro había ordenado a sus soldados que se quedaran en la cordillera. Los guerreros protestaron ante tal decisión. Incluso se atrevieron a discutírsela, y un minotauro jamás discute con su oficial al mando. Ya que Galdar insistía en penetrar en aquel valle maldito, sus hombres querían acompañarlo.

Los soldados minotauro admiraban a Galdar. Hablaba sin rodeos y con franqueza, cualidades que apreciaban en un oficial. Sufría sus mismas privaciones y no disimulaba el hecho de que aquella misión le gustaba tan poco como a ellos, sobre todo porque implicaba entrar en el valle maldito de Neraka.

Takhisis había sido consorte de Sargas, pero no podía decirse que quedara amor entre ellos. La raza favorita de la diosa, los ogros, había sido enemiga de los minotauros durante mucho tiempo, e incluso en una época los había esclavizado y brutalizado. Sargas había intercedido por ellos, pero la diosa se había reído de él y se había burlado del dios y de su raza de minotauros. Ya estaba muerta y desaparecida para siempre, o eso era lo que decía la gente. Sin embargo, los minotauros no confiaban en Takhisis. Ya la había desterrado una vez Huma Dragonbane y había regresado. Podía volver a alzarse y nadie quería recorrer el valle tenebroso donde una vez había reinado.

—Si no ha vuelto al mediodía, iremos a buscarlo, señor —anunció el segundo al mando, y los demás minotauros gritaron para demostrar que estaban de acuerdo.

—No —ordenó Galdar, mirándolos ferozmente—. Si no he vuelto al atardecer, volved a Jarek. Presentad vuestro informe a los sacerdotes de Sargas.

—¿Y qué les decimos, señor? —quiso saber su segundo.

—Que hice lo que Sargas ordenó —respondió Galdar con orgullo.

Sus soldados lo comprendieron y, aunque no les gustara, no siguieron discutiendo. Abandonaron la cadena de montañas y volvieron a las estribaciones. Se pusieron a jugar para matar el tiempo, pero ninguno se divertía demasiado.

Galdar y el elfo continuaron descendiendo por lo que quedaba de un antiguo camino. El minotauro se preguntó si aquél sería el camino que había recorrido aquella noche, la noche de la tormenta, la noche de Mina. No lo reconocía, pero eso no debía extrañarle. Había intentado olvidar aquella marcha pavorosa con tanto ahínco que estuvo a punto de volverse loco.

—La primera vez que vine aquí fue con una patrulla, la noche de la gran tormenta —explicó Galdar, mientras dejaban el camino y se internaban en el valle—. Entonces no lo sabíamos, pero la tormenta era Takhisis anunciando al mundo que el Unico había regresado y que aquella vez iba en serio. Estábamos a las órdenes del jefe de garra Maggit, un pendenciero y un cobarde, la clase de oficial que siempre huye de una batalla, y que comete alguna tontería peligrosa para intentar demostrar lo valiente que es, y lo único que consigue es que la mitad de sus hombres muera en el proceso.

> El jefe de garra Magitt desmontó de su caballo.
>
> —Aquí levantaremos el campamento. Montad mi tienda de mando junto al monolito más alto. Galdar, quedas al cargo de levantar el campamento. Supongo que podrás encargarte de algo tan fácil.

Sus palabras sonaban extrañamente altas, su voz estridente y chillona. Una bocanada de aire, frío y cortante, silbó en el valle y echó arena a los demonios de polvo que giraban sobre aquella tierra inhóspita, antes de alejarse en un susurro.

—Comete un error, señor —dijo Galdar en voz baja, para perturbar el silencio lo menos posible—. No nos quieren aquí.

—¿Quién no nos quiere, Galdar? —El jefe de garra Magitt resopló—. ¿Estas piedras? —Golpeó con la mano abierta un monolito de cristal negro— ¡Ja!¡Menuda vaca supersticiosa y estúpida estás hecho!

—Acampamos —dijo Galdar en voz baja y seria—. En este valle. Entre las ruinas quemadas de su templo.

Se podía ver el reflejo de uno mismo en esas paredes negras y brillantes, un reflejo distorsionado, deformado, pero al mismo tiempo reconocible como el reflejo de uno mismo...

Esos hombres, curtidos mucho tiempo atrás contra cualquier buen sentimiento, miraron las caras negras y relucientes del cristal, y se quedaron espantados al ver los rostros que les devolvían la mirada. Pues en aquellos rostros veían sus bocas abiertas para cantar el espeluznante canto.

Galdar miró los monolitos de cristal negro que salpicaban el valle y no puedo evitar estremecerse.

—Vamos, mírate en uno —le dijo a Valthonis—, No te gustará lo que vas a ver. La piedra deforma tu reflejo, de forma que te ves como una especie de monstruo.

Valthonis se detuvo para contemplar una de las rocas. Galdar también se paró, pensando que sería divertido ver la reacción del elfo. Valthonis miró su reflejo y después miró a Galdar. El minotauro se puso detrás del elfo para ver lo mismo que él veía. El reflejo del elfo relucía sobre la superficie. El reflejo era idéntico a la realidad: un elfo con el rostro curtido y ojos de anciano.

—Vaya —gruñó Galdar—. Quizá la maldición del valle ya no exista. No había estado aquí desde el final de la guerra.

Apartó a Valthonis con un codazo y se plantó frente a la roca con audacia, para mirarse.

El Galdar que se reflejaba en la superficie tenía dos brazos.

—Dame la mano, Galdar —le dijo Mina.

Junto con el sonido de su voz, ronco y suave, Galdar volvió a oír el canto entre las rocas. Sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Un escalofrío le recorrió la espalda y se estremeció. Quería apartarse de ella, pero se encontró a sí

mismo levantando la mano izquierda.

—No, Galdar —dijo Mina—, La mano derecha. Dame la mano derecha.

—¡No tengo mano derecha! —gritó Galdar, furioso y angustiado.

Vio cómo se levantaba su brazo, su brazo derecho; vio cómo se alargaba su mano, su mano derecha, con dedos temblorosos.

Mina extendió la mano y tocó la mano espectral del minotauro.

—El brazo de la espada te ha sido devuelto...

Galdar se quedó mirando su propio reflejo. Dobló los dedos de la mano izquierda, la única mano que tenía. Su reflejo flexionó las dos manos. En los ojos empezó a picarle un líquido abrasador y se dio la vuelta rápido y enfadado, dispuesto a empezar a explorar el valle y buscar alguna señal de Mina. Ya que se hallaba allí, estaba impaciente por librarse de aquella misión cuanto antes. Quería pasar el momento incómodo del primer encuentro, soportar el dolor de la decepción, dejarla con el elfo y seguir adelante con su vida.

—Recuerdo cuando perdiste el brazo que Mina te había dado —dijo Valthonis, pronunciando las primeras palabras desde que lo habían tomado cautivo—. Caíste defendiendo a Mina de Takhisis, quien la acusaba de haber conspirado contra ella y quería matarla de pura rabia. Tú protegiste a Mina con tu propio cuerpo y la Reina Oscura te cercenó el brazo. Sargas te ofreció devolvértelo, pero te negaste...

—¿Quién te ha dado permiso para hablar, elfo? —preguntó Galdar malhumorado, sin saber por qué se había permitido la flaqueza de quejarse durante tanto tiempo.

—Nadie —repuso Valthonis con una media sonrisa—. Me quedaré callado, si es lo que quieres.

Galdar no estaba dispuesto a admitirlo, pero el sonido de otra voz resultaba tranquilizador en aquel lugar donde, antes, sólo los muertos hablaban.

—Desperdicia tu último aliento si quieres. Tu palabrería no servirá de nada conmigo.

Galdar se detuvo para estudiar el valle con los ojos entrecerrados. Le parecía haber visto algo que se movía, un grupo de personas allá abajo. Parecía que los pálidos rayos de sol estuvieran burlándose de él y no podía decir con seguridad si realmente había visto seres vivos caminando, si eran fantasmas o sólo las extrañas sombras de aquellos odiosos monolitos.

Llegó a la conclusión de que no eran sombras. Ni fantasmas. Allí

abajo había gente y debían de ser aquellos con los que tenía que encontrarse.

Allí estaba el monje de la túnica naranja, del que se decía que era la escolta de Mina. Pero entonces, ¿dónde estaba Mina?

—¡Maldito sea este condenado valle! —exclamó Galdar en un repentino ataque de furia.

Le habían asegurado que Mina estaría con el monje, pero no la veía por ninguna parte. La verdad es que nunca había entendido qué hacía viajando con un monje. Aquello no le gustaba desde el principio y cada vez le gustaba menos.

Galdar cogió un trozo de cuerda que llevaba en el cinturón y ordenó a Valthonis que extendiera las manos.

—Te di mi palabra de que no intentaría escapar —dijo Valthonis con voz tranquila.

Galdar gruñó y ató con fuerza las delgadas muñecas del elfo. Hacer un nudo no era tarea fácil para un minotauro manco. Galdar tuvo que utilizar los dientes para terminar el trabajo.

—Atado o no, no puedo escapar de ella —añadió Valthonis—. Y tampoco tú, Galdar. Siempre has sabido que Mina era una diosa, ¿verdad?

—Cállate —ordenó Galdar con aspereza.

Cogió al elfo del brazo con brusquedad y lo empujó para que caminara.

El siguiente resplandor no fue un rayo, sino un estallido de fuego que iluminó el cielo y la tierra y las montañas con una luz blanca violácea. Recortada sobre aquel resplandor espeluznante, una figura avanzó hacia ellos. Caminaba sosegadamente en medio del caos de la tormenta, como si el viento no la tocara, el relámpago no la sobresaltara, el trueno no la ensordeciera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Galdar.

—Mi nombre es Mina...

Había entonado su nombre. Todos habían entonado su nombre. Todos los que, como él, la habían seguido a la batalla, a la gloria y la muerte.

—Fuiste tú —se enfurecía Takhisis— Tú te confabulaste con ellos para que fuera mi perdición. Tú querías que cantaran tu nombre, no el mío.

Mina... Mina...

6

Sin quitar la mano del hombro de Mina, Rhys miró hacia donde señalaba Beleño. Vio la tropa de minotauros, que ya bajaban por la cordillera y se alejaban. Dos figuras entraron en el valle. Una de ellas era un minotauro con el orgulloso emblema de Sargonnas sobre la armadura de piel. La otra era un elfo con las manos atadas.

Ya era demasiado tarde para huir, incluso si tuvieran adonde. El minotauro los había descubierto.

El minotauro iba armado con una espada, que llevaba colgando en la cadera derecha, pues le faltaba el brazo diestro, el brazo de la espada. No había desenvainado, pero su mano izquierda no se alejaba demasiado de la empuñadura. Sus penetrantes ojos miraron con recelo a Rhys, para después abandonarlo y pasearse por el resto del grupo. Frunció más el entrecejo. El minotauro estaba buscando a Mina.

Las ropas del elfo eran sencillas: una capa verde y una túnica, botas gastadas y polvorientas del camino. No iba armado y, aunque era evidente que era prisionero del minotauro, caminaba con la cabeza alta y dando pasos largos y elegantes, seguro de sí mismo, como alguien que está acostumbrado a recorrer un sinfín de caminos.

El Dios Caminante. Rhys reconoció a Valthonis y estaba a punto de gritar en señal de advertencia, pero sus palabras quedaron ahogadas por el rugido de Galdar.

—¡Mina!

Su nombre resonó en todo el valle y rebotó en los Señores de la Muerte, que lo repitieron en un eco sobrecogedor, como si las mismísimas entrañas de la tierra la llamasen.

—¡Galdar! —exclamó Mina, alegre.

Apartó a Rhys a un lado con un golpe tan fuerte como el impacto de un rayo. Rhys se encogió, sorprendido, incapaz de moverse.

—¡Galdar! —volvió a gritar Mina y echó a correr hacia él con los brazos extendidos.

Mina ya no era una niña. Era una joven de diecisiete años. Tenía el pelo rapado, como una oveja recién esquilada. Llevaba el peto de aquellos que se llamaban a sí mismos Caballeros de Neraka, y lo tenía chamuscado, abollado y manchado de sangre, como estaban sus manos y sus brazos, cubiertos de sangre hasta la altura de los codos. Al llegar junto a Galdar, lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho...

El minotauro la sujetó con su brazo bueno y la apretó con fuerza. Dos surcos en el pelaje a ambos lados del hocico mostraban los sentimientos contenidos del minotauro.

Al ver que los dos estaban ocupados, Beleño se arrastró despacio

hasta Rhys y se quedó de rodillas junto a él.

—¿Estás bien? —preguntó el kender en un susurro.

—Sí... En un momento estaré bien. —Rhys puso una mueca. Estaba empezando a recuperar la sensibilidad en las manos y los pies —. ¡No dejes ir a *Atta*1!

—La tengo, Rhys —lo tranquilizó Beleño. Sujetaba con la mano a la perra por el cuello. Para su sorpresa, *Atta* no había intentado atacar a la Mina crecida. Quizá la perra estuviese tan confundida como el kender.

Galdar abrazaba a Mina con fuerza y los miraba a todos con aire desafiante, como si los retara a que se la arrebataran.

—¡Mina! —dijo con la voz entrecortada—. He venido a buscarte... Es decir, Sargas me envió...

—¡No te preocupes por eso ahora! —contestó Mina bruscamente. Se apartó de él y lo miró—. No tenemos tiempo, Galdar. Sanction está bajo asedio. Los caballeros solámnicos han rodeado la ciudad. Tengo que ir allí y ponerme al mando. Acabaré con el sitio.

Sus ojos ambarinos centelleaban.

—¿Por qué te quedas ahí parado? ¿Dónde está mi caballo? ¿Y mi arma? ¿Dónde están mis tropas? Tienes que ir a buscarlas, Galdar, tienes que traérmelas. No nos queda mucho tiempo. Perderemos la batalla...

Galdar parpadeó, confuso.

—Eh... ¿No te acuerdas, Mina? Ganaste esa batalla. Acabaste con el asedio de Sanction. El tajo de Beckard...

Ella lo miró ceñuda.

—No sé qué te pasa, Galdar —le dijo con dureza—. Deja de hacerme perder el tiempo con todas esas tonterías y obedéceme.

Apartó a Rhys a un lado con un golpe tan fuerte como el impacto de un rayo. Rhys se encogió, sorprendido, incapaz de moverse.

—¡Galdar! —volvió a gritar Mina y echó a correr hacia él con los brazos extendidos.

Mina ya no era una niña. Era una joven de diecisiete años. Tenía el pelo rapado, como una oveja recién esquilada. Llevaba el peto de aquellos que se llamaban a sí mismos Caballeros de Neraka, y lo tenía chamuscado, abollado y manchado de sangre, como estaban sus manos y sus brazos, cubiertos de sangre hasta la altura de los codos. Al llegar junto a Galdar, lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho...

El minotauro la sujetó con su brazo bueno y la apretó con fuerza. Dos surcos en el pelaje a ambos lados del hocico mostraban los sentimientos contenidos del minotauro.

Al ver que los dos estaban ocupados, Beleño se arrastró despacio hasta Rhys y se quedó de rodillas junto a él.

—¿Estás bien? —preguntó el kender en un susurro.

—Sí... En un momento estaré bien. —Rhys puso una mueca. Estaba empezando a recuperar la sensibilidad en las manos y los pies — ¡No dejes ir a *Atta*!

—La tengo, Rhys —lo tranquilizó Beleño. Sujetaba con la mano a la perra por el cuello. Para su sorpresa, *Atta* no había intentado atacar a la Mina crecida. Quizá la perra estuviese tan confundida como el kender.

Galdar abrazaba a Mina con fuerza y los miraba a todos con aire desafiante, como si los retara a que se la arrebataran.

—¡Mina! —dijo con la voz entrecortada—. He venido a buscarte... Es decir, Sargas me envió...

—¡No te preocupes por eso ahora! —contestó Mina bruscamente. Se apartó de él y lo miró—. No tenemos tiempo, Galdar. Sanction está bajo asedio. Los caballeros solámnicos han rodeado la ciudad. Tengo que ir allí y ponerme al mando. Acabaré con el sitio.

I

Sus ojos ambarinos centelleaban.

—¿Por qué te quedas ahí parado? ¿Dónde está mi caballo? ¿Y mi arma? ¿Dónde están mis tropas? Tienes que ir a buscarlas, Galdar, tienes que traérmelas. No nos queda mucho tiempo. Perderemos la batalla...

Galdar parpadeó, confuso.

—Eh... ¿No te acuerdas, Mina? Ganaste esa batalla. Acabaste con el asedio de Sanction. El tajo de Beckard...

Ella lo miró ceñuda.

—No sé qué te pasa, Galdar —le dijo con dureza—. Deja de hacerme perder el tiempo con todas esas tonterías y obedéceme.

—Mina —Galdar parecía incómodo—, el asedio de Sanction ocurrió hace ya mucho tiempo, durante la Guerra de las Almas. La guerra ha terminado. El Unico perdió. ¿No te acuerdas, Mina? Los demás dioses expulsaron a Takhisis, la hicieron mortal...

—La mataron —terminó Mina en voz baja. Sus ojos ambarinos brillaron bajo las largas pestañas—. Estaban celosos de mi reina, envidiaban su poder. Los mortales de este mundo la veneraban. Entonaban su nombre. Los otros dioses no podían permitirlo y por eso la destruyeron.

Galdar intentó hablar un par de veces, sin conseguirlo.

—Era tu nombre el que entonaban, Mina —dijo al fin con voz estrangulada.

Sus ojos ambarinos se iluminaron con una luz interior.

—Tienes razón —reconoció, sonriendo—. Era mi nombre el que entonaban.

Galdar se humedeció los labios. Miró alrededor, como si buscara

ayuda. Al no encontrarla, se aclaró la garganta con un ruido que retumbó en su boca y se lanzó a recitar un discurso muchas veces ensayado. Hablaba rápido, sin hacer inflexiones, ansiando llegar a final.

—Este elfo es Valthonis. Antes era Paladine, el líder del panteón de los dioses, el instigador de la caída de la Reina Takhisis. Mi dios, Sargas, desea que aceptes a Valthonis como su regalo y que te cobres merecida venganza sobre el traidor que acabó con... tu... nuestra reina. A cambio, Sargas espera que lo tengas en estima y que... tú...

Galdar se quedó callado. Miraba fijamente a Mina, apesadumbrado.

—¿Que yo qué, Galdar? —quiso saber Mina—, ¿Sargas espera que lo tenga en estima y que yo qué?

—Que te conviertas en su aliada —dijo al fin Galdar.

—Quieres decir... ¿que me convierta en uno de sus generales? —preguntó Mina, frunciendo el entrecejo—, Pero si no puedo. No soy un minotauro.

Galdar no podía responder a su pregunta. Volvió a mirar en derredor en busca de ayuda y en esta ocasión sí la encontró.

—Sargas quiere que te conviertas en la Reina de la Oscuridad, Mina —respondió Valthonis.

Mina se echó a reír como si acabaran de contarle un buen chiste. Entonces se dio cuenta de que nadie más reía.

—Galdar, ¿por qué pones esa cara tan lúgubre? Es muy gracioso. ¿Yo? ¡La Reina de la Oscuridad!

Galdar se frotó el hocico, parpadeó varias veces rápidamente y se quedó mirando a algún punto perdido, por encima de la cabeza de Mina.

—¡Galdar! —gritó Mina, furiosa de repente—, ¡Es gracioso!

—¿El minotauro dice la verdad, Rhys? —preguntó Beleño en un susurro quedo—. ¿De verdad ese elfo es Paladine? Siempre quise conocer a Paladine. ¿Crees que podrías presen...?

—Ssh, amigo mío —Rhys le hizo callar. Se puso de pie, con movimientos gráciles y silenciosos, intentando no llamar la atención —. Sujeta bien a. *Atta*.

Beleño agarró con firmeza a la perra. Mirando al Dios Caminante, el kender le susurró a *Atta* al oído:

—Me lo imaginaba mucho más alto...

Rhys cogió el emmide y el talego. Ató este último en el extremo del cayado y echó a andar silenciosamente sobre el suelo de piedra. Se detuvo a un lado de Valthonis, delante de él.

—Este hombre sabe el camino a Morada de los Dioses, Mina —anunció Rhys.

Los ojos ambarinos de Mina, tan cargados de almas atrapadas que

casi parecían negros, se desviaron hacia Rhys. Frunció los labios con desdén.

—¿Y tú quién eres? ¿De dónde vienes?

Rhys sonrió.

—Ésas son las mismas preguntas que me hiciste la primera vez que nos vimos, Mina. El acertijo que te había hecho el dragón. «¿De dónde vienes?» Me dijiste que yo sabía las respuestas. Entonces no las sabía, pero ahora sí. También tú, Mina. Conoces la verdad. Tienes que aceptarla. No puedes seguir escondiéndote. Valthonis es tu padre, Mina. Tú eres su hija. Eres una diosa. Una diosa nacida de la luz.

Mina se quedó lívida. Sus ojos ambarinos se abrieron, enormes.

—Mientes —dijo con voz queda, apenas un susurro.

—Los hombres cantaban tu nombre, Mina. Lo mismo hacían los Predilectos. Si matas a este hombre, si cometes ese crimen atroz, ocuparás tu lugar entre los dioses de las tinieblas —prosiguió Rhys—. La balanza se inclinará. El mundo se deslizará hacia la oscuridad y desaparecerá. Eso es lo que quiere Sargonnas. ¿Es eso lo que quieres tú, Mina? Has recorrido el mundo. Has conocido a sus pueblos. Has sido testigo de la miseria, de la destrucción y las batallas de la guerra. ¿Es eso lo que quieres?

Mina volvió a cambiar de aspecto y se convirtió en la Mina de los Predilectos, la Mina que les había dado el beso mortal. Tenía una larga melena cobriza. Vestía de negro y rojo sangre. Era segura, autoritaria, y miraba a Valthonis fijamente y con expresión ceñuda. Su expresión se endureció, sus labios desaparecían en una fina línea.

—¡Él mató a mi reina! —declaró con frialdad.

Pasó rozando a Galdar, que la miraba con la boca entreabierta y los ojos bordeados de lágrimas, todo el cuerpo tembloroso de miedo. Mina se acercó a Valthonis y se quedó observándolo un buen rato, intentando atraerlo hacia el ámbar, como a un insecto cualquiera.

El elfo soportó tranquilamente el examen.

«¿Su mente mortal conservará algo de la mente del dios? —se preguntó Rhys—, En alguna parte de sí, ¿Valthonis recordará el estallido de júbilo de aquel amanecer que creó a esa hija de la alegría y la luz? ¿Recordará el dolor desgarrador que debió de sentir cuando se dio cuenta de que tenía que sacrificar a la niña para salvar su propia creación?»

Rhys no conocía las respuestas. Lo que sí sabía, lo que podía ver reflejado en el rostro envejecido del elfo, era el sufrimiento de un padre que ve cómo su amada hija sucumbe a oscuras pasiones.

—Déjame ayudarte, Mina. —Valthonis extendió las manos hacia Mina, las manos atadas.

Ella lo miró con desprecio y después le propinó una bofetada con el dorso de la mano que tiró al elfo al suelo.

Mina se erguía sobre él. Alargó una mano.

—Galdar, dame tu espada.

Galdar miró nervioso a Valthonis, en el suelo. La mano del minotauro fue hacia la empuñadura de la espada. No desenvainó el arma.

—Mina, el monje tiene razón —dijo Galdar, angustiado—. Si matas a este hombre, te convertirás en Takhisis. Y tú no eres ella. Tú rezabas por tus hombres, Mina. Malherida y agotada, recorrías el campo de batalla y rezabas por las almas de aquellos que habían dado su vida por tu causa. Te preocupas por las personas. Takhisis no lo hacía. Las utilizaba, ¡como te utilizó a ti!

—¡Dame tu espada! —repitió Mina, airada.

Galdar negó con su cabeza astada.

—Y al final, cuando la habían expulsado del cielo, Takhisis te culpó a ti, Mina. No a sí misma. Nunca a sí misma. Iba a matarte en el campo de batalla, tenía un alma vengativa y rencorosa. Así era Takhisis. Vengativa y rencorosa, cruel, despiadada y egoísta. Lo único que le importaba era su propio engrandecimiento, sus ambiciones. Sus hijos la odiaban y maquinaban contra ella. Su consorte la despreciaba, desconfiaba de ella y se regocijó al verla caer. ¿Es eso lo que quieres, Mina? ¿En eso quieres convertirte?

Mina lo miraba con desdén. Cuando Galdar se detuvo para tomar aire, dijo con menosprecio:

—No necesito sermones. ¡Sólo tienes que darme la maldita espada, vaca manca y estúpida!

Galdar empalideció; su lividez se notaba incluso debajo del pelaje oscuro. Se contorsionó en un espasmo de dolor. Lanzó una mirada sombría al cielo y desenvainó la espada. No se la dio a Mina. Se acercó a Valthonis, inconsciente, y cortó la cuerda que maniataba al elfo.

—Yo no quiero tener nada que ver con un asesinato —dijo Galdar con tranquila dignidad.

Deslizó la espada en su funda, se dio media vuelta y empezó a alejarse caminando.

—¡Galdar! ¡Vuelve! —gritó Mina fuera de sí.

El minotauro siguió caminando.

—¡Galdar! ¡Te lo ordeno! —chilló Mina.

Galdar no volvió la vista. Iba abriéndose camino entre los monolitos negros, vestigios de una oscura ambición.

Mina miraba furiosamente la espalda del minotauro y de repente echó a correr hacia él. Volaba rauda sobre el suelo barrido por el viento. Rhys gritó para advertirlo. Galdar se volvió, en el mismo momento en que Mina le daba alcance. Sin prestarle atención, agarró la empuñadura de la espada y tiró de ella para sacarla de la vaina.

Galdar la sujetó por las muñecas e intentó arrancarle la espada de

las manos. Mina quiso zafarse de él presa de una furia enloquecida y lo golpeó con la empuñadura y la parte plana de la hoja.

Galdar intentaba rechazar sus golpes, pero no tenía más que una mano y Mina luchaba con la fuerza y la cólera de un dios.

Rhys corrió a ayudar al minotauro. Tiró el cayado, agarró a Mina e intentó alejarla de Galdar. El corpulento minotauro se desplomó, sangriento y gimiendo. Mina se zafó de Rhys. Lo empujó hasta hacerle perder el equilibrio y volvió a abalanzarse sobre Galdar. Lo pateó y lo golpeó en cada parte de su cuerpo que seguía moviéndose. El minotauro dejó de gemir y se quedó inmóvil.

—Mina... —empezó a decir Rhys.

Mina gruñó y le hundió el puño en el estómago, con tanta fuerza que Rhys se quedó sin aliento. Intentó tomar aire, pero tenía los músculos contraídos y sólo lograba boquear.

Mina le propinó un puñetazo en la mandíbula y le rompió el hueso. Se le llenó la boca de sangre. Mina estaba allí de pie, con la pesada espada del minotauro en la mano, y Rhys no podía hacer nada. Estaba ahogándose en su propia sangre.

Beleño intentó retener a *Atta* con todas sus fuerzas, pero la visión de Rhys siendo atacado era más de lo que la perra podía soportar. Se agitó para liberarse del kender. Beleño intentó agarrarla de nuevo, pero su mano encontró el vacío y se cayó de bruces. *Atta* pegó un buen salto y chocó pesadamente contra Mina, que se cayó y soltó la espada.

Entre ladridos, *Atta* se lanzó sobre la garganta de Mina. Ésta se defendía de la perra y se protegía con los brazos. Se mezclaban sangre y saliva.

Beleño se puso de pie, con paso poco seguro. Rhys estaba escupiendo sangre. El minotauro ya estaba muerto o poco le faltaba. Valthonis seguía inconsciente en el suelo. El kender era el único que estaba de pie y no sabía qué hacer. Estaba demasiado nervioso para poder pensar un hechizo y entonces se dio cuenta de que ningún hechizo, ni siquiera el hechizo más poderoso conjurado por el místico más poderoso, podría detener a un dios.

La fría y pálida luz del sol se reflejó en el acero.

Mina había logrado recuperar la espada. La levantó y atacó a la perra.

Atta cayó al suelo, lanzando un aullido de dolor. Su pelo blanco empezó a teñirse de rojo, pero seguía intentando levantarse y no dejaba de gruñir y lanzar dentelladas. Mina levantó la espada para volver a clavársela, esa vez sería el golpe mortal.

Beleño se aferró al broche del pequeño saltamontes y pegó un salto propio de un gigante. Sobrevoló uno de los monolitos negros y golpeó a Mina. La espada cayó al suelo.

Beleño aterrizó con un fuerte golpe en el suelo. Mina se recuperó y los dos se lanzaron reptando hacia la espada para intentar hacerse con ella el primero. Rhys escupió más saliva y medio se arrastró, medio se lanzó a la reyerta.

Pero ya era demasiado tarde.

Mina agarró al kender por el moño y lo retorció. Rhys oyó un chasquido espeluznante. Beleño se quedó inerte.

Mina soltó el pelo y el kender cayó al suelo como un peso muerto.

Rhys se arrastró junto a su amigo. Beleño lo miraba fijamente, sin verlo. Las lágrimas acudieron a los ojos de Rhys. No buscó a Mina. A él también iba a matarlo y no podía hacer nada por impedirlo. *Atta* gemía. La espada le había abierto un corte en el lomo que le llegaba hasta el hueso. Acercó al animal malherido, agonizante, hacia sí y después cerró los ojos de Beleño con una mano cubierta de sangre.

Una niña pequeña con trenzas pelirrojas se sentó de cuclillas junto al kender.

—Ya puedes levantarte, Beleño —dijo Mina.

Al ver que no se movía, lo sacudió por el hombro.

—Deja de hacerte el dormido, Beleño —le regañó—. Ya nos tenemos que ir. Tengo que ir a Morada de los Dioses y el mapa lo tienes tú.

Empezó a temblarle la voz.

—¡Despiértate! —exclamó entre hipidos—. Por favor, por favor, despiértate.

El kender no se movió.

Mina emitió un gemido desgarrador y se abrazó al cuerpo.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —gritaba una y otra vez, en un paroxismo de dolor.

—Mina... —masculló Rhys con la boca llena de sangre y dientes rotos y la mandíbula fuera de su sitio.

Su nombre resonó en las paredes de los Señores de la Muerte.

—Mina, Mina...

Se puso en pie. La niñita miró a Beleño afligida, pero fue la mujer, Mina, quien le cerró con delicadeza los ojos de mirada vacía. La mujer, Mina, se acercó a Galdar. Apoyó una mano sobre el minotauro y le susurró algo. La mujer volvió junto a *Atta* y la acarició con ternura. Después Mina se arrodilló junto a Rhys. Con una sonrisa triste, le tocó en la frente.

El ámbar, cálido y dorado, se deslizó sobre él.

7

Mina, la mujer, estaba sentada junto a Valthonis sobre la dura superficie de la piedra, azotada por el viento. Ya no vestía armadura ni los negros ropajes propios de una sacerdotisa de Chemosh. Se cubría con un vestido sencillo, que caía formando pliegues sobre su cuerpo. Su cabello cobrizo estaba recogido en delicados rizos en la nuca. Sentada en silencio, observaba al Dios Caminante, esperando a que recuperara la conciencia.

Por fin Valthonis se incorporó, miró en derredor y su expresión se ensombreció. Se levantó rápidamente y fue a atender a los heridos. Mina lo miraba sin emoción, con el rostro impasible, impenetrable.

—El kender está muerto —declaró—. Lo maté yo. El monje, el minotauro y el perro sobrevivirán, creo.

Valthonis se arrodilló junto al kender y colocó el cuerpo roto con delicadeza en una postura más natural. En voz baja, le dio su bendición.

—Sacúdete el polvo del camino, pequeño amigo. Ahora tus botas se cubren del polvo de las estrellas.

Se quitó la capa verde y cubrió el menudo cadáver con ella, con gestos reverentes. Valthonis se inclinó junto a *Atta*, que meneaba la cola apenas sin fuerzas y le dio un lametazo en la mano. Apartó el pelo negro cubierto de sangre, pero las heridas no parecían graves. Le acarició la cabeza y después se acercó a su amo.

—Me parece que conozco al monje —dijo Mina—. Lo he visto antes. Estaba intentando recordar dónde y por fin me acuerdo. Fue en un bote... No, no era un bote. Era una taberna que había sido un bote. Él estaba allí, yo entré y él me miró y me conocía... Sabía quién era yo... —Arrugó un poco la frente—. Pero él no...

Valthonis levantó la cabeza y miró en sus ojos ambarinos. Ya no vio el sinfín de almas allí atrapadas. En sus ojos transparentes vio el terrible conocimiento. Y se vio a sí mismo, reflejado en su superficie brillante.

—El monje estaba sentado junto a un hombre... Era un hombre que estaba muerto. No sé su nombre. —Mina quedó callada y después añadió, con la voz temblorosa—: Tantos hombres... y no sé el nombre de ninguno. Pero sé el nombre del monje. Es el hermano Rhys. Y él sabe mi nombre. Él me conoce. Sabe qué y quién soy. E incluso así, caminó a mi lado. Me guió. —Sonrió con tristeza— Me gritó...

Valthonis apoyó la mano en el cuello de Rhys y sintió el latir de la vida. El monje tenía la cara cubierta de sangre, pero no encontró ninguna herida. No dijo nada en respuesta a las palabras de Mina. El instinto le decía que ella no quería que hablara. Lo que quería, lo que

necesitaba, era escucharse a sí misma en el silencio sepulcral del valle de Neraka.

—El kender también me conocía. Cuando me vio por primera vez, empezó a sollozar. Lloraba por mí. Lloraba de pena por mí. Me dijo: «Estás tan triste...» Y el minotauro, Galdar, era mi amigo. Un amigo bueno y leal...

Mina apartó la mirada del minotauro y la paseó por el valle, fantasmagórico y yermo.

—Odio este lugar. Sé dónde estoy. Estoy en Neraka y han pasado cosas terribles por mi culpa... Y más cosas terribles pasarán... por mi culpa...

Miró a Valthonis, suplicante.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tu nombre significa «el exilio» en elfo. Y eres mi padre. Y ambos, el padre mortal y la hija desdichada, somos exiliados. Con la diferencia de que tú no podrás regresar nunca. —Mina suspiró; fue un suspiro largo y profundo—. Y yo debo regresar.

Valthonis se acercó al minotauro. Puso la mano sobre el cuello ancho como el de un toro.

—Soy una diosa —dijo Mina—. Vivo todos los tiempos al mismo tiempo. —Una arruga perturbó su frente lisa, al añadir—: Aunque hay un tiempo antes del tiempo que no recuerdo y un tiempo que todavía está por venir que no veo...

El viento silbaba entre las rocas, como el aire que se escapa entre unos dientes putrefactos, pero lo único que oía Valthonis eran las palabras de Mina. Era como si el mundo físico hubiera desaparecido bajo sus pies y estuviera suspendido en el éter y sólo existieran su voz y los ojos ambarinos, a los que, mientras él los miraba, acudían las lágrimas.

—He cometido maldades, padre —dijo Mina, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. O, mejor dicho, cometo maldades, pues vivo en todos los tiempos a la vez. Dicen que soy una diosa nacida de la luz y, sin embargo, atraigo la oscuridad. Miles de inocentes mueren por mi culpa. Asesino a aquellos que confían en mí. Arrebato la vida y devuelvo muerte viviente. Algunos dicen que me engañó Takhisis y que no sé que estoy haciendo el mal.

Mina sonrió entre las lágrimas y aquélla fue una sonrisa extraña y fría.

—Pero sé lo que estoy haciendo. Quiero oírles cantar mi nombre, padre. Quiero que me veneren. ¡Mina! No Takhisis. Ni Chemosh. Mina. Sólo Mina.

No se movió para secarse las lágrimas.

—Quienes fueron mis madres para mí, ambas murieron. Cuando Goldmoon estaba muriéndose, me miró desde el crepúsculo y vio la

verdad, la fealdad que hay en mi interior. Y me abandonó.

Mina se levantó y corrió hacia el minotauro. Se agachó junto a él, pero no lo tocó. Se levantó y caminó hasta donde yacía el kender, debajo de la capa verde. Se inclinó y colocó con delicadeza una esquina de la tela que el viento había volado. Una luz trémula brillaba en sus ojos.

—Puedo arreglarlo —dijo. Se incorporó y abrió los brazos, abarcando a los heridos y el muerto, las ruinas del templo y el valle maldito—. ¡Soy una diosa! ¡Puedo hacer que todo esto no haya ocurrido jamás!

—Así es —confirmó Valthonis—. Pero para hacerlo, tendrías que regresar al primer segundo del primer minuto del primer día y empezar de nuevo.

—¡No lo entiendo! —gritó Mina confundida—. Hablas en clave.

—Todos volveríamos atrás si pudiéramos, Mina. Todos borraríamos nuestros errores del pasado. Para los mortales es imposible. Aceptamos la realidad, aprendemos de ella y seguimos adelante. Para un dios es posible. Pero significa hacer desaparecer la creación y volver a empezar.

Mina parecía dispuesta a rebelarse, como si no creyera lo que le decía, y durante un momento eterno Valthonis temió que su sufrimiento fueran tan intenso que quisiera aliviarlo echando al olvido al mundo y a ella misma.

Mina cayó de hinojos y alzó el rostro hacia el cielo.

—¡Dioses! ¡Me empujáis y tiráis de mí en todas direcciones! —gritó—. Todos me queréis para vuestros propios fines. A ninguno le importa qué quiero yo.

—¿Qué quieres tú, Mina? —preguntó Valthonis.

Miró en derredor, como si ella misma se lo preguntara. Su mirada se posó en el kender, su cuerpo descoyuntado e inmóvil tapado por la capa verde. Después su mirada voló hasta Galdar, que seguía inconsciente, el amigo leal. Miró a Rhys, que la había consolado cuando se despertaba llorando en medio de la noche.

—Quiero volver a dormir —susurró.

A Valthonis se le estremeció el corazón. Sus propias lágrimas le nublaron la vista y le estrangulaban la voz.

—Pero no puedo —prosiguió Mina—, Ya lo sé. Lo he intentado. Dicen ni nombre y me despiertan...

De repente lanzó un grito angustiado. Tantas lágrimas acudieron a sus ojos que parecía que el reflejo del Dios Caminante se ahogara en el agua salada.

—¡Haz que paren, padre! —suplicó, balanceándose hacia delante y atrás en una despiadada agonía—. ¡Haz que paren!

Valthonis avanzó por el suelo de piedra del valle de Neraka y se

detuvo junto a su hija. Ella estaba arrodillada delante de él y se aferraba a sus botas. El Dios Caminante la cogió e hizo que se levantara.

—Las voces no van a parar. Para ti nunca pararán..., hasta que las respondas.

—Pero ¿qué les digo?

—Eso es lo que debes decidir.

Valthonis le tendió el talego que Rhys había llevado durante tanto tiempo. Mina lo miró, sorprendida. Lo desató y miró dentro. Allí estaban sus dos regalos, el Collar de Sedición y la Pirámide de la Luz.

—¿Los recuerdas? —preguntó Valthonis.

Mina negó con la cabeza.

—Los encontraste en la Sala del Sacrilegio. Ibas a regalárselos a Goldmoon cuando llegaras a Morada de los Dioses.

Mina contempló largamente los dos objetos, uno envuelto en la oscuridad absoluta y el otro poseedor de la luz. Envolvió los dos, con cuidado y reverencia.

—¿Está muy lejos Morada de los Dioses, padre? Estoy tan cansada...

—No muy lejos, hija. Ya no está lejos.

8

Un dedo peludo levantó un párpado de Rhys y el monje se despertó sobresaltado. Eso asustó a Galdar y estuvo a punto de sacarle el ojo. El minotauro apartó la mano y gruñó satisfecho. Deslizó un brazo descomunal por debajo de los hombros de Rhys, lo incorporó hasta que quedó sentado y le empujó entre los labios un frasquito. Por la garganta le bajó un líquido de sabor repulsivo.

Rhys se atragantó y empezó a escupirlo.

—¡Traga! —ordenó Galdar, dándole una palmada en la espalda que le hizo toser y envió el líquido garganta abajo.

Sintió una arcada y se preguntó si acababa de ser envenenado.

Galdar le sonrió, sacando todos sus dientes a relucir, y gruñó.

—El veneno sabe mucho mejor que este mejunje. Quédate quieto un momento y deja que haga efecto. Dentro de poco te sentirás mejor.

Rhys obedeció. No hizo ninguna pregunta. Todavía no se sentía lo suficientemente fuerte como para escuchar las respuestas. Le dolía la mandíbula y sentía un latido, aunque ya no la tenía rota. Se le clavaba un pinchazo en el estómago y cada vez que respiraba era una tortura. La poción se extendía por todo su cuerpo y el dolor de las heridas empezó a remitir, pero no alivió el dolor de su corazón.

Mientras tanto, Galdar había agarrado a *Atta* por el hocico y la sujetaba con firmeza, mientras otro minotauro vestido de soldado, con el emblema de Sargas, le extendía con destreza una pasta marrón sobre la herida.

—Te gustaría arrancarme la mano de un mordisco, ¿verdad, chucho? —dijo Galdar y se echó a reír cuando *Atta* gruñó como respuesta.

Cuando el minotauro hubo terminado con sus cuidados, asintió a su compañero.

Galdar soltó la perra y los dos minotauros se apartaron de un salto. *Atta* se levantó, un poco insegura. Sin dejar de mirar al minotauro con recelo, se acercó a Rhys para que la acariciara.

Después fue cojeando hasta la capa verde. La olfateó, la tocó con la pata y miró hacia Rhys, agitando la cola, como si dijera: «Esto lo solucionas tú, amo. Estoy segura.»

—*Atta*, ven aquí —dijo Rhys.

Atta se quedó donde estaba. Volvió a tocar la capa con la pata y gimió.

—*Atta*, ven aquí —repitió Rhys.

Lentamente, la perra agachó la cabeza y la cola. *Atta* cojeó tristemente hasta Rhys y se tumbó junto a él. Apoyó la cabeza entre las patas y emitió un profundo suspiro.

Galdar se agachó junto al cuerpo. Todos sus movimientos eran lentos y rígidos. Tenía el pelaje manchado de sangre y cubierto de la misma pasta marrón que el soldado había untado en la herida de *Atta*. Galdar levantó una esquina de la capa verde y miró a Beleño.

—Sargas ordena que lo honremos. Entre nosotros será conocido como *Kedir ut Sarrak*.[2]

Rhys sonrió a pesar de las lágrimas. Ojalá el espíritu de Beleño siguiera por ahí para poder oír eso.

Los soldados minotauros recogieron sus cosas y se prepararon para partir. Nadie quería quedarse en aquel lugar más tiempo del necesario.

—¿Puedes viajar, monje? —preguntó Galdar—. Si es así, puedes venir con nosotros. Te ayudaremos a llevar a tu muerto y al chucho, si no nos muerde —añadió con aspereza.

Rhys asintió, agradecido.

Uno de los minotauros levantó el cuerpecito entre sus fuertes brazos. Otro cogió a *Atta*. La perra ladró y se revolvió, pero en cuanto Rhys se lo ordenó, dejó de resistirse y permitió que el minotauro la llevase, aunque gruñía cada vez que cogía aire.

—Quisiera agradecerte tu ayuda... —empezó a decir Rhys.

—A mí no tienes que agradecerme nada —lo interrumpió Galdar. Hizo un gesto hacia los soldados con su mano buena—. Puedes agradecérselo a estos insurrectos. Desobedecieron mis órdenes y vinieron a buscarme, a pesar de que les había ordenado que se quedaran esperándome.

—Me alegro de que desobedecieran —repuso Rhys.

—Tengo que confesar que yo también. Seguid—dijo Galdar, dirigiéndose a sus hombres—. El monje y yo no podemos caminar tan rápido. No va a pasarnos nada. En este valle ya sólo quedan fantasmas y ésos no pueden hacernos daño.

Los minotauros no parecían tan seguros, pero hicieron lo que Galdar les ordenó, aunque no avanzaron tan rápido como podían. Aminoraron el paso lo justo para seguir oyendo las órdenes de su oficial.

Galdar y Rhys caminaban uno junto al otro, cojeando. Galdar puso una mueca y se llevó la mano al costado. El minotauro tenía un ojo tan hinchado que ni siquiera podía abrirlo y un reguero de sangre en la base de uno de los cuernos.

A Rhys le dolía el estómago y la mandíbula, y el simple hecho de respirar era difícil y doloroso.

—¿Adonde vas a ir ahora? —preguntó Rhys.

—Volveré a Jelek para retomar mis obligaciones como embajador entre vosotros los humanos. Dudo mucho que tú quieras ir allí —añadió con una sonrisa irónica—. Pero mis hombres y yo no os

abandonaremos. Esperaremos con vosotros hasta que llegue la ayuda.

—La ayuda puede tardar mucho en llegar —dijo Rhys, suspirando.

—¿Eso crees? —preguntó Galdar, con una sonrisa asomada a los labios—. Deberías tener más fe, monje.

Rhys no tenía la menor idea de lo que quería decir, pero antes de que pudiera preguntarle, la sonrisa de Galdar se esfumó. Volvió la vista hacia el valle de piedra y cristal negro.

—Mina fue con él, ¿verdad? Se fue con el Dios Caminante.

—Eso espero —contestó Rhys—. Por eso rezo.

—Yo no soy muy de rezar. Y si rezara, le rezaría a Sargas, y en este momento no creo que disfrute demasiado del favor del dios astado.

Se quedó en silencio.

—Si rezara, rezaría por que Mina encuentre aquello que busca —añadió después en tono sombrío.

—¿La perdonas por lo que te hizo? —Rhys estaba estupefacto. Los minotauros no eran demasiado dados a perdonar. Su dios era el dios de la venganza.

—Supongo que podría decirse que me he acostumbrado a perdonarla. —Galdar se frotó el muñón del brazo con una mueca. Qué raro era que el dolor del brazo que no tenía fuera más intenso que el de los huesos rotos. Entre avergonzado y desafiante, añadió—: ¿Y tú, monje? ¿Tú la perdonas?

—Una vez recorrí mi camino con el odio y los deseos de venganza oprimiéndome el corazón —contestó Rhys. Su mirada se detuvo en el minotauro que llevaba el pequeño cuerpo en la tela verde que ondeaba en el aire calmo—, Nunca volveré a hacerlo. Perdono a Mina y rezo por lo mismo que tú, por que encuentre lo que busca. Aunque no estoy seguro de si debería rezar por eso.

—¿Por qué no?

—Porque encuentre lo que encuentre, eso inclinará la balanza en un sentido u otro.

—La balanza podría inclinarse a tu favor, monje —sugirió Galdar —. Eso te gustaría, ¿no?

Rhys meneó la cabeza.

—Un hombre que mira demasiado tiempo el sol está tan ciego como aquel que camina en la impenetrable oscuridad.

Los dos se quedaron en silencio, reservando sus últimas fuerzas para subir la pendiente final del valle. Los minotauros que estaban a las órdenes de Galdar los esperaban entre las estribaciones de los Señores de la Muerte. Los soldados estaban muy serios, pues en el mismo sitio esperaban los Fieles. Liderados por la silenciosa Elspeth, habían llegado hasta el valle, aunque demasiado tarde para encontrar

a Valthonis.

Galdar miró a los elfos con expresión ceñuda:

—Me disteis vuestra palabra.

—No rompimos nuestra promesa —respondió uno de los elfos—. No intentamos rescatar a Valthonis.

El elfo señaló la capa que cubría el cuerpo del kender.

—¡Eso pertenece a Valthonis! ¿Dónde está? —El elfo miró a Galdar con ferocidad—. ¿Qué le habéis hecho? ¿Lo habéis asesinado vilmente?

—Todo lo contrario. El minotauro salvó la vida a Valthonis —repuso Rhys.

Los elfos fruncían el entrecejo sin acabar de creérselo.

—¿Dudáis de mi palabra? —preguntó Rhys, cansado.

El líder de los Fieles hizo una reverencia.

—No queríamos ofenderte, servidor de Matheri —se disculpó el elfo, utilizando el nombre que los de su raza daban al dios Majere—. Pero tienes que comprender que nos resulte difícil de entender. Un monje de Matheri y un minotauro de Kinthalas salen juntos del Valle del Mal. ¿Qué está pasando? ¿Valthonis está vivo?

—Está vivo y a salvo.

—Entonces, ¿dónde está?

—Ayudando a una niña perdida a encontrar el camino a casa —fue la respuesta de Rhys.

Los elfos se miraron entre sí, confusos, alguno con evidente incredulidad. Entonces la silenciosa Elspeth se adelantó para pararse delante de Galdar. Uno de los elfos quiso detenerla, pero ella lo apartó de un empujón. Alargó la mano hacia el minotauro.

—¿Qué es esto? —preguntó Galdar, malhumorado—. Decidle que se aparte de mí.

Elspeth sonrió para tranquilizarlo. Mientras el minotauro la miraba, tenso y ceñudo, la elfa pasó los dedos por el muñón del brazo con delicadeza.

Galdar parpadeó. La mueca de dolor que le desfiguraba el rostro desapareció. Se llevó la mano al muñón y la miró asombrado. Elspeth pasó junto a él y se arrodilló junto al cuerpo del kender. Dobló la capa alrededor del cuerpo con ternura, como una madre arropa a su pequeño, y después cogió el bulto en brazos. Se quedó de pie, esperando pacientemente el momento de la partida.

Galdar miró a Rhys.

—Ya te dije que la ayuda te encontraría.

Los elfos estaban más confusos que antes, pero obedecieron la orden muda de Elspeth y se dispusieron a partir.

—Espero que nos honres con tu compañía, servidor de Matheri —dijo el líder del grupo a Rhys, quien asintió agradecido.

Galdar alargó la mano izquierda y estrechó la de Rhys en un apretón que casi le rompe todos los huesos.

—Adiós, hermano.

Rhys tomó la mano del minotauro entre sus dos manos.

—Que tu viaje sea rápido y seguro.

—Al menos será rápido —afirmó Galdar sombrío—. Cuanto antes nos alejemos de este lugar maldito, mejor.

Aulló las órdenes pertinentes a sus hombres y éstos obedecieron rápidamente. Los minotauros emprendieron la marcha, tan impacientes por dejar Neraka como su oficial.

Pero Galdar tardó un momento en seguirlos. Se quedó quieto, con la mirada perdida en el oeste, en las entrañas de las montañas.

—Morada de los Dioses —dijo— está en esa dirección.

—Eso he oído —repuso Rhys.

Galdar asintió para sí y siguió con la mirada clavada en aquella dirección, como si quisiera adivinar la figura de Mina. Suspirando, bajó la mirada y meneó la cabeza astada.

—¿Crees que alguna vez descubriremos lo que le pasa, hermano? —preguntó melancólico.

—No lo sé —fue la respuesta de Rhys.

En su corazón, mucho se temía que sí lo descubrirían.

9

Valthonis y Mina caminaban despacio hacia Morada de los Dioses, tomándose su tiempo, porque los dos sabían que no importaba lo que pasara, ni la decisión que Mina tomara, pues aquél sería su último viaje juntos.

Habían hablado de muchas cosas a lo largo de muchas horas, pero después Mina se había quedado callada. Morada de los Dioses no estaba a más de dieciséis kilómetros de Neraka, pero el camino era duro, escarpado, tortuoso y estrecho. Era un sendero inhóspito salpicado de rocas, que se veía obligado a colgarse de las empinadas paredes del cañón, oprimido por extrañas formaciones rocosas que los obligaban a orientar sus pasos hacia direcciones que no querían seguir.

El cielo estaba oscuro y cubierto, ennegrecido aún más por las columnas humeantes que salían de los Señores de la Muerte. El aire apestaba a azufre y era difícil respirar, pues secaba la boca y producía escozor en la nariz.

Mina no tardó en cansarse. No obstante, no se quejaba, sino que seguía caminando. Valthonis le dijo que podía tomarse el tiempo que necesitara. No había prisa.

—¿Quieres decir que tengo toda la eternidad ante mí? —preguntó Mina con una sonrisa atormentada—. Eso es cierto, padre, pero me siento obligada a continuar. Sé quién soy, pero ahora tengo que descubrir por qué. Ya no puedo sentarme a descansar tranquilamente cuando llega la noche.

Llevaba consigo los dos objetos que había cogido en la Sala del Sacrilegio. Los apretaba con fuerza en la mano y no estaba dispuesta a soltarlos, aunque en ocasiones su carga le hacía aún más difícil cruzar los tramos más empinados del camino. Cuando por fin se rindió y se sentó a descansar, desenvolvió los objetos y los miró. Los estudiaba, levantaba cada uno de ellos y los recorría con los dedos, como un ciego que trata de ver con las manos lo que sus ojos no pueden contarle. No dijo nada de lo que pensaba a Valthonis y él no preguntó.

A medida que se acercaban a Morada de los Dioses, parecía que los Señores de la Muerte fueran liberándolos, permitiendo su marcha. El camino iba haciéndose más fácil y descendía en suave pendiente. Una brisa cálida como el aliento de la primavera alejaba las nubes de azufre y el vapor. Las flores silvestres crecían en los márgenes del sendero, asomaban por debajo de las rocas y florecían en las grietas de la pared de piedra.

—¿Qué pasa? —preguntó Valthonis, deteniéndose, cuando se dio cuenta de que Mina había empezado a cojear.

—Tengo una ampolla—respondió ella.

Se sentó en el suelo y se quitó el zapato. Miró con exasperación la herida en carne viva y sangrante.

—Los dioses juegan a ser mortales —dijo—. Chemosh podía hacerme el amor y obtener placer con aquel acto, o eso se decía a sí mismo. Pero en realidad sólo pueden fingir que sienten. Ningún dios tuvo nunca una ampolla en el talón.

Levantó el zapato manchado de sangre para que lo viera.

—¿Así que por qué yo sí tengo una ampolla? Sé que soy una diosa. Sé que este cuerpo no es real. Podría saltar por el precipicio y estrellarme contra las rocas, pero no me haría ningún daño. —Se mordió el labio—. Todo eso lo sé, pero de todos modos me duele el pie. Por mucho que me gustara decir que no es verdad, ¡sí me duele!

—Takhisis tenía que convencerte de que eras humana, Mina —contestó Valthonis—. Te mintió para convertirte en su esclava. Temía que te convirtieras en su rival, si hubieras sabido la verdad: que eres una diosa. Tenía que hacerte creer que eras humana y para eso tenías que sentir dolor. Tenías que conocer la enfermedad y el sufrimiento. Tenías que sentir el amor, la alegría y la tristeza. Se recreó cruelmente mientras te hacía creer que eras mortal. Creía que eso te haría débil.

—¡Y me hace débil! —exclamó Mina en un arranque de furia, con los ojos brillantes—. Y lo odio. Cuando ocupe mi lugar entre los dioses, no podré mostrar flaqueza. Tengo que aprender a olvidar lo que he sido.

—Yo no estoy tan seguro —la contradijo Valthonis. Se arrodilló delante de ella y la miró fijamente—. Dices que los dioses juegan a ser mortales. Lo que hacen no es «jugar». Cuando adoptan la forma de un mortal, lo que intentan es sentir lo que los mortales sienten. Los dioses intentan comprender a los mortales para ayudarlos y guiarlos o, en algunos casos, para coaccionarlos y atemorizarlos. Pero son dioses, Mina, y por mucho que lo intenten, nunca llegarán a comprenderlo del todo. Sólo tú conoces el sufrimiento de la mortalidad, Mina.

Reflexionó sobre lo que le había dicho.

—Tienes razón —dijo Mina al final, pensativa—. Quizá por eso puedo ejercer tanto poder sobre los mortales.

—¿Es eso lo que quieres? ¡Ejercer poder sobre ellos!

—¡Por supuesto! ¿Acaso no es lo que queremos todos? —Arrugó la frente—. Vi a los dioses en acción aquel día en Solace. Vi la sangre derramada y los cuerpos amontonados delante de los altares. Si los mortales luchan y mueren en nombre de su fe, ¿por qué iban a ir a la muerte cantando mi nombre en vez de otro?

Se calzó, se levantó y empezó a caminar. Parecía determinada a convencerse a sí misma de que no sentía nada e intentaba andar con normalidad, pero no lo lograba. Con una mueca de dolor, se detuvo de

nuevo.

—Tú eras un dios —dijo Mina—. ¿Recuerdas algo de lo que eras? ¿Recuerdas el tiempo antes de la creación? ¿Tu mente todavía abarca la vastedad de la eternidad? ¿Ves hasta los límites del cielo?

—No —contestó Valthonis—, Mi mente es la de un mortal. Veo el horizonte y a veces ni siquiera eso, si las nubes me lo impiden. Creo que, de lo contrario, sería demasiado terrible para soportarlo.

—Lo es —murmuró Mina.

Se quitó los dos zapatos y los lanzó por el precipicio. Echó a caminar descalza, pisando con cuidado, y casi al momento se cortó el pie con una piedrecilla afilada. Ahogó un grito y pegó un pequeño salto. Exasperada, apretó los puños con fuerza.

—¡Soy una diosa! —gritó—. ¡No tengo pies!

Se miró los pies desnudos, como si deseara que desaparecieran.

Allí seguían sus dedos, moviéndose y hundiéndose en la tierra.

Mina gimió y se desplomó. Se hizo un ovillo.

—¿Cómo puedo ser una diosa si siempre soy mortal? ¿Cómo voy a caminar entre las estrellas si tengo ampollas en los pies? ¡Padre, no sé cómo ser un dios! Solo sé ser humana...

Valthonis la rodeó con el brazo e hizo que se levantara.

—No tienes que seguir caminando, hija. Ya estamos aquí.

Mina lo miró perpleja.

—¿Dónde?

—En casa.

En el centro de un valle cerrado por paredes suaves y con forma de cuenco, se alzaban diecinueve columnas que, silenciosas, contemplaban una laguna circular de negra obsidiana venida del fuego. Dieciséis columnas estaban juntas, tres columnas se alzaban apartadas. De estas últimas, una era de negro azabache, otro de granito rojo y la tercera de jade blanco. Del resto de las columnas, cinco eran de mármol blanco; cinco, de mármol negro. Seis columnas eran de un mármol de color indeterminado.

Antaño, eran veintiuna columnas las que custodiaban la laguna. Dos se habían venido abajo. Una de ellas, una columna negra, se había hecho añicos. Lo único que quedaba de ella era un montón de cascotes. La otra columna caída estaba intacta, reluciente bajo el sol, pues unas manos amorosas le limpiaban el polvo.

Mina y Valthonis se habían detenido fuera del círculo de columnas pétreas y las miraban. El cielo, libre de nubes, era de un azul tan intenso que dañaba los ojos. El sol se encaramaba a los picos de los Señores de la Muerte y seguía bañándolos con su luz radiante, pero no tardaría en resbalar por las laderas de las montañas y caer en la noche. El ocaso se había apoderado del valle, las sombras de las montañas se extendían mientras el sol seguía asomándose a la laguna

de obsidiana.

Mina contemplaba arrobada la laguna negra. Se dirigió hacia ella y ya estaba a punto de pasar rozando la piedra por el pequeño hueco entre dos columnas, cuando se dio cuenta de que Valthonis ya no estaba a su lado. Se volvió y lo vio junto a la estrecha grieta de la pared de piedra por la que habían entrado.

—El sufrimiento nunca parará, ¿verdad? —preguntó Mina.

Su respuesta fue el silencio.

Mina desenvolvió los objetos de Paladine y de Takhisis, y los sostuvo en alto, uno en cada mano. Dejó el talego que había sido del monje a los pies de la columna de mármol blanco con vetas naranjas, después pasó entre los pilares y se detuvo junto a la laguna de negra obsidiana. Alzó sus ojos ambarinos al cielo y vio las constelaciones de los dioses, titilando en lo alto.

Los dioses de la luz, representados por la lira de Branchala, el fénix de Habbakuk, la cabeza de bisonte de Kiri-Jolith, la rosa de Majere, el símbolo del infinito de Mishakal. En el lado opuesto estaban los dioses de la oscuridad: Chemosh con su calavera de cabra, la balanza rota de Hiddukel, la capucha negra de Morgion, el cóndor de Sargonnas y la concha de tortuga de Zeboim. Separando la oscuridad y la luz, pero manteniéndolas unidas, estaban el libro de Gilean, la fragua de Reorx, los planetas siempre ardientes de Shinare, Chislev, Zivilyn, Sirrion. Más cerca de los mortales que las estrellas brillaban las tres lunas: la luna negra de Nuitari, la luna roja de Lunitari y la luna plateada de Solinari.

Mina los miró.

ellos la miraron, todos.

La observaban y aguardaban su decisión.

En el centro de la laguna, Mina levantó los objetos, uno en cada mano.

—Soy tanto oscuridad como luz —gritó a los cielos—. Los dos polos me atraen por igual. Algunas veces podría unirme a unos y en otras ocasiones a los otros. Así, el equilibrio queda restablecido.

Mina levantó el Collar de Sedición de Takhisis, el collar que persuadía a las buenas personas de que cedieran ante sus pasiones más oscuras, y lo lanzó a la laguna de obsidiana. El collar rozó la superficie negra, se fundió en ella y desapareció. Mina sostuvo en su mano la Pirámide de Cristal de Paladine unos momentos más, el cristal que podía llevar la luz a un corazón ignorante. Después, también la lanzó a la laguna. El cristal relució como una estrella en la noche de obsidiana, pero su luz se apagó pronto. El resplandor se desvaneció y el cristal se hizo añicos.

Mina se dio media vuelta y se alejó de la laguna. Se apartó del círculo de los pétreos guardianes. Cruzó el valle yermo, vacío. Sus pies

descalzos, atormentados por los cortes y las ampollas, dejaban huellas de sangre tras de sí.

Caminó hasta llegar a un lugar del valle conocido como Morada de los Dioses, donde las sombras competían con el sol y allí se detuvo. Dando la espalda a los dioses, bajó la vista hacia sus pies y, llorando, abandonó el mundo.

En el valle conocido como Morada de los Dioses, una columna de ámbar se alzaba solitaria y apartada, junto a una laguna de aguas tranquilas del color azul de la noche.

Ninguna estrella se reflejaba en la superficie. Ni las lunas ni el sol. Ningún planeta. Ni el valle ni las montañas.

Valthonis miró la laguna y vio su rostro reflejado.

Vio el rostro de todos los seres vivos.

10

Rhys Alarife estaba sentado debajo de un roble centenario, casi en lo alto de un cerro cuyas laderas estaban tapizadas de tiernos pastos. A lo lejos veía las columnas de humo que salían de las chimeneas de su monasterio, el hogar al que había regresado después de su largo viaje. Varios hermanos estaban en el campo, arando la tierra, despertándola tras el reposo del invierno, preparándola para los nuevos cultivos. Otros monjes se afanaban alrededor del monasterio, barrían y limpiaban, reparaban la mampostería roída y azotada por los despiadados vientos invernales.

Las ovejas estaban dispersas por la ladera, pastando con satisfacción, contentas de volver a saborear la hierba tierna después de haber pasado los meses más fríos alimentándose de heno seco. Con la primavera llegaba la época de esquilar las ovejas y traer a la vida a los nuevos corderos y Rhys estaría muy ocupado. Pero, por el momento, todo era calma.

Atta estaba tumbada junto a él. Tenía una cicatriz en el flanco en la que no le crecía el pelo, estaba completamente curada de sus heridas, así como Rhys también se había recuperado de las suyas. La atención de *Atta* se repartía entre las ovejas, que eran una preocupación constante, y su nueva camada de cachorros. No tenían más que unos pocos meses, pero los cachorros ya demostraban mucho interés por el pastoreo y Rhys había empezado a enseñarles. El monje y sus cachorros habían trabajado durante toda la mañana y los perritos, agotados, dormían hechos unos ovillos peludos negros y blancos, en los que asomaban los hocicos rosados. Rhys ya había decidido cuál, el más listo y atrevido, iba a regalar a la señora Jenna.

Rhys estaba cómodamente sentado, con el emmide descansando entre los brazos doblados. Se envolvía con una capa gruesa, pues a pesar de que lucía el sol, el viento seguía mordiendo con los gélidos colmillos del invierno. Su mente flotaba tranquilamente entre las nubes altas y esponjosas, pensando despreocupadamente en un tema y saltando al siguiente, dando siempre las gracias a Majere.

Rhys estaba solo en el cerro, pues el rebaño estaba a su cargo y era su responsabilidad, por eso se sobresaltó cuando una voz lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Hola, hola, Rhys! ¡Apuesto algo a que te sorprendes de verme!

Rhys no tenía más remedio que admitir que sí se sorprendía. Aunque «sorprenderse» tampoco era la palabra más apropiada, pues quien estaba tranquilamente sentado junto a él era Beleño.

El kender sonreía deslumbrante ante la perplejidad de Rhys.

—¡Soy un espíritu, Rhys! Por eso estoy un poco desdibujado y

tembloroso. ¿No es increíble? ¡Se te está apareciendo un fantasma!

De repente, Beleño pareció muy preocupado.

—Espero no haberte asustado.

—No —le aseguró Rhys, aunque tardó un momento en recuperar el habla.

Al oír hablar a su amo, *Atta* levantó la cabeza y lo miró de reojo, por si la necesitaba.

—¡Hola, *Atta*! —saludó Beleño—. Tus cachorros están preciosos. Son igualitos a ti.

Atta entrecerró los ojos. Olfateó el aire, volvió a olfatearlo, se quedó un momento pensando y después desechó lo que no entendía, apoyó la cabeza entre las patas y volvió a su vigilancia.

—Me alegro de no haberte asustado —prosiguió Beleño—, Siempre me olvido de que estoy muerto y tengo la costumbre poco afortunada de aparecerme ante la gente de repente. Pobre Gerard. —El espíritu lanzó un suspiro—. Creí que le iba a dar una apología.

—Apoplejía—lo corrigió Rhys sonriendo.

—Eso también —repuso Beleño muy serio—. Se quedó increíblemente blanco y empezó a resollar. Después juró que nunca más en su vida volvería a tomar ni una gota de aguardiente enano. Cuando intenté tranquilizarlo diciéndole que no era una alucinación, que no estaba viendo cosas raras y que de verdad era un espíritu, empezó a resollar todavía más fuerte.

—¿Al final se recuperó? —preguntó Rhys.

—Creo que sí—respondió Beleño con cautela—. Después me riñó mucho. Me dijo que le había quitado diez años de vida y que ya tenía suficientes problemas con los kenders vivos y no estaba dispuesto a que también lo molestara uno muerto, que tenía que volver al Abismo o de donde fuera que hubiera salido. Le expliqué que no estaba en el Abismo. Que había estado dando una vuelta por el mundo y que comprendía perfectamente cómo se sentía y que sólo había parado un momento para darle las gracias por todas las cosas bonitas que había dicho en mi funeral.

»Por cierto, yo también fui. Fue precioso. ¡Vino tanta gente importante! La señora Jenna y el abad de Majere, el Dios Caminante con los elfos y Galdar y una delegación de minotauros. Con lo que mejor me lo pasé fue con la pelea de después en la taberna, aunque supongo que en realidad eso no formaba parte del funeral. Y me gustó que esparcieran mis cenizas debajo de la posada. Así siento que una parte de mí siempre se quedará aquí. A veces me parece que puedo oler las patatas con especias, y eso es muy raro, porque los fantasmas no tienen olfato. ¿Por qué crees que será?

Rhys tuvo que admitir que no lo sabía.

Beleño se encogió de hombros y después frunció el entrecejo.

—¿Por dónde iba?

—Estabas hablando de Gerard...

—Ah, sí. Le dije que había ido a despedirme antes de emprender la siguiente fase de mi viaje, el cual, por cierto, va a ser increíble. Dentro de un momento te cuento por qué. Tiene que ver con mi saltamontes. Pero bueno, Gerard me deseó buena suerte y me acompañó hasta la puerta y la abrió para que pudiera salir. Le expliqué que no hacía falta que la abriera porque puedo atravesar puertas y paredes, incluso el techo. Me contestó que no iba a atravesar ni su puerta si su pared. Estaba muy serio, así que no lo hice. Y me parece que no iba en serio cuando dijo que no iba a volver a probar el aguardiente enano, porque le vi coger la jarra y dar un buen trago en cuanto me fui.

—¿Te despediste de alguien más? —preguntó Rhys, alarmado.

Beleño asintió.

—Fui a ver a Laura. Después de lo que había pasado con Gerard, pensé en aparecerme a Laura poco a poco. Ya sabes, para darle tiempo a que se acostumbrara. —El espíritu suspiró—. Pero dio igual. Lanzó un grito, se echó el delantal sobre la cabeza y rompió una pila entera de platos sucios cuando cayó en la palangana de fregar. Así que me pareció mejor no quedarme. Y ahora estoy aquí contigo. Eres mi última parada, después me iré de verdad.

—Me alegra verte, amigo —dijo Rhys—. Te he echado mucho de menos.

—Ya lo sé. Te sentía echándome de menos. Era una sensación agradable, pero no tienes que estar triste. Eso es lo que he venido a decirte. Siento haber tardado tanto en llegar hasta aquí. El tiempo ya no significa mucho para mí y hay tantos sitios que visitar y tantas cosas que ver. ¡Sabías que hay otro continente entero! Se llama Taladas y es un lugar muy interesante, aunque no es ahí adonde voy a ir en el viaje de mi alma. Ah, eso me recuerda una cosa. Tengo que contarte una cosa de Chemosh.

»Los fantasmas con los que hablé cuando era un acechador nocturno me explicaron que al morir, tu alma se presenta ante el Señor de la Muerte para ser juzgada. Estaba muy impaciente por que llegara esa parte y era todo muy emocionante. Estaba en una cola con un montón de almas más: goblins y draconianos, kenders y humanos, elfos, gnomos, ogros y más cosas. Todas las almas van ante el Señor de la Muerte, que está sentado en un trono enorme, muy impresionante. A veces intenta tentarlos para que se queden con él. Otras veces ya han prometido seguirlo a él o a algún otro dios, como Morgion, que permíteme que te diga que no es nada agradable. Y otras veces los otros dioses van a decirle a Chemosh que aparte sus manazas. Reorx hizo eso por un enano.

»Así que yo estaba esperando al final de la cola, pensando que iba a tardar mucho, mucho tiempo en llegar al final, cuando de repente el Señor de la Muerte se levanta del trono de un salto. ¡Recorrió toda la fila y se quedó parado delante de mí! Me mira con odio y me dice muy enfadado que yo puedo irme. Respondí que no me importaba quedarme porque estaba charlando con unos amigos, y era verdad. Me había encontrado con unos cuantos kenders muertos y estábamos comentando lo interesante que era estar muerto y cada uno describía cómo había muerto y todos estuvieron de acuerdo en que nadie podía superarme, porque a mí me había matado un dios.

»Empecé a explicarle esto mismo a Chemosh, pero él gruñó y me dijo que no le interesaba. Mi alma ya había sido juzgada y era libre para irme. Miré alrededor y allí estaban la Dama Blanca y Majere y Zeboim y los tres dioses de las lunas, y Kiri-Jolith con su armadura reluciente y otros cuantos dioses que no reconocí. ¡Estaba hasta Sargonnas! Me pregunté qué estarían haciendo todos allí, y la Dama Blanca dijo que habían ido a honrarme, aunque Zeboim dijo que, en lo que a ella respectaba, había ido a comprobar que estuviera bien muerto. Todos los dioses me estrecharon la mano, y cuando llegué junto a Majere, acarició el saltamontes que todavía llevaba prendido de la camisa y me dijo que me permitiría saltar hacia delante para ver adonde iba y saltar hacia atrás para despedirme. Y justo estaba diciéndole a Mishakal cuánto me había gustado su bizcocho y ya estaba a punto de irme, cuando no sabes quién vino a verme.

Rhys negó con la cabeza.

—¡Mina! —exclamó Beleño asombrado—. Iba a enfadarme con ella, ya sabes, por matarme, pero se acercó a mí, me abrazó y lloró por mí. Y entonces me cogió de la mano y salió de la Sala del Juicio conmigo. Me mostró el camino hecho del polvo de las estrellas que me llevará más allá del ocaso, cuando esté preparado para partir. Me alegré por ella, porque parecía haber encontrado su camino y porque ya no está loca, pero también me sentí triste, porque ella parecía muy triste.

—Creo que siempre estará triste —dijo Rhys.

Beleño emitió un profundo suspiro.

—Yo también lo creo. Sabes, en mis viajes he visto los pequeños altares que la gente está empezando a construir en su honor y tenía la esperanza de que eso le levantara el ánimo, pero la gente que acude a sus altares siempre tiene una cara tan triste que no creo que eso la ayude mucho.

—Quiere que la gente acuda a ella —repuso Rhys—, Es la diosa de las lágrimas y acoge a todos aquellos que sufren y no son felices, sobre todo a aquellos a los que consume el sentimiento de culpa o el arrepentimiento o que combaten contra oscuras pasiones. Cualquiera

que sienta que nadie más puede comprender su dolor puede acudir a ella. Mina lo comprende, pues su propio dolor es eterno.

—Vaya—comentó el espíritu.

Sin embargo, la congoja de Beleño nunca duraba demasiado. Después de ordenar unos cuantos saquitos fantasmagóricos, se levantó ágilmente.

—Bueno, tengo que irme —dijo, y añadió alegremente—: Como dijo Zeboim, ha llegado el momento de que moleste a las pobres y desafortunadas gentes de otro mundo.

Beleño se agachó para acariciar a *Atta*. Su caricia espectral hizo que la perra se despertara sobresaltada y que se quedara mirando alrededor, confundida. Beleño alargó la mano hacia Rhys. El monje sintió el contacto suave como un susurro, como si una pluma le acariciara la piel.

—Que tengas buen viaje, amigo mío —le deseó Rhys.

—Siempre que haya bollos y pollo, ¡estaré bien! —contestó Beleño, hizo un gesto de despedida con la mano y atravesó el roble (por la sencilla razón de que podía hacerlo). Después, desapareció.

En el monasterio tocó una campana que llamaba a los monjes a la meditación de la tarde. Rhys se levantó y alisó los pliegues de su túnica. En ese momento, sintió que algo caía al suelo. Junto a sus pies vio un saltamontes de oro. Rhys lo recogió, se lo prendió en la túnica y pronunció una oración silenciosa deseando a su amigo un buen viaje por el camino de polvo de estrellas. Después silbó a *Atta*, que rápidamente se puso de pie y corrió ladera abajo para reunir a las ovejas.

Los cachorros echaron a correr detrás de su madre, ladrando sin parar y corriendo entre las ovejas imitando a su madre. Y aunque *Atta* los reñía por ponerse en medio, resplandecía de orgullo.

Rhys cogió uno de los cachorros, el más enclenque de la camada, que tenía problemas para seguir al resto. Se colocó el cachorro debajo del brazo y siguió caminando ladera abajo, conduciendo a sus ovejas a la seguridad del redil.

notes

1

«¡Lárgate antes de que acabe contigo, mierda con patas!» (N. de la t.)

2

«Kender con cuernos.» (N. de la t.)